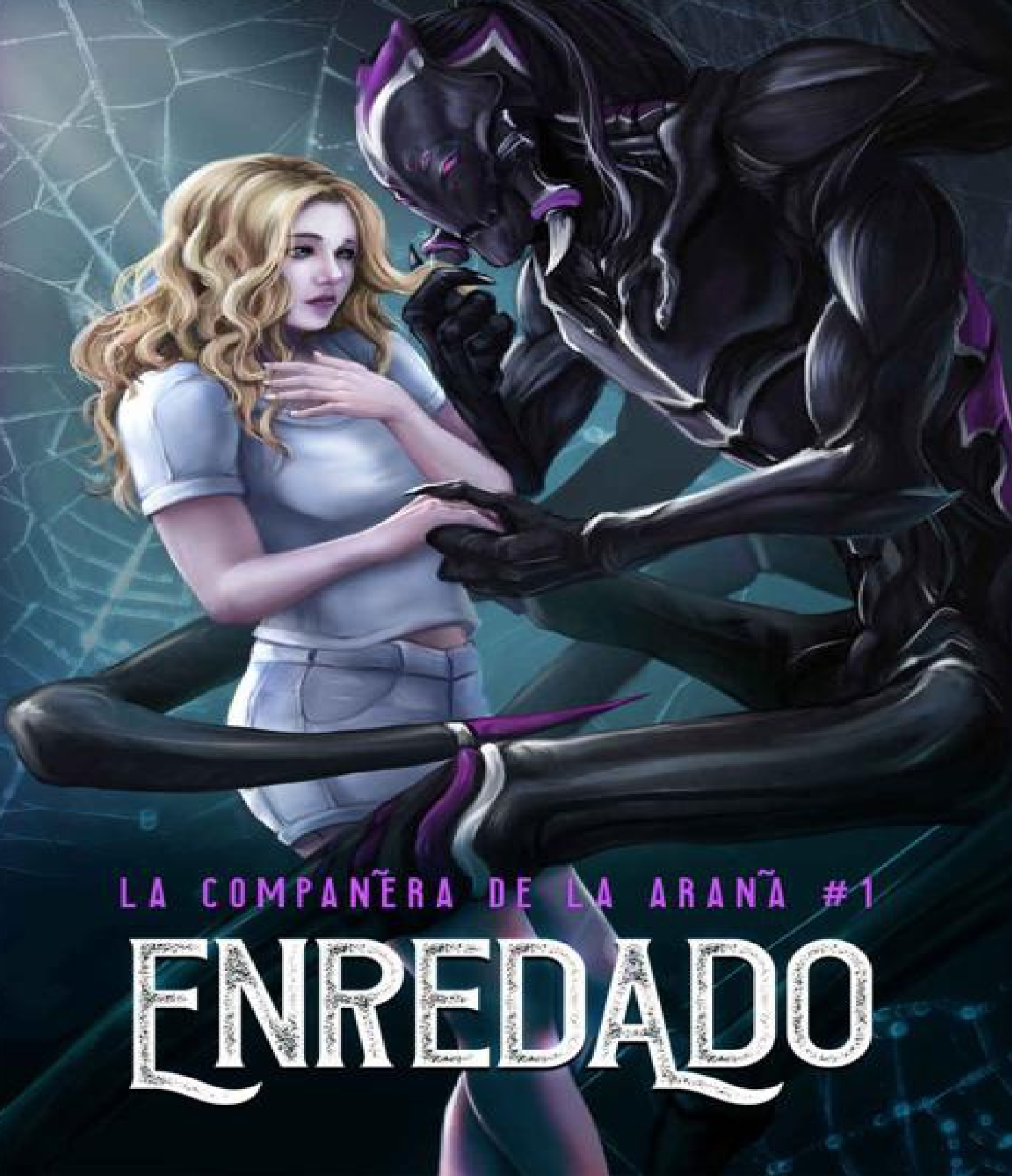


USA TODAY BESTSELLING AUTHOR
TIFFANY ROBERTS



LA COMPAÑERA DE LA ARANÑA #1

ENREDADO

ENREDADO

La Compañera de la Araña #1

TIFFANY ROBERTS

Índice

Enredado

Capítulo Uno

Capítulo Dos

Capítulo Tres

Capítulo Cuatro

Capítulo Cinco

Capítulo Seis

Capítulo Siete

Capítulo Ocho

Capítulo Nueve

Capítulo Diez

Capítulo Once

Capítulo Doce

Capítulo Trece

Capítulo Catorce

Capítulo Quince

Capítulo Dieciséis

Capítulo Diecisiete

Capítulo Dieciocho

Capítulo Diecinueve

Capítulo Veinte

Capítulo Veintiuno

Capítulo Veintidós

Capítulo Veintitrés

Capítulo Veinticuatro

Capítulo Veinticinco

Capítulo Veintiséis

Capítulo Veintisiete

Capítulo Veintiocho

CAUTIVADO

ACERCA DE LOS AUTORES

Enredado

LA COMPAÑERA DE LA ARAÑA #1

Ha pasado años como cazador, pero ahora es él quien ha caído en la trampa de una criatura.

Ketahn no quería una compañera. Pero el destino tiene un plan diferente para él. Cuando la reina a la que desprecia declara su intención de reclamarle, se refugia en la jungla.

Lo que encuentra allí cambia su mundo.

Pequeña, delicada y de piel pálida, Ivy Foster no se parece en nada a las hembras que Ketahn ha conocido. No es para nada de su especie. Sin embargo, desde el momento en que la ve, sabe la verdad en su alma: ella es su hilo del corazón.

Y ahora que la tiene, no permitirá que nada se la lleve. Ni la jungla, ni los dioses, ni la reina y sus guerreros.

Esté Ivy de acuerdo o no, los hilos de sus corazones están entrelazados. Nadie jamás podrá cortar esos hilos.

Copyright © 2021 por Tiffany Freund y Robert Freund Jr.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser utilizada o reproducida, distribuida o transmitida en forma alguna por ningún medio, incluyendo el escaneo, fotocopiado, carga y distribución de este libro a través de cualquier otro medio electrónico sin el permiso del autor. Esto es ilegal, excepto en el caso de breves citas incluidas en reseñas y otros usos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor. Para solicitar permiso, póngase en contacto con la editorial en la dirección indicada más abajo.

Este libro no ha sido creado con IA, y no autorizamos que nuestro trabajo sea usado para entrenar IA.

Tiffany Roberts

authortiffanyroberts@gmail.com

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se emplean de forma ficticia y no deben interpretarse como reales. Cualquier parecido con hechos, sitios, organizaciones o personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Portada 2020 por Sam Griffin

Traducido por Rosa Pérez Varón

✧ [Creado con Vellum](#)

*Dedicado a ti, mi hilo del corazón.
Y a todos nuestros compañeros amantes de los monstruos.*

Capítulo Uno

El túnel de la Caída Lunar estaba casi desierto cuando Ketahn lo recorrió. El suave resplandor de los hongos que crecían en la piedra tallada no podía disipar las sombras danzarinas que proyectaban las llamas verde-azuladas de la savia de la madera de espino, que ardían en cuencos tallados en las paredes del túnel. El único sonido era el de los suaves crujidos y chisporroteos producidos por el fuego.

La seda colgaba de las entradas de las silenciosas guaridas tanto en hebras sin tejer como tejidas, la mayor parte desgastada y hecha jirones. Todas las guaridas, salvo unas pocas, estaban a oscuras. Incluso las cámaras de los artesanos, que eran más amplias y abiertas, estaban desiertas.

Una brisa soplaba sobre Ketahn desde la parte delantera, llevando consigo una pizca del cálido aire de la jungla, perfumado por las dulces flores de jesán y la madera húmeda. Como siempre, hubiera preferido estar ahí fuera, vagando por la Maraña. Prefería las raíces retorcidas, las ramas nudosas y las plantas empalagosas a la piedra tallada de Takarahl y su tenue luz azul; prefería cruzar lodazales y grupos de plantas luchadoras antes que estos pasadizos llenos de ecos.

Pero hoy no tenía muchas opciones: era el Día de la Ofrenda, cuando los vrix de Takarahl se reunían en la Guarida de los Espíritus para hacer sus ofrendas a los Ocho.

Ketahn se detuvo a la entrada de una de las guaridas. La tira de seda que colgaba sobre la abertura era larga, estaba bien tejida con patrones complejos, teñida con colores vibrantes, y servía como muestra de la habilidad de su creador para todos aquellos que caminaban por el túnel de la Caída Lunar.

Con la lanza de púas apoyada en la parte superior del hombro izquierdo, Ketahn levantó una pata delantera y la extendió, apartando la seda.

La oscuridad lo rodeó, pero era una oscuridad familiar. Se deslizó dentro de la pequeña guarida, apoyando la parte inferior de la mano izquierda en la repisa de piedra que había a su lado, sin mirarla. En todos los años que el amigo de Ketahn, Rekosh, había ocupado esta guarida, nunca había dejado un solo objeto fuera de lugar. Ketahn podía orientarse en la oscuridad solo con su instinto.

Ketahn bajó su lanza, dejó caer al suelo la cuerda enrollada que tenía en el extremo romo y apoyó el arma contra la pared. A continuación, se quitó de la espalda la bolsa de piel de yatin. La sujetó entre las manos inferiores, la abrió y sacó de su interior un grueso fardo envuelto en hojas.

Tras asegurarse de que las tiras de cuero estaban bien sujetas, colocó la bolsa junto a su lanza, salió de la guarida de Rekosh y continuó adentrándose en el túnel.

Aunque el fardo era ligero, llevaba consigo un peso que no podía medirse con ninguna

balanza. Para la mayoría de los vrix, esta ofrenda les parecería generosa. Las raíces medicinales eran raras y había pocos sitios conocidos en la Maraña donde se pudieran encontrar. Las medicinas elaboradas con estas raíces curaban muchas dolencias y aliviaban el dolor. Regalar raíces medicinales era un signo de desinterés, honor y compasión.

Esperaba que enviaran un mensaje diferente a la reina.

Ketahn aminoró la marcha al acercarse a la entrada de otra guarida, esta era mucho más grande que la de Rekosh, pues había sido diseñada para albergar a una hembra y a su cría. Aunque no reconocía las hebras de seda que colgaban del arco de la entrada, sí conocía la forma de la piedra, reconocía las suaves manchas desgastadas en ella donde su madre solía apoyarse con una de sus gruesas patas delanteras cruzada sobre la otra mientras hablaba con otros vrix que habían habitado el túnel de la Caída Lunar.

Puso una mano sobre uno de esos puntos. La piedra estaba fría y dura bajo su piel, tan suave como si la hubiera acariciado un río durante cien vidas. Recordó cómo su hermana de cría, Ahnset, siempre había intentado imitar la postura de su madre. Ahnset había sido como Ishuun en miniatura, hasta en la forma de mover las piernas al caminar.

Pero Ahnset había vivido con las Colmillos de la Reina los últimos siete años. Ketahn había vivido en la Maraña durante ese mismo tiempo. Y su madre, Ishuun... llevaba muerta desde entonces. Esta guarida de incubación había sido concedida a una nueva hembra años atrás, una hembra que la usaría para criar a su prole. Ketahn y su hermana de cría no tenían ningún derecho a reclamarla.

Quitando la mano de la piedra, Ketahn continuó caminando con determinación. No había regresado a Takarahl para recordar, aunque tenía la intención de despertar a los espíritus del pasado.

Ketahn encontró a Rekosh y Urkot justo después del túnel, esperándole en una gran cámara redonda donde convergían ocho túneles separados. Los conocía desde que los tres eran crías, pero Rekosh y Urkot formaban una extraña pareja incluso a los ojos de Ketahn.

Rekosh era casi tan alto como Ketahn, su cuerpo esbelto y sus miembros delgados. Sus movimientos mostraban una gracia sin esfuerzo que se veía realzada por sus dedos, las puntas de sus garras estaban afiladas para facilitarle el trabajo. La bolsa de seda que llevaba colgada del pecho y sobre un hombro estaba repleta de lo que sin duda era su ofrenda, y Ketahn pudo ver unas cuantas bobinas de hilo en madera y agujas de hueso en sus fundas de cuero.

Urkot era casi un tercio más bajo, pero su cuerpo era robusto y poderoso. Desde que era una cría, otros vrix habían bromeado diciendo que Urkot estaba esculpido como una hembra, como si el escultor hubiera trabajado con la mitad de la cantidad normal de arcilla. Siempre parecía firme y con los pies en la tierra, aunque la ausencia de la parte inferior del brazo izquierdo le hacía parecer desequilibrado. Las partes inferiores de sus seis patas y sus tres manos estaban cubiertas de una capa de polvo de piedra que hacía palidecer su piel negra.

Con las mandíbulas abiertas, Rekosh bajó la boca y la cerró. Sus ojos rojos brillaban bajo el resplandor de los cristales de la cámara como ocho piedras de sangre.

—A estas alturas tendremos suerte de llegar al estrado y hacer nuestras ofrendas antes del próximo Día de la Ofrenda.

—Me he dado prisa —replicó Ketahn, deteniéndose junto a sus amigos. Extendió sus patas delanteras. Rekosh rozó la suya con una mientras Urkot hacía lo mismo con la otra. Los diminutos pelos de la piel de Ketahn captaron los olores de sus amigos: seda y piedra.

—Si ayer hubieras dormido bajo la piedra, ya habríamos terminado nuestra parte en esto —dijo Rekosh.

—No puedo dormir bajo de la piedra.

Las mandíbulas de Rekosh se crisparon e inclinó la cabeza.

—¿No puedes o no quieres?

—Ketahn no puede dormir sin hojas frescas metidas en su raja —dijo Urkot, golpeando el suelo con una pata. Dejó caer la mano izquierda hacia la mochila que colgaba a su lado y la ajustó, produciendo un ruido seco de una piedra contra otra desde el interior.

Ketahn chasqueó los colmillos de su mandíbula.

—Mejor hojas en mi raja que piedras.

Urkot carraspeó.

—Las piedras en lugares donde no deben estar son un pequeño problema. Ya casi ni las noto —Su humor se desvaneció rápidamente, y sus ojos, que brillaban con el mismo azul que las marcas de su piel, se endurecieron—. No deberías haber venido, Ketahn. Habría hecho una ofrenda en tu lugar.

El peso de las palabras de Urkot formó un nudo en el pecho de Ketahn, pero ahora no vacilaría en su propósito.

—Ella dejó sus deseos muy claros.

—¿Alguna vez te ha importado eso?

Ketahn golpeó el lado de su pata delantera contra la de Urkot.

—No quiero que arriesgues tu vida en mi nombre.

Las mandíbulas de Urkot subieron y bajaron vacilantes.

—Debes estar alerta, Ketahn —dijo Rekosh en voz baja. Sus marcas brillaban en rojo, contrastando con el azul de Urkot—. Ha habido susurros a lo largo de la red mientras has estado fuera.

—¿Acaso no hay siempre susurros? —preguntó Ketahn. Las raíces en su mano se sentían más pesadas que nunca, pero ignoró su peso.

—Quiere tomar un compañero.

Ketahn echó un vistazo a los túneles contiguos, cada uno de los cuales brillaba con la suave luz de los cristales y las setas espirituales. Takarahl parecía inquietantemente quieto y vacío.

—Ha tomado muchos machos —dijo—. No me preocupa si toma otro.

—Un *compañero*, Ketahn —Rekosh entrecerró los ojos—. Se rumorea que ella desea una cría propia. Solo le falta una pareja digna de engendrar sus huevos.

Apretando con fuerza las raíces, Ketahn giró la cabeza para mirar el túnel del Hilo del Corazón, que conducía a la Guarida de los Espíritus. Sabía que esta noticia llegaría tarde o temprano. Le habría llevado a cortar los últimos hilos que le unían a Takarahl hace mucho tiempo si esos hilos no fueran tan fuertes y valiosos.

La reina Zurvashi nunca había ocultado su deseo por Ketahn en los años posteriores a su guerra contra los vrix de Kaldarak. Si alguna vez pudo haberse sentido halagado u orgulloso debido a sus atenciones, las posibilidades de que así fuera estaban tan muertas como su madre, su padre y ocho de sus nueve hermanos y hermanas.

Urkot dobló sus patas delanteras hacia adentro, raspando las puntiagudas garras sobre el suelo de piedra.

—¿Aún piensas ir?

Ketahn levantó la mano para mostrar el fardo envuelto en hojas.

—Debo hacer mi ofrenda a los Ocho. Zurvashi no querrá menos.

Rekosh se inclinó hacia delante, bajando la cabeza hasta que su cara casi tocó el bulto, e inspiró profundamente. Sus ojos se abrieron de par en par y se enderezó rápidamente.

—¿Raíces medicinales?

—Ketahn, eres idiota —gruñó Urkot.

Con un gruñido, Rekosh extendió las patas delanteras y se inclinó, con los cuatro brazos abiertos. Su largo pelo negro y rojo, entretejido en una gruesa trenza, le caía sobre el hombro.

—Como siempre, Ketahn, el tiempo que pasamos contigo resulta de lo más emocionante.

—No deberías animarle —le reprendió Urkot—. Es poco probable que la reina encuentre gracioso esto.

—No se supone que le tenga que hacer gracia —replicó Ketahn.

—No mereces su ira.

—Zurvashi ha dejado claros sus deseos —espetó Ketahn, rechinando las mandíbulas—. ¡Y yo obedezco!

—Ese es el motivo de tu retraso —dijo Rekosh—. Buscabas esa raíz en la Maraña solo para fastidiarla.

Urkot miró fijamente a Ketahn, con las mandíbulas moviéndose de un lado a otro como si luchara por evitar que se le cerraran. La pregunta en sus ojos era tan clara como si la hubiera pronunciado en voz alta.

«¿Esto vale tu vida?»

—Lo he perdido prácticamente todo por su culpa —dijo Ketahn, manteniendo la voz baja a pesar de la llamarada de furia que sentía en el pecho—. Si se lleva algo más, será según mis condiciones.

Urkot soltó un resoplido y se rascó la barbilla con la punta de una garra.

—Si eso es lo que deseas, Ketahn, caminaré a tu lado.

—Yo también —dijo Rekosh—. Pero el Alto Reclamo llegará pronto. Es poco probable que perdone un rechazo este año.

—Incluso las reinas deben aprender a aceptar la decepción —Ketahn relajó las mandíbulas y abrió la boca para soltar un resoplido. El aire que le llegaba a los pulmones era frío y rancio, tan diferente del aire caliente, húmedo y fresco de la superficie—. No pretendo desperdiciar mi vida cuando tantas otras ya han sido destruidas. Solo quiero volver a la Maraña y cumplir con mi deber.

Ketahn golpeó las patas delanteras de sus amigos con los extremos de las suyas y puso las raíces medicinales en su costado.

—Por mucho que os hayáis quejado de que llego tarde, ¿dónde está Telok? Debería haber llegado antes que vosotros.

Rekosh y Urkot intercambiaron una mirada; aunque fue breve, Ketahn sabía exactamente lo que significaba.

—No ocultéis lo que sabéis —dijo Ketahn, abriendo las mandíbulas.

—Las matronas de la Caída Lunar ordenaron a Telok y a los otros cazadores que entraran en la Maraña para buscar presas frescas el pasado anochecer —dijo Urkot, con voz grave—. No se espera que regresen hasta el próximo ocaso.

Ketahn se enderezó, cerrando los puños. Ansiaba tener su lanza de púas en la mano, aunque sabía que ahora no le serviría de nada, que no le traería ningún consuelo.

—¿La noche antes del Día de la Ofrenda?

—Porque no hemos comido más que raíces y setas en los últimos tres días, por lo menos.

—No hay carne en el túnel de la Caída Lunar —dijo Rekosh—, salvo la que se pudre en los huesos de nuestros vecinos. El resto va a parar a los fogones de la reina.

La ira se expandió en el pecho de Ketahn. Los pequeños pelos de sus miembros se erizaron y

su piel palpité con una energía ansiosa. Aunque rara vez trabajaba junto a los demás cazadores, sabía que cumplían con su deber: traían carne fresca a la ciudad a diario, suficiente para garantizar que todos los vrix tuvieran algo que comer.

—¿Hablas en serio? —preguntó.

Rekosh dobló los brazos por los codos y cruzó los antebrazos en el aire delante del pecho, creando el signo de los Ocho.

Ningún vrix invocaba a los dioses a la ligera, y Rekosh rara vez lo hacía.

—Llegan los mismos susurros de todo Takarahl. Únicamente los allegados a la reina tienen carne suficiente.

Incluso cuando había sido una cría, Rekosh había poseído un talento para reunir información... y cotilleos. Ketahn nunca estuvo seguro de cómo se las arreglaba su amigo para saber todo lo que ocurría en Takarahl y todos los rumores que circulaban entre sus habitantes, pero la información de Rekosh rara vez era incorrecta.

La Maraña se acercaba al final de la actual temporada de calma. Ante la inminente temporada de lluvias, muchas de las criaturas de la jungla se encontraban en estado de migración, buscando nuevas guaridas que las mantuvieran alejadas de las aguas que asolarían el terreno. Era una de las épocas del año más propicias para la caza: más criaturas en movimiento significaba más oportunidades de matar.

No había razón para que los vrix de Takarahl sufrieran ahora una escasez de carne.

Ketahn apretó con fuerza las raíces atadas, haciendo crujir las gruesas hojas de alrededor.

—No podemos permitir que esto continúe.

—No eres el único que piensa así —dijo Rekosh.

—Silencio —siseó Urkot. Sus palabras resonaron por varios de los túneles cercanos, rebotando en la cámara en inquietantes fragmentos—. Ya nos arriesgamos bastante hablando tan libremente como hasta ahora, así que no sigáis. Su red es cada vez más amplia y está tejida de forma mucho más compleja que la tuya, Rekosh.

Rekosh y Ketahn cerraron la boca de golpe. La regañina de Urkot no disminuyó la ira de Ketahn, pero le permitió concentrarse, lo suficiente como para percibir la impotencia extrema de su rabia.

Ketahn tamborileó con los dedos sobre los segmentos superiores de sus piernas. Sus mandíbulas estaban bajas, pero no relajadas. Aunque estaba agitado, quería asegurarse de que quedaba claro que no estaba enfadado con Urkot. Juntó los antebrazos, uno al lado del otro, en un breve gesto de disculpa.

—Vamos —dijo, volviéndose hacia el Túnel del Hilo del Corazón—. Debo hacer mi ofrenda a los Ocho para que nuestra reina entienda mejor mi lealtad.

Capítulo Dos

La única señal de que Ketahn y sus compañeros avanzaban por el túnel del Hilo del Corazón eran las tallas de piedra de las paredes, representaciones de docenas de guerreros muertos hacía mucho tiempo y de las muchas reinas descendientes de la fundadora de la ciudad, la reina Takari, todas ellas desgastadas por el paso de los años. Pero la escritura en forma de telaraña de algunas de las tallas aún era legible.

Las tallas de la reina Ashai y de la Primera Colmillo Zeera también habían quedado atrás, junto con las de tantas otras reinas y campeones cuyos nombres ahora solo se recordaban en antiguos escritos guardados en los registros de la reina.

Entre las representaciones de las hembras había tallas más pequeñas, todas ellas tan descoloridas que Ketahn siempre se había preguntado si el daño había sido deliberado. Ninguna de aquellas tallas tenía una escritura que pudiera leerse, pero Ketahn siempre había notado algo interesante: la mayoría de las figuras difusas que había en ellas parecían tener seis patas en lugar de cuatro. Eso los señalaba como machos.

Pero Ketahn no recordaba haber sabido nunca de un macho que hubiera sido honrado así, que hubiera sido digno de ser recordado en el mismo espacio que las campeonas y las reinas.

El túnel era ancho y alto, con soportes de piedra a intervalos regulares a lo largo de su longitud. Grandes cristales brillaban desde sus lugares en recovecos tallados, bañando a los apretados vrix con una suave luz azul, y las hileras de seda teñida que colgaban entre los soportes se mecían con el suave flujo de aire procedente de la Guarida de los Espíritus, situada más adelante.

Cientos de vrix se apiñaban en el túnel tan estrechamente como los hilos de la tela más intrincada. Los ojos y las marcas de los machos brillaban a la luz de los cristales, creando salpicaduras de azul, verde, rojo y el rarísimo púrpura por todas partes.

Las hembras, aunque superaban en número a los machos en una proporción de dos a uno, sobresalían por encima de ellos y eran casi un segmento más altas que ellos. Aunque sus pieles carecían de marcas coloridas, la mayoría llevaban adornos llamativos: brazaletes y anillos de oro, gemas pulidas, cinturones decorados, abalorios y piezas de seda teñida de colores brillantes.

El zumbido de las conversaciones era lo bastante fuerte como para que Ketahn lo sintiera a través del suelo de piedra. Todas aquellas voces se unían para formar un sonido indescifrable, tan primario como las incesantes llamadas de las diminutas criaturas invisibles de la Maraña. Las únicas pausas en las conversaciones que rodeaban inmediatamente a Ketahn se producían cuando este se acercaba a una de las muchas Colmillos de la Reina que estaban colocadas a lo largo de las paredes.

Cada una de las Colmillos se erguía alta e imponente, con las manos derechas sujetas al eje de una lanza de guerra de punta de roca negra y ancha. Aquellas lanzas eran más largas que la altura de Ketahn. Cada una de las hembras llevaba también un garrote con colmillos en la cadera, unas armas que tenían los dientes puntiagudos de varias bestias y fragmentos de roca negra incrustados en su madera endurecida.

Ninguna de las Colmillos necesitaba ninguna de las dos armas para matar, sobre todo en un espacio tan abarrotado.

La mayoría de los demás vrix, sobre todo los machos, parecían evitar mirar directamente a las Colmillos. Las guerreras de élite solo eran una parte de la vasta red de la reina que Urkot había mencionado, pero resultaba que eran la parte más visible.

Ketahn miró a cada Colmillo a los ojos. Estas guerreras no le asustaban, aunque sabía que cualquiera de ellas podría haber provocado su fin. La mayoría de ellas le conocían. Algunas incluso habían luchado junto a él en la guerra contra Kaldarak. Pero no encontró a la Colmillo que buscaba, aún no.

Entre cada paso adelante que daba pasaban mil años, pero el ritmo no disminuía la determinación de Ketahn. Su empeño no hacía más que crecer con cada paso que se acercaba a la Guarida de los Espíritus. La misma claridad que le invadía durante las cacerías se apoderó de él, agudizando su concentración.

Su lugar estaba en la Maraña, acechando a las bestias peligrosas, explorando los lugares oscuros y húmedos a los que nunca llegaba la luz del sol, luchando entre el revoltijo de plantas y el aire caliente y pegajoso. Hoy lo dejaría claro. Se lo haría entender a la reina sin lugar a dudas.

Ni Rekosh ni Urkot dijeron nada; lo entendían tan bien como cualquiera y sabían que Ketahn no se rendiría.

Los ojos de Ketahn se desviaron cada vez más hacia delante una vez que pasaron junto a la talla de la reina Lyris, que solo se remontaba tres generaciones de la reina Takari. No podía ver muy lejos debido a las hembras de la multitud, pero había un indicio de luz más intensa más adelante.

Se estaba acercando.

Por fin pudo ver el final del túnel del Hilo del Corazón. Los huecos recortados en la pared permitían el paso de la luz de la Guarida de los Espíritus y proyectaban la enorme talla de la reina Takari sobre la entrada en un relieve llamativo.

Urkot golpeó con una rodilla una de las patas traseras de Ketahn, el gesto fue rápido y firme y su mensaje claro: estaba con Ketahn. Un momento después, Rekosh golpeó los miembros traseros de Ketahn de forma similar.

Tres Colmillos de la Reina estaban en la entrada, deteniendo a los vrix que buscaban entrar. Sus formas corpulentas estaban ensombrecidas por la luz de la caverna que tenían detrás, aunque el oro y las gemas brillaban cuando se movían.

Una de las Colmillos empujó a un macho contra la pared con una mano y le llevó otra a la cintura, ignorando el chirrido de dolor que soltó. Le arrancó algo del cinturón. El objeto era demasiado pequeño para que Ketahn lo identificara inmediatamente, no lo hizo hasta que su afilado filo captó la luz.

Era un cuchillo de roca negra, del tipo que los tejedores como Rekosh utilizaban a menudo en su trabajo. La hoja ni siquiera era lo bastante larga para abarcar la mano de la hembra; los colmillos de sus mandíbulas probablemente eran tan grandes como aquel fragmento de roca negra, si no más.

Ketahn avanzó instintivamente, inseguro de lo que pretendía hacer, pero seguro de que no

podía limitarse a observar. Tenía que actuar. Colmillo o no, ningún vrix de Takarahl tenía motivos para tratar a los demás como enemigos.

Le detuvieron una mano fuerte en su brazo y una pierna larguirucha que se extendía frente a él. Ketahn no sabía si sentirse agradecido o frustrado por la intervención de Urkot y Rekosh.

—Las armas no están permitidas en la Guarida de los Espíritus —declaró la Colmillo con una voz a la vez siseante y atronadora.

El macho se obligó a bajar las mandíbulas, inclinó la cabeza y juntó lentamente los antebrazos en señal de súplica, al menos todo lo que le permitió la opresiva mano que tenía apretada contra el pecho.

Durante unos instantes, la multitud que rodeaba la entrada permaneció en silencio, y las voces que zumbaban delante y detrás de Ketahn parecían apagadas y distantes. El aire era más denso, más pesado, y crepitaba con el mismo tipo de energía que se podía sentir en la Maraña justo antes de una tormenta eléctrica.

Una pregunta muda flotaba en el aire entre todos aquellos vrix silenciosos: ¿por qué se permitía a las Colmillos de la Reina llevar armas en aquella caverna sagrada si a nadie más se le permitía?

Otra Colmillo se unió a la primera, extendiendo su pata delantera para rozar con ella el costado de la de su compañera.

—Es una herramienta, Irekah —dijo la otra Colmillo con voz familiar. Era Ahnset—. Es un tejedor.

Irekah soltó un gruñido chasqueante y se apartó de un empujón del macho, que se tambaleó y parecía a punto de caerse hasta que Ahnset lo agarró por el brazo.

—Tejedor o no, es un necio —gruñó Irekah—, y nuestra reina no tiene tiempo para necios.

Golpeó con la parte plana del cuchillo de roca negra la palma abierta de Ahnset y se alejó para ocupar una posición centrada en la entrada.

Ahnset ayudó al macho a recuperar el equilibrio.

—¿Cómo se llama y dónde reside?

La respuesta del macho fue demasiado baja para que Ketahn pudiera distinguirla.

—No puedo permitirle que entre en la Guarida de los Espíritus con este cuchillo, Gahren —dijo, guardando la herramienta tras su ancho cinturón—, pero por los Ocho, haré que se lo devuelvan cuando acabe este día.

Gahren hizo otra reverencia con los antebrazos juntos.

—Ojalá la reina tuviera más como tu hermana de cría en sus filas —susurró Rekosh.

—Cien como Ahnset es mucho más de lo que cualquiera de nosotros merecemos —replicó Ketahn—, y, aun así, no bastaría para cambiar nada.

Ketahn observó cómo Ahnset decía algo más al macho y lo enviaba a la Guarida de los Espíritus. Iba vestida igual que sus hermanas Colmillos: brazaletes de oro en la parte superior de los brazos, tiras de cuero adornadas con cuentas rojas en las muñecas, una gargantilla de piel de yatin con grandes y finas bandas de oro que iban desde la base del cuello hasta la mandíbula. De su cinturón, decorado con oro prensado y más cuentas en forma de telaraña, colgaban tiras de seda roja. Llevaba el pelo negro trenzado y recogido en la espalda, adornado con más cuentas y anillos de oro.

Y, por supuesto, llevaba una lanza y un garrote con colmillos. Por muy amable que fuera Ahnset, era una guerrera hasta la médula, excepcionalmente hábil incluso entre la élite de la reina. Había demostrado su valía más que la mayoría en las batallas contra Kaldarak.

Ketahn se dirigió hacia Ahnset y, rápidamente se encontró frente a ella.

Sus ojos destellaban una luz púrpura por el reflejo de los cristales cercanos, y sus adornos dorados relucían.

—Hermano de cría.

Deslizó las patas delanteras hacia Ketahn e hizo una reverencia que casi le puso la cara a la altura de la suya.

Ketahn enganchó sus patas delanteras alrededor de las de ella y se inclinó hacia delante. Ambos abrieron mucho las mandíbulas mientras él inclinaba la cabeza contra la de Ahnset.

—Hermana de cría.

Las mandíbulas de ella, el doble de grandes que las de Ketahn, se cerraron ligeramente sobre las de él. Había visto a hembras —incluida Ahnset— utilizar sus mandíbulas en la batalla. No tenía duda de la fuerza que podría ejercer si quisiera hacerlo. Pero era una de las pocas vrix en las que confiaba plenamente.

Aquellos pensamientos se desvanecieron cuando el olor de ella lo envolvió, atraído tanto por el aire como por el roce de los pelos de sus patas con las de ella. Por un instante, olvidó a Zurvashi y el Día de la Ofrenda, olvidó la fría e inflexible piedra que le rodeaba, olvidó lo que pretendía hacer y las consecuencias que esperaba de ello.

Ahnset se enderezó, inclinando la cabeza para mirar a Ketahn.

—Deberías haber avisado de tu llegada a Takarahl, hermano de cría. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que te vi.

Retiró las patas delanteras, Ketahn las dobló y se arrodilló sobre sus extremidades inferiores para inclinarse, juntando los antebrazos.

—Lo siento, Ahnset. La Maraña me ata con más fuerza cada vez que me adentro en ella.

Ella golpeó el suelo con la base de su lanza.

—Que los Ocho mantengan sus muchos ojos sobre ti, Ketahn, y se aseguren de que no llegue el día en que la Maraña se niegue a liberarte.

Al levantarse, Ahnset desvió la mirada para mirar por encima de él.

—Rekosh, Urkot. También me alegro de veros.

—Ahnset —dijeron los dos machos al unísono.

Sus mandíbulas y sus ojos se relajaron. Ketahn casi podía fingir que todo era como había sido mientras fueron crías, antes de que sus vidas se hubieran complicado por las exigencias de Takarahl y su reina.

—Aunque lamento negarte el placer de ponerme contra la pared, Ahnset, debo decirte que me dejé el cuchillo en mi guarida —dijo Rekosh, inclinándose hacia delante, lo que hizo que las marcas rojas de su espalda brillaran un poco más.

Ahnset carraspeó suavemente.

—Como siempre, Rekosh, estoy segura de que encontraré motivos para hacerlo mientras sigas hablando.

Las mandíbulas de Rekosh se crisparon y sus patas delanteras tamborilearon en el suelo.

—Es emocionante que otro te conozca tanto.

A Ahnset se le escapó otro resoplido. Luego ajustó la empuñadura de sus manos derechas a lo largo del mango de su lanza, levantó la barbilla y cuadró los hombros. Bajó la mano izquierda y enganchó el pulgar en el cinturón, justo por encima del garrote.

No importa cuántas veces lo viese Ketahn, la transición de Ahnset de cariñosa hermana de cría y amiga a Colmillo de la Reina siempre le sorprendía.

—Sean bienvenidos en nombre de la reina Zurvashi tes Kalaa'ani Ul'okari, reina de Takarahl y guardiana de los cristales ancestrales—entonó—. Nuestra reina les ruega que hagan ofrendas a

los Ocho para que nuestra ciudad siga siendo próspera.

Urkot se acercó y se inclinó en una reverencia, con los brazos entrecruzados en el gesto de los Ocho que, para él, siempre estaría incompleto. Rekosh y Ketahn hicieron lo mismo.

Ahnset desvió la mirada hacia Irekah. Acercando su cabeza a la de Ketahn, susurró:

—Cuando hayas hecho tu ofrenda, sal a toda prisa por el túnel de las profundidades. No te entretengas. La reina está hoy de mal humor.

Mientras Ketahn y sus compañeros pasaban junto a Ahnset, su pensamiento cobró vida gracias a un leve susurro de Rekosh.

—¿Acaso ella tiene otro humor?

La intensidad de la luz de la Guarida de los Espíritus golpeó a Ketahn antes de que pudiera responder. Entrecerró los ojos contra el resplandor, y la caverna se fue enfocando poco a poco. Por mucho que le hubiera llegado a disgustar estar bajo la piedra, Ketahn siempre sentía una oleada de asombro cuando entraba en esta caverna.

El techo era tan alto que se perdía en una oscuridad brumosa y azulada, una oscuridad a la vez rota y realzada por la luz del sol que entraba a raudales por el agujero situado en el vértice del techo. Desde el suelo, ese agujero parecía demasiado pequeño incluso para que pasara una cría, pero Ketahn se había asomado a él desde la superficie. Tenía al menos cinco segmentos de diámetro, lo suficientemente grande como para tragarse a la hembra más grande con espacio de sobra. Mirar a través de ese agujero en la oscuridad de la noche para ver los cristales azules brillar muy al fondo había sido una experiencia impresionante.

Ahora esos cristales de múltiples formas captaban la luz del sol y la hacían estallar, rociando de arcoíris las paredes de la caverna y la piedra. Las formaciones de cristal se erguían por toda la caverna, algunas de ellas más grandes que Ketahn; crecían desde el suelo, colgaban del techo y sobresalían de las paredes. Piedras talladas rodeaban esos cristales en muchos lugares, aprovechando su luz para dejar clara la escritura grabada por todas partes.

Aquí estaban grabadas las historias de Takarahl, sus reinas y los Ocho, a disposición de todos los vrix para su lectura, aunque algunas secciones habían estado bloqueadas desde que Ketahn podía recordar para que los talladores de piedras pudieran reparar el desgaste que habían acumulado a lo largo de los años.

Ketahn nunca había visto a ningún tallador de piedra trabajando en esas zonas, y Urkot nunca había conocido a otro que afirmara haberlo hecho. Solo había un trabajo de talla de piedra en curso en la Guarida de los Espíritus: una nueva estatua que había ido tomando forma en los últimos años.

Aquí no solo había tallas, había estatuas y esculturas, de las cuales la más destacada representaba a la reina Takari en piedra, de diez segmentos de altura. Estaba rodeada por ocho pilares que se alzaban sobre ella, cada uno de los cuales portaba ocho ojos de piedra preciosa.

Los ojos de los Ocho, que miraban a Takari para que cumpliera su juramento.

La estatua de Zurvashi sería el doble de alta cuando estuviera terminada.

Las viejas historias decían que la reina Takari había descubierto la Guarida de los Espíritus cuando guiaba a su pueblo exiliado en busca de un santuario. Había caído a través de las zarzas que habían crecido sobre el agujero superior y, por la gracia de los Ocho, había aterrizado ilesa. Había sido su voluntad la que la había guiado hasta este lugar, su voluntad la que la había protegido.

Una vez completada la estatua de Zurvashi, cualquier cosa que cayera por el agujero probablemente no sería atrapada por los dioses, sino por sus gigantescas manos de piedra.

Aquellas historias afirmaban que la reina Takari había sentido aquí a los espíritus de sus

antepasados. Ella había jurado proteger la Guarida de los Espíritus a partir de ese día, y había jurado a toda su estirpe mantener ese deber sagrado. Se había convertido en la primera guardiana de los cristales ancestrales.

Pero Ketahn nunca había percibido ningún espíritu en esta caverna. Tal vez se debiera a que la última de la estirpe de la reina Takari, descendiente de incontables generaciones, había sido asesinada por Zurvashi en esta misma caverna dieciséis años atrás.

La reina Zurvashi estaba de pie sobre la parte superior de una amplia plataforma de piedra en el centro de la caverna, respaldada por altísimas columnas, arcos tallados, estandartes colgantes, dos de sus Colmillos y un único Garra de la Reina, uno de los machos que servían como sus cazadores y exploradores personales.

Los tirabuzones adornaban las pequeñas trenzas en las que se había dispuesto el pelo de Zurvashi, y su cinturón hacía que el de Ahnset pareciera sencillo. Llevaba tanto oro que parecía emitir su propia luz. Todo ese metal —junto con sus numerosos abalorios y gemas— estaba pulido hasta relucir. Donde no llevaba metal, su cuerpo estaba envuelto en pura seda púrpura, parte de la cual era tan larga que colgaba sobre sus patas traseras y rozaba el suelo.

No se movía, salvo el ocasional movimiento de sus mandíbulas o patas delanteras, observando con inquietante indiferencia a los vrix que hacían sus ofrendas a los oradores de espíritus cercanos. Cuando se trataba de la reina, su aburrimiento era peligroso.

Ketahn se hundió en una postura más baja, poniéndose a la altura de la mayoría de los machos cercanos, y continuó siguiendo la procesión. Los vrix se dirigían hacia la plataforma central desde cuatro túneles diferentes, guiados por las Colmillos situadas a intervalos regulares.

Los oradores de espíritus iban envueltos en seda y se movían a lo largo de la tarima, sus vaporosas vestiduras blancas daban una sensación de suavidad y gracia a sus grandes cuerpos. Recogían las ofrendas de los vrix que se acercaban y daban bendiciones a cambio. Solo la Alta Oradora Valkai, que era la única que llevaba unas elaboradas bandas de oro alrededor de los brazos y el cuello, no estaba recogiendo ofrendas. Permanecía de pie bajo a la reina, con los brazos doblados y los antebrazos cruzados en el signo de los Ocho.

A Ketahn le pareció que ella evitaba mirar nada directamente, sobre todo a los machos con cinturones amarillos y tiras de corteza aplastadas que estaban junto a los oradores de espíritus, es decir, los escribas de la reina, que anotaban el nombre y la ofrenda de cada vrix presente.

Ketahn echó un vistazo a la estatua inacabada que había cerca, que ya se erguía más grande que nada en la caverna a pesar de carecer de dos brazos y una cabeza. Se encontró de repente dividido entre su ira y sus ganas de marcharse, de volver a la jungla, de adentrarse más que nunca en la Maraña sin dejar ni un hilo deshilachado para que lo siguiera ningún Garra de la Reina.

Otro golpecito significativo llegó de Urkot, seguido de otro de Rekosh. Solamente quedaban ocho vrix entre Ketahn y el estrado; tal vez habría tomado ese número como una señal más que como una inevitabilidad si su atención no estuviera ocupada en otra cosa.

La reina se agitó.

Los ojos de color ámbar de Zurvashi brillaron tan intensamente como sus adornos metálicos cuando dirigió su mirada hacia Ketahn. Se había enfrentado a bestias sedientas de sangre que no parecían ni la mitad de depredadoras que la reina. Sus mandíbulas se abrieron de par en par y se elevaron, y su boca se entreabrió lo suficiente para que su lengua se deslizara y trazara una de las puntiagudas puntas de su mandíbula superior.

Giró la cabeza y habló con la más cercana de sus Colmillos: La Primera Colmillo Korahla, la jefa de sus guerreras de élite.

El Primer Garra Durax observaba el intercambio desde detrás de las hembras con sus ojos azul pálido entrecerrados. Cuando la reina hubo terminado, Durax giró la cabeza para mirar fijamente a Ketahn. Una de sus manos bajó para aferrar el mango del hacha de roca negra que llevaba al cinto.

Korahla avanzó a grandes zancadas, se detuvo al borde del estrado y golpeó con la base de su lanza en la piedra, haciendo un ruido sordo que resonó en toda la caverna.

—Ketahn tes Ishuun'ani Ir'okari, acérquese al estrado para que nuestra reina pueda honrarle aceptando su ofrenda.

Ketahn era consciente del silencio que se había apoderado de la Guarida de los Espíritus; la caverna estaba tan silenciosa que podía oír el aire que entraba por el agujero de arriba con tanta claridad como lo sentía en sus finos cabellos y su piel. Algunos lo llamarían valentía, otros una insensatez, pero él no sentía miedo y no dudó en avanzar.

La mirada profunda y hambrienta de la reina no le intimidó. Solo lo llenó de nueva determinación.

—¿Por fin aprendes cuál es tu lugar, Ketahn? —preguntó Zurvashi, con voz grave y vibrante.

—Mi reina exigió mi presencia —Ketahn se detuvo en la base del estrado, inclinando la cabeza hacia atrás aún más de lo habitual para sostenerle la mirada.

—Ketahn, dulzura, aún no te he exigido nada —Sus mandíbulas chasquearon la una con la otra, sus puntas se tocaron antes de volver a separarlas—. Cuando por fin lo haga, no parecerás tan engreído.

—Como digáis, mi reina —gruñó él, sin evitar apenas que se le erizara la piel ante la verdad de sus palabras.

—Nunca entenderé por qué eliges las penurias de la Maraña antes que los lujos de Takarahl —Zurvashi levantó la parte superior de los brazos, girando las manos para que las palmas dieran la espalda a Ketahn. El oro y las gemas de sus muñecas y el dorso de sus manos destellaron con un reflejo cegador—. Mi petición sigue en pie, Ketahn. Conviértete en mi cazador jefe. Lidera a los Garras de la Reina. Sería un uso mucho más sensato de tus habilidades.

Durax se adelantó gruñendo, con las mandíbulas abiertas y la mano levantada como si estuviera a punto de lanzar su hacha.

—Mi reina, no puede elegir a este gusano de la jungla para...

Zurvashi movió una mano hacia Durax, sin mirar siquiera en su dirección. La boca del Primer Garra se cerró de golpe y soltó su arma. Bajó la mirada mientras retrocedía un paso.

Ketahn exhaló lentamente. El aire que aspiró a continuación estaba cargado de olores de la jungla, pero se vieron superados por el embriagador aroma de Zurvashi, una particular fragancia femenina que le llegó a un nivel instintivo muy por debajo de su mente consciente.

Su olor nunca le había dominado; hoy tampoco lo haría.

—Con todo mi respeto, mi reina —tomó el fardo de hojas entre sus manos inferiores, levantándolo hacia ella—, solo pretendo dar las gracias a los Ocho. Por permitirme vivir durante el reinado de la mayor reina que Takarahl haya conocido jamás.

Sus mandíbulas chasquearon, golpeando sus colmillos con fuerza suficiente para haber aplastado el cráneo de Ketahn. Se elevó más, y su sombra, proyectada por el rayo de sol que entraba desde arriba, se alargó sobre la piedra del estrado.

—No eres ni la mitad de listo como para ocultar tus insultos con elogios fingidos y hacer que pasen desapercibidos, Ketahn —rugió.

Unos débiles temblores se deslizaron por el suelo de piedra mientras ella se acercaba a él.

Descendió hasta situarse justo por encima de Ketahn, cerniéndose sobre él como una nube de

tormenta sobre una jungla ya inundada.

—Presenta tu ofrenda, para que pueda decidir mejor tu destino.

Su olor era aún más fuerte ahora, y los trozos de seda que colgaban de su cinturón se habían caído a un lado para revelar la larga línea de su abertura, que estaba justo por encima del nivel de sus ojos.

Apretando la boca, forzó sus mandíbulas hacia abajo, echó hacia atrás los miembros traseros y se inclinó. Desenredó el fardo con las manos superiores.

—Le ofrezco el mismo regalo que le hice hace siete años, mi reina.

Las hojas se separaron para dejar al descubierto las raíces medicinales, que aún rezumaban sus jugos purpúreos.

—Lo bastante frescas para los maestros teñidores de mi reina —dijo Ketahn, manteniendo su mirada clavada en la de Zurvashi.

Ella entrecerró los ojos, y su piel se estiró mientras sus músculos se tensaban. Una de sus piernas se deslizó hacia delante, pero Ketahn no retrocedió ni un palmo. La garganta de la reina emitió un siseo grave. Las Colmillos que la flanqueaban avanzaron, apuntando con sus lanzas. A un gesto de Zurvashi, se detuvieron dos segmentos antes de llegar al borde del estrado.

—Perdóneme, mi reina —dijo Ketahn—, pero lo había olvidado. Su tono favorito requiere algo más.

Ketahn juntó la parte superior de sus brazos y clavó una garra en su palma izquierda. Se hundió profundamente. El dolor era lejano y, sin embargo, extrañamente emocionante; no se le escapaba que podría haber sido una de las últimas sensaciones de su vida.

La sangre brotó alrededor de su garra. Giró la mano y dejó que la sangre goteara sobre las raíces medicinales. Las gotitas de color rojo oscuro se mezclaron con los jugos púrpuras, creando manchas de color más oscuro.

Las mandíbulas de la reina se apretaron. El roce de sus colmillos entre sí era el único sonido en toda la caverna.

—Cosas así no pueden quedar impunes, Ketahn —dijo, con su voz como un gruñido grave que vibró a través de sus finos pelos. Ella se inclinó hacia delante y extendió una mano, arrebatándole las raíces.

Su corazón se aceleró y la tensión onduló por su cuerpo. El miedo brotó de sus entrañas, caliente e inquietante, pero eso nunca le había detenido.

Zurvashi apretó las raíces en su puño. Un jugo púrpura corrió por su piel y salpicó el suelo entre las patas delanteras de Ketahn, al que se unieron unas gotas frescas de su sangre.

Se inclinó aún más, apoyando sus gruesas y poderosas piernas a ambos lados de Ketahn. Su calor palpitaba en él y su aroma lo envolvía como un capullo, impregnado aún más de su deseo.

El miembro de Ketahn se agitó detrás de su abertura. Apretó la mandíbula ante esa sensación, negándose a provocarle tal reacción.

—Provocas mi ira, Ketahn.

Sus brazos inferiores le rodearon, y sus grandes garras rozaron su espalda lo bastante suave como para que casi se estremeciera.

Mantuvo las mandíbulas bajas. Si ella pretendía acabar con él ahora, no habría forma de detenerla, pero él era lo bastante rápido, al menos, como para infligirle algún daño antes de que se acabara.

—Por muy listo que te creas, ¿no te das cuenta de lo que estás consiguiendo? —preguntó ella.

Los cierres de Ketahn se apretaron más contra su pelvis, pellizcando su abertura con más

firmeza mientras la unión se abultaba con la insistente presión de su miembro. Él le sostuvo la mirada sin vacilar.

—No lo sabes —continuó ella con un chasquido. Una de sus manos se levantó de repente y le agarró el pelo en un puño, tirando de él para obligarle a echar la cabeza hacia atrás—. Cada uno de tus actos de desafío, Ketahn, sirve como prueba de que vas a ser mi compañero. Solo tú eres digno de ese honor.

Ketahn era consciente de los ojos sobre él: docenas, cientos, los ojos de todos los vrix de Takarahl, quizá incluso los ojos de los Ocho. Pero solo podía ver los de Zurvashi.

—Pero usted no es digna, Zurvashi —le dijo.

El agarre de ella a su pelo se fortaleció, produciéndole un agudo dolor en la cabeza, y sus garras presionaron lo suficiente contra su espalda como para amenazar con atravesarle la piel.

¿Había venido aquí a buscar su muerte? ¿Poseía un ansia, escondida en algún lugar de los recovecos ocultos de su mente, donde sus secretos más oscuros estaban envueltos en telarañas que ni siquiera él podía penetrar, de encontrar su fin?

—¿Hago mi reclamo, entonces? —susurró ella, acariciando los lados de sus mandíbulas arriba y debajo de su cuello—. ¿Te pongo a prueba de una vez por todas, mi dulce Ketahn, y te demuestro que la elección siempre ha sido, y seguirá siendo, siempre mía?

—Ni siquiera usted, mi reina, puede tener todo lo que desea —replicó.

—A pesar de toda tu destreza y habilidad, Ketahn, te falta comprensión —los colmillos de su mandíbula le rasparon el cuello, produciendo un escozor seco—. Soy la única que obtiene lo que desea... siempre.

Las extremidades delanteras de Ketahn se curvaron, y sus garras rastrillaron el suelo. Se esforzó por expandir su conciencia, por poner parte de su atención en lo que le rodeaba y en los numerosos espectadores, o en los cristales, el trabajo de la piedra, en cualquier cosa, pero Zurvashi acaparó toda su atención.

—Que los Ocho le bendigan, mi reina —dijo secamente—, y se aseguren de que reciba todo lo que se merece.

Sus corazones bombeaban salvajemente mientras Zurvashi le miraba fijamente a los ojos. Sus colmillos se detuvieron justo debajo de su mandíbula, sus puntas mortales descansaban contra la suave y vulnerable piel de ahí. Finalmente, lo apartó de un empujón. Ketahn se mantuvo erguido separando sus seis patas para adoptar una postura más amplia.

—Disfruta de la Maraña, Ketahn —dijo ella, dándose la vuelta y mostrando desdeñosamente el dorso de sus manos—. Tu tiempo allí pronto llegará a su fin. Y recuerda los hilos que te unen a esta ciudad. No dudaré en cortarlos uno a uno si me das motivos.

Una mano fuerte y áspera aprisionó la parte superior del brazo de Ketahn.

—Muévete, maldito estúpido —retumbó Urkot.

Ketahn tiró de su brazo y miró fijamente a la reina hasta que esta hubo ocupado su lugar en la cima del estrado. Cuando su atención se dirigió hacia él, cruzó los antebrazos uno sobre otro e inclinó la cabeza.

Ella respondió levantando la mirada para mirar más allá de él.

—Ya has hecho bastante —susurró Rekosh, dando unos golpecitos en la pata trasera de Ketahn—. Por mucho que admire la forma en que has hecho tu declaración, es mejor no entretenerse.

Ketahn apenas sentía nada mientras él y sus amigos caminaban hacia el túnel de las profundidades. Sus corazones no se relajaron, incluso cuando se reanudó el suave sonido de la conversación, y sus músculos permanecían rígidos e inquietos. Pero no le quedaba nada más: ni

orgullo ni satisfacción, ni miedo ni alivio, ni presentimiento ni esperanza.

—Zurvashi tes Kalaa'ani Ul'okari —llamó una hembra, su voz retumbó en la cámara—. Le desafío bajo los óctuples ojos de los dioses. Su reinado terminará este día, y Sathai tes Sorak'ani Tok'okari se convertirá en la nueva reina de Takarahl.

Chasquidos y murmullos recorrieron la multitud como el viento entre las ramas de la jungla.

Deteniéndose, Ketahn giró para mirar al estrado; Rekosh y Urkot hicieron lo mismo.

Las dos Colmillos que habían estado flanqueando a Zurvashi se habían adelantado para apuntar con sus lanzas a la retadora, una hembra con la piel llena de cicatrices y solo unos pocos restos de adornos. Durax se interponía entre las Colmillos y la reina, hacha en mano, como si no le superaran por completo las hembras que le rodeaban.

Sathai tenía las mandíbulas levantadas y los brazos a los lados, lo que la hacía parecer aún más grande. Miraba directamente a Zurvashi, más allá de las puntas de roca negra de las lanzas que estaban a un palmo de su cara.

—Un Día de la Ofrenda lleno de acontecimientos —dijo Rekosh—. Quizá tu exhibición fue inspiradora, Ketahn.

Las mandíbulas de Ketahn se crisparon. Cruzó los brazos sobre el pecho mientras sus finos pelos se erizaban de nuevo; aún podía oler a Zurvashi, lo que le hacía añorar más que nunca el espeso aire de la jungla.

—Espero que te equivoques, Rekosh. No es necesario que más vrix mueran sin sentido.

—¿Pero habría estado bien que tú lo hubieras hecho? —preguntó Urkot, cruzando la parte superior de sus brazos para imitar la postura de Ketahn. Su brazo inferior cruzó su torso para poder posar su mano sobre la piel cicatrizada de su costado.

—No hace falta que veamos esto —respondió Ketahn, intentando ignorar el escozor de las palabras de Urkot—. Como dijo Rekosh, es mejor que no nos entretengamos.

—Este puede ser el desafío que lo cambie todo —dijo Rekosh con demasiada emoción—. Debemos dar testimonio.

La reina levantó una mano. Incluso desde la distancia, Ketahn pudo ver el jugo púrpura que manchaba su piel, y un poco de su sangre oscura mezclada con ella.

La Alta Oradora se movió de su sitio, con sus largas envolturas de seda arrastrándose por el suelo. La tela ondulante parecía cambiar de color a la luz del arcoíris de los cristales.

—Su desafío es reconocido por la mirada óctuple, Sathai tes Sarak'ani Tok'okari —dijo con una voz alta y clara que, sin embargo, reverberó por toda la caverna—. Los Ocho dan testimonio. Nuestros antepasados dan testimonio. Takarahl da testimonio.

La reina Zurvashi emitió un gruñido áspero y siseante y chasqueó las mandíbulas. Las Colmillos del borde del estrado se retiraron, alejándose varios segmentos de la reina. Durax hizo lo mismo, pero solo tras una larga vacilación que le valió una mirada fulminante de la reina.

Zurvashi pisó la piedra y extendió los brazos.

—Ven entonces, Sathai. Añade tu nombre a la lista de mis retadoras vencidas.

La otra hembra subió al estrado con suavidad. Sus patas traseras se flexionaron y su piel se tensó. Ketahn reconoció las cicatrices que llevaba: habían sido causadas por lanzas, cuchillos, garrotes, garras y colmillos.

—Larguémonos —insistió Ketahn.

—¿Y si los Ocho finalmente entran en acción, Ketahn? —preguntó Urkot—. ¿Y si les has obligado a hacerlo? Esto... esto podría ser justicia.

La nota de esperanza en la voz baja de Urkot casi quebró a Ketahn. No se atrevía a decir lo que sabía que era cierto: este desafío no sería diferente de cualquier otro.

Sathai se levantó hacia atrás, balanceándose sobre sus patas traseras para levantar las delanteras del suelo en un alarde de tamaño y fuerza. Sus mandíbulas se abrieron de par en par y respondió al gruñido previo de la reina con uno propio.

La retadora cargó. La reina se movió, únicamente cuando Sathai chocó contra ella, desplazando su enorme cuerpo a un lado con engañosa rapidez mientras agarraba a la aspirante.

Zurvashi se retorció, redirigiendo el impulso de Sathai lo suficiente como para romper su equilibrio. Mientras caía pesadamente al suelo, Sathai se aferró a la reina, arrastrando a Zurvashi con ella.

Dos de los puños de Sathai se estrellaron contra la cara de Zurvashi en rápida sucesión, los golpes sordos del impacto resonaron en la caverna, por lo demás silenciosa. Todos los ojos estaban puestos en aquel estrado, y parecía que la misma sensación de anhelo y esperanza que Ketahn había oído en las palabras de Urkot retumbaba en el aire. El destino de Takarahl pendía de un único hilo deshilachado.

Pero todos lo sabían. *Tenían* que saberlo. Desde que reclamó el gobierno de Takarahl, Zurvashi se había enfrentado al menos a diez desafíos de este tipo... y antes de hacerse con el título de reina, había sido la Primera Colmillo de la gobernante anterior.

La propia Zurvashi había liderado a sus Colmillos en la batalla contra Kaldarak.

La reina presionó las puntas de dos de sus piernas contra el suelo y rodó sobre su retadora, con los adornos dorados tintineando. Enrollando sus otras piernas alrededor del medio de Sathai, Zurvashi martilleó con sus puños la cara y el torso de su retadora, utilizando la parte inferior de sus brazos para desviar los intentos de Sathai de protegerse. Las defensas de Sathai se desmoronaron y se oyó un crujido húmedo cuando la reina asestó su siguiente golpe.

Ahora Zurvashi tenía más de una mano ensangrentada.

Sin contemplaciones, Zurvashi agarró la cabeza de Sathai, la apartó de un tirón e hizo descender sus mandíbulas alrededor de la garganta de la hembra derrotada.

Ketahn cerró los puños inútilmente.

El sonido de las mandíbulas de la reina cerrándose hizo que el crujido húmedo de un momento antes pareciera leve y sin importancia; era un sonido que Ketahn había oído demasiadas veces en su vida, pero nunca había podido quitárselo de la cabeza por mucho que lo intentaba. El cuerpo de Sathai se puso rígido. Sus patas se enroscaron hacia sus miembros posteriores, sus garras rastrillaron el suelo y luego se quedó quieta.

Zurvashi agarró el largo pelo de la cabeza de Sathai con una mano y la barbilla de la aspirante con otra. Tiró de la cabeza hacia arriba y la giró hacia un lado. El músculo, la piel y el hueso que sujetaban la cabeza de Sathai a su cuerpo cedieron tras dos latidos. La sangre oscura se acumuló sobre el estrado y salpicó la piedra mientras la reina se alzaba.

La Alta Oradora Valkai mantuvo la mirada apartada de la escena. Sus coberturas de seda ondularon como si se hubiera estremecido, y levantó la tela con las manos inferiores para que no tocara la sangre que se desparramaba.

—Los Ocho han dado a conocer su voluntad. El rito sagrado ha concluido. Largo reinado de Zurvashi, reina de Takarahl y guardiana de los cristales ancestrales.

Zurvashi volvió su rostro hacia Ketahn, encontrándose con su mirada y sosteniéndola durante un momento. Luego arrojó la cabeza cortada a un lado y regresó a su lugar en la parte más alta del estrado.

—Proseguid.

Los oradores de espíritus reanudaron apresuradamente su recogida de ofrendas mientras un par de Colmillos marchaban hacia delante para recoger los restos de Sathai.

Durax miraba fijamente a Ketahn desde su lugar al lado de Zurvashi, con las mandíbulas crispadas. Aún sostenía su hacha en la mano.

—Tejedor, protégenos —dijo Urkot, con la voz cargada de pena y desesperación.

—Tejedor, cúbrenos —dijo Rekosh, con la voz cargada de decepción y frustración.

—Los Ocho no tienen poder aquí —gruñó Ketahn, volviéndose hacia el túnel de las profundidades—. No mientras ella gobierne.

Capítulo Tres

La Maraña respiraba alrededor de Ketahn. Las hojas susurraban, las ramas crujían y las lianas se balanceaban perezosamente, moviéndose como si el aire fuera tan espeso como la mugre del fango. Las ramitas caían aquí y allá, chasqueando, crujiendo y agitando más hojas. Criaturas invisibles emitieron sus llamadas de advertencia, de apareamiento, y de hambre.

Rayos de luz teñida de naranja atravesaban el follaje en algunos lugares, pero pocos conseguían llegar hasta el suelo de la jungla. Las sombras entre los poderosos troncos de los árboles y sus revueltas raíces y ramas eran ya muy profundas. El sol iluminaría el cielo durante un rato más, pero en el interior de la Maraña era casi de noche.

Ketahn se arrastró por las gruesas ramas a gran altura sobre el suelo, sabiendo muy bien que ni la altura ni la distancia podrían limpiar el malestar que bullía en él desde los sucesos acaecidos anteriormente en la Guarida de los Espíritus.

Ya no estaba en Takarahl. Ahora podía respirar más tranquilo, podía volver a la vida que había elegido, la vida que le resultaba más satisfactoria...

Pero no podía evitar imaginarse largos hilos, cada uno delgado y delicado, relucientes de un color plateado bajo la luz tenue, corriendo desde sus brazos y piernas de vuelta a la ciudad. Casi podía sentir su atracción. Hace mucho tiempo, había muchos más de esos hilos, y habían sido muy fuertes juntos... igual que los tallos eran más fuertes unidos entre sí.

La amenaza de Zurvashi no era nada nuevo. Ketahn siempre había sabido que su conexión con Takarahl —a través de los vrix que cuidaba— estaba a merced de la reina. Sin embargo, el recordatorio había sido como una brasa humeante en su pecho mientras recorría los pasillos serpenteantes a su regreso al túnel de la Caída Lunar.

Había persistido mientras recogía sus pertenencias de la guarida de Rekosh, y se había reforzado cuando se separó de sus amigos y se dirigió hacia la salida más cercana de la ciudad.

Incluso ahora, después de viajar cientos de segmentos lejos de Takarahl, no se había librado de esa sensación.

Acomodando la lanza de púas en su antebrazo, saltó de la rama y echó los brazos hacia delante para agarrarse a una rama cercana. Su mitad inferior se balanceó por debajo de él, colgando brevemente en el vacío. Su estómago se encogió, pero se levantó, enganchando las patas traseras en la parte inferior de la gruesa rama para encontrar apoyo adicional. Clavó las garras en la corteza y se detuvo para despejar su mente. Cualquier distracción en la Maraña, aunque solo fuera en su mente, multiplicaba por ocho el peligro.

Ketahn se obligó a seguir adelante, seleccionando con cuidado su camino a lo largo de la extensa rama. Su guarida no estaba lejos; ya había recorrido la mitad del trayecto que lo separaba

de la ciudad. La opción más sabia habría sido ir allí y descansar, dejando que la soledad y el aislamiento lo calmaran hasta que pudiera despojarse de sus preocupaciones.

Hoy no parecía ser buen día para tomar buenas decisiones.

Siguió adentrándose en la Maraña, más allá de su aislada guarida, para buscar consuelo en la caza. Las sombras se espesaban rápidamente a medida que el sol, oculto a Ketahn por la densa vegetación de la jungla, continuaba su caída en el reino de los espíritus y la oscuridad.

Nuevas fuentes de luz aparecieron en ausencia del sol, primero en los huecos y recovecos más profundos y luego extendiéndose con la llegada de la noche. La visión de Ketahn se agudizó. Los ojos Vrix eran mejores en la penumbra de la jungla nocturna, absorbiendo la suave luz.

Las flores de jesán emitían su pálida luz púrpura al florecer en la oscuridad, tiñendo de un color nuevo las hojas de sus enredaderas. Grupos de setas brillaban en verdes y amarillos en el suelo y a lo largo de los troncos de los árboles. Las amplias hojas de los árboles de la canción de los espíritus emitían su luz azul intenso, lo bastante brillante solo para distinguirse de la oscuridad más profunda. Al igual que los cristales de la Guarida de los Espíritus, se decía que aquellos árboles albergaban espíritus en su interior, y los vrix evitaban dañarlos, pues un espíritu enfurecido era algo peligroso que no podía vencerse con ninguna arma.

Con el cielo encapotado, los árboles y sus ramas parecían las paredes y el techo de una vasta caverna atestada de plantas, pero carecían del aire opresivo de los túneles de Takarahl.

Ketahn acechaba entre las ramas, con los ojos escrutando sin cesar su entorno, y escuchaba los sonidos nocturnos de la Maraña. La oscuridad había sido precedida por las llamadas de criaturas solitarias, y las bestias que normalmente no se movían durante el día ahora añadían sus voces a la noche.

El aire estaba pesado y en calma, y el murmullo de las hojas se silenciaba. Ketahn había pasado tantas noches así en la jungla, tantas noches de aire cálido bajo cielos pacíficos, tantas noches apreciando en silencio el mundo que le rodeaba. Los altísimos árboles y sus poderosas raíces le recordaban que siempre había cosas más grandes: tanto los vrix machos como las hembras eran pequeños comparados con la Maraña. La maleza y las enredaderas, las hojas y las ramas, las setas y las flores eran, a su manera, signos de algo superior.

Tal vez fueran señales de los Ocho, que, según los cuentos, habían forjado este mundo. Quizás fueran muestras de la perseverancia de la vida, o tal vez fueran ambas cosas. A Ketahn poco le importaba la respuesta.

Solamente aquí podía dejar de lado el pasado. Solo aquí podía imaginar algún tipo de futuro.

La llamada de una bestia se elevó por encima del resto, alta y oscilante, a medio camino entre un aullido y un silbido.

Deteniéndose, Ketahn giró la cabeza para escuchar, y los finos pelos de sus patas se erizaron para percibir mejor el aire. Con poco viento, solo podía oler las plantas que le rodeaban. Pero aquella llamada había venido de cerca, de unos cientos de segmentos como mucho. Y la había hecho un soota. Sus pieles eran extraordinariamente flexibles y su carne muy sabrosa y tierna.

¿Qué mejor manera de regresar a su guarida que con un soota recién desollado y trinchado?

Pasó su lanza a una de sus manos superiores, se aseguró de que su bolsa estuviera bien sujeta a su espalda y modificó su rumbo para seguir la llamada del soota, orientándose hacia la cima soleada, la dirección desde la que el sol saldría al amanecer para reanudar su batalla contra la oscuridad.

Aquella llamada había procedido de cerca de un lugar que los demás cazadores evitaban, un lugar del que se decía que estaba embrujado por espíritus malévolos que no eran amigos de los

vrix. A Ketahn siempre le había parecido que la zona que lo rodeaba era un terreno de caza abundante. En su centro había un lugar que el sol nunca tocaba, un lugar donde la oscuridad brotaba desafiando a la luz, un enorme foso que devoraba todo lo que caía en él.

La llamada se oyó dos veces más antes de que Ketahn vislumbrara al soota. Estaba en lo alto de los árboles, incluso más alto que él. Su piel lisa, cubierta de un suave pelaje gris azulado, brillaba bajo el tenue resplandor de las glándulas rojas situadas detrás de sus grandes ojos amarillos, a ambos lados de la cara.

Ketahn se detuvo a la sombra de un árbol, observando a su presa. El soota levantó las patas delanteras de la rama, se elevó sobre sus dos patas traseras y volvió a llamar, hinchando brevemente la garganta y mostrando un brillo rojo al hacerlo.

La soota bajó de nuevo y avanzó a trompicones, agarrando con facilidad las ramas que la rodeaban con sus garras ganchudas.

Se dirigía directamente hacia el foso.

Con cuidado, Ketahn subió más alto. A medida que ganaba altura, la luz tenue de las estrellas se abría paso a través de las copas de los árboles y caía sobre él, haciendo que sus marcas resplandecieran de color púrpura.

Se movió en la dirección que había tomado el soota con aún más cautela, probando cada rama y liana antes de confiarles siquiera un poco de su peso. Aquí las plantas eran más delicadas, no solo porque eran más finas, sino porque estaban más expuestas al viento.

Pronto, Ketahn pudo distinguir el borde del foso que había debajo, donde el suelo sobresalía ligeramente y unas piedras afiladas cubiertas de musgo se erguían como los dientes de un depredador al acecho.

La Maraña había hecho todo lo posible por engullir ese foso circular. En las escarpadas paredes crecían plantas resistentes entre la roca y la tierra expuesta, y gruesas raíces se extendían hacia fuera y hacia el interior en la oscuridad. Más abajo, una red de vida vegetal había crecido por todo el foso, y las enredaderas reptantes engullían cualquier desecho, o a la desafortunada bestia, que cayera en él.

Incluso cuando el sol pasaba directamente sobre el foso, solo se veía oscuridad bajo la enmarañada vegetación que lo cubría. Cuando Ketahn había arrojado rocas al foso sin que la red vegetal las detuviera, habían caído durante unos instantes antes de chocar, bien con un ruido sordo, o bien con un chapoteo.

Las ramas de los árboles circundantes se habían esforzado por cubrir el agujero, pero era demasiado ancho. Las ramas solo se extendían unos diez segmentos en el aire sobre el foso, menos de una sexta parte.

Cuando Ketahn pasó directamente sobre el foso, sintió un cambio en el aire. Una energía invisible, tenue, pero imposible de ignorar, retumbaba a su alrededor. Siempre le había recordado a la energía de una tormenta eléctrica, aunque esta siempre estaba presente, siempre era constante.

Las leyendas contaban que hacía mucho tiempo los vrix habían sido asaltados por una bestia enorme y feroz que había necesitado de los Ocho para vencer. El Modelador y el Excavador habían cavado este foso, y el Cazador había atraído a la bestia hasta aquí, lejos de los vrix, cuyas heridas atendía la Madre de Cría. La Guardiana y la Portadora de la Llama habían empleado toda su fuerza para desterrar al monstruo a la oscuridad de las profundidades. Luego, el Tejedor había ayudado a la Enraizadora a crear la red de plantas para mantener a la criatura atrapada para siempre.

Los demás cazadores de Takarahl temían despertar a la bestia de su letargo.

Ketahn no estaba seguro de creer todo eso, y había estado tentado de encontrar una forma de bajar para descubrir la verdad al respecto, pero no podía negar la energía antinatural que emitía este lugar, y juraba que había visto una luz allá abajo en algunas ocasiones, apenas un atisbo de naranja intenso.

Se arrimó a una rama gruesa y buscó a su presa entre los árboles. Un destello rojo llamó su atención más adelante, solo un poco por encima de él. Las hojas crujieron cuando el soota saltó de rama en rama. Ketahn le siguió.

Mirando hacia abajo, vislumbró los suaves azules y verdes que desprendían las hojas en la oscuridad, haciendo que el foso pareciera casi acogedor. Pero por un instante percibió algo en el fondo, aquel resplandor anaranjado, como un fuego humeante en las profundidades, que aparecía y desaparecía en un instante.

Aunque debería haber intensificado sus recelos, y haber dado más peso a las historias, aquel atisbo solo intrigó a Ketahn. Aunque solo fuera eso, el fondo de un foso maldito habría sido un buen lugar para esconderse de Zurvashi y del Garra de la Reina.

No muy lejos, el soota se abrió paso a lo largo de una rama delgada y temblorosa que se extendía más allá del resto, al aire libre sobre el foso. Con la garganta hinchada, la criatura lanzó otro aullido ondulante al aire nocturno, como si estuviera llamando directamente a las estrellas brillantes.

Ketahn se acercó sigilosamente, colocándose en la mano inferior la cuerda de seda atada a su lanza de púas. Las ramas temblaban bajo su peso, que era mucho mayor que el del soota, pero solo necesitaba una trayectoria despejada para realizar su lanzamiento.

El soota aulló de nuevo cuando una ráfaga de viento barrió la Maraña, sacudiendo los árboles. Las nubes oscuras que bloqueaban una parte del cielo nocturno se desplazaron, revelando las dos lunas llenas justo por encima del follaje. El pelaje del soota adquirió un brillo plateado a la luz de las lunas.

Ketahn levantó su lanza y cerró los dedos en torno al familiar surco del mango. Solo esperó a que el balanceo de las ramas amainara...

Un temblor recorrió la rama sobre la que Ketahn estaba encaramado, débil pero distinto de las vibraciones causadas por su peso y el viento. Apretando las puntas de sus mandíbulas, giró la cabeza para mirar hacia el tronco.

Varias formas oscuras se movían entre las sombras de las hojas. Un conjunto de cuatro ojos captó brevemente la luz de las lunas, con destellos amarillos. Esos ojos no se dirigían hacia Ketahn, sino hacia el soota.

Ketahn se quedó quieto, observando cómo más xiskals cruzaban las zonas de luz lunar entrecortada. Sus pieles, duras y moteadas, estaban cubiertas de largas púas a lo largo de sus espinas dorsales, y sus patas delanteras, cuatro en total, eran más largas que las traseras, todas ellas con garras en forma de gancho ideales para trepar.

Era una manada pequeña, solo había contado cinco, pero los xiskals eran peligrosos en cualquier número, a pesar de tener solo la mitad del tamaño de un vrix macho adulto.

Los xiskals se acercaron al soota, concentrados en su presa. Las ramas circundantes crujieron y gimieron bajo el nuevo peso, hundiéndose más con cada paso que daban los xiskals. Algo se contrajo en el pecho de Ketahn, apretando con tanta fuerza como hubiera podido ejercer la reina.

El soota se giró bruscamente, erizando el pelaje y levantando las largas orejas.

La energía del aire se intensificó, pulsando a lo largo de la piel de Ketahn. No sabía a cuál de los Ocho había enfurecido, si a la Guardiania o a la Madre de la Cría quizás, en su enfrentamiento con Zurvashi, pero parecía que los dioses querían ponerle a prueba esta noche. Y sabía con una

certeza tan sólida como la piedra de Takarahl lo que estaba a punto de suceder.

Los xiskals se lanzaron hacia el asustado soota mientras Ketahn se volvía hacia el tronco del árbol, enrollándose a la mano el extremo de la cuerda de seda de su lanza. Las ramas crujieron y se quebraron, las hojas se agitaron violentamente y el frágil apoyo que había bajo Ketahn se desmoronó.

Lanzó la lanza de púas contra el tronco, pero ya estaba cayendo en picado entre las ramas rotas y los chillidos de pánico de los xiskals. Ketahn se encontró mirando hacia arriba, a través de una masa de ramas enmarañadas, hojas caídas y bestias golpeándose, a un cielo púrpura y azul salpicado de estrellas que parecían larvas brillantes colgando del techo de una caverna muy, muy arriba.

Algo se lanzó a través de las ramas intactas en lo alto, formando una mancha azul grisácea, con un destello rojo, y desapareció.

Ketahn podría haber rezado a los Ocho en aquel momento, mientras caía hacia atrás y el mundo se invertía de modo que se encontraba mirando directamente hacia el foso, pero solo podía confiar en sí mismo.

La cuerda de seda se tensó, apretándole dolorosamente la mano. La tensión en el brazo era inmensa, ya que soportaba todo su peso. Ramas y palos golpeaban y arañaban su piel al caer a su alrededor.

Ketahn se balanceó hacia el borde del foso. Su cuerpo giró a tiempo de ver cómo la pared del foso se precipitaba hacia él.

La cuerda se retorció. La tensión en su brazo cesó, y su interior se estremeció al caer de nuevo.

Ketahn se golpeó con fuerza contra la pared, soltando un gruñido de dolor que apenas oyó por encima del ruido de los xiskals que chillaban y las ramas que chocaban bajo él. Intentó agarrarse con los brazos y las piernas, pero la tierra y las plantas estaban demasiado sueltas y la pendiente era demasiado pronunciada.

Los sonidos de los xiskals cesaron de repente, junto con todos los crujidos.

Ketahn resbaló, dejando caer un torrente de tierra amontonada y pequeñas piedras que se deslizaron por la pendiente.

Desde algún lugar en lo alto, el soota emitió su grito agudo en la noche como si no hubiera pasado nada.

—Malditos sean tus ojos —gruñó Ketahn, sin saber si dirigía sus palabras al soota, a los Ocho o a la reina.

Entre un amasijo de tierra, piedra, hojas y raíces, Ketahn volvió a caer.

Capítulo Cuatro

El sonido de las ramas al romperse y de las hojas al sacudirse fue ensordecedor cuando Ketahn chocó contra la telaraña de plantas. La madera arañaba y pinchaba la piel de Ketahn, tanto a la vez que no podía identificar un solo punto de dolor.

Las ramas y lianas más fuertes le zarandearon, no lo suficiente como para detener su caída, pero sí para ralentizarla. Su cuerpo se retorció y se sacudía salvajemente, anulando su percepción del arriba y el abajo... ¿Estaba cayendo al foso o al cielo?

Las ramas de las zarzas arañaban a Ketahn desde todas las direcciones, miles de dedos que intentaban, sin éxito, agarrarle. La red de plantas parecía interminable, pero pronto llegó a una capa de ramas secas, quebradizas y especialmente punzantes. Se abalanzó con los brazos y las piernas paralizados por el dolor en busca de algo, cualquier cosa, a la que agarrarse, pero todas las ramas se rompían en sus manos o se hacían añicos contra la dura piel de sus piernas.

Tan solo vislumbró oscuridad debajo, oscuridad que contenía aquella extraña luz anaranjada.

Ketahn se adentró en aquella oscuridad. Su cuerpo giró de nuevo, y se encontró mirando hacia arriba, hacia una gran brecha abierta en la telaraña de plantas, cuyos bordes estaban recubiertos de ramas dentadas.

No pudo evitar fijarse en el brillo de las estrellas a través de la abertura, ni en el mechón de nube oscura bordeado por la pálida luz de la luna. Después de todo, los Ocho debían de haber decidido que su verdadero destino era morir en algún agujero oscuro.

Al menos no sería en Takarahl.

La cinta de seda se enroscó alrededor de su mano, haciendo que Ketahn se detuviera bruscamente con todo su peso sobre aquel brazo. Gruñó. Aquel dolor era tan intenso que dudaba de que el hombro pudiera soportar mucho más ese castigo. ¿Cedería primero la cuerda o su cuerpo?

Colgado en el aire, Ketahn reflexionó brevemente sobre sus decisiones de hoy, pero no encontró motivos para arrepentirse de ninguna de ellas, y se elevó lo suficiente como para agarrar la cuerda con las otras manos. Sus movimientos le hicieron balancearse, y pronto estuvo girando lentamente.

Las ramas crujían y se agitaban por encima de él, y las hojas temblaban cuando se elevó y apretó las garras de sus patas delanteras contra la cuerda, aprisionándola entre ellas. Con un crujido prolongado, como un trueno, una serie de ramas se partieron en lo alto. La cuerda bajó un segmento completo, dejando caer a Ketahn a igual distancia y haciendo que sus entrañas se estremecieran de nuevo.

Se negó a sufrir otra caída.

Manteniéndose lo más quieto posible, Ketahn miró hacia abajo. Sus ojos tardaron un momento en adaptarse a la penumbra —que ahora, de algún modo, carecía de aquella luz anaranjada— antes de que pudiera distinguir el fondo del foso. La mayor parte de lo que veía era de un negro intenso, pero había puntos brillantes de luz tenue más cerca de la pared del foso, como reflejos en la superficie del agua estancada. Afortunadamente, parecía haber tierra firme justo debajo de él, cubierta de innumerables ramas y otros restos.

Subir más solo provocaría una caída más larga hasta el fondo del foso, que ya estaba al menos a diez segmentos de profundidad.

Con toda la delicadeza que pudo, Ketahn enroscó los miembros inferiores y movió las extremidades posteriores para recoger la seda de sus hileras. Su cuerpo palpitó mientras sacaba el grueso hilo, y empezó a balancearse de nuevo, suavemente, pero no lo suficiente como para evitar más crujidos desde arriba.

Pasó el hilo de seda a una de sus manos inferiores y la ató a la cuerda de la lanza. Lentamente, descendió, desenredando la cuerda de su mano mientras se movía y sacaba más seda de sus hileras. En cuanto estuvo lo bastante cerca del suelo, estiró las patas traseras, bajando los extremos para reducir la tensión de la cuerda.

Cortando el hilo, Ketahn apoyó las otras patas en el suelo y estudió su nuevo entorno mientras el castigo que su cuerpo había soportado hacía mella y punzaba. El suelo estaba húmedo, cubierto no solo por las ramitas, hojas y lianas que habían caído con él, sino por una gruesa capa de hojas podridas y escombros. A solo unos segmentos de distancia, el suelo daba paso a una agua negra. El aire olía a tierra mojada, podredumbre y agua estancada, pero había algo más, un olor casi como el que queda tras el impacto de un rayo...

La energía del foso era más fuerte que nunca, subiendo por las piernas de Ketahn y recorriendo su cuerpo en ondas constantes.

Unas sombras espesas habitaban fuera del rayo de luz lunar que se colaba por la rendija superior. Ketahn podía distinguir más escombros esparcidos, piedras, enredaderas que crecían y musgo que colgaba, pero todo era confuso, como si estuviera espionando a través de un velo la tierra de los espíritus.

Una luz anaranjada se encendió tras él, bañando su entorno con un resplandor espeluznante que proyectaba sombras largas y profundas. Lo vislumbró todo con mayor claridad, eran años de plantas y hojas podridas, montones de ramas rotas, rocas y raíces cubiertas de lodo y musgo, charcos estancados junto al agua circundante, e incluso huesos entre todo aquello.

Ketahn se giró hacia la fuente de la luz y se detuvo.

Abrió la boca y pudo haber emitido algún sonido —un grito ahogado, tal vez, o algún juramento a los dioses—, pero no podía estar seguro, como tampoco podía estar seguro de lo que tenía delante.

Algo enorme sobresalía del suelo, lo bastante grande como para que parte de su base estuviera en el agua, pero era demasiado grande para que la luz anaranjada lo iluminara por completo. Ketahn ni siquiera podía hacerse una idea completa de su forma. Simplemente era demasiado grande.

La luz estaba situada al menos ocho segmentos por encima del suelo. Procedía de un pequeño círculo, tan firme como el sol, pero sin el calor ni la intensidad de este. En siete años de vagar por la Maraña, Ketahn nunca había visto nada parecido. Recordaba a la luz del sol o al resplandor de una hoguera de leña, pero no se parecía en nada a ninguno de los dos, y aunque no era especialmente brillante, resultaba casi cegador comparado con la oscuridad que lo rodeaba.

Ketahn levantó una mano para protegerse los ojos de la luz. A primera vista, la cosa a la que

estaba unido parecía de piedra, cubierta de musgo y pálidas enredaderas. Pero la textura era inusual, y había trozos que brillaban a la luz, casi como el oro que tanto gustaba a las mujeres de Takarahl.

Soltando la hebra de seda que colgaba de su cabeza, Ketahn se acercó sigilosamente a la extraña piedra. La luz reflejada en su superficie se movió cuando él lo hizo.

La luz anaranjada se apagó.

Ketahn se detuvo, intentando a duras penas no temblar mientras la energía desconocida le recorría en la oscuridad. La enorme cosa de piedra volvió a tomar forma cuando sus ojos se readaptaron, perfilada ahora en la tenue luz de las lunas y las estrellas que penetraban en la enmarañada red que había sobre él.

Aunque gran parte estaba cubierta de tierra y plantas, esa cosa dominaba la base del foso, abarcando casi de pared a pared. Ketahn había descendido sobre un tramo de tierra relativamente estrecho entre aquello y el agua. En su parte más elevada, la piedra parecía tocar la red de enredaderas, raíces y ramas. Debía de servir de soporte para que aquellas plantas crecieran a través del foso.

Aunque de algún modo pudiera trasladarse hasta allí, dudaba que la enorme piedra cupiera en la Guarida de los Espíritus.

Lejos y al margen de todo, el soota volvió a llamar; bien podría haber estado en otro mundo.

Ketahn siguió avanzando. El aire zumbaba a su alrededor, vibrando sobre cada uno de sus pelos, a través de cada hebra de su piel y hasta sus huesos.

Extendió un brazo y rozó con la palma la cara de la roca. Se desprendieron motas de tierra y una sustancia dura, quebradiza y abrasiva.

—Por sus óctuples ojos —exclamó.

No era piedra lo que había bajo aquella mugre. El oro seguía siendo su comparación más parecida, pero sabía que era errónea; en el mejor de los casos, se trataba de algún primo lejano del oro, algún otro metal. Era frío, sólido, inflexible e imposiblemente liso bajo la costra que se había formado en su superficie. Y bullía con aquella energía y con algo mucho más profundo, un estruendo que solo podía sentirse, no oírse.

La luz naranja se encendió.

Ketahn retiró la mano y retrocedió. Así de cerca, podía ver la superficie del objeto brillando entre la suciedad y aquellas zonas ásperas, entre las matas de musgo y las enredaderas colgantes.

Al inclinar la cabeza hacia atrás, sus ojos se fijaron en algo que estaba por encima de su campo visual. Se movió hacia un lado y se estiró sobre las patas traseras, arrancando algunas de las enredaderas y limpiando más suciedad, con rapidez, ya que no sabía cuánto duraría aquella luz antinatural.

Una vez despejada una parte lo bastante amplia de la superficie, Ketahn se echó hacia atrás.

Había marcas. Marcas premeditadas. Líneas que formaban figuras desconocidas para él, pero que sin duda tenían un *significado*. Cuando las miraba directamente, eran negras, pero cuando movía la cabeza a ambos lados, adquirían un brillo como la luz del sol reflejada en la superficie del agua.

¿Qué era aquello? Su mente se aceleró, escudriñando todos los detalles que podía recordar sobre el monstruo que los dioses habían arrojado a este foso. ¿Era la luz anaranjada que proyectaba uno de sus ardientes ojos al abrirse y cerrarse, en busca de lo que hubiera perturbado su sueño? ¿Se había descrito la piel de la bestia como dorada, pero no como el oro? Si se encontraba en un lugar donde los dioses habían librado una batalla...

No sabía qué significaba aquello ni cómo debía sentirse al respecto. ¿Quizá les había faltado

al respeto demasiadas veces a los Ocho y le habían arrojado a este foso para que se pudriera como la bestia de fuego de la leyenda?

La luz naranja volvió a apagarse. Un resplandor rojizo permaneció en la visión de Ketahn como un corte furioso en la piel antinatural de la bestia, pero ese resplandor no desapareció cuando sus ojos se adaptaron de nuevo.

Las mandíbulas de Ketahn se crisparon y de repente se encontró buscando su lanza, que seguía clavada en la red de plantas que había sobre él.

Realmente había un corte en el lateral de esta... cosa.

Ketahn se acercó a la abertura. Era casi el doble de alta que él, lo bastante ancha como para permitir el paso de una vrix hembra por su base, pero apenas abarcaba un palmo en la parte superior. El material exterior estaba destrozado y doblado por todos los bordes. En algunos lugares colgaban gruesas enredaderas y musgo, pero había otras cosas colgando y sobresaliendo en su interior, algunas parecidas a enredaderas, otras a huesos, la mayoría de ellas mostrando ese extraño brillo metálico a través de la mugre.

La suciedad y los escombros habían inundado la base, que estaba ligeramente inclinada hacia abajo desde el suelo. Era como la boca de una cueva, aunque nunca había visto una cueva igual.

Por grande que fuera aquella abertura, los destrozos y los escombros dificultaban la visión del interior. Ketahn tuvo la impresión de que había una caverna más allá, o tal vez una cámara.

Debió de percatarse de la estupidez de lo que hizo a continuación. Debió darse cuenta de que estaba provocando a la muerte, pero algo profundo y misterioso le impulsó, algo que escapaba a toda explicación o comprensión.

Ketahn apartó las plantas colgantes y entró en la cueva.

Aunque las cosas colgantes y similares a la vid que había en su interior cedían fácilmente a su paso, de vez en cuando sentía el roce de los bordes afilados contra su piel. La luz roja se intensificó a medida que sorteaba los escombros que le rodeaban, al igual que el zumbido en el aire. Ahora era implacable y estaba en todas partes, incluso en la tierra que había bajo él.

Llegó a una gran cámara inundada de luz roja, que hacía que todo pareciera oscuro. El suelo, el techo y la pared más lejana estaban rotos, divididos a lo largo de la brecha por la que había entrado. A un lado, un pronunciado desnivel conducía por debajo del nivel del suelo. Al otro, había una pendiente mucho más uniforme. De las grietas sobresalían más cosas parecidas a huesos y enredaderas, pero el desgarró aquí era menos irregular; gran parte parecía haberse desprendido en secciones rectangulares a lo largo de la pared y el suelo.

La suciedad del exterior se extendía hasta el interior de la cámara, donde creaba el aspecto erosionado del cauce seco de un arroyo. Estaba amontonada en la base del lado inclinado de la cámara, que también estaba parcialmente lleno de agua turbia e inmóvil. Había ramas desgastadas y hojas podridas esparcidas por el suelo.

El aire era denso, pero el hedor del agua fétida, el fango de su superficie y los hongos no era tan fuerte como debería.

Ketahn se adentró en la cámara. Las paredes, el techo y el suelo no eran del mismo material que el exterior, aunque era imposible saber de qué estaban hechos con la luz roja y la suciedad.

Aun así, nunca había visto ángulos tan definidos en una estructura, nunca había visto piezas que encajaran entre sí con tanta suavidad y elegancia, como si hubieran sido tejidas con la seda más fina en lugar de moldeadas con piedra u otra sustancia sólida.

Pero lo más curioso de todo eran los grandes objetos que había a lo largo de las paredes. Algunos habían sido volcados o desplazados, pero muchos más estaban alineados a intervalos ordenados, cubiertos de polvo y barro seco. Ketahn podría haber supuesto que eran capullos de

algún tipo, dejados por criaturas desconocidas, ya que algunos de ellos parecían haberse abierto, pero eso no parecía estar bien. No había nada natural en este lugar.

Ketahn se acercó a uno de los objetos abiertos. Una parte importante del interior estaba hueca, como una especie de cesta, pero parecía lo bastante grande como para que cupiera dentro una cría, incluso una cría al borde de la madurez. Tenía al menos un segmento y medio de largo y la mitad de ancho.

El interior estaba cubierto de mugre y fango, que en ocasiones brillaba con la luz roja. Probablemente, el foso se llenó de agua en la época de las inundaciones, y no parecía que esta cámara se hubiera salvado.

Ketahn se acercó al siguiente capullo y colocó la mano sobre él para limpiar la suciedad. La suciedad se desprendió y dejó al descubierto algo liso y ligeramente curvado.

Las mandíbulas de Ketahn chasquearon mientras limpiaba más suciedad. El material liso estaba empañado, pero la luz lo atravesaba. ¿Tenía forma de cristal transparente? Se inclinó para mirar más de cerca, pero el interior estaba demasiado oscuro para que pudiera distinguir nada.

Tal vez eran... ¿Huevos de algún tipo? No podía imaginar el tamaño de las criaturas que nacían de huevos tan enormes.

Ketahn levantó la mirada y buscó en las paredes alguna señal, algún símbolo, alguna escritura, alguna pista sobre qué era todo aquello, pero no había nada. Nada excepto una estrecha abertura en un hueco de la pared, a través de la cual se veía más de aquella luz roja.

Caminó hacia la abertura, sintiendo cómo de ella fluía aire fresco a medida que se acercaba. Eso debía de significar que había otra entrada en alguna parte que permitía el paso del aire.

Tras un breve examen, determinó que el hueco era en realidad una puerta, bloqueada en su mayor parte por una losa cortada para que coincidiera casi perfectamente con la abertura. Apoyó el hombro en el marco de la entrada, sujetó la losa con las dos manos y empujó.

La losa gimió, crujió y chasqueó, y todos los sonidos tuvieron una reverberación inusual que Ketahn sintió en los huesos. Una vez que la losa se hubo deslizado hacia el lado opuesto del marco de la puerta, desapareciendo por completo, aflojó el agarre, agachó la cabeza y se deslizó a través de esta.

Se encontró en un túnel que tenía el techo y las paredes curvadas, pero el suelo plano. A un lado estaba la brecha, que conducía desde la cámara anterior, más allá de la cual el túnel descendía bruscamente hasta llegar al agua oscura. Aunque había mucha suciedad y mugre, aquí era menos abundante.

Los finos pelos de Ketahn se erizaron al darse cuenta de que había más entradas a lo largo del túnel, cada una de ellas coronada por una luz roja. Desde donde estaba, pudo ver que solo una de esas puertas estaba abierta, la que estaba directamente al otro lado del túnel.

—Excavador, guíame —dijo. Su voz resonó a lo largo del túnel, extendiéndose hacia algo desconocido.

Si alguna vez los Ocho escuchaban las súplicas de sus hijos, Ketahn dudaba que respondieran en lugares como este. Lugares así no deberían existir.

Cruzó el túnel, apoyó las manos a ambos lados de la puerta y se inclinó hacia delante para mirar dentro.

La amplia cámara era igual que la primera en todos los aspectos excepto en dos: la suciedad no era tan espesa y la línea de inundación no era tan alta, lo que dejaba varios capullos al descubierto.

Uno de esos capullos, que estaba cerca de la grieta del suelo, se había abierto. La suciedad cubría los trozos que sobresalían de su caparazón destrozado, pero no le llamaban tanto la

atención como lo que vio a través de la parte superior, donde se había desprendido aquel material transparente y cristalino.

Huesos. Viejos y oscuros, distintos a *todo* lo que había visto, aunque nada en aquel lugar se parecía a nada de lo que había visto. No podía imaginarse el aspecto que tendría aquel cráneo redondeado, con sus dos enormes orificios oculares y sus dientes rectos y planos, con los músculos y la piel aún adheridos. No se había encontrado con ninguna criatura semejante, ni viva ni muerta. El esqueleto estaba parcialmente fuera de su capullo, y la cabeza y un brazo asomaban por la parte superior destrozada.

El cráneo estaba agrietado, una parte se había desprendido, y en los huesos de los brazos había surcos poco profundos, como producidos por cortes más profundos.

Ketahn comprobó los demás capullos. Aunque la mayoría eran demasiado difíciles de ver a través de ellos debido a sus cubiertas empañadas y a la escasa iluminación, vislumbró algunos más de aquellos extraños esqueletos.

Parecía imposible que su enfrentamiento con Zurvashi hubiera tenido lugar ese mismo día, imposible que Takarahl estuviera a menos de medio día de viaje de él. De nuevo, no había marcas en las paredes, ni tallas o esculturas que ofrecieran información sobre la naturaleza de aquel lugar o de aquellas criaturas. Quizá... ¿Se trataba de una cámara funeraria?

Los vrix tenían cámaras de este tipo en las partes más profundas de Takarahl, donde se habían practicado innumerables agujeros en la piedra a decenas de segmentos de profundidad. Los vrix muertos, envueltos en mortajas de seda virgen, tradicionalmente hiladas por sus parientes, se quedaban en reposo en esas cámaras para siempre, bajo el cuidado de los Ocho. ¿Tenía este lugar un propósito similar para estas extrañas criaturas?

Un pensamiento resonó en su pecho. Había explorado muchos lugares oscuros y ocultos, y había descubierto algunas antiguas cámaras funerarias y guaridas abandonadas en el proceso, pero no había visto nada parecido a este lugar, y cada una de sus preguntas al respecto parecía solo generar más sin obtener respuesta.

¿Qué tenía que ver este lugar con la antigua historia, con la bestia de fuego vencida por los Ocho?

Al salir de la cámara, Ketahn miró a lo largo del túnel, primero hacia la parte que se perdía bajo el agua, luego hacia la otra, donde unas entradas selladas bordeaban el pasillo a ambos lados. Incluyó la cabeza y se volvió hacia ese lado del túnel. Todas las puertas tenían luces rojas encima, excepto una, en el límite de lo que podía ver; esa puerta tenía una luz verde que apenas era visible en el resplandor rojo.

Sus piernas se movieron antes de que tomara la decisión de comprobar aquella puerta, y no se opuso a ellas. ¿Por qué había una luz verde? ¿Qué significaba?

En unos pocos segmentos, había pasado la gruesa capa de barro seco y residuos que marcaba la línea de la inundación. El suelo más allá estaba sorprendentemente limpio, como si aún no hubiera sido tocado por los estragos de la Maraña. La corriente de aire era un poco más intensa, un poco más fría, y los olores eran más tenues.

Se detuvo ante la puerta de la luz verde. Estaba completamente cerrada, y aunque el marco estaba separado de la losa de aislamiento, no había ningún hueco aparente, ni siquiera algo lo bastante significativo como para pasar la punta de su garra más pequeña por debajo.

Ketahn lo intentó igualmente, hurgando en el interior del marco de la puerta, presionando con sus garras en busca de agarre. Solo necesitaba un agarre lo bastante fuerte para forzarla a abrirse. Pero la losa de la puerta era lisa y dura, y se negaba a ceder a sus esfuerzos. Incluso cuando curvó los dedos y raspó sus garras contra ella, no consiguió dejar la menor marca.

Extendiendo los brazos, Ketahn apoyó las cuatro manos en el marco de la puerta e inclinó la cabeza.

Se oyó un ruido extraño procedente de algún lugar a su alrededor, un tono suave, pero sobrecogedor que le hizo retroceder de la puerta y mirar a su alrededor.

No fue hasta que su mirada volvió al marco de la puerta cuando se percató del tenue resplandor verde que emanaba de debajo de una de sus manos. Lentamente, levantó esa mano.

La parte del marco de la puerta que había dejado al descubierto estaba separada del resto por una fina línea negra, y ahora brillaba con el mismo color verde que la luz que había sobre la puerta, aunque lo hacía más despacio. Un vistazo a lo largo del pasillo confirmó que cada puerta tenía uno de aquellos pequeños rectángulos, pero ninguna de las demás estaba iluminada.

Se oyó un largo y suave siseo en lo alto. Los ojos de Ketahn se dirigieron hacia arriba en busca de la fuente, pero no pudo ver nada en la sólida pared curvada.

La puerta frente a Ketahn se abrió con un sonido similar al del viento soplando a través de altas formaciones rocosas y desapareció dentro de la pared. Pero la verdadera maravilla no era una puerta que se movía sola y desaparecía, sino la cámara que había a continuación.

El espacio estaba completamente desprovisto de suciedad y escombros; ni siquiera una mota estropeaba los relucientes suelos y paredes. Tampoco se veía ninguna planta u hongo. La luz era de un blanco puro, proyectada por grandes círculos brillantes en el techo; parecía incluso más brillante, por un instante, que la luz del sol. El aire que fluía de la cámara era limpio, fresco y casi totalmente carente de olor. No estaba seguro de cómo era posible, pero aquella incompreensión se aplicaba a todo lo que había aquí.

Por primera vez desde que había entrado en este lugar, Ketahn conocía sus verdaderos colores. El suelo era negro pulido con grandes dibujos cuadrados grabados en él. Las paredes eran blancas como una nube en calma, con débiles hendiduras a intervalos regulares, pero sus tercios inferiores eran de color gris oscuro.

Varias manchas rectangulares de gran tamaño en las paredes parecían casi pinturas, pero las imágenes y símbolos que contenían eran más nítidos y vibrantes que cualquier cosa pintada por los vrix, y estas emitían su propia luz.

Además, algunos de ellos se movían.

La mezcla entre incertidumbre y curiosidad en el interior de Ketahn se tradujo en una sensación punzante y caliente en el pecho cuando se acercó al cuadro más próximo. Había veinte imágenes en su interior, alineadas en dos filas iguales. Cada una era una simple representación de un ser con dos brazos y dos piernas, como vrix malformados. La mitad eran ligeramente diferentes de las demás, un poco más pequeñas, y un poco más curvadas en su forma.

Doce eran de color rojo oscuro, como el color de la sangre. Ocho eran de color verde brillante. Estos últimos eran la fuente del movimiento en las imágenes, debajo de las veinte imágenes había símbolos sin significado similares a los que había visto en el exterior, pero los símbolos que había debajo de las imágenes verdes cambiaban cada poco tiempo.

—Esta magia debe de ser de los Ocho —dijo Ketahn mientras levantaba una mano para tocar un conjunto de símbolos cambiantes.

La punta de su garra atravesó la imagen como si estuviera formada de niebla. Antes de que pudiera reaccionar, el cuadro cambió. Apareció un cuadrado que contenía innumerables símbolos, bloqueando todo lo demás.

Ketahn echó la mano hacia atrás y se retiró del cuadro, con los pelos erizados y el corazón acelerado. Ahora había otra imagen, no un simple dibujo, sino algo tan real que por un momento estuvo seguro de que había invocado a una extraña criatura de la nada.

Solo era el rostro de la criatura. Tenía una piel pálida y de aspecto suave, cabello oscuro en la parte superior de la cabeza, con más pelo corto a lo largo de la mandíbula, alrededor de la boca y en una tira sobre cada uno de los ojos. Esos ojos, los orificios de la nariz y la boca tenían una estructura similar a la de un vrix, pero solo tenía dos ojos y no se veían colmillos ni mandíbulas. Solo dos trozos de carne carnosa y rosada formaban su boca.

¿Este era el aspecto de esas criaturas muertas? Eran criaturas feísimas.

Ketahn se volvió y recorrió la cámara con la mirada. Los capullos no estaban sucios, lo que le permitía ver su exterior gris apagado, sus superficies rectas y sus contornos suaves. Las secciones de material transparente eran más grandes de lo que había imaginado, y se extendían casi dos tercios de la parte superior de los capullos. Aunque la luz del techo se reflejaba fuertemente en aquellas superficies, Ketahn podía distinguir las figuras que yacían en cada capullo.

Había veinte en total, diez a lo largo de una pared y diez en la otra.

Volvió la vista hacia la pintura en movimiento, que aún mostraba el rostro de la criatura y todos aquellos símbolos. Tímidamente, extendió un brazo, acercándolo cada vez más al cuadro. Con un movimiento de muñeca, atravesó la imagen con sus garras e inmediatamente retiró la mano, que no había tocado más que aire vacío.

El cuadrado lleno de símbolos desapareció, mostrando la imagen original. ¿Estaban las criaturas del cuadro relacionadas de algún modo con los capullos?

Alejándose del cuadro, Ketahn se dirigió al otro extremo de la cámara, echando un vistazo a los capullos a su paso. Ocho de ellos tenían pequeños cuadrados de luz llenos de más símbolos en sus frentes. El resto estaban en blanco, y cada uno de esos capullos contenía unos restos. Tres contenían solo huesos. Las otras nueve criaturas parecían algo más frescas e intactas, aunque sus pieles tenían un aspecto correoso que a Ketahn le recordaba a tiras de carne seca.

Ketahn estudió a cada uno de ellos mientras se dirigía hacia la puerta, intentando contener las muchas preguntas que se formaban en su mente; dudaba que alguna de ellas tuviera respuesta ahora, si es que alguna vez la tenía.

Todos los capullos con luces en la parte frontal parecían contener criaturas muertas hacía tan poco que casi parecían vivas, pero ¿podía un ser vivo estar tan inmóvil?

Aunque no todas tenían la piel pálida y el pelo oscuro como la que había aparecido en el cuadro, todas parecían pequeñas, suaves y delicadas, como si no fueran a sobrevivir ni un día en la Maraña.

Ketahn se detuvo cuando su mirada se posó en una de las criaturas. Primero se fijó en su largo pelo, que estaba recogido alrededor de su cabeza en brillantes hebras que parecían oro hilado. Los vrix tenían el pelo liso y sedoso en la cabeza, pero el de esta criatura parecía más suave y abundante, y no era liso, las hebras se ondulaban como las ondas en la superficie de un estanque.

Se acercó lentamente, inclinándose hacia delante para estudiar a la criatura. Era una de las más pequeñas y delgadas, de piel pálida y extremidades esbeltas. Al igual que las demás, iba vestida con una especie de tela que le cubría el torso, la parte superior de los brazos y la parte superior de las piernas. Por lo que pudo ver, se trataba de dos piezas de tela distintas. Por su aspecto, supo que no era de seda.

La carne rosada que rodeaba la boca de la criatura estaba llena y abultada, como un par de larvas jugosas colocadas juntas, y unos montículos redondeados surgían de su pecho, tensando aquella tela blanca. La criatura tenía los ojos cerrados, y sobre sus mejillas reposaban exuberantes pelos oscuros de sus párpados, en un fuerte contraste con su piel pálida. También

tenía dos finas tiras de pelo oscuro sobre los ojos.

Estas criaturas eran extrañas, incluso repulsivas en algunos aspectos, pero había algo en ellas que intrigaba a Ketahn.

No era cierto, era algo en esta lo que le fascinaba. Una especie de belleza imposible de ubicar, diferente a todo lo que cualquier vrix había encontrado, algo que... que no pertenecía a este mundo.

¿Acaso estas criaturas procedían del tenebroso mundo de los espíritus? ¿Era posible que los espíritus adoptaran forma carnal y caminaran como seres vivos?

Ketahn desvió la mirada hacia las extremidades de la criatura. Estas, como todo lo demás en la criatura, eran pequeñas. Sus dedos eran delgados, las garras de sus extremos eran cortas y romas, y tenía un dedo más en cada mano; pero, de algún modo, aquellas manos de cinco dedos no parecían extrañas y desequilibradas. De sus muñecas, piernas y cuello brotaban cosas parecidas a enredaderas, algunas de las cuales eran lo bastante finas como para que Ketahn viera los fluidos que circulaban por ellas, algunos oscuros como la sangre, otro de color ámbar apagado y el resto incoloros.

El tiempo que había pasado en la Maraña le había enseñado a ser mejor, pero ansiaba tocar a aquella criatura. Deseaba saber si sentía lo que parecía, si su piel era suave y flexible, si su pelo era más suave que la seda. Sucumbir a tales impulsos en la jungla solo atraía el peligro. Algo que parecía tan inofensivo, tan inexplicablemente seductor, solo podía traer dolor y perdición. Nada bueno podía salir de ello.

Aun así, apoyó los brazos en el exterior del capullo para acercarse más aún, sin darse cuenta de que la parte inferior de su mano izquierda se había posado directamente sobre la mancha de luz de la parte delantera del capullo.

Una luz se encendió en el capullo, iluminando por completo a la criatura de su interior y haciendo que su piel pareciese tan fina y pálida que Ketahn vislumbró unas inquietantes venas azules que corrían justo bajo su superficie.

Desde todas partes, pero desde ningún punto, surgió una voz suave y uniforme, distinta de la de cualquier vrix, que pronunciaba palabras confusas y sin sentido.

—*Kolono Ay-vii Foster, nú-mehro doh uno cero. Konstahntes vih-tahles nor-hales. Konfirmah sekueencia deh deh-pertah de emeh-genciaa.*

Kethan se apartó del capullo, presionando de nuevo sin querer el cuadrado de luz de la parte delantera. Sonó un tono desconocido, tan suave como el que había oído en la puerta, pero el doble de sorprendente. Levantando las patas delanteras, buscó la fuente de aquella voz, de aquella nueva y repentina amenaza.

—*Sekueencia deh deh-pertah de emeh-genciaa iniciaadah* —continuó la voz. Algo vibró bajo el suelo, enviando suaves pulsaciones a lo largo de las piernas de Ketahn. Las enredaderas conectadas a la criatura se vaciaron bruscamente y se desprendieron de ella justo antes de que el interior del capullo se llenara de niebla, oscureciéndole la vista.

—*Deh-pertah al su-jehto sin el peh-riiodoh deh adap-taaci-ohn recomhdado. Pueedeh sufrih le-taargoh tem-pohral, nahuseass, mahreo, desoh-rientahcioon, fah-tigah y difihcultaa deh concentrh-cioon. Konsultah ah un meehdico parah infohrmaar deh cual-kier pro-blehma.*

Por los Ocho, ¿qué estaba diciendo aquel espíritu? ¿Había provocado Ketahn su ira? Volvió a acordarse de sus manos vacías, de su lanza atrapada en la telaraña vegetal, y gruñó.

Aunque a un espíritu no se le pudiera dañar con semejante arma, Ketahn no sucumbiría sin oponer resistencia.

El capullo produjo un pitido, largo y potente. Ketahn retrocedió otro segmento antes de que

el capullo se abriera. La parte superior transparente se levantó, y entonces se dio cuenta, de que solo era una tapa. La niebla se arremolinó y se disipó mientras la parte interior del capullo, que retumbaba débilmente, se elevaba y se inclinaba hacia delante, de modo que la criatura que había dentro yacía inclinada.

Pero la criatura no movió ni un músculo.

—*Kolono doh uno cero, bieenve-nidoh* —la voz incorpórea cambió de repente, volviéndose más firme, más profunda, menos... viva—. *Dah-tos deh nahvega-cioon korruptoos. Lohcalizaah-cioon actuhah des-koonocidah. Senial deh emeh-genciaa inoh-pera-tivah.*

El espíritu guardó silencio, dejando a Ketahn mirando fijamente a la criatura.

Un nuevo olor le atrajo, era algo limpio, exótico, seductor. Algo dulce y, de algún modo... femenino.

Ketahn se acercó al capullo, levantó una pata delantera y la rozó con cuidado contra el brazo de la criatura. Un gruñido de satisfacción sonó en su pecho. Aquel aroma intrigante pertenecía sin duda a aquella cosita pálida, y ahora que estaba cerca era más fuerte y dulce.

A continuación extendió un brazo, observando tanto su rostro como el de la criatura mientras rozaba con los dedos aquel pelo largo y dorado. Era incluso más suave de lo que había imaginado. Su mano siguió los mechones de pelo hasta que su palma se posó en el hombro de la criatura.

La criatura hizo el más leve de los movimientos, su pecho se hinchó, y la tela blanca se estiró sobre aquellos montículos del pecho, que ahora colgaban un poco más abajo, como si poseyeran más peso y flexibilidad de lo que él hubiera podido suponer.

Ketahn se tranquilizó, pero no se apartó. El pecho de la criatura se relajó, y sintió un débil flujo de aire caliente contra su piel. Respiraba. El extraño ser estaba vivo. Y su piel era suave. Flexible. Cálida. Mejor que la seda y, de algún modo, estremecedor.

Al deslizar la mano por su brazo, Ketahn casi se estremeció al sentir el roce de su áspera piel contra la de la criatura... contra la *suya*.

Era una hembra, lo intuía y su olor no era más que una confirmación. Había muchas criaturas en la Maraña que no eran como los vrix en ese aspecto, muchas criaturas cuyas hembras eran más pequeñas y débiles.

Y esta criatura única era *su* hembra. Le pertenecía. Muchos vrix habían domesticado criaturas salvajes como mascotas; ¿por qué no iba a tener una propia?

Levantó otra de sus manos y acarició la parte inferior de uno de aquellos montículos. Sin duda tenía peso, y era aún más flexible que su carne en otros puntos. Apretó, probando su elasticidad; poseía cierta firmeza. Nunca había sentido nada parecido. Los vrix eran de piel gruesa y no tenían exceso de carne; eran duros como la piedra comparados con esta pequeña criatura.

Sintiendo curiosidad, bajó la mano, con la intención de agarrar aquella tela blanca y despegarla para poder ver cómo eran aquellos montículos al descubierto.

—*Energiih auxiliah agotaadah en un no-ventah y cinko por ci-entoh. Faio toh-tal del sistemah en aproh-ximadah-mente doh anios, noveentah y sieteh diias y doh-ce horas* —anunció el espíritu, volviendo a su tono calmado anterior—. *Poor favoh, evakueen inmeh-diaata-menteh.*

Aunque Ketahn seguía sin tener ni idea de lo que decía el espíritu, se contuvo y bajó las mandíbulas. Tal vez este lugar no fuera tan peligroso o maligno como muchos de los de su especie creían, pero ya no podía negar la verdad: estaba *embrujado*, infestado de poderosos espíritus. Incluso era posible que esta criatura y los suyos hubieran sido atrapados aquí por los espíritus, y Ketahn le estaba concediendo una libertad que de otro modo no habría tenido.

En cualquier caso, este no era el lugar adecuado para estudiar a su nueva mascota.

Necesitaba encontrar una ruta segura para salir del foso, lo que prometía ser todo un desafío incluso para un escalador vrix experimentado, sobre todo si llevaba a otra criatura viva.

Con cuidado, rodeó el cuerpo de la criatura con las cuatro manos y la levantó del capullo sobre el que se había tumbado. Estaba flácida, y se apoyó en él, con un peso apenas perceptible contra su piel. Pero no podía ignorar su tacto cálido, suave y minúsculo.

Ketahn pasó un brazo por debajo de sus piernas, que se doblaron sobre él. Sus miembros sin segmentar le resultaban inquietantes; cada parte de esta hembra estaba conectada bajo su piel, con las articulaciones casi ocultas.

No quiso seguir estudiándola. Aún no era el lugar adecuado para hacerlo, sobre todo con el espíritu despierto.

La estrechó contra su pecho y se dirigió a la salida.

—Con la ayuda de los Ocho o no, desentrañaré los enredados hilos de este misterio.

Lo último en lo que se fijó antes de abandonar la cámara fue en el cuadro. Una de las criaturas verdes dibujadas en él se había vuelto gris. Se trataba de la número ocho. ¿Otra señal? ¿Estaba destinado a caer en este foso y encontrarla, igual que la reina Takari había estado destinada a caer en la Guarida de los Espíritus y descubrir los cristales hacía siglos?

Volvió a mirar a la hembra y le apartó los mechones de pelo de la cara.

—Tal vez deberías llamarte Ocho —dijo pensativo.

Ocho no respondió.

Capítulo Cinco

Ketahn agarró una gruesa raíz con una mano, sujetó otra a la roca visible de encima y hundió las puntas de las patas en la tierra. Con un último impulso, se arrastró por encima del borde del foso. La capa húmeda de hojas secas que había bajo él era un agradable cambio; entre otras cosas, aquel terreno era llano.

Se permitió unos instantes para recuperarse de la escalada, aunque apenas aflojó el agarre de Ocho, que estaba acunada en la parte inferior de sus brazos. Había atado unos hilos de seda alrededor de su cuerpo para asegurarse de que ella se quedara en su sitio al menos un rato, por si de repente necesitaba utilizar los brazos para otra cosa.

Le ardían los músculos, y parecía que no había parte de su cuerpo que no le doliera ahora que la excitación de su descubrimiento se había enfriado. La Maraña le había castigado esta noche, pero le había proporcionado una maravillosa recompensa o, al menos, una fascinante.

Una vez más, se recordó a sí mismo que no era el momento de examinarla. El foso le había ofrecido refugio de los muchos peligros de la Maraña, pero ahora Ketahn y su pequeña hembra estaban expuestos. Por mucha curiosidad que sintiera, por muy cansado y agotado que estuviera, tenía que volver a su guarida lo antes posible.

Se volvió hacia el foso, inclinando la cabeza hacia atrás para mirar hacia el cielo.

Las dos lunas, la mayor y la menor, se acercaban ya al otro lado de la grieta entre las copas de los árboles, muy cerca del ocaso. Cada una de ellas era un orbe resplandeciente, una plateada y otra rosada, sobre el fondo oscuro del cielo, y su luz bañaba el foso en un amplio haz que realzaba las sombras de la jungla de alrededor.

Una vez determinada la dirección de las lunas, desató su lanza de la bolsa, tomándola firmemente en la mano, y se adentró en la Maraña con Ocho.

Ketahn ascendió lentamente. Mantenerse cerca del suelo habría sido más fácil para su castigado cuerpo, pero el peligro siempre era mayor en el suelo de la jungla, no solo debido a los depredadores, sino también a las plantas peligrosas, las cataratas mortales, los fosos ocultos que esperaban tragarse a las criaturas desprevenidas y los charcos de agua turbia y barro lo bastante profundos y hambrientos como para atrapar incluso al vrix más fuerte.

Sus ojos se dirigieron brevemente hacia Ocho. ¿Cómo podía haber sobrevivido aquí algo como ella? No podía medir más de un metro y medio. Dudaba que la parte superior de su cabeza le llegara al pecho si se mantenía en pie sobre sus dos patas, si es que *podía* mantenerse en pie.

¿Cómo podría una criatura equilibrarse sobre dos patas? ¿Cómo podría algo moverse con velocidad o agilidad con un cuerpo como el suyo?

No había avanzado mucho cuando Ocho se agitó. Ketahn se detuvo y la miró mientras se

tensaba y exhalaba pesadamente. Emitió un ligero sonido de dolor que le produjo una leve vibración en el pecho, pero sin el zumbido ni el chasquido que solían acompañar a los vrix.

Las finas tiras de pelo que tenía sobre los ojos se juntaron más, formando entre ellas un pliegue en la piel, y las comisuras de la boca se desplazaron hacia atrás, tensando aquellos trozos de carne rosada y carnosa. Sus ojos se cerraron con más fuerza. Los orificios de la nariz, que estaban en la parte inferior de una extraña protuberancia carnosa que descendía desde entre los ojos y terminaba en un punto justo encima de la boca, se ensancharon.

Las mandíbulas de Ketahn se tensaron y ladeó la cabeza.

Los vrix podían abrir y cerrar los ojos y la boca, podían subir y bajar las mandíbulas, pero por lo demás la piel de sus caras era firme e inmóvil. Parecía que cada parte de la cara de esta criatura podía moverse y cambiar de algún modo. El resultado era tan fascinante como desconcertante.

Ketahn acercó la mano libre a su cara y presionó suavemente con la yema del pulgar la carne más llena y profunda que rodeaba su boca. La suave piel cedió a su tacto, amoldándose a la forma de su dedo hasta aplastarse contra los duros dientes ocultos tras ella.

Ocho apartó la cara, haciendo que su cabello dorado le rozara el antebrazo. Su piel palpitó como si aquel delicado contacto la hubiera cargado de una energía estremecedora. Pequeñas gotas de agua se habían acumulado en su piel, en la parte superior del pecho y sobre los ojos. Reflejaban la luz de la luna en diminutos puntos que hacían que incluso las pequeñas y titilantes estrellas que había sobre ella parecieran grandes y brillantes.

Uno de sus codos, de una dureza sorprendente, se apoyó en el pecho de él y empujó. Todo su cuerpo se torció ligeramente para dirigirse hacia el cielo. La tela de su torso se enganchó entre sus cuerpos, apretándose aún más sobre sus pechos, lo suficiente para que Ketahn viera los contornos de unos picos más pequeños y definidos.

—*Mmm...* —dijo ella.

Él intentó reproducir ese sonido. Le retumbaba en el pecho, pero enseguida supo que no era lo mismo. “*Mmm*” no era un sonido que hubiera oído antes a los vrix, y no estaba seguro de cómo lo había producido ella. Y lo había terminado con un ruido jadeante, uno que el espíritu del foso había utilizado en algunas de sus palabras.

En algún lugar cercano, las hojas temblaron y una rama se quebró. Ketahn volvió la cara hacia Ocho, buscando la causa de la perturbación.

Una criatura de gran tamaño merodeaba a lo largo de una de las enormes raíces, a pocos segmentos por debajo de Ketahn, abriéndose paso entre las lianas y ramas que crecían en las proximidades. Aunque la bestia estaba casi oculta en las sombras, Ketahn la reconoció simplemente por su tamaño y por la forma en que se movía.

Un grel. La parte superior de su cuerpo era grande y poderosa, con gruesos brazos y largas garras, y su musculoso cuello terminaba en una cabeza redondeada con mandíbulas lo bastante fuertes como para rivalizar con las mandíbulas de un vrix hembra. Sus cuatro ojos pequeños brillaban con puntitos de luz lunar reflejada.

El grel bufó y resopló, girando la cabeza de un lado a otro, y con ella la mayor parte de la parte superior del cuerpo, mientras escudriñaba su entorno.

Ketahn acercó a Ocho a su pecho y se deslizó a lo largo de la rama sobre la que estaba de pie, adentrándose en las sombras más profundas cercanas al tronco. Los grels no tenían buen olfato, así que mientras se mantuviera fuera de la vista y en silencio, podría evitar un enfrentamiento no deseado.

Ocho se movió, emitiendo otro sonido “*mmm*”, más doloroso y preocupado que el primero.

El grel levantó la cabeza y la giró hacia Ketahn, con sus largas y gruesas orejas levantadas. «*Modelador, deshazme*».

La corteza crujió bajo las garras del grel. La bestia abrió las mandíbulas, enseñando sus dientes afilados y curvados hacia dentro, el tipo de dientes que se clavan con un mordisco y no se sueltan. El gruñido del grel fue lo bastante profundo como para hacer vibrar el aire.

Aunque el grel probablemente no era más alto que Ketahn, era mucho más ancho y, sin duda, le superaba en peso. Ya había matado antes a criaturas así, pero su fuerza, velocidad y resistencia las convertían en depredadores mortales, incluso para los vrix.

Algo le golpeó el pecho. Ketahn dirigió la mirada hacia la hembra y encontró su mano apretada contra él, con su calor hundiéndose en su piel. Sintió un estremecimiento. Ella estaba cada vez más inquieta, y aquellas tiras de pelo por encima de sus ojos habían bajado aún más.

Si ese grel tuviera la oportunidad, la despedazaría en un instante.

Ketahn levantó los brazos, las patas delanteras y las mandíbulas, abriéndolas para parecer lo más grande posible, y siseó.

Las orejas del grel se contrajeron y se aplanaron, y la bestia retrocedió medio paso, emitiendo un sonido incierto y chirriante.

Ocho se puso rígida en los brazos de Ketahn. Sus ojos se abrieron, desviando su atención del peligro inmediato. Aquellos ojos eran, como el resto de ella, extraños. Rodaron en sus órbitas durante un instante, que resultó perturbador por el blanco de sus bordes, antes de volverse hacia Ketahn.

Él solo pudo devolverle la mirada. El blanco de sus ojos rodeaba unos anillos interiores de color azul, pero la noche era demasiado oscura para que pudiera distinguir el tono exacto. Y dentro de ese azul había grandes círculos negros, dirigidos hacia Ketahn. Sus párpados se abrieron más y las tiras de pelo que tenía sobre los ojos se elevaron.

Ocho abrió la boca y gritó. El sonido fue agudo, penetrante y lo bastante fuerte como para resonar entre los árboles y hacer que Ketahn retrocediera y casi perdiera el equilibrio.

Ketahn bajó apresuradamente uno de sus brazos y le tapó la boca con una mano. El aire caliente sopló contra su palma mientras ella seguía gritando, pero el sonido se había reducido considerablemente, aunque sus ecos permanecían en su cabeza.

Ella le agarró la muñeca con una de sus manitas y se debatió entre sus garras, dando patadas con aquellas extrañas piernas e intentando apartar la cara de él. Él la sujetó con más fuerza. Para una criatura tan pequeña y aparentemente delicada, su resistencia era sorprendentemente fuerte.

Miró al grel, girando su lanza hacia la bestia. Era poco probable que el arma derribara a la criatura de un solo golpe, pero podía infligir una herida lo bastante grave como para hacer huir al grel.

Pero el grel había retrocedido más, con las orejas completamente aplastadas a lo largo de su grueso cuello y sus corpulentos hombros. Tenía la cabeza agachada y seguía mostrando los dientes.

Ketahn movió las mandíbulas y ladeó la cabeza. Miró brevemente a Ocho, que aún tenía los ojos muy abiertos y se agitaba, antes de volver a mirar al grel. Ketahn retiró la mano de la boca de su hembra con un gruñido.

Ella gritó aún más fuerte que antes.

El grel retrocedió con un gemido entrecortado. Sus patas traseras se aflojaron y la bestia resbaló; sus garras delanteras desgarraron la madera al caer. Antes de que pudiera recuperarse, el grel se apartó de repente del tronco, se estrelló contra la maleza y se alejó a toda velocidad. El chasquido de las ramas y los resoplidos marcaron su huida hacia el refugio protector de las

sombras nocturnas de la Maraña.

Ketahn había visto huir a los grels unas cuantas veces, pero nunca había visto a uno tan aterrorizado.

Volvió a bajar la mano hacia la boca de Ocho. Ella lo golpeó y arañó, girando la cabeza de un lado a otro para esquivar su mano.

—*¡Noh! ¡Noh mee tokes!*

Las palabras de Ocho eran similares a las que había utilizado el espíritu, pero su voz era diferente. Era más aguda que la del espíritu, más áspera, y estaba llena de sentimiento. De... emoción.

Tan solo en ese momento se dio cuenta de que su olor había cambiado sutilmente, pues contenía un toque agrio de miedo. Si sus gritos no habían bastado para atraer la atención de otros depredadores de la Maraña —como sin duda había ocurrido—, el toque de miedo de su olor seguramente lo haría.

Con un poco más de fuerza, le puso la palma de la mano sobre la boca. Ella le agarró el antebrazo con ambas manos, clavándole sus garras desafiladas en la piel, pero su agarre le provocó más excitación que dolor.

—Silencio —le dijo.

Ocho se calmó de inmediato, salvo por su respiración temblorosa y jadeante, que le hacía levantar los hombros y el pecho y agitaba los mechones de su pelo alborotado. Sus ojos brillaban como si estuvieran llenos de agua, que se había acumulado en su pálida piel, y la tela de su vestido estaba húmeda.

—Permanece en silencio, Ocho —Ketahn bajó las mandíbulas para parecer lo menos amenazador posible—. Mantén la calma. No es seguro que hagas tanto ruido.

Ella le miró fijamente, con los ojos muy abiertos e incrédulos, y emitió más sonidos de palabras desconocidas contra la palma de su mano. No tenían más sentido para él cuando estaban amortiguadas que cuando ella había hablado sin impedimentos.

Ketahn apoyó la punta de una pata delantera en la corteza del árbol. El viaje no era largo, pero sí peligroso, y más si ella no podía seguir sus instrucciones. Cualquier criatura que hubiera pasado más de unos pocos días en la Maraña sabía que debía permanecer en silencio, a cierta altura del suelo y alerta.

Ocho volvió a quedarse en silencio. El paso del tiempo estuvo marcado únicamente por los latidos del corazón de Ketahn mientras esperaba a que ella volviera a hablar, intensificando a cada instante tanto su curiosidad por aquella pequeña hembra como la urgencia por alcanzar la seguridad de su guarida.

Lentamente, apartó la mano de su boca.

—*Poor favoh, noh sé ké...*

Con un gruñido, volvió a taparle la boca.

—Silencio.

Ella gimió, pero esta vez no se resistió. No sabía si era porque le había entendido o porque se había agotado, pero no le gustaba, como tampoco le gustaba el miedo que desprendía su olor. Ella temblaba en sus brazos, de forma débil pero perceptible.

Inspirando de nuevo, Ketahn retiró la mano de la boca de ella, deteniéndola a apenas un dedo de distancia.

La boca de Ocho se abrió, separando aquellos carnosos trozos de carne, y su lengua rosada se deslizó para recorrerlos. El brazo de Ketahn se tensó, dispuesto a silenciarla de nuevo, pero ella se limitó a volver a meter esa pequeña lengua en la boca y a juntar esos trocitos de carne. Bajó y

levantó la barbilla dos veces seguidas.

Aquello parecía una especie de gesto... ¿Pero qué podía significar? ¿Se había pasado la lengua por la boca para indicar que tenía hambre?

No podía ignorar la posibilidad de que los de su especie fuesen astutos y engañosos depredadores de algún tipo...

Ketahn desechó sus preguntas al fondo de su mente, donde podrían tejer sus propias telarañas durante un rato. Su fascinación por aquella criatura le distraía peligrosamente.

Apretándola más contra su pecho, continuó su camino. Ella cerró los ojos, se rodeó con los brazos y se acurrucó. Cuando ella volvió a hablar, él no se molestó en advertirle, pues su voz apenas era un susurro.

—*Poor favoh, ke seah un suenio. Poor favoh, ke seah un suenio. Poor favoh...*

La idea de que ella hablara, aunque sus palabras no tuvieran ningún sentido para Ketahn, le llamó la atención mientras viajaba. Nunca había conocido a una criatura capaz de hablar aparte de las de su especie. Las bestias de la Maraña tenían sus reclamos que comunicaban muchas cosas, pero ninguno era tan intrincado como el lenguaje hablado por los vrix... y el de Ocho parecía igual de complejo.

Ni es un vrix, ni un animal, ni un espíritu... ¿Qué era?

Suya.

Al menos, era suya. Desentrañaría sus misterios hilo a hilo si era necesario. Pero *no* la llevaría a Takarah, ni ante la reina. No la compartiría con nadie.

Ella se quedó en esa posición durante el resto del viaje, temblando y tensándose aún más a medida que él subía. Sus susurros ocasionales eran demasiado suaves para que él los entendiera, y la jungla estaba casi en silencio, lo que dejaba a Ketahn demasiado tiempo libre para luchar contra sus pensamientos y las infinitas preguntas que los dominaban.

Cuando por fin se acercó a su guarida, Ketahn estaba a punto de derrumbarse. Sentía como si hubieran pasado cien años en un solo día, como si los acontecimientos de la mañana hubieran sucedido en otra vida. Contempló su guarida con gratitud. Le había llevado muchos días determinar la mejor manera de entretejer toda la seda, las lianas y las ramas para que la guarida fuera lo bastante fuerte como para permanecer en su sitio y servir de refugio. Había destruido su primera construcción al no haberla fijado correctamente a los soportes.

Pero esta guarida había estado colgada durante años del frondoso follaje de la Maraña, suspendida por una amplia red de seda que la sujetaba a las ramas circundantes y repartía su peso entre ellas. Cualquier criatura que no estuviera acostumbrada a trepar por las telarañas de los vrix difícilmente podría alcanzarla.

Ketahn no dudó en atar su lanza a la mochila y trepar por el tronco que conducía a la red; permitir que su dolorido cuerpo descansara siquiera un momento le habría impedido moverse hasta la mañana siguiente, como mínimo. Ocho emitió un sonido brusco y asustado cuando su peso se vio presionado contra su pecho, rodeó su cintura con los brazos y se agarró con fuerza.

Carraspeó suavemente y se agarró a la telaraña con las manos superiores. La alarma de Ocho solo aumentó cuando se soltó del árbol y, colgando con la espalda en dirección al suelo, se deslizó por la telaraña hacia la guarida que había en el centro.

—*Noh voi ah miraar* —susurró, arañándole la piel con sus garras—. *Noh eh real. Noh eh real. Oh Dioh, voi ah vomii-tar. Poor favoh, ke seah un suenio.*

—Estamos a salvo, Ocho —dijo él.

Pretendía consolarla, pero sus palabras consiguieron lo contrario; ella se aferró a él con el cuerpo temblando.

—*Noh mee kieroh caaer. Noh kieroh ke mee ko-man. Poor favoh, noh mee ko-mas.*

La sujetó con más firmeza cuando la guarida estuvo a su alcance, pero no fue suficiente para evitar su chillido cuando se agarró al exterior de la guarida y giró sobre sí mismo para dirigirse hacia la entrada por su parte inferior. La guarida rebotó y se balanceó con su movimiento, pero los soportes eran fuertes; no se caería.

Su pelo le cayó en la cara, golpeándole de nuevo con su fragancia. Un estruendo sonó en lo más profundo de su pecho. El aroma de Ocho era tan seductor como extraño. Sería una presencia bienvenida en su guarida.

Afortunadamente, ella no se agitó ni forcejeó, aunque siguió hablando su idioma sin sentido con voz rápida y aterrorizada. Aún seguía hablando cuando él se introdujo por la abertura baja del lateral de la guarida redondeada y entró en la oscuridad reconfortante y familiar.

En cuanto las piernas se apoyaron en el suelo, levantó la mano y retiró la cubierta de piel que cubría el cristal que había montado entre las ramas entretejidas, llenando el espacio de un suave resplandor azul. El alivio de estar en casa era abrumador, casi tan fuerte como el que iba a experimentar cuando por fin dejara que su cuerpo se relajara.

Quitó la hebra de seda que los unía a él y a Ocho y la depositó suavemente en el suelo.

Ella se apartó de él hasta quedar apoyada contra la curva de la pared del fondo, con las piernas pegadas al cuerpo. Tenía los ojos muy abiertos, estaba mucho más pálida que la primera vez que la vio y el pelo de la cara estaba húmedo y se le pegaba a la piel.

—*Dioh miio, poor favoh, noh mee ko-mas.*

Ese olor a miedo emanaba de ella; al parecer, el refugio y la seguridad no bastaban para aliviar su terror.

Capítulo Seis

A Ivy le habían dicho que tendríamos sueños cuando estuviéramos a bordo del *Somnium*, sueños vívidos. Y sabía que había habido muchos, aunque ahora estuvieran todos borrosos y lejanos, pero este...

Este era una pesadilla.

Ivy cerró los ojos y se abrazó a sí misma con más fuerza. Su cuerpo temblaba, sacudido por el miedo y los escalofríos. Lo último que recordaba era estar tumbada en la criocámara, mirando a los médicos mientras la preparaban para el sueño criogénico. Se había sentido aprensiva pero emocionada por participar en el viaje del *Somnium*, por ser uno de los primeros colonos en abandonar la Tierra y formar una nueva colonia en Xolea, por tener un nuevo hogar, una nueva vida, y un nuevo comienzo.

No se suponía que debía despertarse con *esto*.

«No estoy despierta. Sigo durmiendo, sigo soñando. Esto no puede ser real».

Ivy apretó los labios, se agarró el antebrazo y pellizcó con fuerza. Lanzó un grito. Dejó caer la frente contra las ramas entrelazadas de la pared e inspiró pesada y entrecortadamente una y otra vez. El aire era denso y húmedo, con olor a tierra, madera y algo más, algo especiado, como a caoba.

La cosa que la había transportado hasta allí emitió un sonido lento e incierto, que ella podría haber creído que expresaba preocupación si no fuese tan parecido a un gruñido.

—Esto no puede estar pasando. Es una pesadilla —Ivy se llevó las manos al pelo y apretó los mechones contra el cuero cabelludo, lo que le produjo otra oleada de dolor. Las lágrimas le escocían en los ojos y soltó un suave gemido, pero solo se aferró con más fuerza—. No es real, no es real, no es real.

El nido se balanceó. Ivy sintió que el monstruo se acercaba, pero no quiso mirar más, no quiso verlo. Se acurrucó incluso más y se apretó contra la pared. Si hubiera podido, la habría atravesado.

Una mano grande, áspera y fuerte le agarró la muñeca y se la apartó de la cabeza. Se estremeció, abrió los ojos mientras volvía la cara hacia la criatura y le arrancó el brazo de un tirón.

La criatura retrocedió, haciendo que el nido se balanceara más bruscamente, y se detuvo con el cuerpo bañado por la suave luz azul que proyectaba el cristal de la pared. Los ojos de Ivy se abrieron de par en par. Ocho brillantes ojos violetas la miraban fijamente.

Monstruo.

Araña.

Pesadilla.

Esas palabras y otras muchas revolotearon por su confuso cerebro mientras Ivy recorría con la mirada a la criatura. Era enorme, incluso estando agachado como estaba ahora. Medía dos metros y medio, quizá más, y su cuerpo era una mezcla de ángulos rectos y músculos delgados. El torso era humanoide, con un pecho ancho que descendía hasta una cintura estrecha, pero su parte posterior... Era como el trasero de una araña.

El monstruo tenía dos pares de brazos, uno sobre otro, y seis patas: largas patas de araña con múltiples articulaciones, lo bastante largas como para alcanzarla desde cualquier parte del nido. Sus manos tenían tres dedos y un pulgar, todos ellos con garras negras. Había más extremidades, más pequeñas, recogidas contra la parte inferior de su abdomen, entre las dos patas delanteras.

Un grueso cuello conducía a la cabeza de la criatura, y su cara... Las facciones estaban distribuidas como podría haber estado la de un humano, salvo que era cualquier cosa menos humano. Su rostro tenía un aspecto rígido, casi como una máscara, con dos crestas puntiagudas que ascendían y descendían desde la frente y otras dos situadas debajo, detrás de las sienes. Su boca era un tajo que le atravesaba la cara, tan solo interrumpido por un par de protuberancias en forma de colmillos a ambos lados, pero no eran nada comparadas con las poderosas mandíbulas que sobresalían entre los pómulos y las sienes de un humano. Mechones de largo pelo negro con vetas blancas brotaban de detrás de la cabeza y colgaban sobre los hombros de la criatura.

A pesar de todo, había cierta belleza natural en aquel monstruo. Su piel era negra, pero tenía marcas: en la cabeza, en las articulaciones y las puntas de las patas delanteras, incluso alrededor de la parte superior de los malvados colmillos de las mandíbulas. Y esas marcas brillaban con un blanco frío y un púrpura intenso, del mismo modo que algunas cosas brillan bajo la luz ultravioleta.

Ivy apretó las manos contra el pecho y sacudió la cabeza, incapaz de apartar los ojos de la criatura.

—N-no eres real. Solo eres... un sueño. Una pesadilla.

—*Kir ven'dak unir kess'ani ikarahl* —dijo la criatura. Su voz era grave, ronca y entrecortada por sutiles chasquidos y leves zumbidos. Aunque abría la mandíbula al emitir los sonidos, no movía los labios.

No tenía labios.

Pero sí tenía unos dientes afilados dentro de la boca y una larga lengua del mismo color que sus marcas púrpuras.

Ivy se estremeció. Entonces se acordó. No era la primera vez que le hablaba. Recordaba vagamente que le había hablado cuando se despertó y se encontró en sus garras. Le había tapado la boca como si quisiera que se callara. ¿Qué palabra había repetido?

¿*Sheevix*?

Soltó un suspiro tembloroso. Quizá... ¿Quizá no pensaba comérsela? Aún no le había hecho daño.

«*La palabra clave es "todavía", Ivy*».

Aquella criatura parecía más... curiosa que otra cosa.

—¿Qué eres? —preguntó en voz baja.

Su cabeza se inclinó ligeramente y, aunque Ivy no podía asegurarlo, juró que tenía los ojos puestos en su boca. Las mandíbulas que tenía a los lados de la cara se movieron, levantándose un poco antes de volver a relajarse. Las púas de los extremos de aquellos apéndices eran al menos tan largas como la palma de su mano, y cada una terminaba en una punta mortal.

—¿Vas a hacerme daño?

¿Por qué se molestaba en hablarle? No parecía que aquella criatura pudiera entenderla.

«*Porque hablar me calma*».

Hablar también la ayudaba a despejar la niebla de su mente. Sin embargo, más que ninguna de esas razones, parecía estar manteniendo a raya a aquel monstruo, al menos por ahora. Estaba claro que la criatura no la entendía, y ella no podía entenderla, pero parecía fascinada por sus palabras.

Las patas arácnidas de la criatura se doblaron, acercando su cuerpo al suelo. Eso era bueno, ¿no? No parecía dispuesto a abalanzarse ni nada parecido. Mientras mantuviera la calma, Ivy tendría tiempo para pensar.

Se suponía que la iba a despertar un médico tras aterrizar en Xolea, que había sido descrita como un paraíso del espacio profundo. A Ivy y a los demás colonos les habían dicho... ¿*Qué* era lo que les habían dicho? Que estarían dormidos durante todo el viaje, soñando en estasis. En caso de emergencia, había protocolos para garantizar la seguridad de todos.

Pero ¿dónde estaban los demás, dónde estaban los médicos y la tripulación? ¿Dónde estaba la nave? ¿*Qué* había ocurrido?

Un dolor agudo le atravesó las tripas. Hizo una mueca de dolor, cerró los ojos y se llevó una mano al estómago, presionando como si eso fuera a aliviar su malestar.

—*Arvok elad kess'ani zikarn* —dijo la criatura. Algo en su tono sonaba a interrogación.

Abrió los ojos y vio que la criatura se inclinaba hacia ella con los brazos apoyados en las piernas y los hombros encorvados, y que aquellos ojos violetas seguían brillando en la inquietante luz azul.

Por suerte, Ivy había perdido parte de la opresión que sentía en el pecho. Respirando lenta y profundamente, levantó una mano con la palma hacia fuera.

—Espera.

La criatura ladeó la cabeza y sus mandíbulas temblaron brevemente.

—¿*Esss-pera*?

Sus ojos se abrieron de par en par.

—¿*Me...* me acabas de entender?

—¿*Arvok elad et unixt esss-pera, Vel?* —preguntó la criatura—. *Kir ven'dak unir kess'ani ikarahl.*

Acomodó las patas delanteras, desplazando el cuerpo hacia ella.

El corazón de Ivy se aceleró. Volvió a clavarle la palma de la mano.

—No. Espera.

La criatura se detuvo y bajó los ojos para mirar su mano. Tímidamente, extendió uno de sus brazos. Ivy vio cómo la criatura enderezaba los dedos, aplanaba la palma y la apretaba contra la suya.

Aquella mano era el doble de larga que la suya, con dedos robustos, fuertes y puntiagudos como garras. La piel era áspera y dura, pero estaba caliente, y el tacto de la criatura era sorprendentemente suave. Durante unos segundos, Ivy se quedó mirando la comparación. Su mano pálida y diminuta contra la de la criatura, tan diferentes y, sin embargo, de algún modo... de algún modo tan similares.

Entonces se dio cuenta de que la araña gigante la estaba tocando.

Dio un grito ahogado y retiró la mano.

Los dedos de la criatura se doblaron ligeramente. Giró la palma de la mano hacia su cara, mirándola como asombrada, antes de cerrar la mano en un puño flojo y bajarla.

—*Kess elad ahn'vi, ahn'jesh. ¿Noth ven kess elgath, Vel?*

La voz de la criatura era ahora más suave, todavía extraña, pero teñida de asombro y curiosidad.

Ivy sacudió la cabeza con el ceño fruncido.

—No te entiendo.

Había inteligencia en sus ojos. No podía negarlo, por aterrador que fuera el aspecto de la criatura. Hablaba un idioma que ella no entendía, pero era un idioma al fin y al cabo. Si hubiera querido hacerle daño, ya lo habría hecho.

Se esforzó por recordar los meses de formación que había recibido antes de embarcar en el *Somnium*, pero seguía sumida en la neblina del sueño criogénico... y no es que fuera a haber nada sobre cómo establecer el primer contacto con una especie alienígena en aquellos seminarios y talleres. Se suponía que Xolea estaba deshabitada. En parte por eso la habían elegido, ¿no?

Lo que necesitaba con aquella criatura era un entendimiento básico. Un punto de partida a partir del cual pudieran desarrollar la comunicación. Si ambos podían hablar, podrían encontrar formas de dar a entender mejor sus intenciones.

Se llevó las manos al pecho.

—Me llamo Ivy.

La criatura volvió a acercarse a ella, moviéndose muy lentamente. Un temblor recorrió a Ivy. Se tensó y se apretó contra la pared con toda la firmeza que pudo.

Con los dedos doblados para que sus garras se alejaran de ella, la criatura le dio un golpecito en el hombro con el nudillo.

—*Vel*.

«¿*Vel*?»

Ya lo había dicho antes. Tranquilizándose tan solo un poco, mantuvo los ojos fijos en los de la criatura y negó con la cabeza.

—No —Tragando con dificultad, volvió a tocarse el pecho con los dedos—. Ivy.

Otro de aquellos estruendos sonó en el pecho de la criatura mientras acercaba la cara a ella. Sus ojos se entrecerraron, al menos los centrales, que eran más grandes. Aquellas grandes mandíbulas se apretaron como si estuvieran a punto de cerrarse. La criatura volvió a golpearla con el nudillo, esta vez en el centro del pecho.

—*Ay-vii*.

Ella asintió.

—Sí, Ivy.

—*Ay-vii. Ay-vii... ¿Foss-ter?*

Ivy jadeó.

—¿Sabes cómo me llamo? ¿Ivy Foster?

—*Ay-vii Foss-ter* —repitió la criatura, convirtiendo su nombre en algo exótico con su voz profunda e inhumana. Inclino la cabeza para que sus ojos se dirigieran más directamente hacia la cara de ella—. *Et althai'ur ikar Ay-vii Foss-ter. Doh, uno, cero.*

¿Se había vuelto loca en la criocámara o aquella araña alienígena acababa de decirle a Ivy su nombre y su número de colono? Eso... eso no era posible, ¿verdad? ¿Cómo podía saberlo?

Arrugó el ceño.

—¿Sabes dónde está el *Somnium*?

Las mandíbulas de la criatura se hundieron al bajar la mano.

—*Kess'ani ikarahl, Ay-vii, othan elad tharashi. Kir ven'dak unir othan.*

«*Vale, estamos perdiendo ese momento de comprensión. Volvamos atrás*».

Levantó las manos y se tocó el pecho, repitiendo su nombre. Luego hizo un gesto hacia la

criatura, con las palmas hacia arriba, y levantó las cejas.

La criatura miró sus manos. Levantó las suyas, imitando el gesto de las palmas hacia arriba, antes de tocarse el pecho, que desde tan cerca parecía más bien una armadura.

—*Ketahn tes Ishuun'ani Ir'okari.*

Ivy parpadeó. Eso... era mucho.

—Ketahn tes Ishuun a... Eh...

La criatura volvió a extender un brazo y, con la misma suavidad de antes, agarró la muñeca de Ivy. Ya fuera por miedo o por curiosidad, no se resistió cuando la criatura se acercó a ella y llevó su mano temblorosa hasta su pecho.

—Ketahn —dijo, inclinando la cabeza.

—Ketahn —repitió Ivy.

Tenía la mirada fija en su mano y en la carne alienígena que la rodeaba. La piel de Ketahn tenía un tacto duro y correoso, pero era sorprendentemente flexible. Sin duda había músculos y huesos duros debajo, pero en la superficie era cálida e incluso cedía un poco. Su pulgar se movió, rozando la piel.

No estaba segura de cómo lo sabía, ni tenía motivos para creerlo tan firmemente, pero estaba segura de que Ketahn era un macho.

Otro ruido vibró en el pecho de Ketahn, uno que Ivy sintió más que oyó, en parte como un ronroneo contenido, en parte como un gruñido de tigre, pero mucho más bajo y silencioso que cualquiera de los dos.

Echando la cabeza hacia atrás, Ivy levantó lentamente la mirada hasta que sus ojos volvieron a encontrarse con los de él. Él ladeó la cabeza, dejando caer más pelo por encima del hombro hasta rozarle el antebrazo. Aquel roce le hizo cosquillas, provocándole un hormigueo en el brazo, y ella se estremeció, retirando la mano de su agarre.

Ketahn le mostró las cuatro palmas de las manos y se echó hacia atrás, manteniéndose pegado al suelo.

—*Kir kala'dak zakash kess, Ay-vii.*

Cuando llegó a la pared más alejada, giró el torso para extender un trozo de tela a través del orificio de entrada redondo del nido. Ivy no sabía si estaba agradecida por tener aquella barrera, por fina que fuera, entre ella y el bosque alienígena del exterior, o si era una confirmación aterradora de que realmente estaba atrapada aquí dentro con aquella cosa.

No... Con él.

No le quitó los ojos de encima mientras se quitaba la bolsa que llevaba colgada de los hombros y el arma que portaba. La lanza era casi tan larga como ella, con un rollo de cuerda blanca atado a ella y un gran fragmento de púas de lo que parecía obsidiana afilada en la cabeza. Ketahn apoyó la lanza contra la pared y dejó su bolsa en el suelo.

Ivy se apoyó en la pared y rodeó las piernas con los brazos, abrazándolas contra el pecho. Miró a su alrededor por primera vez desde que Ketahn la había traído aquí. El lugar era como un nido de pájaros a gran escala, suspendido en el aire, con forma ovalada, pero dudaba que un animal hubiera podido construir algo tan intrincado.

Las ramas y lianas que formaban las paredes estaban entretejidas en patrones repetitivos, como una enorme cesta de mimbre, con más de esa cuerda blanca enhebrada. Tímidamente, pasó los dedos por una de las cuerdas de la pared de al lado. Era sorprendentemente suave al tacto, nada que ver con lo que había imaginado, pero cedía muy poco.

Había trozos de tela con un brillo sedoso colgando aquí y allá, y el suelo estaba acolchado con pieles suaves. Más arriba había numerosas cestas tejidas directamente en la pared que

contenían vasijas y jarras de barro, trozos de piel y cuero, y más herramientas y armas, algunas de las cuales estaban hechas de los mismos materiales que la lanza de Ketahn.

Entre la artesanía de este lugar y los objetos que contenía, el lenguaje hablado de Ketahn y sus gestos, estaba claro que formaba parte de una especie inteligente. Obviamente, estaban un poco lejos de ser pueblos del espacio... pero no estaban precisamente viviendo en cuevas y adorando el fuego.

Se encorvó hacia delante y apoyó la frente en las rodillas. Sentía un latido sordo en la cabeza, concentrado detrás de los ojos, y aunque antes no había hecho mucho más que intentar liberarse del agarre de Ketahn, estaba agotada. ¿Acaso el sueño criogénico no había sido suficiente?

¿Cuánto tiempo había *estado* en estasis?

Se le oprimió el pecho al recordar otro detalle, pues a ella y a los demás colonos les habían dicho muchas veces que el viaje a Xolea duraría sesenta años. Para cuando llegaran, muchas de las personas que habían conocido en la Tierra probablemente habrían muerto.

Ivy apartó esos pensamientos. Conocía las consecuencias cuando decidió emprender el viaje. Pero no podía evitar preguntarse...

¿Sus padres la habían echado de menos?

Los párpados se le cerraron y la cabeza le dio vueltas, pero se obligó a abrirlos, luchando contra el peso que la arrastraba. No era momento de dormir, había un monstruo araña a tres metros de ella y no podría defenderse si estaba inconsciente.

Intentó ignorar los sonidos procedentes de Ketahn, sus suaves silbidos y sus murmullos ásperos y graves, pero no pudo. Se debatía entre querer fingir que no estaba allí, que no era real, y querer permanecer alerta.

Pero, al final, su cuerpo se relajó y los párpados le pesaron demasiado. Lo último que percibió fue un largo suspiro antes de sucumbir al sueño.

Capítulo Siete

Ivy se despertó con un gemido de dolor. Antes de que pudiera recobrar la lucidez, sintió un retortijón en el estómago. La agonía le recorrió el abdomen y se acurrucó de lado, con los músculos tensos y la piel empapada en sudor. Se sintió débil y con náuseas, a punto de vomitar, aunque no tuviera nada en el estómago.

Se llevó una mano al vientre, tratando de alejar las molestias con respiraciones profundas y uniformes. Tenía hambre y sed, y su cuerpo sufría las secuelas del sueño criogénico. Había oído a los médicos llamarlo enfermedad de estasis.

Pero alguien debía ayudarla. Ese era el protocolo. Los médicos ayudaban a todo el mundo después de despertar del sueño criogénico, ayudaban a controlar el dolor y las molestias de los que sufrían la enfermedad de estasis, y se aseguraban de que todo volviera a la normalidad.

Y luego vendrían los días soleados en un hermoso mundo nuevo en el que Ivy podría ser lo que quisiera.

Lo único que tenía que hacer era aguantar esto un poco más... ¿Y no era ese dolor un pequeño precio a pagar por un nuevo comienzo?

Algo le rozó el tobillo, algo cálido y áspero. Ivy frunció las cejas cuando una mano grande le cogió el talón y levantó el pie con delicadeza. ¿Por qué iba un médico a empezar un examen médico con los pies?

Esa cosa —¿era un dedo?— le pasó suavemente por la planta del pie, haciéndole cosquillas. Ivy sacudió la pierna y levantó la cabeza para mirar por encima del hombro. Su respiración se entrecortó cuando sus ojos se posaron en la criatura que tenía detrás.

Todo volvió a su mente al instante.

No estaba en el *Somnium*. No estaba siendo atendida por médicos. No estaba en Xolea.

Se la había llevado un monstruo araña a su nido, donde iba a... a...

¿A qué?

Ivy se obligó a ver lo que estaba pasando. La criatura —Ketahn, según él— le sujetaba el pie con una de sus cuatro manos y tenía extendido un dedo largo de otra, que había pasado por su pie. La miraba fijamente con ocho ojos violetas, con la cabeza ligeramente inclinada, como preguntando: «¿*Qué demonios es esto?*»

Un monstruo araña la había llevado a su nido, donde le hacía cosquillas en los pies.

Manteniendo la mirada fijamente en ella, Ketahn alargó una tercera mano, cogió con delicadeza el dedo gordo del pie y lo movió.

Ivy arqueó una ceja.

—¿Ahora también juegas a los cerditos?

Toda la situación le parecía absurda, aunque podía entender su curiosidad teniendo en cuenta que él no tenía dedos, ni siquiera pies.

—¿*Noth ven kess lenaal kuix ithin?* —preguntó él, mirando de nuevo el pie de ella. Le movió los dedos que le quedaban y volvió a acariciarle la planta del pie con la yema del dedo.

Su tacto era tan ligero que la hizo estremecerse y le produjo un temblor en la pierna, un temblor extrañamente placentero.

Se le cortó la respiración y se echó hacia atrás, arrancándole el pie de la mano. Se sentó de espaldas a la pared, con las piernas recogidas hacia el pecho y los pies apoyados en el suelo cubierto de pieles. Le movió un dedo.

—No. Nada de cosquillas.

Ketahn soltó un resoplido, con las mandíbulas caídas.

—¿*Koski-ias?*

No tenía ni idea de cómo explicarle lo de las cosquillas. En lugar de eso, se señaló el pie. Si tenía curiosidad, podría darle una lección de anatomía.

—Pie.

Un chasquido le vibró en el pecho. Extendió el brazo y le señaló el pie.

—*Tie* —dijo, emitiendo un sonido más parecido a una “t” en lugar de la “p”.

—Pie —volvió a decir, acentuando la “p”.

Ketahn desvió su atención hacia la boca de ella.

—*Ikar et ikarahl vana, Ay-vii. Tie.*

—Vale, quizá no puedas hacer ese sonido porque no tienes labios —se señaló la boca—. Boca —se dio un golpecito en el labio inferior—. Ivy tiene labios.

—*Boo-ca* —señaló su propia boca—. *Shev.*

—*Shev* —repitió ella.

Realmente existía la posibilidad de que Ivy y Ketahn pudieran comunicarse entre sí. Debería sentirse aterrorizada, pero tenía que aferrarse a esa posibilidad y a la esperanza que significaba. Porque si él la había encontrado, tenía que saber dónde estaba la nave, ¿no? Solo tenía que averiguar cómo pedirle que se lo mostrara. Que la llevase de vuelta.

Monstruosa persona-araña o no, Ketahn era todo lo que tenía ahora. Y mientras no pensara comérsela...

Ivy no retrocedió cuando él se inclinó hacia ella, esperando que se limitara a señalarle la boca, pero su mano no se detuvo hasta que la yema del pulgar le acarició el labio inferior. Ella se tensó, con los ojos fijos en él, mientras sus labios se entreabrían. Puede que no se hubiera echado atrás, pero el hecho de que él estuviera tan cerca ponía en perspectiva lo grande que era en comparación con ella y lo aterrador que parecía.

—*Lit* —dijo con un chasquido de su lengua púrpura.

—Cerca.

Ella puso una mano indecisa sobre la de él y la apartó.

Ketahn inclinó la barbilla hacia sus manos, levantando un poco la de ella.

—*Hani.*

Ivy repitió la palabra, en voz alta y en su mente, memorizándola como había hecho con la otra, y levantó ambas manos, que temblaron ligeramente.

—Manos —Cerró los dedos de una mano hasta que levantó dos dedos—. Dos. Ivy tiene dos manos. Uno —bajó un dedo y volvió a levantarlo—. Dos. Dos manos.

Sus mandíbulas se contrajeron y ladeó la cabeza, observándola con curiosidad.

—Ketahn tiene cuatro manos —Lentamente, alargó la mano y tocó ligeramente cada una de

las suyas mientras hablaba—. Una, dos, tres, cuatro —Levantó cuatro dedos—. Cuatro manos.

No sabía si él recordaría algo de aquello. ¿Iba demasiado rápido?

—Cuatro *maanos*. —Ketahn giró las palmas de las manos hacia su cara durante un momento antes de mirar las manos de Ivy—. Dos *maanos*.

«Vale, igual sí que se acuerda».

Curvó dos de sus manos superiores formando unos puños y levantó los dedos uno a uno, recitando una palabra con cada uno.

—*Ul, Tok, Ir, Set, Gon, Het, Urd* —Con el octavo dedo, inclinó la cabeza hacia ella—. *Vel*.

Ivy reconoció aquella palabra. La había pronunciado muchas veces, casi siempre como pregunta, cuando hablaba con ella. ¿Ocho? ¿Se había referido a ella como a ocho? ¿Por qué?

—*Vel* no —se dio un golpecito en el pecho—. Ivy.

Le puso la mano en el pecho, y con los dedos extendidos abarcó fácilmente desde un hombro hasta el otro.

—Ivy.

Ella abrió los ojos y su corazón martilleó contra sus costillas en respuesta a su proximidad y su contacto.

—*Kess elad Ivy. Kir unir ithin.*

Ivy negó con la cabeza.

—No tengo ni idea de lo que estás diciendo.

Ketahn gruñó, aparentemente disgustado. A pesar de ello, reanudaron la lección de anatomía, señalando cada uno partes de su cuerpo, diciendo las palabras en su propio idioma y repitiéndolas en el idioma del otro. Algunas de sus palabras le resultaban difíciles de pronunciar, y sabía que no las pronunciaba bien; comprendía que no podía hacerlo cuando algunas de ellas contenían sutiles zumbidos y chasquidos. Ketahn seguía esforzándose por interpretar los sonidos que Ivy emitía con los labios, pero ambos parecían satisfechos de estar haciendo progresos.

Por último, Ivy se recogió una parte del pelo y lo levantó.

—Pelo.

Él Enganchó algunos mechones sueltos de su pelo con el dedo.

—*Pee-lo. Sutra* —se inclinó hacia ella, sujetándose el pelo como si quisiera que lo tocara.

Con el ceño fruncido, miró de los ojos de él a su pelo, y luego, lentamente, alargó la mano y cogió un mechón. Separó los labios sorprendida por su tacto: era como la seda. Lo frotó entre el dedo y el pulgar, y luego lo recorrió con los dedos, maravillada por su color.

—Es tan suave —dijo.

Aquel ronroneo bajo sonó en su pecho. Levantó una mano hacia su pelo, cogió un mechón entre los dedos y lo frotó.

—*Kess'ani sutra alvos iln huthaal, varsi ree shendar iln syth.*

Ivy bajó el brazo y lo observó. Había casi como una... devoción en la forma en que le tocaba el pelo.

—No sé qué dices, pero al menos suena bien.

Al cabo de unos instantes, le soltó el pelo.

—*Kess elad ahn'jesh*, Ivy. *Kess elad'dak iln kir* —Se golpeó el pecho con el puño, produciendo un golpe sordo—. Ketahn *elad larak*. Ivy *elad jesh*.

Una de sus manos se movió hacia el pecho de ella, lo cubrió y lo apretó.

A Ivy se le cortó la respiración y su pezón se erizó bajo su contacto. Su cerebro tardó un instante en darse cuenta de lo que había hecho, y un instante más en reaccionar.

Le apartó la mano de un manotazo, y el sonido de su carne al golpear la de él rompió el

silencio del nido.

—No.

Ketahn retiró la mano, abriendo mucho las mandíbulas y soltando un siseo bajo y sorprendido.

Ivy chilló y se encogió, acurrucándose contra la pared y cubriéndose la cabeza con los brazos.

«Así se hace, Ivy. Ahora te van a comer. No tenías otra cosa que hacer que golpear a la araña.

¡Pero si me ha metido mano!

¿Eso es peor a que te coman viva? Solo tenía curiosidad. Ni que hubiera visto algún pecho».

—Por favor, *por favor*, no me comas. Lo siento, Ketahn.

—*¿Ven kir'ur zikash kess, Ivy? ¿Elad kess'ani ukata zikahl?* —Hubo un ligero toque en su hombro—. *¿Ivy?*

Levantó ligeramente la cabeza para mirarle. No parecía amenazador, o al menos lo menos amenazador que podía parecer una araña gigantesca. Había inclinado el torso hacia delante y se había inclinado de modo que su vientre estaba casi plano sobre el suelo, poniendo los ojos por debajo del nivel de los de ella, por una vez, y se sostenía con las manos inferiores.

Ivy bajó lentamente los brazos.

—*¿Ketahn no comer* —se llevó los dedos a la boca y actuó como si diera un mordisco a algo y masticara antes de señalarse a sí misma— *Ivy?*

—*¿No comer?* —Sus mandíbulas bajaron mientras imitaba su gesto, haciendo la mímica del acto de comer, lo que le permitió echar otro vistazo a aquella lengua púrpura y a los colmillos del interior de su boca—. *¿Kess elad vukod?*

Se quedó mirándole la boca, a esos colmillos afilados, y se estremeció.

—*¿Ketahn comer Ivy?*

Sus ojos se abrieron un poco más y retrocedió.

—Ketahn no comer Ivy.

El alivio la invadió rápidamente.

—Gracias.

Y con la misma rapidez, aquella punzada de hambre le desgarró las tripas con tanta intensidad como cuando la despertó. Se estremeció y se puso la mano sobre el vientre mientras gruñía y una oleada de mareo se abatía sobre ella, mareándola y debilitándola.

—*¿Ivy elad vukod?* —preguntó Ketahn. Volvió a hacer el gesto de comer—. *¿Kess telenas saal ukaan?* —repitió tanto el gesto como la última palabra, *ukaan*.

—Sí —asintió Ivy—. Ivy tiene hambre. Ivy necesita comer.

Ketahn se apartó de ella y se irguió hasta alcanzar una altura mucho más imponente.

—*Kir'al tavit dera kess, Ivy. Kir'al irel ukaanahl, vux ikesh'al ukaan.*

Ukaan significaba comer, pero ¿qué era esa palabra tan parecida? *¿Ukaanahl?* ¿Significaba... comida? Deseaba que todo este proceso fuera más rápido —y deseaba aún más no haberse despertado nunca para encontrarse en esta situación—, pero esto era un paso en la dirección correcta. *¿No?*

Ketahn se apartó de ella, cogió su bolsa del suelo y se la echó sobre los hombros antes de coger su lanza.

Ivy se incorporó, con los ojos muy abiertos, y a pesar de que su aterradora mitad inferior —la mitad araña— estaba a la vista, se arrastró hacia él.

—*¿Me vas a dejar? ¿Sola?*

¿Y si algo más se metía en el nido mientras él no estaba? ¿Algo que *quisiera* hacerle daño o comérsela?

—*Kir ven'dak ithaa ukaanahl dun, vux kir telenas tavit.* —Se volvió de nuevo hacia ella, y sus mandíbulas se sacudieron y bajaron. Le hizo un gesto con la palma aplanada—. Ivy, *esss-pera*.

Ella se calmó. Él lo había entendido y lo recordaba. Estaba aprendiendo. Ella curvó los dedos contra la madera que tenía debajo y asintió.

—Vale. Ivy espera.

«*De todos modos, no es que tenga otro sitio adonde ir*».

—*Kir'al saavix dun ursh ul vi selyek* —Ketahn apartó la tela que colgaba delante de la abertura.

Por un momento, Ivy tuvo que entrecerrar los ojos ante la luz que entraba; la jungla había estado oscura cuando despertó en sus brazos, pero ya no. ¿Hasta qué punto estaba bien tejido el nido para impedir que se filtrara la luz?

Pero en cuanto sus ojos se adaptaron, dejó de preocuparse por la luz del sol y centró toda su atención en Ketahn. Era la primera vez que le veía a plena luz, y fue como volver a verle... pero sin el terror de la primera vez.

Su piel era negra y tenía una ligera textura de cuero, y el púrpura y el blanco de sus marcas eran aún más puros y vibrantes de lo que parecían cuando brillaban. Su pelo largo negro brillaba, y sus mechas blancas se iluminaban como hilos de plata, y ahora podía ver que también tenía mechas violetas, demasiado sutiles para haberlas distinguido con la extraña luz azul del cristal. Los planos duros de su torso y brazos eran inhumanos, pero había una gracia innegable en su forma.

Y no podía negar la humanidad de su rostro alienígena.

«*No humanidad, supongo, sino... inteligencia y compasión*».

Sus mandíbulas se cerraron y los colmillos de sus extremos chasquearon ligeramente.

—*Esss-pera* —siseó suavemente antes de escabullirse por el agujero.

El nido se balanceó y rebotó con sus movimientos. A Ivy se le revolvió el estómago y se le aceleró el corazón. Se aferró a la estructura de madera que tenía debajo, buscando una estabilidad que sabía que no encontraría. Fuera, las ramas chirriaban y las hojas crujían. En el aire flotaban llamadas de animales desconocidos. Oyó ligeros rasguños en el exterior del nido al trepar por él.

Cuando las patas traseras de Ketahn se deslizaron por el agujero, la cubierta de tela volvió a su sitio, sumiendo el interior del nido en una oscuridad relativa hasta que sus ojos se reajustaron a la luz del cristal.

El nido volvió a balancearse violentamente antes de detenerse. Con las extremidades temblorosas, Ivy se arrastró hacia la salida, rozando con las palmas de las manos y las rodillas las pieles del suelo. Agarró la tela y la levantó, asomándose. Inmediatamente, sintió una oleada de vértigo al contemplar la jungla que había debajo. Las ramas, las hojas y las lianas eran tan espesas y enmarañadas que ni siquiera podía ver el suelo, y todo era *enorme*. Nunca en su vida había visto árboles tan altos e inmensos. Incluso a esta altura, muchas de las ramas parecían lo bastante anchas como para servir de pasarelas, y algunas de las hojas eran tan grandes que la habrían cubierto desde el pecho hasta los tobillos si hubiera sostenido una frente a ella.

Armándose de valor, levantó la mirada. Delante, las ramas y hojas enmarañadas formaban un techo que la luz del sol atravesaba en brillantes haces. Pero fue lo que vio directamente sobre ella lo que realmente la dejó sin aliento.

Una tela de araña. Era la única forma de describirlo. Una enorme telaraña se extendía por los

árboles y las ramas, y sus numerosos hilos convergían en el nido colgante. Al igual que las paredes del propio nido, la telaraña estaba entretejida con las gruesas ramas, pero era ese material sedoso el que predominaba en este caso. Y lo que al principio parecía caótico tomó forma al inclinar la cabeza para ver más de la telaraña; estaba dispuesta siguiendo un patrón ordenado, con los hilos principales y los hilos de soporte que se entrecruzaban espaciados uniformemente. Aquí y allá, las gotas de rocío brillaban a la luz del sol a lo largo de la telaraña. Debía de haber muchas más antes de que él saliera.

Ivy exhaló un suspiro lento y tembloroso mientras se sentaba y dejaba que la tela cayera en su sitio.

«Estoy atrapada en una telaraña».

Capítulo Ocho

Con Ivy acaparando todos sus pensamientos desde que la encontró, Ketahn casi había olvidado que su cacería nocturna no le había proporcionado carne, al menos no para comer. Su decisión de trasladarse a la Maraña, de vivir apartado de su pueblo, la había tomado con pleno conocimiento de las expectativas que ello supondría para él.

Un cazador debe proveer.

Debía proporcionar carne a los vrix de Takarahl, cada uno de los cuales hacía su parte para ayudar a la supervivencia de su ciudad. Si no lo hacía, se notaría. La reina no había impuesto ningún mandato a los cazadores, pero sus escribas lo controlaban todo, incluida la comida que traían los cazadores de la ciudad.

No cabía duda de que Zurvashi utilizaría cualquier excusa a su alcance para atraer a Ketahn de vuelta a Takarahl a su antojo. No tenía intención de darle otra razón para hacerlo.

Sin embargo, no podía apartar su atención de Ivy. Estaba hambrienta y él tenía que mantenerla. No disponía del lujo de días para merodear por las ramas y acechar entre la maleza. Por pequeña y delicada que fuera, temía que Ivy no durara tanto sin comida fresca. Y la cacería de esta mañana ni siquiera podía considerarse una cacería: solo había encontrado unas pocas señales de animales, todas ellas de hacía días, al menos, y las llamadas que había oído de criaturas lo bastante grandes como para proporcionarle una carne adecuada procedían de cientos de segmentos de distancia. Era como si el grito de Ivy de la noche anterior hubiera espantado a todo lo que había en la Maraña.

Afortunadamente, la Maraña tenía otras recompensas que los conocedores del camino obtenían con facilidad, y él había llenado una pequeña bolsa de comida hasta rebosar. Tal vez fuese mejor que las raíces y las setas de las que se habían quejado Urkot y Rekosh, pero una barriga llena era mejor que una que se retorció de hambre en cualquier momento.

Lo que había conseguido conseguir hasta entonces apenas podía considerarse comida para un vrix, pero esperaba que fuera suficiente para su Ivy, aunque solo fuera por un rato. Estaría mucho menos distraído si su tripa no emitiera extraños gorgoteos y gruñidos que ella había dado a entender que indicaban hambre.

Ketahn trepó por el ancho tronco de un árbol inclinado, utilizando las garras de las puntas de los dedos y las piernas para agarrarse a la áspera corteza. Aún le dolían todos los músculos y trepar requería más esfuerzo que de costumbre, pero el descanso había mitigado las molestias y le había refrescado lo suficiente como para hacerlo soportable.

La Maraña era un lugar diferente de día. La luz del sol que se abría paso a través del techo de hojas hacía resaltar los verdes, marrones, azules y morados de una forma mucho más sutil y

vibrante a la vez que su brillo nocturno, y había distintos animales que estaban haciendo sus reclamos.

Se detuvo a gran altura del suelo para escuchar esos reclamos, girando la cabeza hacia un lado. El aire caliente y denso flotaba a su alrededor sin la menor brisa que lo perturbase; lo agradecía después del aire viciado y frío de los túneles de Takarahl.

Incluso después del aire imposiblemente limpio, fresco y sin olor de la cámara donde había encontrado a Ivy.

Sus mandíbulas se crisparon al recordar lo que ella le había comunicado esta mañana: le había preguntado si pensaba comérsela.

De no haber sido tan repugnante, la idea le habría hecho reír. Había probado la carne de muchas criaturas de la jungla, pero nunca comería la carne de una criatura como Ivy. Aunque no se parecía en nada a los vrix, era más parecida a los de su especie que cualquier otro animal que hubiera conocido. Era inteligente, tanto que ya habían empezado a aprender el idioma del otro en el poco tiempo que llevaban juntos.

Ketahn pasó la yema de un dedo por la línea de su boca.

Labios. Pronunciar la palabra le resultaba difícil, pero ansiaba decirla él mismo, decirla de un modo que ella lo entendiera. Aquellas pequeñas tiras de carne le intrigaban por muchas razones, y una de ellas era la forma en que ella las utilizaba para dar forma a sus palabras.

Apartó el torso del tronco, colgando de este peligrosamente mientras desviaba la mirada en dirección al foso maldito. Comprendió que no había sido una cueva en la que la había descubierto, pero ¿cómo podía llamarse entonces? ¿Un templo, como los que se habían erigido en algunas de las otras ciudades de los vrix? ¿Una elaborada cámara funeraria?

Ketahn no podía ni imaginar cómo se había construido aquel lugar. Su pueblo tenía metal —oro—, pero no había suficiente en todo el mundo para construir algo tan grande, con tantas piezas intrincadas y complejas.

Solo conocía la palabra capullo para referirse a las cosas en las que habían estado encerradas Ivy y las demás criaturas, pero sabía que no era correcto. ¿Eran en realidad huevos? ¿Nidos? ¿Algo más siniestro? Alguien o algo había construido aquel lugar con materiales y métodos mucho más allá de lo que Ketahn o los suyos poseían, posiblemente incluso más allá de las capacidades de los propios dioses.

Hasta que no pudiera comunicarse claramente con Ivy, no tendría respuestas. Ella —una criatura extraña, frágil y desconocida— era su única esperanza de obtener información. Tenía que saber algo.

Ketahn se detuvo cuando un sonido resonó entre los árboles, el chasquido de una piedra contra otra con un ritmo corto y rápido. Un ritmo familiar. Los cazadores de Takarahl habían utilizado estos medios de comunicación en la Maraña durante generaciones. Aunque los animales cercanos se sentían alertados por los sonidos, se asustaban mucho menos de lo que se hubieran asustado con los gritos de los vrix.

Aquel sencillo método de comunicación había resultado valioso en la guerra contra las cráneo-espinas, durante la cual muchos de los machos que habían entrado al servicio de los Garra de la Reina habían pasado largos periodos en las zonas más espesas de la jungla y con escasa visibilidad.

Deslizó la mano por la lanza hasta agarrarla por debajo de la punta y sacó el cuchillo de la funda. Con ambas armas en la mano, juntó las caras planas de las hojas de roca negra, produciendo un golpe seco.

La respuesta llegó al cabo de unos instantes, otro ritmo escalonado, ligeramente distinto de

los dos primeros. A doscientos segmentos, quizá a trescientos.

Ketahn trepó hasta el lado opuesto del tronco y se dejó caer sobre una rama ancha. Se movió en la dirección de la que habían procedido las señales. No solía encontrarse con otros cazadores en la Maraña, y no tenía necesariamente ganas de hablar con nadie, pero no podía ignorar tales señales.

Al cabo de un rato, repitió la señal. Cuando recibió la respuesta, procedía de mucho más cerca, y modificó su rumbo para seguir el sonido.

Pronto le llamó la atención un movimiento, una figura que acechaba por una rama más alta que la de Ketahn, deslizándose entre zonas de sombra y haces de luz solar a medida que se acercaba. Ketahn reconocía esas marcas verdes brillantes en cualquier parte.

Telok.

Ketahn se detuvo en una parte ancha de la rama, donde estaba apuntalado por otra rama que cruzaba por debajo de él.

Telok utilizó las lianas y ramas cercanas para balancearse hasta el nivel de Ketahn, manteniendo la lanza recogida en su brazo estirado. El ángulo de la luz del sol que incidía sobre su piel daba a sus pálidas cicatrices sombras largas y profundas.

Viejas heridas que Ketahn casi había olvidado palpitaban débilmente. Muchas de esas heridas, muchas de sus cicatrices, las había sufrido durante las mismas batallas en las que Telok había conseguido las suyas.

—No creía que estarías tan lejos —dijo Ketahn, extendiendo las patas delanteras cuando Telok se acercó—. Urkot me dijo que debías volver a Takarahl al amanecer.

Telok estiró sus patas delanteras, golpeando sus segmentos inferiores contra los de Ketahn.

—Los demás emprendieron el regreso justo antes del ocaso.

—¿Y tú te limitaste a pasear?

Telok carraspeó, retiró las piernas y apoyó los antebrazos inferiores sobre las articulaciones superiores de las piernas.

—Yo no paseo, Ketahn. Ese eres tú. Yo viajo siempre con un propósito.

—¿Y qué propósito es ese? —preguntó Ketahn, con un suave chirrido.

—Buscarte.

Ketahn extendió los brazos a los lados.

—Y me has encontrado.

—No lo espera.

Dio un golpecito en el costado de la pierna de Telok.

—Si algún cazador de Takarahl podía, ese eres tú —dijo Ketahn.

Telok resopló y chasqueó las mandíbulas.

—Conozco todos tus trucos, Ketahn. Podría rastrearte a través de un lodazal sin un palmo de tierra por encima del agua si fuera necesario. No me preocupaba por eso.

—¿Entonces qué?

—Sabía que volverías a Takarahl para el Día de la Ofrenda, y temía que hicieras algo que provocara la ira de Zurvashi.

—Tus temores eran fundados.

—Sin embargo, aquí estás —Telok recorrió a Ketahn con la mirada, inclinándose ligeramente hacia atrás—. Aunque parece que no has tenido una buena noche.

—Fue...

La mente de Ketahn se aceleró. Confiaba en Telok sin ninguna duda, le conocía de casi toda la vida, y ansiaba hablar con alguien sobre lo que había encontrado anoche, especialmente con

alguien que también hubiera recorrido la Maraña y, sin duda, hubiera visto cosas antinaturales por allí.

Pero al mismo tiempo, Ivy era de Ketahn y no deseaba compartirla con nadie. Al menos, no hasta que supiera más.

—Ha sido una noche larga —dijo Ketahn—. Y aún estoy dolorido.

Las mandíbulas de Telok se crisparon y se levantaron.

—¿Ella...?

—No. Aceché a un soota en lo alto de las ramas y, justo antes de que pudiera matarlo, una manada de xiskals intentó atacar a mi presa. Las ramas no aguantaron su peso. Resulta que eran las mismas ramas en las que yo estaba subido.

—¿Y el soota? —preguntó Telok.

—Lo oí aullar entre los árboles, sin inmutarse en absoluto, mientras me levantaba del suelo.

Telok rio entre dientes, y Ketahn no pudo evitar unirse a él. En retrospectiva podía encontrarle la gracia a esas cosas, y eso era más fácil que pensar en lo que había ocurrido después de aquella caída.

—La carne de los xiskals es dura, pero llevan mucha más en los huesos que los soota —dijo Telok—. Quizás fue como una bendición, después de todo.

—Los xiskals se perdieron en la Maraña —respondió Ketahn—. Lo único que gané por mis esfuerzos y mi dolor es esta historia —Y la criatura más extraña e intrigante del mundo—. ¿Qué hay de tu cacería?

—Lo suficiente para proporcionar a cada una de las crías de la Caída Lunar una ración de carne, como mínimo —respondió Telok—. Siempre que los demás consigan llevarla a casa sin llamar la atención de los ojos de la reina.

Algo se tensó en lo más profundo del pecho de Ketahn y se retorció lentamente.

—¿Los ojos de la reina?

Telok golpeó las puntas de sus patas delanteras contra la rama, y sus finos pelos se erizaron.

—Los escribas de la reina nos han estado esperando cada vez que regresábamos de la caza estos últimos ciclos lunares. Recogen la carne, miden hasta el más mínimo tendón y lo registran. Cuando acaban, se la llevan. Las primeras veces nos pareció extraño, pero no sospechamos nada más. Luego, los demás habitantes de la Caída Lunar empezaron a preguntarnos, diciendo que habían recibido poca a pesar de que traíamos un suministro constante. Esta temporada ha sido abundante. Debería haber carne en todas las guaridas —Telok inclinó la cabeza hacia atrás para mirar al cielo, cruzó los brazos sobre el pecho y colocó su lanza de púas en la parte superior de un antebrazo—. Preguntamos a los escribas. Tan solo nos dijeron que la comida iba a donde más se necesitaba, y nos agradecieron nuestro duro trabajo en tiempos difíciles. La siguiente vez que entregamos carne, los escribas iban acompañados de Garras, que no toleraron ni preguntas ni retrasos.

El fuego ardía en el interior de Ketahn, acumulando calor sin ningún medio para ventilarlo, llenando sus miembros de una energía desbordante para la que no tenía ningún uso inmediato. No dudaba en absoluto de la historia de Telok, aunque no podía comprender los motivos de Zurvashi. ¿Qué ganaba enfadando y debilitando a los vrix de Takarahl?

La respuesta bien podría ser algo tan sencillo como una barriga llena de carne siempre que se le antojara.

Una ira cegadora no le haría ningún bien a Ketahn ahora; no le haría ningún bien a nadie. Hasta ahora, la ira de Ketahn no había provocado ningún desastre solo por el deseo que la reina sentía por él, y sabía que su paciencia no era infinita. Por un momento, se permitió preguntarse...

¿Qué ocurriría si se sometiera a Zurvashi?

Una parte tontamente esperanzada de Ketahn imaginó que su respeto por su fuerza de voluntad bastaría para concederle cierta influencia sobre ella, permitiéndole convencerla poco a poco de que mejorara la vida de los muchos vrix que habían sufrido bajo su gobierno. Aunque hubiera odiado cada momento, ¿no sería un sacrificio digno? ¿Qué importaba su alegría comparada con la de cientos, miles de los de su especie?

Pero no lo haría. No renunciaría a su libertad por nadie, así que, tal vez, los verdaderos tontos eran los que le habían visto como una especie de héroe después de la guerra. Ketahn había luchado por lo poco que tenía ahora. Los demás podían librar sus propias batallas.

Y a pesar de todo, jamás habría funcionado. La reina no era de las que se dejaban convencer por nadie, ni siquiera por un macho que, según ella, era casi su igual.

Volvió a añorar aquellos días más sencillos en los que él, sus amigos, sus hermanos y hermanas habían estado libres de tales preocupaciones. Cuando pasaban los días en compañía unos de otros, charlando y bromeando alegremente, luchando y jugando a ser guerreros, aprendiendo los oficios de sus madres y padres, y explorando los muchos túneles, tanto usados como olvidados, que formaban Takarahl.

Ketahn enderezó las articulaciones de las piernas para erguirse más.

—¿Recuerdas el túnel subterráneo que descubrimos cuando éramos crías? ¿El camino abandonado bajo la Caída Lunar que exploramos, cuando se derrumbó la guarida junto a la de Rekosh?

Los ojos de Telok se abrieron de par en par.

—Hace muchos años que no pienso en eso.

—Yo tampoco. Pero conducía a la superficie, y si no se ha derrumbado... La reina no tendrá ojos ni escribas allí. ¿Quizá un tallador de piedras podría excavar desde la guarida de algún vrix amigo?

—Urkot podría excavar sin problemas en un día —dijo Telok con un chirrido pensativo—. Deberías venir, Ketahn. Tus esfuerzos serían de gran ayuda.

Extendiendo una pata delantera, Ketahn la aplastó junto a la de Telok.

—Mi lugar está aquí fuera, amigo mío. Mi presencia en Takarahl solo atraería la atención de Zurvashi hacia el Túnel de la Caída Lunar, y tus esfuerzos serían en vano.

—Entonces, ¿los rumores que ha estado oyendo Rekosh son ciertos?

Ketahn soltó un resoplido.

—La reina declaró sus intenciones ante todos dentro de la Guarida de los Espíritus. No ha dejado lugar a dudas.

Telok ladeó la cabeza, dirigiendo la mirada hacia el suelo de la jungla, que se encontraba en algún punto muy por debajo de su vista. Un temblor recorrió su cuerpo, haciendo que sus cabellos se erizaran y bajaran en rápida sucesión.

—No te envidio, Ketahn.

—No debes temer por mí. Abriré mi propio camino a través de lo que venga, independientemente de los deseos de la reina.

Ahora casi podía imaginar ese camino en su mente, que atravesaba la densa vegetación y le llevaba de vuelta a su guarida colgante. De vuelta a... Ivy.

Ella le necesitaba más que nadie. Dependía de él. Y ese era su propósito aquella mañana, mantenerla. Por delicada que pareciera, no se sabía lo rápido que su cuerpo fallaría sin comida. Telok al menos tenía a sus compañeros cazadores como apoyo, los vrix que vivían en el Túnel de la Caída Lunar se tenían los unos a los otros, pero Ivy no tenía a nadie excepto a Ketahn.

Telok golpeó la pierna de Ketahn con la suya.

—Debes contarme qué tal fue. Solo puedo imaginar lo que le dijiste, Ketahn.

—En otra ocasión, amigo mío —respondió Ketahn, ofreciendo una reverencia de disculpa—. Estoy seguro de que Rekosh se emocionaría al relatar la historia, pero si deseas oírlo de mí, tendrá que ser en otra ocasión. Si no reanudo mi caza, me esperan días hambrientos.

Deslizándose hacia atrás, Telok hizo su propia reverencia.

—Permíteme que te acompañe. Con mucho gusto te enseñaré a cazar como es debido.

Ketahn carraspeó.

—¿Has olvidado ya, Telok, que fuiste tú quien me enseñó hace tantos años? Todos mis métodos fallidos los aprendí de ti.

Cerrando las manos en puños, Telok se las golpeó contra el pecho.

—Tus palabras penetran con más eficacia que una lanza, Ketahn. Debo exigir la oportunidad de demostrar que soy el cazador más hábil.

Ketahn se inclinó aún más.

—Pronto tendrás tu oportunidad, pero no permitiré una contienda injusta entre nosotros. Debe esperar hasta que te hayas recuperado de la cacería que acabas de terminar.

—Fuiste tú quien se cayó a través de la Maraña —replicó Telok con un chirrido—. Te daré tiempo para que te recuperes. Y entonces te haré desear haber seguido siendo tejedor.

—O tú desearás haberte convertido en tejedor —Ketahn se levantó de su postura—. Cuídate, Telok. Que sus óctuplos ojos te miren con buenos ojos.

Telok también se enderezó, tamborileando con las patas delanteras sobre la rama.

—Y tú, Ketahn. Me alegro de que no te comiera vivo.

—Si lo hubiera hecho, habría utilizado mi último aliento para asegurarme de que se ahogara.

—Al menos debes aguantar hasta que yo esté allí para presenciarlo. No quisiera perderme semejante espectáculo.

Telok partió, en dirección a Takarahl, mientras Ketahn se volvía hacia su guarida.

Manteniéndose alerta, Ketahn buscó más comida mientras atravesaba la jungla, al tiempo que luchaba contra sus conflictivos y caóticos pensamientos sobre Ivy, la reina y la situación en el túnel de la Caída Lunar. La alegría del encuentro con Telok se desvanecía a medida que pasaba el tiempo, y la mente de Ketahn se centraba cada vez más en Ivy a medida que se acercaba a su guarida.

Al poco tiempo, se había olvidado de Zurvashi y de su crueldad. Había innumerables misterios que plantearse en relación con Ivy, más que suficientes para ahuyentar sus preocupaciones y ahogar sus inquietudes con una curiosidad y una excitación burbujeantes.

Recordó las palabras que Ivy le había enseñado en su lengua. Algunas, como la palabra que ella utilizaba para referirse a la comida y la que significaba la carne rosada alrededor de la boca, tenían esos sonidos extraños que a él le costaba recrear, pero disfrutaba con el reto. Ella tampoco pronunciaba bien muchas palabras de los vrix, pero ambos se iban entendiendo.

Cuando llegó a la zona que había debajo de su guarida, trepó a lo alto, sin apenas darse cuenta de las muchas hendiduras que había dejado en la madera a lo largo de los años. La escalada se había vuelto instintiva, aunque esta mañana era diferente porque no llevaba carne fresca.

La guarida se mecía suavemente con la brisa, y las ramas circundantes chirriaban con sus canciones familiares. Aún brillaban gotas de rocío en las telarañas. La luz del sol envolvía la guarida en pura luz, haciéndola parecer de otro mundo, aunque nunca podría parecer tan sobrenatural como el lugar donde había encontrado a Ivy.

Ketahn sujetó su lanza al lateral de su bolsa y ascendió, cruzando la red con impaciencia. La guarida ya rebotaba y se balanceaba cuando llegó a ella.

Repitió en su mente las extrañas palabras de Ivy mientras subía hacia la abertura, decidido a no olvidarlas.

Decidido a demostrar a Ivy que tenía hambre de aprender de ella, hambre de enseñarle.

Ketahn apartó la tela que colgaba, se agarró a los bordes de la abertura y se introdujo en la guarida. Se detuvo con solo la mitad de su cuerpo a través de la abertura, con los músculos en tensión. Ivy, que se había mantenido acurrucada contra la pared del fondo desde que él la había traído, no estaba a la vista.

Su piel se estremeció con el pánico floreciente un instante antes de que un movimiento parpadeara en el borde de su visión.

Algo duro y afilado le presionó el cuello.

Capítulo Nueve

El instinto se apoderó de Ketahn. Más rápido de lo que hubiera podido decidirse a actuar, levantó la mano, agarró el arma por la parte plana de la hoja y la apartó de su cuello. En ese mismo instante, atravesó la abertura y arremetió contra su atacante, rasgando la tela de la entrada mientras se movía.

Arrancó el arma de las garras de su atacante y atrapó un par de brazos delgados entre sus manos, haciendo retroceder a la criatura. Su mente solo reconoció el rostro de Ivy, con los ojos muy abiertos y llenos de terror, cuando la estampó contra la pared, inmovilizándole las muñecas por encima de la cabeza.

Ivy ahogó un grito y luchó contra su agarre, sacudiendo la cabeza de un lado a otro. Su cabello dorado le caía sobre la cara y los hombros.

—*¡Loh sieentoh! ¡Perdoh-na! ¡Noh sabiia ke eras tuh!*

Ketahn arrojó el arma a un lado y se acercó a Ivy. Su seductor aroma llenaba la guarida y, entre su cercanía y sus forcejeos, se hacía cada vez más intenso, nublando sus pensamientos. Una de sus patas delanteras rozó la pierna de ella, atrayendo más de aquel aroma y de su sabor. Se inclinó hacia ella e inspiró. Los olores combinados de la jungla y de la dulce, fragante y cálida hembra inundaron sus sentidos.

Ella se calmó y su pecho subió y bajó con su respiración acelerada.

—*Poor favoh, noh lo sabiia. Perdoh-name.*

Bajó la cabeza, enterrando la cara entre el hombro y el cuello de ella y rozándola sobre aquella carne pálida y suave. El pelo de ella se deslizó delicadamente sobre su piel, provocándole un cosquilleo superficial. Un gruñido retumbó en su pecho, vibrando a través de él hasta la punta de sus miembros.

Detrás de su abertura, su miembro se agitó, palpitando con el latido de sus corazones.

Sus cierres se desplegaron y se extendieron hacia delante, deslizándose sobre los puntos redondeados donde las piernas de Ivy se encontraban con su torso, listos para atraerla contra él y mantenerla sujeta.

Listo para aparearse.

—Ketahn —susurró Ivy junto a su oído—. *Poor favoh, noh mee hagas danio. No, poor favoh.*

Ketahn se detuvo, sin permitirse siquiera respirar durante unos instantes. El sonido de su nombre en sus labios había atravesado aquella neblina, pero fue aquella última palabra, aquel *no*, lo que rompió el trance en el que había caído.

Levantó la cabeza y miró a Ivy.

Ella temblaba en su regazo, tenía los ojos cerrados y la cara girada hacia un lado. Su mejilla brillaba mojada. Una gota transparente brotó de la esquina interior de su ojo y rodó por su cara, siguiendo aquel rastro húmedo hasta sus labios y, finalmente, su barbilla.

—¿Qué es esto? —preguntó, mirando fijamente la gotita que le colgaba de la barbilla.

Ivy abrió los ojos y giró lentamente la cara hacia él. Las partes blancas de sus ojos eran ahora más rosadas y las pequeñas venas de su interior más visibles que nunca. Dentro de ellos brillaba más agua, y los oscuros pelos de sus párpados estaban erizados y cubiertos de agua como briznas de hierba cargadas de rocío.

Ketahn levantó una de sus manos inferiores, limpió cuidadosamente aquella gota de su barbilla con la yema del dedo y se la llevó a la cara. Apenas pudo distinguir su aroma al inhalarla, era agua, pero tenía algo más.

Abriendo la boca, extendió la lengua y la tocó con la punta del dedo.

Agua, sí, pero con un toque salado y otro dulce. Necesitaba más.

Acercó la cabeza a ella y le pasó la lengua desde la base de la mandíbula hasta la mejilla, lamiendo aquella humedad salada y dulce y probando su piel.

Ella emitió un sollozo y apartó la cara, cerrando los ojos mientras sus temblores se intensificaban.

—¿*Ke estas haci-endoh*?

Su miembro presionaba con fuerza contra el interior de su abertura, amenazando con salir por la fuerza, y sus cierres se estrecharon contra ella. El aroma y el sabor de Ivy le estaban haciendo olvidar todo lo demás, lo estaban sumiendo de nuevo en una neblina de lujuria que pronto se convertiría en un frenesí de apareamiento.

Volvió a lamerle la mejilla y en su pecho resonó otro rugido. Ella movió el cuerpo contra su abertura. Un temblor de placer lo recorrió mientras volvía a introducir la lengua en su boca. Su abertura se abrió y asomó la punta de su miembro.

—*Dijis-teh ke noh mee ibas ah* comer —dijo ella en voz baja.

¿Comer? ¿Creía que iba a comérmela?

Ketahn apartó la cabeza de ella, juntando las mandíbulas y manteniéndolas cerradas. Un calor inmenso recorrió su cuerpo, y la presión que se acumulaba tras su abertura...

Por los Ocho, no iba a comérsela, ¡iba a aparearse con ella!

Estaba a punto de aparearse con esta... esta *criatura*.

No importaba que fuera un ser inteligente, que pudiera hablar y aprender: ella no era una *vrix*, y el deseo que había despertado en él estaba mal. Sería como aparearse con un animal.

Con un siseo, la soltó y retrocedió, encajando firmemente los cierres contra su pelvis y forzando su miembro de nuevo en su abertura.

Ella se dejó caer al suelo y se acurrucó contra la pared. Sus temblores no habían cesado. Tenía la piel de los antebrazos enrojecida e irritada en el lugar donde había tenido las manos apretadas un momento antes.

—¿Qué eres, Ivy? ¿Un espíritu de la tentación?

Ella volvió la cara hacia él, con los ojos muy abiertos y asustados, las mejillas brillantes por el agua dulce y salada. Ketahn aplastó la lengua contra el paladar al sentir de nuevo el impulso de lamerla.

Era el miedo de ella lo que le retenía. Su visión inquietó a Ketahn lo suficiente como para que recuperara el control, para que su disgusto consigo mismo se convirtiera en algo más parecido a la vergüenza.

Ivy inhaló temblorosamente y se llevó la mano al pecho.

—Ivy —dijo sacudiendo la cabeza—. *Noh* comida. Ivy *eh... amiigah* de Ketahn.

—Ivy *noh* comida. —dijo él suavemente en su idioma—. Ketahn no comer Ivy.

Echó la cabeza hacia atrás, contra la pared, y cerró los ojos. Apretó los labios, pero algo parecido al alivio brilló en su rostro cuando las tiras de pelo que tenía sobre los ojos se relajaron.

Se alejó un poco de ella, agarró la bolsa y se la quitó de los hombros, dejándola en el suelo. Tuvo que forzarse a moverse despacio; sus músculos palpitaban de tensión y su cuerpo aún no se había recuperado del todo. No estaba seguro de que pudiera hacerlo, no mientras el olor de ella lo envolviera.

Abrió la bolsa de un tirón, metió la mano y sacó la abultada cantimplora que había vuelto a llenar de los recolectores de rocío esta mañana.

—Bebe —Cuando ella abrió los ojos, fingió abrir el odre y vertió un poco en su boca antes de ofrecérselo—. Bebe.

Ivy se inclinó hacia delante con la mano extendida y cogió el odre. La miró, repitió la palabra y pronunció otra en su idioma

—*Bee-bee*.

Ella lo abrió, se lo acercó a la nariz y lo olió. Parecía satisfecha, se lo llevó a la boca e inclinó la cabeza hacia atrás. Su garganta tragó largo y tendido. Solo se detuvo para tomar aire antes de volver a inclinar el odre hacia arriba.

Ketahn la observó, fascinado. La forma en que sus labios se enroscaban en el extremo del odre impedía que el agua escapara. Nunca habría imaginado que dos pequeños trozos de carne pudieran ser tan útiles.

Sus ojos se dirigieron hacia él, encontrándose con su mirada. Con un sobresalto, bajó el odre, haciendo que un poco de agua se escurriera por su barbilla. Sacó la lengua rosada, lamiéndose el agua de los labios.

—*Perdoh-na* —Sus mejillas se sonrojaron mientras levantaba una mano y se limpiaba el exceso de agua de la barbilla. Cerró el odre y se lo ofreció—. *¿Kiereh un pooko? Kedah maas.*

Sus ojos se detuvieron en sus labios. Le habría gustado lamer el agua, saborear de nuevo su piel, pero...

Apenas pudo reprimir un gruñido, extendió un brazo para aceptar el odre y lo tomó con la mano hacia arriba para mantener la mayor distancia posible entre su mano y la de ella. Abrió la tapa y acercó el odre a su cara. Una pizca de su olor se desprendía de este.

Ketahn vertió agua en su boca abierta. Le corrió un poco por los lados de la cara, pero lo ignoró. Cerró el recipiente y lo dejó a un lado. Volvió a centrar su atención en la bolsa, sacó un saquito de su interior, desató la tira de cuero que lo mantenía cerrado y metió una mano dentro para sacar un puñado de larvas que se retorcían.

Le tendió la mano.

—Comida.

Ivy retrocedió y arrugó la cara al mirar las larvas que se retorcían.

—*Ah, ke ashko.*

Con las mandíbulas contraídas, Ketahn ladeó la cabeza y acercó la mano a ella.

—Come, Ivy. Comida.

Una de las larvas se soltó y cayó sobre la parte superior de su pierna. Ivy chilló. El penetrante sonido fue como si le clavaran una púa en los oídos a Ketahn. Ella apartó la larva de un manotazo y esta aterrizó en la alfombra de piel frente a él.

Ketahn cogió la larva del suelo con la mano inferior derecha. Su pálido y regordete cuerpo amarillo se agitó mientras intentaba escapar débilmente de su agarre.

¿Por qué no aceptaba su comida? ¿No lo entendía?

—Esto es comida —dijo—. Come.

Para demostrárselo, abrió la boca, metió la larva y empezó a morder. El cuerpo regordete saltó entre sus dientes, llenándole la boca de su jugo.

Ivy abrió la boca y sintió arcadas. Se tapó rápidamente la boca mientras sus mejillas se hinchaban y un escalofrío la recorría.

—*Ah, ke ashko. Noh voi a comer esoh.*

Volvió a tener una nueva arcada. Su piel parecía más pálida de lo normal.

Ketahn tragó saliva, miró las larvas que aún tenía en la mano cerrada y volvió a mirar a Ivy. Cuando volvió a mover aquella mano hacia ella, esta sacudió la cabeza enérgicamente y retrocedió.

No había visto lo suficiente de su especie como para estar seguro, pero parecía enferma. Parecía enferma en comparación con el aspecto que había tenido incluso aterrorizada poco antes. Volvió a echar el puñado de larvas en el saco y lo cerró, deslizándolo a un lado, pero sin dejar de mirar a Ivy.

Había muchas criaturas en la Maraña que no comían carne de otros animales. ¿Era su especie parecida?

Apoyando las patas delanteras a ambos lados de Ivy, Ketahn se acercó a ella. Ella le miró fijamente con aquellos ojos tan abiertos que, gracias a la luz del sol que entraba por la abertura de la guarida, eran de un azul más brillante que el cielo. Le apretó la mandíbula con una mano.

—Ketahn —dijo ella, agarrándole la muñeca con ambas manos mientras intentaba separarse de él.

—Tranquila, Ivy —respondió él con suavidad, sin soltarla—. Solo necesito un momento.

Los orificios nasales de Ivy se ensancharon con su respiración agitada cuando él le tocó los labios con los dedos de la otra mano, despegándolos para revelar sus dientes. Su cuerpo se tensó y su agarre se intensificó, pero no se resistió.

Cuatro de sus dientes delanteros eran puntiagudos, pero no eran lo bastante largos ni afilados para considerarlos colmillos. Los demás eran planos y rectos. Le apretó ligeramente la mandíbula; cuando ella no reaccionó, abrió mucho la boca y volvió a apretar.

Las tiras de pelo que tenía sobre los ojos se inclinaron hacia la nariz y en sus ojos brilló un destello de fuego.

—*Sih mee poneh una deh esas ko-sas ashke-rosas en lah bokah, teh mordehree.*

Abrió mucho la boca, aplastando su pequeña lengua rosada.

Ketahn se inclinó más hacia ella e inclinó la cara para ver mejor el interior de su boca. Los dientes que tenía a los lados eran anchos y también bastante planos, más parecidos a los de las criaturas que sobrevivían comiendo plantas que a los de las que solo comían carne.

Aparte de aquellos dientes blancos, su boca parecía suave, su carne de un rosa aún más intenso que el de sus labios. Su necesidad de deslizar un dedo entre sus labios era alarmante por su carácter repentino y su intensidad, y no era ni la mitad de fuerte que su deseo de deslizar la lengua a lo largo de los de ella, de descubrir a qué sabía aquella parte.

La soltó y se retiró antes de que aquellos pensamientos pudieran arraigarse por completo y dominar sus actos. Su único propósito al estudiarla de aquella manera había sido determinar qué tipo de comida podía comer. La fascinación no era lo mismo que la atracción.

Y no tenía ningún interés en tener una compañera, ni con una vrix ni, desde luego, con... lo que sea que fuera Ivy. Por muy inteligente que fuera aquella hembra, era una mascota. Nada más. Una mera curiosidad con la que ocupar su tiempo.

—Espera —dijo en su idioma, apartándose de ella para recoger un saco vacío de una de las cestas de la pared—. Encontraré nueva comida. Plantas.

Ivy asintió.

—*Esperahree*.

Ketahn imitó su gesto, asumiendo ese gesto como un sí.

—Esta vez volveré pronto. Bebe más si quieres. Agua —dijo señalando el odre que había en el suelo mientras se dirigía a la salida de la guarida.

Ella miró el odre.

—*Ah-gua* —dijo enroscando los dedos alrededor de este, acercándose—. *Grah-ciah*.

Inclinando la cabeza, la miró un momento más. Sus palabras en voz baja y su actitud transmitían agradecimiento. ¿Le estaba dando las gracias?

Un suave silbido sonó en la garganta de Ketahn al salir de la guarida. Les quedaba mucho camino por recorrer en su viaje hacia la comprensión mutua, pero cada pequeño avance era reconfortante, pues su creciente conocimiento era como las hebras de una inmensa telaraña que se entretejían una a una, creando lentamente algo mucho más grande y fuerte que cualquier elemento por separado.

«*Voy a morir*».

Ivy estaba en un planeta alienígena, con una enorme araña mirándola fijamente y un surtido de comida alienígena extendido ante ella. Desvió la mirada sobre las plantas que había en el suelo.

Había raíces blancas parecidas a las zanahorias, del tamaño de la palma de la mano, unas bolas púrpuras que parecían frutas y tenían la piel llena de bultos, unas plantas de hojas gruesas que parecían suculentas, otras largas y fibrosas que a Ivy le recordaban a una planta de aire que tuvo una vez y que había muerto —porque, al parecer, todavía había que regar las plantas de aire —, un par de frutas rosas con forma de corazón y espinas púrpuras que brotaban de su piel, un racimo de brotes pálidos que parecían judías germinadas y varios óvalos finos y dorados que podrían ser algún tipo de seta, pero que recordaban a los panales de abeja.

Comer algo de esto sería como jugar a la ruleta rusa.

A todos los colonos se les había administrado una serie de inyecciones para ayudar a sus cuerpos a adaptarse al entorno de Xolea, para protegerlos contra enfermedades y bacterias conocidas y desconocidas, e incluso para hacerlos resistentes a las toxinas que pudieran estar presentes en los alimentos de su nuevo planeta, pero nada estaba totalmente garantizado. Por eso se había dotado al *Somnium* de grandes depósitos de alimentos, equipos y suministros para que pudieran cultivar sus propias cosechas. También por eso todos los colonos, independientemente de su destino en el planeta, habían sido entrenados en el uso de analizadores químico electrónicos que se habían incluido con las herramientas, para que todos supieran cómo determinar qué era seguro para el consumo.

Ivy no tenía nada de eso aquí. Lo único que tenía era el azar.

—Come, Ivy —dijo Ketahn, atrayendo su atención hacia él. Se llevó la mano a la boca y simuló dar un mordisco. Sus dientes chasquearon al cerrarse—. Comida.

La pronunciación de la “m” seguía siendo incorrecta, ya que le salía de la garganta con un ligero retumbar, pero era una gran mejora respecto a sus intentos anteriores.

Ivy asintió.

—Sí, comida.

Volvió a mirar las plantas. Fue entonces cuando volvió a sentir un retortijón en el estómago, que le hizo estremecerse y le recordó que necesitaba comer. El agua la había ayudado un poco, pero no era suficiente. Se moría de hambre, literalmente.

Soltó un largo y lento suspiro.

—Está bien. Al menos no se mueve nada —cogió la fruta rosa con pinchos, que le recordaba a la fruta del dragón, y la levantó—. ¿Qué es esto?

Él se acercó y le cogió la fruta, utilizando una garra del pulgar para rebanar la gruesa piel de la fruta cerca de la parte superior. Luego agarró una de las púas y la arrancó. Al desprenderse la piel, reveló el interior de la fruta, que era muy parecida a una granada, aunque las semillas agrupadas en su interior eran de un azul intenso en lugar de rojas.

Ketahn le devolvió la fruta.

—*Seiki'larak*.

Ivy repitió el nombre mientras le cogía la fruta. Sosteniéndola sobre la palma de la mano, sacó unas cuantas semillas y se las llevó a la boca. Se puso tensa y se preparó mentalmente, casi esperando que fueran huevos de insecto o algo así, teniendo en cuenta lo que Ketahn había intentado que comiera antes, pero el sabor la sorprendió gratamente. Las semillas estaban recubiertas de una sustancia gelatinosa que era deliciosa por sí sola, pero una vez que se deshicieron las semillas, un jugo dulce inundó su lengua.

Se llevó la fruta a la boca y extrajo más semillas, comiendo rápidamente. Antes de darse cuenta, estaba raspando la piel vacía para sacar lo que quedaba de gelatina.

—¿*Kess'ur nahani seiki'larak*? —preguntó Ketahn.

Al bajar la fruta, miró a Ketahn para descubrir que la observaba. Sus labios se estiraron en una sonrisa.

—El *Seiki'larak* estaba bueno.

Élladeó la cabeza, con la atención fija en la boca de ella. Sus mandíbulas se alzaron lentamente, abriéndose de par en par, y sus ojos se entrecerraron un poco.

¿Estaba... sonriendo? Ella solo podía suponer que sí; tendría que hacerlo con las mandíbulas, ya que su boca era rígida y casi parecía inflexible.

Dejando a un lado la cáscara vacía, Ivy cogió la bola púrpura abultada y se la tendió a Ketahn.

—¿Y esto?

—*Ekkai'uta* —Ketahn juntó dos de sus manos como si sostuviera una bola invisible y luego las separó.

—De acuerdo —Colocando los pulgares cerca del tallo, los hundió y rasgó los dos lados hacia fuera.

Lo que esperaba encontrar dentro no se parecía en nada a la realidad. En lugar de una carne pulposa como la de una naranja o un melocotón, la fruta contenía una sustancia espesa, cremosa, parecida al yogur. Mojó un dedo en ella y se la llevó a la boca, chupando un poco. Levantó las cejas, sabía a flan de vainilla.

—Dios mío —gimió Ivy—. Esto está riquísimo.

Ketahnladeó la cabeza, flexionó más las patas delanteras y apoyó los antebrazos sobre las rodillas. En todo caso, sobre las articulaciones superiores de las rodillas.

—¿*Ven kess'ani ikarahl unixt thuun kess nahani ekkai'uta kota*?

Aquella palabra, “*kess*”, había surgido a menudo cuando él hablaba con ella. No podía estar segura, pero tenía la sospecha de que significaba “*tú*”. Eso no la ayudaba a averiguar qué le

estaba preguntando, pero era cuestión de ir paso a paso, ¿no?

Sin dejar de sujetar las cáscaras de *ekkai'uta*, acercó las manos hasta que solo las separaron uno o dos centímetros.

—Pequeñas. Usa palabras pequeñas, Ketahn.

Con la parte superior de las manos, imitó su gesto.

—¿Vi? ¿*Pekenio*?

Ivy asintió.

—Vi. Pequeño —amplió las manos—. Grande.

Él hizo lo mismo.

—*Graande. Valai.*

—Grande —repitió ella.

Ketahn lo repitió de nuevo, con un extraño chasquido en la garganta.

—Ivy es pequeña. Ketahn es grande.

—Ivy tiene *han-bre*. Come.

Se rio entre dientes.

—Sí, Ivy tiene hambre.

Él se echó hacia atrás, mirándola de nuevo, y una vez más levantó las mandíbulas y entrecerró los ojos. Esta vez emitió un chirrido. Debería haber sido como cualquier otro sonido de una criatura desconocida —extraño e indescifrable, quizá incluso inquietante—, pero de algún modo supo que era una carcajada.

Ivy se llevó el *ekkai'uta* a la boca y sorbió su cremoso interior, vaciando las dos mitades en cuestión de segundos antes de coger el otro que él había traído, abrirlo y devorarlo. Luego, aunque iba en contra de todo el entrenamiento de supervivencia que había recibido antes de embarcar en el *Somnium* —les habían aconsejado esperar al menos un poco después de comer comida alienígena, incluso si el análisis era favorable—, probó el resto de alimentos.

Tenía tanta maldita hambre que no podía esperar. Mientras comía, Ketahn y ella siguieron aprendiendo el uno del otro.

Los brotes se llamaban *jugan'telth*. Eran crujientes, con un crujido agradable y un toque picante que recordaba al rábano picante, aunque no era tan fuerte. Las raíces se llamaban *ashok'tika*, y eran sorprendentemente tiernas. Tenían un sabor terroso, pero predominaba el almidón. Morder aquellas raíces era como masticar una patata cruda.

Tendría que encontrar la manera de cocinarlas y probarlas de nuevo.

Sus favoritos eran los panales de abeja, *huthaal'rok*, que en realidad eran una especie de setas. Se derretían en la lengua y sabían como parecían, dulces como la miel.

Ella y Ketahn compartieron otro *seiki'larak* cuando se acabaron los *huthaal'rok*. Para entonces, ya estaba llena, y Ketahn recogió el resto de la comida para guardarla, sellando parte de ella en toscas jarras de arcilla y dejando caer otras en cestos en la pared.

Mientras le observaba limpiar, Ivy se dio cuenta de que estaba relajada. Casi... contenta. Segura de saber que aquella criatura-hombre-araña no iba a hacerle daño ni a comérsela, que Ketahn era lo bastante amable como para proporcionarle agua, comida y cobijo a pesar de su reacción cuando había vuelto antes.

Ivy no podía culparle, le había puesto una lanza en la garganta. Había cogido el arma poco después de que él se marchara, después de pasar quién sabía cuánto tiempo sobresaltándose con cada ruido y asustándose cada vez que el nido se balanceaba un poco más de lo normal. Sostener la lanza la había aliviado hasta que el nido empezó a temblar de verdad y oyó las garras raspando el exterior.

Reaccionó por miedo e instinto, y su subconsciente decidió que al menos intentaría luchar contra cualquier monstruo terrorífico que estuviera a punto de devorarla.

Ketahn se había movido tan deprisa que ni siquiera pudo darse cuenta de que era él y no un horror sin nombre.

Chupándose el labio inferior y mordiéndoselo, lo recorrió con la mirada. No era una araña ni un insecto, pero el parecido era innegable, y a ella nunca le habían gustado los bichos. Si lo miraba demasiado, su mente se fijaba en todas aquellas características inhumanas. Le decía que debía tener miedo.

Y lo había tenido cuando la inmovilizó contra la pared, cuando le rodeó las caderas con aquellos pequeños apéndices y le pasó la lengua por la mejilla; estaba segura de que iba a comérsela allí mismo. Pero había muchas veces en las que él la miraba y casi había... ternura en sus ojos.

Pensar en ello era casi suficiente para hacerle creer que realmente había perdido la cabeza en el sueño criogénico.

Tenía que concentrarse en lo importante: sobrevivir y encontrar el *Somnium*. Encontrar a otras personas. Si ella estaba viva, tenía que haber otras personas, ¿no? Otras personas que necesitaban ayuda. Y si encontraban el *Somnium*, tenía que haber una posibilidad de rescate, ¿no?

Ojalá Ketahn pudiera decirle dónde la había encontrado.

A su debido momento. Estaban haciendo progresos. Solo... tenía que ser paciente y esperar que los demás estuvieran bien.

Que no fuera la única humana que quedaba.

Capítulo Diez

Ivy se agarró al volante mientras el estómago se le hacía un nudo. Aquellos nudos se fusionaron en una fría y densa bola de terror, tan pesada que amenazaba con arrastrarla hacia abajo, más y más abajo, y supo que caería para siempre en la oscuridad y que nadie oiría sus gritos, nadie vendría a salvarla.

Porque ahora mismo no tenía a nadie.

Y realmente necesitaba a alguien.

¿Cómo pudo ser tan ingenua? ¿Tan estúpida?

Cerró los ojos. Joven y estúpida, eso era lo que había sido a los diecisiete años. Demasiado joven y confiada, con la cabeza en las nubes y el corazón en un puño.

No había atendido a razones, no había escuchado a la gente en la que debería haber confiado, la gente de la que había huido hacía un año. En cambio, había confiado en otra persona, alguien que creía que la amaba, alguien por quien lo había dejado todo...

Cuando abrió los ojos, estaba en la acera, delante de la casa de sus padres. Pero era mucho más grande, oscura e imponente de lo que recordaba, y no se parecía en nada al lugar donde había crecido. Las ventanas la miraban como si la juzgaran, y los bordes parecían cejas severamente inclinadas.

Sus pies se movieron solos y se deslizó por el pasillo con una lentitud que dio a su ansiedad tiempo más que suficiente para amplificarse.

¿Por qué había venido aquí? Después de todo, ¿por qué aquí?

Porque este es su hogar, ¿no? Algún sitio ha de ser el hogar...

Y ellos son mis padres.

De repente, estaba en la puerta. Se alzaba sobre ella, haciéndola sentir de nuevo como una niña pequeña, diciéndole que era tan pequeña e ingenua y estúpida como se sentía. Su mano pesaba mil kilos cuando la levantó para llamar.

Toc. Toc. Toc.

El sonido resonó en el interior de la casa y fuera de ella, pero en vez de disminuir fue aumentando, superponiéndose una y otra vez hasta que fue tan fuerte e intenso como un trueno y ella ni siquiera pudo taparse los oídos con las manos, porque estaba dentro de ella a punto de destrozarla.

El cerrojo sonó y el trueno cesó como si nunca hubiera existido.

La puerta se abrió y allí estaba su madre, con unos ojos azules brillantes muy parecidos a los de Ivy. Salvo que los ojos de Ángela eran fríos y vacíos mientras miraba fijamente a Ivy.

—¿Qué quieres? —preguntó Ángela.

Ivy nunca había oído la voz de su madre tan indiferente, tan distante. Antes de venir sabía que no debía esperar una cálida bienvenida, sobre todo después de cómo se había marchado Ivy, pero esto...

—Quería veros a ti y a papá —dijo Ivy, con la garganta apretada—. Yo... quería deciros que lo siento, que teníais razón. Sobre todo.

Los ojos de Ángela se entrecerraron.

—Es un poco tarde, ¿no crees? Ya tomaste tu decisión.

—Lo sé, y lo siento. Lo siento más de lo que crees. Pero ahora mismo estoy tan perdida, tan sola. Yo... os necesito.

Necesito a alguien.

Su padre, Jason Foster, apareció junto a su mujer. Su barba tenía más canas que la última vez que Ivy lo había visto.

Sus gruesas cejas se fruncieron mientras la miraba fijamente. Ivy nunca había considerado intimidante a su padre, pero ahora había algo inquietante en su presencia.

—No deberías estar aquí.

Los ojos de Ivy se llenaron de lágrimas.

¿Adónde pertenezco?

—Cometí un error —susurró, con la voz entrecortada—. Era joven y estúpida. Debería haberos escuchado a los dos.

Aunque sus padres estaban allí mismo, en la puerta, delante de ella, parecían alejarse cada vez más, como si se abriera una distancia imposible entre ellos e Ivy.

—Y ahora la prueba de tu error está por todo Internet —dijo Jason.

—Lo saben todos nuestros vecinos —dijo Ángela—. Todos nuestros amigos. Toda nuestra familia. Todos saben que eres una puta.

La vergüenza y la desesperación se abatieron sobre Ivy, haciéndole temblar las rodillas.

—¡Yo no lo sabía! Confiaba en él. Le amaba...

—¿Qué sabes tú del amor? —se mofó su madre, asiendo la cruz que colgaba de su cuello—. Nos dejaste para poder vivir en pecado y abrir las piernas a un hombre que nunca quiso nada más que aprovecharse de ti. Ya es bastante horrible que destruyeras tu reputación, pero ahora has dañado la nuestra.

Un sollozo brotó de la garganta de Ivy.

—Lo sé. Lo sé. Por favor. No tengo otro sitio adonde ir.

—Deberías haberlo pensado hace mucho tiempo —dijo su padre.

Jason y Ángela estaban ahora tan lejos que parecían diminutos en la distancia, pero Ivy aún podía ver sus ojos fríos, sus ceños fruncidos con desaprobación y la dureza de sus expresiones con una claridad cristalina.

—Por favor, no me rechacéis. Soy vuestra hija.

—No tenemos ninguna hija —espetó Ángela.

La puerta se cerró de golpe con otro estruendo. Ivy retrocedió hacia las sombras, hacia la oscuridad impenetrable, hacia la nada.

Sola.

Ivy se despertó sobresaltada y, por un momento, aún se sentía caer en aquella nada, aún sentía aquel vacío en su interior como un abismo insalvable. Rodó sobre su espalda y abrió los ojos para mirar fijamente hacia la oscuridad. Tenía las mejillas mojadas por las lágrimas que debía de haber llorado mientras dormía, respiraba entrecortadamente y temblaba.

¿Por qué tenía que soñar con ellos? ¿Por qué ahora, después de tantos años, tenía que

recordar aquel rechazo, aquel abandono? De lo realmente sola que había estado durante tanto, tanto tiempo. Ivy se frotó el pecho.

Pero aquellos viejos recuerdos y la opresión en el pecho no importaban nada comparados con el insoportable dolor que sentía en la vejiga. Sentía que iba a explotar si volvía a moverse. La presión era tan inmensa, tan implacable, que apretó la mandíbula y contuvo la respiración para contener un grito de dolor.

Se había despertado de una pesadilla para enfrentarse a otra.

Sin comida ni agua en estasis, su cuerpo no había tenido nada que expulsar, pero ayer se había atiborrado de fruta, verdura y agua, y ahora todo se había puesto de nuevo en marcha.

Y no tenía a dónde ir para hacer sus necesidades. Al menos, no sin ayuda.

Con un gemido, se dio la vuelta y se levantó a cuatro patas, apretando los muslos mientras se incorporaba echándose hacia atrás. No estaba segura de hacia dónde miraba con lo oscuro que estaba, pero sabía que Ketahn estaba en algún lugar cerca de la entrada del nido.

—¿Ketahn?

La voz de Ketahn retumbó desde las sombras cercanas.

—*Sheevix, Ivy. Etorri'ven.*

Ivy apretó las manos contra los muslos y clavó las yemas de los dedos en ellos mientras aumentaba la presión en su vejiga.

—Ketahn, necesito que despiertes.

—¿Tú *arvok elthan*?

Un momento después, un resplandor azul llenó el nido; Ketahn había destapado el cristal que emitía su propia luz. Aun así, la sorprendió verle aparecer de entre las sombras. Estaba tumbado boca arriba con los miembros posteriores apuntando hacia ella, las patas dobladas y recogidas contra el cuerpo, los brazos cruzados sobre el pecho y los hombros apoyados en la pared curvada. Un montón de pieles le servía de cama. Debido a la iluminación, la mayor parte de su cuerpo estaba oscuro, como una sombra atrapada en la pálida luz de la luna, pero sus ojos y aquellas marcas púrpuras eran intensos y brillantes.

Señaló hacia el agujero cubierto de tela que había detrás de él.

—Fuera.

—*Dak*. No.

Ivy lo miró fijamente.

—Hombre araña, ¿acabas de decirme que no? Necesito salir. Ahora mismo —dijo volviendo a señalar la salida.

—*Ree elad selyek dera etorrahl* —Ketahn soltó algo de su mano, la funda de cuero que había estado cubriendo el cristal. Descendió con un suave crujido, sumiendo de nuevo el nido en la oscuridad.

—¿Lo dices en serio? —preguntó ella, con el ceño fruncido y la boca abierta.

Apretando los muslos, se levantó y caminó por la oscuridad con una mano extendida hacia delante. En cuanto sus dedos chocaron con el cristal, arrancó la funda de un tirón.

Ketahn, que seguía tumbado contra la pared con sus largas piernas plegadas, levantó la cabeza. Sus ojos violetas la miraron, reflejando la escasa luz. Chasqueó las mandíbulas.

—¿Tú *arvok elad ven*? *Etorri'ven*, Ivy. No... fuera. *Ursh* —dijo señalando al suelo, donde ella había estado tumbada.

Etorri'ven no podía significar otra cosa que *vete a dormir*, sobre todo teniendo en cuenta su tono autoritario.

—Sí, fuera —le señaló con el dedo—. Ketahn, lleva a Ivy —giró el dedo hacia la entrada—

fuera ahora.

Un gruñido de irritación sonó en su pecho.

—Ivy espera. No fuera.

—Eres un imbécil —Ivy cruzó las piernas y apretó los puños contra la pelvis. Rebotó ligeramente y se le escapó un gemido cuando el dolor y la presión se multiplicaron por diez. Las lágrimas inundaron sus ojos—. ¡Necesito salir! ¡Necesito salir ya!

Ketahn entrecerró los ojos y levantó el torso, inclinando la cabeza. Su tono era mucho más amable, y mucho más preocupado, cuando habló de nuevo.

—¿Tú *arvok elthan*, Ivy? *Elad you zikahl*?

—Fuera. Dios, por favor. ¡Tengo que mear, Ketahn! ¡Sácame fuera!

La vergüenza la invadió mientras la orina caliente empapaba sus pantalones cortos y corría por el interior de sus piernas hasta acumularse en la alfombra de piel a sus pies.

Sintiéndose avergonzada y abatida, Ivy se quedó allí de pie, con las lágrimas derramándose por sus mejillas mientras sollozaba.

—Te odio. Odio esto.

«¿Cómo ha podido una mala elección que hice cuando era una adolescente estúpida llevarme a esto?»

Ketahn se dio la vuelta, desplegó las piernas y se levantó con una suavidad y una gracia alarmantes. Se acercó a ella. Ivy intentó alejarse de él, pero él se limitó a extender una de sus patas delanteras detrás de ella, bloqueando su única vía de escape.

Inclinó la cabeza hacia ella e inhaló. Le temblaron las mandíbulas, entrecerró los ojos, volvió a olisquearla y bajó aún más para mirar la mancha húmeda del suelo. Incluso en la penumbra, podía distinguir los finos pelos de sus patas erizados.

—¿Tú *arvok ven ur ven*? —preguntó él, enderezándose para mirarla a los ojos. Ahora era él quien se clavaba un dedo en el pelaje empapado. Su voz era bastante más exasperada—. ¿*Ursh kir'ani tovuun*? ¿*Ven tu lavil krax ursh tu tovuun*?

¡La estaba regañando como si fuera un cachorrito!

—No te atrevas a hablarme en ese tono —Se inclinó hacia él, con la rabia hirviendo a fuego lento en su interior tan fuerte como la vergüenza que hacía que sus ojos rebosaran lágrimas—. No tienes derecho a enfadarte. Te dije que tenía que salir —señaló la entrada—, pero no me hiciste caso.

—*Ven'dak unir tu ikarahl*...

—Ivy necesitaba salir! ¡Fuera, fuera, fuera, fuera!

—*Ova yo unir thuun fuera ven'dak unixt krax ursh mi tovuun* —gruñó. Ketahn se apartó de ella lo suficiente como para abrir las piernas y bajar más cerca de la alfombra de piel.

Le oyó inhalar de nuevo, y murmurar algo. Le ardía la piel.

Ketahn se levantó con un resoplido frustrado. Antes de que pudiera decir una palabra, la rodeó con sus brazos izquierdos —uno en la espalda, el otro justo debajo del culo— y la levantó de un tirón y la empujó contra él. Ella jadeó y, en un acto reflejo, le rodeó el hombro y el cuello con los brazos.

Él movió la mano de abajo para tocarle el culo, empujando firmemente la pelvis de ella contra él y forzándola a rodear la cintura con las piernas, de modo que la entrepierna, los muslos y los pantalones cortos mojados de ella estuvieran en pleno contacto con su piel cálida y curtida.

Ivy quería llorar aún más.

—*Ahgan ikesh telenas nek* fuera —gruñó él. Separó las piernas a ambos lados, apoyándolas

en las paredes curvas para levantarse completamente del suelo, y se agachó para coger la alfombra. La enrolló apresuradamente con las manos derechas.

—No tienes derecho a enfadarte conmigo, hombre araña. Esto es culpa tuya —murmuró Ivy.

—Ketahn. No hombre *arana*.

—Te has dado cuenta rápido, ¿eh? Ah, y es araña, no *arana*. Parece que ya hemos comprobado que tienes un problema con el pis, ¿eh? ¡*Puaj!*

«*Golpe bajo, Ivy. Golpe bajo*».

—You *ikar kalakaxx* —espetó. Metiéndose la alfombra de pieles bajo un brazo, se volvió y caminó hacia la abertura, apartando la tela que la cubría. No se veía la luz del sol, solo una oscuridad tan profunda que el frío resplandor azul del cristal parecía deslumbrante en comparación.

Ketahn no aminoró la marcha; se introdujo por la abertura, agarrándose al exterior del nido.

Los ojos de Ivy se desorbitaron cuando él se volvió para trepar hacia la telaraña, y ella se encontró de repente mirando hacia abajo. Soltó un chillido y se agarró con más fuerza a él, acercando la cara a su hombro. No estaba completamente oscuro, podía ver indicios de enormes ramas y enredaderas colgantes apenas iluminadas por la tenue luz, y había fantasmagóricos destellos de diversos colores, pero hacia abajo solo había un negro impenetrable.

El mismo vacío en el que se había encontrado durante aquella pesadilla.

Cerró los ojos y se aferró a Ketahn, dejando a un lado todo lo que acababa de ocurrir, al menos por ahora. No estaba sola. Eso era lo único que importaba en aquel momento. No estaba sola en aquella oscuridad.

Aunque Ivy sentía que sus cuerpos se balanceaban y rebotaban junto con el nido, la telaraña y las ramas mientras Ketahn trepaba, él era sólido y seguro, y a pesar de todo la sostenía. Se aferró a ella con más fuerza cuando giró el vientre para atravesar la parte inferior de la telaraña y giró el torso para permitir que el cuerpo de ella se apoyara más en el suyo.

Sus muslos húmedos parecían pegarse a la piel de él, y sus pantalones cortos empapados eran mucho más que incómodos, pero Ketahn no se quejó. No sabía si reír o llorar ante aquella situación.

Después de aquella sensación de impotencia, de sentirse y ser tratada como una niña en aquel recuerdo-pesadilla, despertarse y mearse encima era una nueva manera de tocar fondo.

Ivy mantuvo los ojos cerrados durante un rato, incluso después de que ella y Ketahn volvieran a estar erguidos. Así, casi podía fingir que todo iba bien. Casi podía fingir que había empezado su emocionante nueva vida al otro lado de la galaxia, que por fin había llegado al lugar donde podría liberar todo el potencial que había desperdiciado de adolescente.

Pero su curiosidad acabó venciendo; hasta ahora solo había vislumbrado trozos de este mundo, y no importaba cuánto cerrara los ojos y esperara, todo aquello no iba a desaparecer.

Ketahn descendía sin cesar, cruzando inmensas ramas y escalando gruesos troncos, arrastrándola a través de un paisaje extraño que resultaba aún más sorprendente porque gran parte de él casi le resultaba familiar. La luz plateada de la luna se abría paso a través de las copas de los árboles, que ahora estaban muy por encima, en varios lugares, y las inquietantes fuentes de luz entre la enmarañada vegetación eran más frecuentes ahora que habían descendido.

Gran parte de esta jungla parecía brillar por la noche: hojas, setas, flores preciosas y pequeños bichos revoloteando. Era como un paraíso mágico. Aquella primera noche había estado demasiado desorientada y asustada para verlo. Y Ketahn encajaba a la perfección con sus relucientes marcas y ojos violetas.

Un nuevo sonido se unió a la música nocturna de la jungla alienígena, el goteo del agua

corriente, en algún lugar más adelante y por debajo. Una franja de jungla se abrió de repente ante Ivy, iluminada por la mayor concentración de plantas bioluminiscentes que jamás había visto, todas ellas agrupadas a lo largo de las orillas de un ancho arroyo. La superficie del agua se agitaba con la luz reflejada.

Aquí, más que en ningún otro sitio, tuvo una sensación mágica propia de otro mundo.

Ketahn bajó al suelo. En lugar de parar y dejarla en el suelo, se dirigió hacia el agua.

—¿Ketahn? ¿Qué haces?—Ivy retrocedió y le empujó en el hombro, pero él se mantuvo firme. Su mirada pasó de él a la corriente cada vez más próxima. Se retorció entre sus brazos—. ¡Ketahn, para!

Sin aminorar el paso, arrojó el pelaje enrollado a la orilla y se llevó a Ivy directamente al agua.

El agua caliente la envolvió rápidamente, pasando por sus piernas, caderas y pecho hasta casi tocarle la barbilla. Sus grandes ojos se encontraron con los de Ketahn. Finalmente, él la sujetó y le puso un par de manos en las caderas.

La hundió en el agua.

El agua la envolvió, amortiguándole los oídos y cegándola. Ivy luchó contra él, pero incluso su agarre aparentemente casual era demasiado fuerte para superarlo.

En cuanto la soltó, se levantó de un salto, balbuceando y jadeando cuando su cabeza salió a la superficie. Se apartó el pelo de la cara y le fulminó con la mirada mientras salía a flote.

—¡Eres... eres... un gilipollas! ¿Intentas ahogarme? ¿Este castigo es porque me he meado en tu preciosa alfombra? Te he dicho que...

—Sheevix, Ivy —dijo con un chasquido de mandíbulas.

—¡No me hagas callar! Y no empieces a chasquear las mandíbulas —presionó un pulgar contra cada una de sus mejillas y curvó los dedos, imitando con ellos sus mandíbulas— hacia mí.

Ketahn ladeó la cabeza y entrecerró los ojos. Se llevó una mano a la boca y abrió y cerró repetidamente los dedos y el pulgar mientras emitía una serie de sonidos sin sentido.

—¿Acabas de...? ¿Te estás burlando de mí, hombre araña?

Él gruñó por lo bajo.

—Ketahn.

Tal vez no era inteligente burlarse de una araña alienígena que podría destrozarla fácilmente con sus propias manos, pero no podía evitarlo. Estaba jodidamente enfadada y, en el fondo, estresada, disgustada, asustada y aún agotada. Y esta no era más que una forma inofensiva de vengarse de él por su humillación.

Levantó la barbilla y le sonrió.

—Hombre araña.

Sus mandíbulas bajaron y se juntaron lentamente, y aunque no entrecerró ni agrandó los ojos, su mirada pareció repentinamente muy seca. Sin mediar palabra, colocó una mano sobre su cabeza. El agua se escurrió por su cara y ella parpadeó.

—Ketahn, no te a...

Volvió a empujarla hacia abajo.

Sus palabras se cortaron cuando el agua le llenó la boca. Volvió a salir salpicando y tosiendo. Una vez hubo expulsado el agua en la que casi se ahoga, lanzó a Ketahn una mirada asesina.

Él carraspeó, abrió bien las mandíbulas y las levantó, entrecerrando los ojos. Se estaba riendo de ella. Aquel maldito hombre araña estaba burlándose y riéndose de ella.

—Claro, riete, hombre araña. Me mearé en otra de tus alfombras. A ver qué te parece —murmuró mientras nadaba hacia la orilla, alejándose de él. En cuanto sus pies tocaron el fondo,

se dirigió a la orilla, haciendo chapotear el agua alrededor de sus piernas—. Menudo imbécil.

Aunque no hubiera podido oír el movimiento del agua tras ella, habría sabido que la seguía de cerca solo por el presentimiento, pues le era imposible ignorar la presencia de Ketahn. Si no hubiera estado tan enfadada, se habría preguntado si aquello no era más que sus instintos reconociendo la proximidad de un depredador peligroso, pero ahora nada de eso le importaba.

Si pretendía hacerle daño, ya lo hubiese hecho hace mucho.

Una vez con los pies en la orilla cubierta de hierba, Ivy giró para enfrentarse a él. Su pelo mojado la abofeteó en la cara y se lo apartó de un tirón, ignorando el agua que le corría por las piernas.

—La próxima vez que diga fuera, Ketahn saca a Ivy. ¿Entendido?

Pero Ketahn no dio muestras de haber entendido, ni siquiera de haberla oído. Sus ojos se clavaron en el cuerpo de ella con un brillo curioso.

Al mirar hacia abajo, Ivy se dio cuenta de que no solo la camiseta blanca y los pantalones cortos se le pegaban como una segunda piel, sino que eran prácticamente transparentes. Podía ver claramente sus areolas rosadas a través del tejido.

Volvió a mirar a Ketahn. Él seguía observando su cuerpo.

Arrugó la frente y cruzó los brazos sobre el pecho, sintiéndose vulnerable y desnuda.

—¿Eh... Ketahn?

—¿Tú *arvok elad*, Ivy? —Su voz era aún más grave de lo normal, aún más inhumana, mientras avanzaba hacia ella—. Tú *elad iln zet yo ur losak*.

La agarró de la muñeca con unas manos grandes y llenas de garras y tiró de uno de sus brazos hacia abajo antes de alcanzar su pecho. Sus dedos rozaron su pezón, endureciéndolo, e Ivy jadeó, apartándole la mano de un manotazo.

—No —dijo.

Con un sonido que era a la vez un gruñido y un siseo, Ketahn acortó la distancia que quedaba entre ellos y le agarró la otra muñeca. La obligó a separar los brazos.

—*Enevet'ven*.

Ivy entornó los ojos. Tiró de sus brazos, intentando liberarlos de su agarre, pero no pudo moverlos.

—Ketahn, suéltame.

Ketahn se inclinó mientras sus manos inferiores atrapaban el bajo de su camiseta y la levantaban. Sus nudillos le rozaron el vientre.

Ivy inspiró bruscamente, estremeciéndose ante el cosquilleo de su tacto mientras le levantaba la camiseta. Se apartó de él y volvió a intentar soltarse las muñecas, pero quedó atrapada mientras él le descubría los pechos.

—¿Qué estás *haciendo*?

Mantuvo una de sus manos en la camiseta, sujetándola, mientras llevaba la otra a su pecho. Su mano lo cubrió por completo. Ivy se detuvo y su respiración se aceleró.

—¿*Arvok elad ithin*? —Él observó su mano mientras le apretaba el pecho.

El roce de la palma de la mano sobre el pezón endurecido provocó una sacudida de placer que penetró en Ivy hasta la médula. Apretó los muslos, conmocionada.

«*Dios mío. No, no. ¿Qué demonios ha sido eso?*»

Ketahn bajó aún más la cabeza y cambió de posición en el pecho de Ivy para tocarlo desde abajo. Lo levantó ligeramente y le miró el pezón. Dijo algo, pero ella no alcanzó a oírlo cuando le acarició el erecto capullo con la yema del pulgar. El dolor en su interior se expandió.

«*No, no, no, no, no. Esto no puede estar pasando*».

No se estaba excitando mientras aquella criatura arácnida la tocaba. Era... simplemente la reacción natural de su cuerpo, algo sobre lo que no tenía ningún control. No tenía nada que ver con la atracción porque... porque... ¡Era una araña! Sus cuerpos eran completamente diferentes, y él solo estaba satisfaciendo su curiosidad. Nada más.

Cambió el agarre al otro pecho y le acarició el pezón con el áspero pulgar, haciendo que también se endureciera. Un temblor la sacudió y su sexo se contrajo.

—Para, por favor —gimoteó.

—*Dak akar tes tú elad* suave —dijo él, con voz grave y reflexiva—. *Dak akar et selyek*.

Ivy se esforzó por concentrarse en sus palabras en lugar de en su tacto; estaba muy cerca de comprender algunas más, pero él le estaba haciendo sentir cosas que no debería haber sentido, cosas que le impedían pensar con claridad.

—S-Sí. Ivy suave. Ya puedes soltarme —dijo.

—No. No suave —Le pellizcó el pezón entre el dedo y el pulgar como para demostrarle lo contrario.

No le dolió, pero le envió un rayo de puro placer directo al clítoris que hizo que le flaquearan las rodillas. Se llevó los labios a la boca y los mordió para contener un gemido.

«¿*Qué me está pasando? Esto no puede estar pasando. Esto no puede estar pasando*».

Ketahn ladeó la cabeza, con las mandíbulas contraídas. Inspiró profundamente y se calmó.

—*Tu jurrahl...*

Sus largas piernas se abrieron hacia los lados y se agachó, olfateándola mientras su rostro se inclinaba por debajo de su cabeza, y su mejilla rozaba su pecho derecho, mientras su aliento abanicaba su vientre. Se detuvo con la mirada fija en sus pantalones cortos.

Ivy abrió la boca para decirle que se detuviera, pero las manos de él ya habían enganchado la cintura de sus pantalones. Se los bajó sin vacilar, dejando al descubierto su sexo. Cuando soltó los pantalones, le cayeron por los tobillos.

—¿*Dun* pelo, *kota*? —Ketahn adelantó la cara, tan cerca que la dura cresta de su frente chocó contra el vientre de ella, e inhaló.

—¡Ay, Dios! —Ivy se puso de puntillas para poner distancia entre ellos—. Sí, tengo pelo ahí. Ahora suéltame. Examíname por encima.

Ketahn no pareció estar de acuerdo. Con un gruñido, tiró de sus brazos, acercándola aún más, y posó las manos inferiores en sus caderas. Le pasó varias veces el pulgar por encima de la pequeña mata de pelo que tenía sobre su vagina, como si la acariciara, hasta que tocó el vértice de su sexo.

A Ivy se le cortó la respiración. Apretó los muslos para impedirle el acceso, pero, como ya había aprendido tantas veces, Ketahn no se detenía tan fácilmente.

Sus patas delanteras se movieron hacia delante, deslizándose sus puntas entre las pantorrillas de ella, y se engancharon alrededor de sus piernas. Sin esfuerzo, movió las piernas a ambos lados, separando las suyas como si ella no hubiera opuesto resistencia. Su piel se enrojeció de vergüenza. La inclinó hacia atrás, haciendo que sus muslos descansaran sobre las piernas de él.

El aire de la noche era cálido contra su sexo expuesto, pero el aliento de Ketahn sobre él era como un dulce fuego. Sin que se lo pidiera, su imaginación lo imaginó extendiendo aquella larga lengua púrpura y lamiéndola.

Jadeando suavemente, Ivy apartó rápidamente aquella imagen perversa y luchó por liberar los brazos o cerrar las piernas, pero estaba completamente atrapada, su cuerpo temblaba no de miedo, sino de necesidad.

«*Voy a ir al infierno*».

Capítulo Once

Aquel aroma... Por los Ocho, estaba enloqueciendo a Ketahn. Era la fragancia de Ivy, la misma que había olido por primera vez tras abrir su capullo en el foso, pero era mucho más fuerte, mucho más dulce e innegablemente femenina. Antes había sido seductora pero sutil. Algo había cambiado en los últimos minutos.

Ni siquiera el olor de la reina, que era casi tan poderoso como el de la propia Zurvashi a su manera, había sido capaz de nublar así la mente de Ketahn. Su miembro palpitaba detrás de su abertura, y los temblores le atravesaban los cierres y amenazaban con forzarlos hacia fuera.

¿Qué había cambiado? ¿Por qué Ivy emitía aquel aroma embriagador y por qué se centraba en su abertura?

Su pecho vibró con otro gruñido mientras movía la mano, colocando un dedo a cada lado de la abertura de Ivy. Su carne estaba caliente, suave, sedosa, y tuvo la sensación de que estaba húmeda y no simplemente porque acabara de salir del agua.

Incapaz de apartar la mirada, extendió los dedos. Su abertura se abrió como los pétalos de una flor, revelando una carne resbaladiza aún más rosada que sus labios.

Si antes había tenido alguna duda de que era una hembra, ahora lo había claro; en el fondo de su abertura había una pequeña y estrecha entrada que le atraía, le tentaba.

¿Qué sentiría al empujar su miembro dentro de ella, al sentir cómo se estrechaba a su alrededor? ¿Qué sentiría al sentir su suave piel deslizándose contra la suya? Su miembro palpitó, empujando implacablemente contra su abertura, y sus cierres se estiraron hacia delante por reflejo, rozando los segmentos superiores de las piernas de ella.

Más arriba, cerca del vértice de la abertura, había un pequeño capullo cubierto por un delicado pliegue de carne.

Podía sentir los latidos de su corazón bajo las yemas de sus dedos, y el calor brotaba de su interior, acogedor y tentador. ¿Tan caliente estaba por dentro? Ketahn le pasó un dedo por la abertura, recogiendo el rocío brillante de aquellos pétalos rosados. Ivy jadeó y sus piernas se tensaron, con los dedos de los pies curvándose hacia abajo. Más néctar se acumuló en su centro y su olor se intensificó.

Los vrix no producían sus propias secreciones, sino que eran los machos los que facilitaban la penetración. Esto, como todo lo demás en Ivy, era algo nuevo. Algo inesperado... algo intrigante.

¿A qué sabía su rocío? ¿Sería tan dulce y embriagador como olía?

Su dedo buscó aquel capullo, más firme que la carne circundante, pero que cedía a su tacto más de lo que lo habían hecho los picos de los montículos de su pecho. Lo rodeó, empujando la

piel.

Ivy gritó, agitando las caderas contra su mano.

—¡Ketahn! ¡No! ¡*Poor Dioh, paarah!* —Ella luchó salvajemente contra su agarre y retorció las caderas—. *Estoh está maal. Estoh está mui, mui maal.* ¡No *sih-gas!*

Algo en su voz traspasó la neblina de lujuria que se había apoderado de Ketahn. Apartó los ojos de su abertura para mirar hacia arriba, más allá de su pecho agitado y sus suaves, redondeados y succulentos montículos, hasta su rostro. Tenía las mejillas sonrosadas, los ojos abiertos y suplicantes y los labios entreabiertos. Había un pliegue en la piel del entrecejo.

Aunque no sabía muy bien cómo leer los signos de su rostro, reconocía el pánico en sus ojos y un atisbo de dolor.

Había estado otra vez a punto de aparearse con ella. Había estado a punto de que su miembro emergiera para hundirse en su carne caliente y suave.

Y ni una sola vez, durante sus exploraciones de Ivy, Ketahn había pensado en ella como algo que no fuera una hembra fascinante.

Manteniendo las manos superiores alrededor de sus muñecas, pasó las inferiores por debajo de sus rodillas y la levantó de sus piernas, llevando con cuidado sus pies al suelo. En cuanto estuvo de pie, la soltó y retrocedió, inclinando la cabeza y juntando los antebrazos.

—Lo siento, Ivy. No pretendía asustarte.

Ella retrocedió a trompicones, casi tropezando con sus propios pies, y se bajó de un tirón la tela superior para cubrirse los montículos. Tenía el pelo dorado y pálido enmarañado alrededor de la cabeza y los hombros. Se metió una mano entre las piernas, cubriéndose la abertura mientras se encorvaba sobre sí misma, con el cuerpo tembloroso.

—Esto *noh pueedeh estaar pasaandoh* —dijo, hablando deprisa, sin aliento—. *Noh pueedeh excitah-me un hombre araña* —gimió—. *Dioh miio, iba ah hacer ke mee corri-eera.*

—¿Ivy?

Ivy giró la cara hacia Ketahn y le señaló con un dedo.

—*Aho-rah mihmo* no estoy *con-tentah* contigo.

Ketahn ladeó la cabeza y entrecerró los ojos, chasqueando los colmillos de la mandíbula. Aunque no entendía la mayoría de sus palabras, su tono no era difícil de traducir: estaba enfadada.

Y eso no le pareció mejor de lo que le habían parecido su enfado y su dolor momentos antes, intensificando la sensación de opresión que sentía en el pecho. Ni siquiera estaba seguro de qué clase de criatura era Ivy, pero sabía que quería que estuviera contenta. Ni enfadada, ni asustada, ni herida.

Retiró la mano de entre sus piernas, se dio la vuelta y caminó hacia el arroyo. Su mirada se posó en sus miembros inferiores. La carne era redondeada y regordeta. Su piel suave y pálida debería haberle repugnado, pero había algo en ella que invitaba a tocarla, que le rogaba que pasara la lengua sobre ella y probara su sabor.

Ivy se agachó y hundió las manos en el agua corriente, restregándolas antes de salpicarse la cara y llevarse las palmas a las mejillas.

¿Estaba enfadada con él porque le había quitado la ropa o porque la había tocado? ¿O por la *forma* en que la había tocado?

Rozó el suelo con la punta de una pata. Ella era inteligente, capaz de emociones profundas y pensamientos y lenguajes complejos, y él la había tratado como a un animal.

No, eso no estaba bien. Se había dejado llevar por la curiosidad, pero aún más por el instinto. Su olor le había llamado, se había abalanzado sobre él y había barrido su mente igual que las

aguas de un río desbordado podrían haber barrido su cuerpo.

Era tan diferente de los vrix, fascinantemente diferente, y esas diferencias resultaban más atractivas a cada momento que pasaba.

Ivy no era un animal ni una mascota. Era... algo más. Mucho más. Algo para lo que ni Ketahn ni los de su especie tenían nombre. Y si no podía decírselo directamente, necesitaba demostrarle que quería que se sintiera a gusto. Que se sintiera... igual.

—¿Ivy?

Ella le ignoró y volvió a mojarse las mejillas.

Ketahn resopló y se acercó a ella. Ella se apartó de él, pero él la agarró por una de las muñecas y la levantó.

—*¡Paarah! ¡Sueel-tameh!*

Ella tiró de su brazo e intentó zafarse de él. Él le agarró la otra muñeca y la giró hacia él, llevándole las manos al pecho. Ivy enseñó los dientes blancos y planos con una expresión de desagrado, gruñó y se soltó de él.

—Ivy —dijo él, adelantándose para agarrarla de nuevo por las muñecas antes de que pudiera retroceder—. *Poor favoh*. No te haré daño.

—¿Ké? —Ella lo miró con las cejas levantadas y los labios firmemente apretados.

Él la acercó más y le puso las manos en su pecho.

—Puedes tocarme —Deslizó lentamente las manos de ella hacia sus hombros—. Puedes explorarme.

Ketahn le soltó las muñecas, bajó los brazos e inclinó la cabeza hacia ella.

Esta vez, ella no se apartó. Sus palmas permanecieron sobre la piel de él. Su expresión se suavizó, adquiriendo un matiz de confusión.

—¿*Kiereh ke yo te toke?* —le preguntó. Volvió a deslizar la mano derecha por el pecho de él —. ¿*Tokar?*

—Sí, tocar —dijo primero en el idioma de ella y luego en el suyo.

Ella volvió a enarcar las cejas y vaciló, como si estuviera a punto de apartarse. Inspiró hondo, temblorosa, y pareció recobrar la determinación.

—*Está bien* —Ivy puso los ojos en blanco, mostrando una alarmante parte de su parte blanca—. *Proh-bablee-menteh noh parah-raas hasta ke loh hagua*.

Apoyó las palmas de las manos en el pecho de él y separó los dedos. Sus ojos se concentraron en sus manos mientras las movía hacia arriba, sobre los planos lisos y duros de su pecho y las cicatrices en relieve que tenía, y luego sobre las crestas de las clavículas, que bajaban desde los hombros. Aquellas manos descendieron hasta la carne más tierna de su cuello, donde las yemas de sus dedos provocaron en su piel estremecimientos que parecían pequeños relámpagos.

Ivy se detuvo ahí y dirigió su mirada hacia la de él.

—Toca, Ivy —dijo con voz ronca.

Subió con las manos por los gruesos músculos de los lados del cuello, siguiéndolos hasta las mandíbulas. Sus dedos vacilaron al rozar la suave piel donde las mandíbulas se unían a la cara y bajaron hasta la punta de los colmillos.

—*Estaan afih-laados*.

Ketahn cerró las manos en un puño y obligó a sus mandíbulas a relajarse. Su olor llenaba el aire a su alrededor, y aún desprendía esa dulzura adicional que antes le había vuelto loco. No se permitió mirar hacia abajo, pero sabía que su abertura estaba cerca, tan cerca que casi juraría que podía sentir su calor. Cuando sus cierres se estremecieron, los apretó todo lo que pudo,

presionándolos sobre su abertura para mantenerla cerrada.

Aquel contacto no era para él, sino para Ivy. Pero no por ello dejaba de sentirse bien. Disfrutaba del suave roce de su piel sobre la suya.

Ivy levantó la mano y le cogió la mandíbula. Con los pulgares le recorrió la boca.

—*Abreh* —le dijo, y abrió la boca.

Él miró su lengua rosada y sus dientes blancos y rectos, y podría haberse perdido fácilmente mirando sus labios durante un buen rato, pero al parecer había mantenido la disciplina suficiente para obedecer. Pronunció la palabra abrir en su idioma antes de abrir la boca de par en par.

Sus cejas se alzaron.

—*Tieneh loh* dientes *mui afih-laados* —Le presionó un poco la parte inferior de la mandíbula para que cerrara la boca—. *Ciee-rrah*.

—Cierra —dijo cerrando la boca con un chasquido de dientes.

La comisura de sus labios se levantó.

—*Menoh maal ke noh pieen-sah* comerme.

Sus mandíbulas se sacudieron y levantó una mano para arrancarle un mechón de pelo húmedo, que acarició entre el dedo y el pulgar.

—Ketahn no come Ivy —le dijo en su idioma.

Sus labios se curvaron por completo al mirarle a los ojos.

—Ivy no come Ketahn.

Ketahn separó y levantó las mandíbulas y entrecerró ligeramente los ojos, dejando escapar un suave chirrido. La idea de que aquella pequeña criatura se lo comiera le divertía, pero en su espíritu sabía que no era del todo imposible, había una fiereza admirable en el núcleo de Ivy, un atisbo de instinto depredador débil, pero no del todo inactivo.

Ivyladeó la cabeza.

—Estás *sonrih-eendo*, *¿vehdah?* —Se llevó una mano hacia atrás y se pasó el dedo por la boca, levantando las comisuras—. *Son-reiir*.

—Sí —Se pasó la yema de un dedo por la línea de la boca—. Ketahn no labios —dijo en su idioma.

Ivy asintió con la cabeza, bajando los ojos hacia su boca. Volvió a tocarla con las yemas de los dedos, recorriéndola ligeramente, probando su flexibilidad.

—*Noh paa-sa nah. Puede* sonreír *ah tu maneh-ra*.

Su mano se movió hacia arriba, siguiendo los bordes de su cabeza antes de enredarse en su pelo. Lo peinó con los dedos hasta que los mechones se alborotaron y quedaron sobre sus hombros. Él quería que volviera a hacerlo.

Pero ella apoyó las palmas de las manos en el pecho de él. Bajó las cejas. Inclínándose hacia delante, giró la cabeza y apoyó la cara en su pecho, deslizando las manos hacia los lados.

Ketahn se quedó quieto, sin saber qué estaba haciendo ni cómo reaccionar. Tocarse cara a cara era algo íntimo para los de su especie, que solo se realizaba entre los *vrix* que confiaban y se cuidaban plenamente, y aunque esto no era exactamente eso, se sentía increíblemente cercano. No podía ignorar el calor de su piel ni de su aliento, que le rozaba el pecho. Tampoco podía ignorar la sensación de sus pequeñas manos en los lados ni la de su pelo húmedo rozándole.

Y cada vez le resultaba más difícil ignorar su olor.

—*Tieeneh maas deh* un *cohrazoon* —le dijo, haciendo vibrar su voz en su interior. Apartándose, volvió a posar la mano en el pecho de él y le dio golpecitos con los dedos. Tardó un momento en darse cuenta de que estaba siguiendo el ritmo de sus corazones.

Sujetándole la muñeca inferior izquierda, le acercó la mano y la presionó contra el hueco que

había entre los montículos de su pecho. Ketahn ladeó la cabeza, mirándola inquisitivamente, pero justo cuando iba a preguntarle qué estaba haciendo, lo sintió. El constante *pum-pum, pum-pum* bajo su palma. El corazón de Ivy.

—*Cohrazoon* —volvió a decir—. Ivy *tieeneh* un *cohrazoon*.

«Ivy tiene un corazón».

Aquella comprensión no le sorprendió. Era pequeña, y aunque hubiera sido tan alta como una hembra *vrix*, la forma de su cuerpo habría significado que habría menos de ella. Era razonable que solo pudiera sobrevivir con un corazón.

Pero, ¿qué significaba eso para su fuerza de espíritu? Los *vrix* poseían un hilo del corazón que unía su corazón y su espíritu; ¿el hecho de tener un solo corazón debilitaba el suyo?

Mientras la miraba fijamente y aquel extraño pulso continuaba bajo su palma, sintió el repentino impulso de entrelazarla con su propio hilo del corazón, para mantenerla a salvo, para mantenerla apoyada, para tenerla... a ella.

Inclinando la cabeza, Ivy siguió estudiando su cuerpo, recorriendo con los dedos la parte superior de los hombros, siguiendo los músculos de los brazos antes de explorar la parte inferior de los hombros, que conectaba con los lados. Cada momento que pasaba con sus manos sobre su piel hacía más difícil reprimir sus impulsos; sus instintos volvían a surgir, amenazando con tomar el control.

—Tú *ia noh dah taanto miehdo* —le dijo en voz baja.

Le deslizó la mano por el abdomen, cada vez más abajo, y sus músculos se tensaron bajo su contacto. Sus cierres se movieron con anticipación, desafiando su voluntad. Su miembro se hinchó dentro de la abertura, creando una presión rápida y angustiosa.

Cuando la mano de ella estuvo a un dedo de su abertura, él le agarró la muñeca y la apartó, rompiendo el contacto. Ella lo miró con los ojos muy abiertos.

—No. Ahí no, Ivy.

Ella lo miró fijamente y luego puso los ojos en blanco, dejando escapar un *¡Pff!*

—*Hipoh-criita*. Tú me has tocado —dijo señalando hacia abajo, y los ojos de él se clavaron en su abertura.

Un gruñido salió de su pecho y sus cierres se tensaron, estirándose hacia ella. Ketahn golpeó el suelo con las patas delanteras y se apartó de Ivy.

—Es demasiado. No puedo controlarme si me tocas de esa manera.

Se apartó de ella, y un temblor recorrió sus miembros al aumentar la presión tras su abertura. Inspiró y apretó los cierres hasta que las puntas se clavaron dolorosamente en la piel de la pelvis.

La reina *Zurvashi* había intentado tentarlo con frecuencia, atraerlo con su olor, su lenguaje corporal. Aquella criatura pálida había estado más cerca de conseguir que se sometiera a sus instintos en dos noches que la reina en siete años.

Se obligó a mirar a cualquier cosa, a cualquier lugar, menos a Ivy y, afortunadamente, se posó en un grupo de hojas limpias que crecían en la orilla del arroyo. Eran exactamente el recordatorio que necesitaba de su motivo para traer a Ivy aquí.

Ketahn se acercó a la planta y arrancó varias de las gruesas hojas con dos de sus manos. Cuando tuvo suficientes, se dirigió hacia Ivy, sin apartar los ojos de ella. Llevaba en la mano el tejido inferior que la cubría y se inclinaba como si estuviera a punto de ponérselo. Se los arrebató de las manos; incluso sin acercarse la tela a la nariz, podía oler en ella una pizca de su orina.

Por supuesto, también había una pizca de otra cosa, pero no iba a aceptar ese dulce aroma ahora.

—*¡Oie!* —dijo extendiendo la mano—. *Dahme mis pantahlon*es, Ketahn.

—Hay que limpiar esto —dijo, apartándose de ella para mantener el tejido fuera de su alcance mientras se acercaba a la orilla del agua, junto al lugar donde había dejado caer la piel enrollada—. Antes de que tu olor a orina atraiga hacia nosotros a todos los animales de la jungla.

Ella se quedó a su lado con los brazos cruzados sobre el pecho mientras él aplastaba algunas hojas en el puño, se agachaba y sumergía el tejido en el arroyo para fregarlo. Su figura permanecía en el borde de su visión. Intentó —y no lo consiguió— fingir que su cara no estaba de nuevo a la altura de su abertura.

—*Hombre araña cabehzoota* —murmuró Ivy.

Levantó una de sus patas traseras, enganchándola detrás de ella para rozarle sus redondeados miembros. Ella chilló y se apartó de un salto.

—Ketahn —dijo él, sonriendo.

Capítulo Doce

La respiración de Ivy se entrecortó cuando se despertó de golpe y se incorporó antes de abrir del todo los ojos. Tenía un sudor frío en la piel y el corazón a mil por hora. El nido se sacudía salvajemente, haciendo que su estómago se retorciera, y los sonidos del viento aullante y la lluvia torrencial del exterior solo eran superados por otro, el estruendo de un trueno que sintió hasta los huesos.

La tela que cubría la entrada del nido voló hacia el interior cuando un relámpago iluminó brevemente la jungla, tiñéndolo todo de una luz azulada e intensa y de impenetrables sombras negras. El aire frío fluyó hacia el interior y rodeó a Ivy. Se estremeció.

Cambiando de postura, se llevó las rodillas al pecho y se rodeó las piernas con los brazos, mirando fijamente la tela que ondeaba. Estar en aquel espacio reducido en medio de una fuerte tormenta le recordó algo que le había ocurrido cuando tenía diecinueve años y vivía en su coche. Siempre había odiado las tormentas —los diluvios, los vendavales, los truenos— y en Kansas había muchas. Pero aquella vez...

Había visto el tornado. Había visto cómo destruía los edificios a su alrededor como si fueran de papel, había visto cómo arrancaba árboles enormes del suelo con las raíces intactas, había visto cómo apartaba coches como si fueran granos de arroz. Y como había ido directo hacia ella.

No había dónde ir ni dónde refugiarse. Ivy había hecho todo lo que había podido: ponerse el cinturón de seguridad, cubrirse la cabeza con el abrigo, agacharse y rezar. Había rezado por primera vez en tres años mientras el viento azotaba su coche, mientras los escombros golpeaban su exterior, mientras el vehículo se balanceaba ferozmente sobre sus amortiguadores.

Se había sentido completamente sola desde que su novio la había traicionado y sus padres le habían dado la espalda, pero nunca tanto como en aquellos momentos, mientras aquel tornado rasgaba el suelo camino de devorarla.

¿Le habría importado a alguien si hubiera muerto? ¿Alguien se habría dado cuenta?

En cuestión de segundos, ni siquiera fue posible rezar: el rugido del tornado había sido demasiado fuerte para que pudiera oír sus pensamientos, los movimientos del coche eran tan violentos que no podía sentir en su corazón más que terror.

Había gritado. Lo sabía, aunque no había podido oírlo en medio de aquel caos.

Y de repente fue consciente de una gran calma, de un silencio tan completo que se preguntó si se había quedado sorda. Tenía la garganta en carne viva, los ojos le ardían, los músculos doloridos por la tensión y las mejillas mojadas por el llanto. Pensó que había muerto. Eso era lo único que podía explicar aquel silencio, aquella quietud.

Cuando por fin tuvo el valor de incorporarse y quitarse el abrigo, se encontró en su coche.

Las ventanillas estaban salpicadas de grietas y desconchados, y la carretera, justo delante de su puerta, estaba cubierta de escombros. A menos de quince metros había un montón de escombros que antes de que ella se agachara había sido un complejo de apartamentos de cuatro unidades.

Había sobrevivido. Y el alivio que sintió al darse cuenta de ello le hizo llorar más y más. Lloró aún más cuando se dio cuenta de que Ivy, a los dieciséis años, habría agradecido a Dios su misericordia... pero Ivy, a los diecinueve, solo podía atribuirlo a una suerte ciega y absurda. A esa temprana edad ya sabía que el universo no era compasivo ni justo, sino que se basaba en elecciones y en el azar.

Y que la mayor parte recaía en esta última.

De eso hacía ya seis años.

Sintió una punzada aguda en el pecho.

No, seis años no. Ella lo percibía como tal. No había forma de saber cuánto tiempo había estado en el sueño criogénico; podían haber pasado décadas, por lo que ella sabía. Todas las personas a las que había querido... probablemente habían desaparecido.

Otro trueno sacudió el nido. Un grito agudo salió de su garganta y se abrazó más fuerte a sus piernas. La piel se le puso de gallina cuando una ráfaga de viento entró en el nido. Por muchos años que hubieran pasado, su miedo a las tormentas no había disminuido.

—¿Ivy? —preguntó Ketahn, con una voz inhumana que de algún modo se colaba entre el ruido.

El cielo se iluminó de nuevo, y sus ojos se posaron en Ketahn por un instante, centrándose en los destellos apagados de color púrpura que componían sus marcas y sus ojos. Agachó la cabeza, enterrando la cara contra las rodillas cuando un trueno volvió a sacudir el nido.

—Ven, Ivy —dijo Ketahn—. Yo... *kumeak*. Ketahn es *kumeakahl* de Ivy.

Ivy no dudó; se desenroscó y se arrastró hacia él. El nido se balanceó violentamente y ella se detuvo, apretando las pieles entre los dedos, cerrando los ojos y apretando los labios. El corazón se le subió a la garganta.

«*Nos vamos a caer. Las telarañas y las ramas se romperán y caeremos en picado hacia la muerte*».

Unas manos firmes se deslizaron bajo sus brazos, y las largas y duras secciones de la parte inferior de las piernas de Ketahn se engancharon detrás de sus muslos. La levantó hacia él con suavidad, tan fuerte y a la vez tan delicado. Ella abrió los ojos cuando él se echó hacia atrás y la atrajo hacia él con las piernas a ambos lados de sus miembros posteriores, que miraban hacia arriba. Él tenía el torso erguido, con el abdomen contra el pecho de ella, y le rodeó la parte baja de la espalda con los brazos.

Ivy lo vio —poco más que una sombra entre sombras— apartarse y bajar la tela que se agitaba para que la abertura quedara cubierta de nuevo. La oscuridad se tragó el nido.

Se estremeció, rodeó a Ketahn con los brazos y se apretó más contra él.

Pero la oscuridad no había persistido más que unos pocos instantes antes de que Ketahn destapara el cristal. El tenue resplandor azul que llenaba el nido era una leve imitación de los destellos de los relámpagos, pero... era reconfortante.

—*Está bien*, Ivy —murmuró Ketahn; ella sintió su voz incluso más de lo que la oyó. Levantó la mano, tanteando una de las cestas entretejidas en la pared, hasta que sacó una tela enrollada. A la luz, tenía un aspecto violáceo, pero Ivy tuvo la sensación de que no era ese su verdadero color.

Ketahn desenrolló la tela, la extendió y la colocó sobre Ivy por detrás, como si fuera una manta, ya que era lo bastante grande como para serlo. El material suave y sedoso resultó frío al

principio, pero se calentó rápidamente cuando el calor de Ketahn se extendió sobre ella.

La rodeó con los brazos, envolviéndola en su abrazo, y se recostó contra la pared, guiando a Ivy para que apoyara la parte superior del cuerpo contra su pecho. Un par de sus miembros se enroscaron para cubrir los de ella, y su peso contrarrestó el incesante temblor del nido. Levantó una mano y le pasó lentamente los dedos por el pelo. Sus garras le rozaron ligeramente el cuero cabelludo.

El nido se estremeció con otro trueno, e Ivy se tensó, clavando los dedos en la gruesa piel de la espalda de Ketahn.

—*Está bien*, Ivy —volvió a murmurar él, deslizando una de sus manos hacia abajo para enroscarse alrededor de la cadera de ella—. Ketahn es *kumeakahl* de Ivy. Ivy no sufrir.

Kumeakahl. ¿Eso significaba... guardián o protector?

Ivy se obligó a relajarse contra él, a permitir que su calor penetrara en ella. Cerró los ojos y se concentró en las suaves caricias de la mano de Ketahn, en sus brazos y piernas bien sujetos a su alrededor, en el ritmo constante de sus corazones.

Era extraño tumbarse así con él, sentirse tan... segura, tan reconfortada por una criatura que había sido una pesadilla cuando lo había visto por primera vez. Pero él la abrazó como si ella le importase.

Por primera vez desde que despertó, y por primera vez en años, no se sintió tan sola.

Ketahn la había tocado durante los últimos seis días —tenía que hacerlo si quería entrar y salir del nido, y estaba claro que ella no podía trepar a los árboles y las ramas como él—, pero no lo había hecho con la intimidad y la osadía que había mostrado en el arroyo la otra noche. Parecía casi reservado desde que se apartó de ella justo antes de que sus dedos tocaran su abertura.

Ahora sabía sin lugar a dudas que él le había dicho que *ahí no*.

Ivy no sabía por qué; la había tocado entre las piernas como si no tuviera importancia. Simplemente, había sentido curiosidad por su cuerpo.

Pero Ivy no podía olvidar su contacto. Por mucho que intentara alejar el recuerdo, recordaba perfectamente la sensación de sus pulgares acariciándole los pezones, de sus dedos ásperos pero suaves acariciándole su sexo, rodeándole el clítoris.

Recordaba perfectamente lo *bien* que se había sentido.

Hacía años que nadie la tocaba íntimamente. Y haber sido acariciada por una criatura arácnida, haber estado a punto de venirse...

Y aquí, en la oscuridad, con sus brazos y piernas alrededor de ella, su aliento cálido en la parte superior de su cabeza y su mano acariciándole el pelo, su rareza no importaba. Lo único que importaba eran ellos dos, el consuelo que él le daba, el cuidado y la atención, todas las cosas de las que había carecido durante tanto, tanto tiempo.

Ivy soltó un suspiro y se movió, levantando una rodilla para poner la pierna más cómodamente alrededor de él y frotando la mejilla contra su pecho.

Su mano bajó de la cadera de ella y sus dedos se enroscaron justo debajo de su trasero, acercándola más. A Ivy se le cortó la respiración. Tenía las yemas de los dedos tan cerca de su sexo. Involuntariamente, su cuerpo se contrajo y la excitación floreció en su interior.

Cerró los ojos, intentando alejar la sensación, pero ya era demasiado tarde. Solamente podía pensar en aquellos dedos que se deslizaban hacia ella y la acariciaban a través de los pantalones cortos, en Ketahn tocándola como había hecho antes, acariciándola sin barreras, deslizándose por su humedad y llevándola al clímax.

Ivy se llevó el labio inferior a la boca y se lo mordió, esperando que el dolor desviara sus

pensamientos.

Pero no fue así.

«Esto es porque me he sentido muy sola. Porque he anhelado que alguien me abrazara, que cuidara de mí. Porque hace tanto tiempo... que nadie me ha tocado así.

Porque nunca nadie me ha tocado así. Con tal... devoción».

Pero... pero fue *solamente* un roce.

Un roce en la oscuridad, donde nadie podía ver, donde ella podía imaginárselo como cualquier cosa, como si fuese...

No. Seguía estando mal. ¡No era humano!

Se movió para intentar poner distancia entre su trasero y su mano, pero solo consiguió que su pelvis rozara las crestas de su abdomen. Un escalofrío la recorrió.

—Ivy... —Su nombre retumbó en el pecho de Ketahn, más profundo y fuerte que un trueno, y él la sujetó con más fuerza. Una de sus patas se deslizó a lo largo de su trasero, acariciando la piel de sus muslos con aquellos finos vellos y provocándole otro escalofrío. Un instante después, sintió que los cierres que normalmente estaban pegados a su pelvis se deslizaban hacia delante para engancharse alrededor de sus caderas.

Ella volvió la cara hacia su pecho, apretando la frente contra su dura piel.

—Lo siento. Esto está mal. Mis pensamientos son retorcidos y antinaturales. Dios, soy una perversa.

—Eres *ahn'seiki*, Ivy —dijo él, con voz áspera y gruesa—. Yo soy *zoruk saal gurashar. Ahn'zoruk*.

Sus cierres la estrecharon aún más, hasta que su piel quedó a ras de la de él y ella sintió la abertura entre aquellos miembros contra su sexo... y la cosa dura que lo presionaba desde abajo. Esa cosa dura que parecía ansiar la libertad.

Le había picado la curiosidad desde aquella noche en el arroyo. Debería haberse aterrorizado cuando él la había sujetado, cuando la había tocado. Pero a una parte de ella... le gustaba. Una parte de ella quería más. Una parte de ella quería ver qué salía de aquella abertura para poder rodearlo con las manos, para saber cómo se sentía.

Para poder imaginar cómo se sentiría dentro de ella.

«Por Dios, soy una enferma, una enferma, una enferma».

Ivy apretó la mandíbula y le clavó las uñas en la piel.

—Lo siento. Lo siento, Ketahn, no quería...

—Shh —siseó en voz baja, un sonido que había aprendido de ella hacía un par de días. Aunque su cuerpo siempre estaba duro, ahora estaba aún más tenso de lo habitual, y su respiración era profunda pero agitada—. No lo sientas. Duerme.

Sus brazos la abrazaron con más fuerza y emitió un extraño sonido en el pecho: en parte ronroneo, en parte zumbido, en parte alienígena. Pero era suave, tranquilizador y extrañamente melódico.

Ivy volvió la cabeza hacia un lado, escuchando la música que él producía, los latidos de sus corazones, la tormenta; pronto su miedo, su deseo y su vergüenza fueron algo lejano. Se sentía cálida y segura, envuelta en un abrazo protector. Un suave suspiro se deslizó por sus labios mientras se adormecía.

Ivy no estaba en casa... pero era lo más cerca que se había sentido de ella en años.

Capítulo Trece

Ivy se apartó un mechón de pelo de la cara y fulminó a Ketahn con la mirada.

—Esto no funciona.

El agua corría alrededor de sus rodillas, fresca en comparación con el aire cálido y húmedo de la mañana. La superficie del arroyo brillaba a la luz del sol, ofreciéndole fugaces y vagos destellos de las criaturas que nadaban perezosamente por el fondo. Por supuesto, los movimientos de los peces no eran tan tranquilos cada vez que ella intentaba arponear a uno de ellos.

Sabía que aquellas criaturas no eran técnicamente peces —al igual que los animales que revoloteaban entre los árboles y cantaban canciones en el aire de la jungla no eran *realmente* pájaros—, pero se parecían bastante. Las criaturas del arroyo parecían cruces entre siluros y rayas.

—Ojos y manos como uno —dijo Ketahn en un español acentuado y forzado. Se señaló los ojos—. Mira —Luego hizo la pantomima de clavar una lanza hacia abajo.

—Sí, ya lo sé. Ya lo has dicho otras veinte veces. Y veo bien, pero los peces son demasiado rápidos.

—Sé más rápida. Mira cómo serán, no como son.

Dejando a un lado el español roto, ella entendía lo que quería decir, pero eso no hacía que su tarea fuera menos difícil. Básicamente, le estaba diciendo que desarrollara la premonición y averiguara exactamente hacia dónde se moverían los peces mientras ella golpeaba. Parecía muy fácil.

Pero *no*.

Soltó un resoplido y volvió a centrar su atención en el agua, mientras preparaba la lanza que tenía en las manos. No ayudaba el hecho de que la lanza de Ketahn fuera casi tan alta como ella, con un eje incómodamente grueso y una punta pesada hecha de una piedra parecida a la obsidiana.

—Sé un pez —susurró Ivy mientras fijaba la mirada en una de las criaturas. El pez se acercó deslizándose, frenando justo delante de ella. Ajustó el agarre de la lanza—. Sé un pez.

El pez se detuvo, sus aletas aletearon tranquilamente mientras se mantenía en el sitio.

Apretando los labios, clavó el arpón en el agua. La punta del arpón se hundió en el lecho del arroyo, levantando una nube de barro que oscureció todo lo que rodeaba los pies de Ivy.

Esa nube no ocultó al pez, totalmente ileso, que se alejó corriendo.

Ivy gruñó, pateó el agua e intentó arrancar el arpón del lecho. El esfuerzo solo consiguió que le ardieran los brazos, ya cansados; el arpón seguía clavado.

—¡No soy un estúpido pez!

Ketahn carraspeó. El sonido no era ni malicioso ni despectivo, pero desde luego no alivió su frustración.

Había pasado la semana siguiente a aquella aterradora tormenta enseñándole varias técnicas de supervivencia: identificación de plantas, formas de recoger agua de lluvia, encender un fuego, remendar redes y tejer cestas. La primera lección de hoy se centraba en la pesca.

Y se le daba fatal.

No es que se le diera muy bien casi nada de lo que él había intentado enseñarle hasta ahora.

La demostración de Ketahn cuando llegaron por primera vez al arroyo esta mañana había sido sencilla y sin esfuerzo. Se había acercado a la orilla, había clavado su lanza en el agua y la había sacado con un pez retorciéndose en la punta.

Ketahn se acercó a ella, sin apenas agitar el agua con las patas, mientras entraba en la corriente y empuñaba la lanza con una mano. La arrancó con la misma facilidad con la que Ivy habría recogido un diente de león.

Ivy se echó hacia atrás el pelo húmedo y le miró con el ceño fruncido. El sudor le goteaba entre los pechos, le bajaba por la espalda y le brillaba en la piel.

—¿Por qué no podemos usar tu red?

—Esta agua es más pequeña —le contestó—. No vale la red. Y tienes que aprender a usar la lanza, Ivy. Debes saber usarla. No tenemos red *akar'selyek*.

Ella gimió. Ivy sabía lo que estaba haciendo y por qué. Intentaba enseñarle a vivir en la jungla, a sobrevivir. Esto también era el desayuno: en la jungla había que trabajar para conseguir lo que se comía. Así que, si quería comer, más le valía pescar algo.

Y estaba decidida a conseguirlo por la tentación de más carne.

Ni siquiera iba a pensar en lo difícil que había sido transmitir a Ketahn que necesitaba la carne cocinada antes de comer; había sido una de la mímica más difícil de su vida.

Ketahn levantó la lanza, manteniendo la punta a menos de medio metro sobre la superficie del agua. Se señaló los ojos con la mano libre y luego bajó hacia el agua.

—Mira.

Ivy siguió su gesto con la mirada. Otro de aquellos peces iba a la deriva por el lecho del arroyo, tal vez el que ella acababa de pasar por alto. Los fluidos movimientos de sus aletas eran tan tranquilos que juró que la maldita cosa se estaba burlando de ella.

Colocó la lanza directamente sobre el pez y luego modificó ligeramente el ángulo, como si apuntara delante de su objetivo.

—Zok.

Estaba bastante segura de que aquella palabra significaba golpe, o ataque.

Apenas pareció mover los brazos, pero la lanza cayó como un rayo, golpeando tan rápido que el chapoteo al romper la superficie del agua pareció tardío. Cuando levantó el arma, esta se elevó con otro chapoteo.

—Ojos y manos como... —Ketahn detuvo la lanza y sus palabras a la vez. En la punta de la lanza solo había agua, que brillaba a la luz del sol. Ningún pez.

Se le escapó un sonoro bufido. Le siguió una risa incontrolable que la hizo doblarse sobre sí misma mientras apuntaba a su lanza.

—No eres tan bueno como crees, ¿eh?

Ketahn la fulminó con la mirada y rechinó las mandíbulas, erizándose brevemente los finos pelos de sus patas.

—No puedo atrapar *akar'selyek* —refunfuñó. Teniendo en cuenta la forma en que lo decía,

akar'selyek seguramente significaría siempre o cada vez, o algo parecido.

Ella soltó una risita. Le dolían las mejillas de tanto sonreír y le dolía el estómago de tanto reír.

—¡Ves! No es tan fácil como crees.

Volvió los ojos al agua. Sus mandíbulas se agitaron mientras buscaba un nuevo objetivo; Ivy apenas había visto el pez que estaba mirando cuando su lanza volvió a lanzarse al agua. Con un gruñido triunfal, volvió la cabeza para encontrarse con su mirada y levantó el arma del agua.

Dos rayas bagre se sacudían y agitaban las aletas en el extremo de la lanza, empaladas una al lado de la otra: una en la punta de la lanza, y la otra empujada hacia atrás en el eje.

Ivy se quedó mirando a los peces, estupefacta. Frunció las cejas y miró a Ketahn.

—Ahora solo estás presumiendo.

Ketahn agarró los peces con la mano izquierda, los sacó de la lanza y giró para arrojarlos a la cesta que había sobre una roca cercana, donde se unieron al primer pez que había pescado. Cuando se volvió hacia Ivy, le tendió la lanza.

—Sí. Te enseño a hacerlo.

Ivy miró la lanza y la empujó hacia él.

—¿Sabes qué? No necesito la lanza.

Ladeó la cabeza e hizo un chirrido interrogativo.

Apartándose de él, Ivy ensanchó su postura y dobló las piernas, bajando las manos hasta que quedaron suspendidas justo por encima del agua. Su sombra bloqueaba los rayos del sol, proporcionándole una visión clara del interior del arroyo. Esperó pacientemente.

Un movimiento en el rabillo del ojo captó su atención. Miró hacia él justo en el momento en que otro siluro-rayas se lanzó a comer algo que flotaba en la superficie del agua, produciendo un sonido de “*bloop*” y una pequeña ondulación. Perezosamente, se deslizó por el lecho del arroyo hacia ella. Ivy flexionó los dedos.

«*Concéntrate, Ivy. Puedes hacerlo*».

Con los ojos fijos en el pez, apretó los labios y esperó a que estuviera justo debajo de ella.

Las manos de Ivy se movieron más rápido de lo que podían hacerlo sus pensamientos. Se cerraron en torno al pez y lo sacó del agua. El pez se agitó, rozando sus escamas resbaladizas y ásperas contra sus palmas.

Lo miró con los ojos muy abiertos. No se dio cuenta inmediatamente de que lo había cogido.

—Lo tengo. Ay, Dios mío, ¡lo tengo! —Esbozó una amplia sonrisa y levantó su premio, dejando escapar un pequeño chillido mientras miraba a Ketahn—. ¡He cogido el pez con las *manos*!

Ketahn lucía su sonrisa *vrix*, y aunque la expresión era tan simple, la luz que desprendía en sus ojos la llenó de una inmensa sensación de triunfo. Estaba orgulloso de ella.

El pez —posiblemente descontento por su situación— se hinchó ligeramente, como si estuviera respirando hondo, y lanzó un chorro de lo que Ivy solo podía esperar que fuera agua directamente a su cara.

Ivy dio un respingo y retrocedió dando tumbos, y por desgracia se golpeó el talón contra una roca. Dio un grito ahogado, con los ojos desorbitados, y soltó al pez para agitar desesperadamente los brazos en un vano intento de recuperar el equilibrio.

Cayó de culo con un gran chapoteo que provocó un torrente de agua a su alrededor. Le caía por el pelo y por la cara. Se limpió el agua de la boca con un soplo y levantó las manos para quitarse los mechones empapados de la cara.

Ketahn chirriaba, la luz de sus ojos era ahora alegre.

Ivy le miró arqueando una ceja.

—¿Ahora te ríes de mí?

—Sí.

—Ya veo... Pues ríete de esto —dijo pasando el brazo por la superficie de la corriente, enviando una ola directamente a la cara de Ketahn.

Él levantó una mano —demasiado tarde para protegerse— y sacudió bruscamente la cabeza, apartándose de ella. Mientras se quitaba el agua de la cara con la palma de la mano, volvió a emitir un chirrido. Acercándose más, deslizó una mano bajo cada axila de Ivy y la sacó del agua, poniéndola en pie.

Sin soltarla, la miró a los ojos.

—Ivy hace bien. Tú atrapas.

Ella sonrió con satisfacción.

—No esperes que pesque otra. Ya he pescado suficiente. Tú compartirás las tuyas.

—Vaa-le —contestó él. Todavía brillaba en su mirada aquella luz de diversión—. Debes hacer fuego.

—¿Lo dices en serio? —Ivy dejó caer la cabeza hacia atrás—. ¡Uf! Está bieeen —dijo, apartándose de él, y dirigiéndose hacia la orilla—. Supongo que hoy jugaremos a *cuánto tardará el humano en morirse de hambre*.

Su única respuesta fue volver a chirriar de risa.

Capítulo Catorce

A Ketahn no le sorprendió que su humor se empañara al entrar en Takarahl; nunca estaba de buen humor mientras estaba bajo la piedra, al menos no durante los últimos siete años. Lo único sorprendente era que hubiera mantenido el ánimo tan alto hasta su llegada.

Ivy tenía la culpa de ello. Ella había mantenido su mente ocupada durante los ocho días de la semana, de las últimas cuatro semanas, dejando poco espacio en sus pensamientos para cualquier otra cosa. Con cada cosa nueva que aprendía sobre ella, brotaban otras cuatro preguntas. El inmenso dominio que él e Ivy tenían de sus respectivos idiomas seguía siendo insuficiente para su insaciable curiosidad.

Mediante la práctica y la experimentación, había aprendido a emitir la mayoría de los sonidos extraños de sus palabras. Tuvo que utilizar su garganta, pecho y lengua de forma creativa para dar forma a ruidos que a ella le resultaban fáciles gracias a sus labios. Pero su lenguaje era complejo y confuso. A veces parecía como si cada una de sus palabras tuviera cien variaciones, cada una de las cuales tenía usos muy específicos. Peor aún, había muchas palabras en su lengua que desafiaban su capacidad para explicarlas o la de él para comprenderlas, y a veces ambas.

Ivy había aprendido muy rápido el significado de las palabras de Ketahn, pero su cuerpo simplemente no podía crear muchos de los sutiles chasquidos, chirridos y zumbidos usados en el habla de los vrix. Él la entendía, pero otros vrix lo hacían solo con gran dificultad y paciencia.

Respiró hondo al llegar a la cámara de enlace que le conduciría hasta sus amigos. El aire era fresco y olía demasiado a piedra húmeda y a savia ardiente de madera de espino para su gusto. Ya ansiaba llenar sus pulmones con aire de jungla, aunque el único aroma que realmente ansiaba era el de Ivy. A Ketahn no le importaba que pudiera volverle loco; nunca se cansaría de su fragancia.

Este Día de la Ofrenda tardaría en llegar a su fin.

Pero por los Ocho, ¿había pasado realmente un ciclo lunar entero desde que había caído en aquel foso maldito y había encontrado a Ivy? ¿Realmente había pasado un ciclo lunar desde su último enfrentamiento con la reina?

Tal vez debería haberse dedicado simplemente a guarecerse con Ivy en el foso, cerca de lo poco que quedaba de su pueblo, que se llamaban humanos. Mejor un lugar oscuro lleno de huesos y espíritus inquietos que cualquier otro lugar a menos de mil segmentos de Zurvashi.

Al volverse hacia la entrada del Túnel de la Caída Lunar, Ketahn se detuvo. Desde que había entrado en Takarahl hacía poco, no había visto a nadie aparte de a las dos Colmillos que habían estado vigilando la boca de la cueva por la que había entrado, pero ahora había alguien delante: un macho vrix que se acercaba a través de la penumbra.

Cuando el otro vrix se acercó, Ketahn apretó la mandíbula, aunque se abstuvo de hacer ningún otro signo externo de agitación. Conocía a aquel macho —Durax, el Primer Garra de la Reina— y necesitaba una gran fuerza de voluntad para no empuñar su lanza.

Durax movió la parte superior de su hombro, haciendo que el pelaje negro que lo cubría pareciera erizarse por un instante, y dejó caer una mano hacia la empuñadura del hacha de roca negra que llevaba al cinto. Sus marcas azul pálido brillaban a la luz del túnel.

—Qué extraño que deambules solo por estos túneles, gusano de la jungla.

Ketahn soltó un suspiro lento y silencioso. Aunque había esperado completar el viaje de hoy sin incidentes, sabía que sería imposible hacerlo. Pero no podía haber adivinado que el inevitable incidente llegaría tan pronto.

—Me gustaría decir lo mismo de ti, Durax, pero sería aún más extraño verte en la Maraña cazando de verdad.

El Primer Garra se detuvo a unos segmentos de Ketahn, apretando la empuñadura de cuero de su hacha con la fuerza suficiente para hacerla crujir. Levantó la barbilla y dirigió sus ojos azules hacia el abultado fardo atado a la parte superior de la mochila de Ketahn.

—¿Qué traes, gusano de la jungla?

—Mi ofrenda a los Ocho.

—¿No habría sido más eficaz entrar en Takarahl más cerca de la Guarida de los Espíritus?

—Me gusta pasar por el lugar donde nací de camino a la Guarida de los Espíritus —Cuidando de mantener baja su lanza de púas, Ketahn levantó una de sus manos vacías e hizo un gesto hacia el túnel—. ¿Pretendes negarme el paso?

—¿Qué traes? —repitió Durax.

Ketahn entrecerró los ojos.

—Ya te lo he dicho.

—Yo mismo te lo arrancaré de la espalda si no te...

—Pielés —dijo Ketahn con un chasquido de sus mandíbulas—. Pielés para dar en ofrenda.

—¿Y la carne?

—La carne fue repartida y entregada hace días —Ketahn extendió las manos a ambos lados, todas menos la que sujetaba su arma, y volvió las palmas hacia arriba—. Consulta a los escribas de nuestra reina. Han contado todo lo que les he entregado.

Durax resopló, con las mandíbulas abiertas en señal de irritación, y avanzó a grandes zancadas, acortando la distancia entre él y Ketahn hasta que apenas quedó un segmento.

—Los Garras nos hemos estado preguntando si vendrías hoy. La mayoría creía que te quedarías en la Maraña, que no volveríamos a verte. Pero yo lo sabía. Sabía que eras demasiado necio para permanecer lejos, demasiado necio para comprender que no ganarás esta guerra que intentas librar.

—No sé de qué hablas, pequeño Durax. He venido a cumplir mi deber con los dioses, nada más.

—Soy el Primer Garra —gruñó Durax—. Soy el jefe de los cazadores, soy los ojos y los oídos de la reina, soy su espada, guiada por manos expertas. Soy el hilo del corazón de su red, y yo soy el único digno de ella.

Ketahn carraspeó e inclinó la cabeza.

—Entonces, ¿por qué me pidió que volviera a liderar a los Garras el pasado Día de la Ofrenda?

Durax se arrancó el hacha del cinturón y la levantó como si fuera a golpear, al tiempo que levantaba las patas delanteras del suelo en señal de desafío.

—¡Soy mejor que tú en todos los sentidos!

—Y, sin embargo, dudas —dijo Ketahn, dando un paso adelante para eliminar la última distancia que los separaba. No sintió nada: ni miedo, ni pena, ni ira, ni alegría, ni confusión. Nada más que un calor floreciente en sus entrañas, una sensación a la vez tranquilizadora y expectante. Ahora la conocía, después de haberla experimentado tantas veces a lo largo de los años, como la quietud que precede a una batalla, y la aceptó.

Los dedos de Durax se tensaron en la empuñadura de su arma, produciendo otro crujido.

—Sirvo a la reina. Solo su voluntad te protege. Pero no gozarás de su favor mucho más tiempo. Pronto se cansará de ti, y entonces hará por fin lo que debería haber hecho hace tiempo: se librará de ti.

—Se habría librado de mí hace siete años, si hubiera respetado mis deseos —dijo Ketahn.

—¿Y qué son tus deseos comparados con los de nuestra reina? ¿Qué importancia tiene?

—Ninguno en absoluto —Ketahn se inclinó hacia delante, abriendo mucho las mandíbulas. Sus colmillos brillaron en la opaca luz de cristal—. Pero sé esto, Durax: tu vacilación no se debe a tu lealtad a la reina. La batalla nos ha sometido a juicio a ambos, y sabes tan bien como yo a favor de quién está inclinada la balanza.

—Mucho ha cambiado desde la última vez que vimos una batalla, gusano engreído —vociferó Durax—. Eres un arrogante.

—Y, aun así, mis días los paso recorriendo las tierras salvajes para llevar comida a nuestro pueblo, mientras que los tuyos los pasas en Takarahl con Zurvashi sujetándote de una cuerda por el tallo como si fueras un juguete del que se ha aburrido. No eres un cazador. No eres más que un coleccionista de rumores.

Durax siseó mientras extendía los cuatro brazos, adoptando una pose extremadamente agresiva, pero no se acercó a Ketahn.

—Estoy en Takarahl para servir a la reina. Cumpro sus órdenes. Me mantiene donde mis habilidades son más valiosas.

—Tal vez solo sea consciente de tus muchas limitaciones. Al menos, siempre ha juzgado con precisión las capacidades de los vrix... o la falta de ellas.

Los finos pelos de la piel de Durax se erizaron, y volvió a blandir su hacha como si estuviera a punto de golpear.

—Te cortaré donde estás, gusano de la jungla, y te dejaré en tantos pedacitos como para envolverte en un sudario de muerte.

—Pues hazlo —gruñó Ketahn, inclinándose tanto que apenas quedaba un dedo de distancia entre él y Durax—. Atácame o apártate, Durax, no tengo tiempo para permanecer aquí mientras tejes telarañas de palabras sin sentido.

El silencio que rodeaba a los dos vrix era tan denso y tenso como una cuerda trenzada con diez mil hebras de seda. Los músculos de Ketahn estaban tensos, listos para atacar, pero su cuerpo no traicionaba su preparación ni cedía a la parte de su mente que ansiaba que este enfrentamiento se tornara violento.

Ni por un momento creyó que Zurvashi sintiera verdadero apego por Durax. Si finalmente consiguiera a Ketahn, dejaría de lado a Durax sin pensárselo dos veces. Pero eso no significaba que matar al Primer Garra quedara impune. De hecho, sería una de las formas más seguras de que Ketahn se encontrara atrapado en la ciudad, completamente a merced de la reina, antes de que acabara el día.

Eso era inaceptable. El último ciclo lunar le había enseñado mucho sobre Ivy, lo suficiente como para saber que podría llegar a desarrollar las habilidades necesarias para sobrevivir a la

Maraña por sí misma, pero le quedaba un largo camino por recorrer antes de conseguirlo.

Y aunque lo consiguiera, él no estaba dispuesto a dejarla marchar.

Finalmente, las mandíbulas de Durax se contrajeron y descendieron, y bajó los brazos y las piernas. Con el hacha colgando de la mano, el Primer Garra se hizo a un lado. Ketahn pasó junto a él.

—Te crees muy listo, gusano de la jungla, pero serás aplastado. Como todos los demás. Su deseo equivocado por ti no durará. No te protegerá para siempre —dijo Durax.

—Tampoco te protegerá tu inmerecido título —replicó Ketahn sin mirar a Durax. Avanzó por el túnel, manteniendo la suavidad de sus movimientos a pesar de la ira que bullía en su pecho como latigazos de llamas sobrealimentadas.

Detrás de él, Durax gruñó.

Ketahn avanzó por el pasillo mientras los cristales instalados en las paredes daban paso a pequeños fuegos de savia de madera espinosa, que arrojaban la familiar luz azul verdosa que había predominado en el Túnel de la Caída Lunar desde que tenía uso de razón. Cada paso que se alejaba de Durax solo irritaba más a Ketahn, porque era otro paso más cerca de Zurvashi.

El Día de la Ofrenda no era ninguna sorpresa: se celebraba cada cuatro semanas, como había ocurrido durante toda la vida de Ketahn y de sus antepasados. Una vez por ciclo lunar, los vrix de Takarahl se reunían para hacer sus ofrendas. Él había sabido que se acercaba. Por eso había reservado algunas de sus pieles más finas hacía dos semanas. Por eso llevaba la cuenta de los días que pasaban con pequeñas marcas en una piedra plana de su guarida.

Sí, significaba pasar tiempo lejos de Ivy, pero ya había pasado tiempo lejos de ella. Un ciclo lunar entero sin entregar carne a Takarahl habría atraído sospechas no deseadas sobre Ketahn, así que había cazado y recolectado regularmente; había cumplido con su deber. Y había mantenido a Ivy con ello.

Enterarse de que comía carne —pero solo si estaba cocinada o bien seca— había sido tan confuso como emocionante, pero él había notado el cambio en ella a los pocos días de darle un poco. Su color había adquirido un sutil, pero saludable matiz rosado, sus ojos parecían un poco más brillantes y estaba más enérgica que nunca.

Sus días con ella habían sido de los más satisfactorios de su vida. Aparte de sus pequeños preparativos para el Día de la Ofrenda, apenas había pensado en nada fuera del pequeño mundo que compartía con Ivy. Únicamente estaban ellos dos y la inmensidad, el peligro y la belleza de la Maraña. Habían caído juntos en una cómoda rutina, de la que no se veía cansado en ningún momento.

Al despertarse con el sol de la mañana, Ketahn sacaba a Ivy del nido para que hiciera sus necesidades, a veces en los árboles, a veces en el suelo. Después llenaban odres de agua de los recolectores de rocío y lluvia que él había colocado en los árboles que rodeaban la guarida. En las mañanas especialmente calurosas, se dirigían al arroyo y disfrutaban de su agua mientras aún estaba fresca. Luego venía la hora de comer. Ivy parecía preferir la comida ligera por las mañanas, con preferencia por los frutos secos y la fruta, y solo a veces añadía carne.

Tras la comida, el día empezaba de verdad. Ella llamaba a ese tiempo sus *lecciones*, que era una palabra humana que significaba que él le estaba enseñando, y además de compartir importantes habilidades y conocimientos con ella, esas lecciones habían ayudado a distraer a Ketahn tanto en cuerpo como en mente. Cada día le resultaba más difícil ignorar su olor, que llenaba su guarida, y resistir sus constantes deseos de tocarla. Al menos, mientras le enseñaba, había otras cosas en las que concentrarse.

Le había mostrado a Ivy varias plantas de la jungla y le había enseñado cuáles eran útiles,

cuáles comestibles y cuáles peligrosas para los vrix u otros animales, aunque Ketahn había estado a punto de poner fin a aquellas lecciones para siempre después de que ella comiera raíz de colmillo dulce una tarde. Poco después se quejó de dolor de estómago. Al anochecer, estaba acurrucada en el suelo de la guarida, con la piel más pálida que nunca, pero con grandes manchas de color en las mejillas y cubierta de sudor.

Ella ya le había explicado lo que era el sudor: en muchas ocasiones había notado que su piel goteaba agua mientras estaban en la jungla, y ella le había asegurado que era normal en los humanos. Pero aquella noche su sudor no había sido el mismo. Había sido frío y abundante, incluso cuando cayó la noche y el aire se enfrió, y su aroma salado y dulce estaba cargado de un amargo matiz enfermizo.

Durante dos días y dos noches, Ketahn la había atendido lo mejor que había podido. La había envuelto en paños cuando temblaba, la había ayudado a quitárselos cuando había gritado que ardía por dentro. La ayudó a beber y, aunque le ofreció comida, ella se negó a comer. Cuando tuvo arcadas, él la sostuvo, sujetando firmemente su cuerpo mientras ella se inclinaba a través de la abertura para vaciar el escaso contenido de su vientre en la Maraña.

Y cuando gimió de dolor, cuando se retorció y murmuró palabras que él no entendió o no pudo comprender, él se limitó a abrazarla. Ella se había aferrado a él con desesperación, con un agarre a veces aparentemente fuerte aunque su cuerpo era débil.

Durante aquellos dos días y dos noches, Ivy había sufrido y Ketahn se había sentido... impotente. Había sentido miedo. Miedo de perder a su Ivy. Ninguno de sus esfuerzos había ahuyentado su dolor. Nada de lo que había hecho la había curado, y nada de lo que se le hubiera ocurrido hacer la habría ayudado más. Solo las raíces medicinales podrían haberla aliviado, pero no tenía ninguna en la madriguera y el lugar más cercano estaba a medio día de viaje. Se negaba a dejarla un día entero en ese estado.

A la tercera mañana, se había despertado de un salto, tras quedarse dormido apoyado en la pared sin querer, y sus corazones se habían acelerado por el pánico, porque Ivy ya no estaba en sus brazos y la luz del sol entraba a raudales por la abertura descubierta.

Y ella estaba allí, de rodillas, mirando hacia la jungla.

Cuando él dijo su nombre, ella volvió la cabeza para mirarle. Aún tenía la piel muy pálida, pero por primera vez desde que enfermó, había sonreído.

Ivy había insistido en que continuara con las clases de plantas. Había dicho algo sobre un *injek shun*, sobre cómo cambiaba el funcionamiento de su cuerpo. La idea de volver a pasar por aquella impotencia, de verla sufrir sin ningún modo de ayudarla, había sido más aterradora que cualquier otra cosa a la que Ketahn se hubiera enfrentado en su vida, pero no podía negárselo.

Ella tenía hambre de aprender, y él estaba ansioso por cualquier motivo para pasar tiempo con ella.

Le había enseñado lo básico para atrapar animales pequeños, cómo encontrar árboles y ramas seguros a los que trepar —aunque no estaba seguro de cómo enseñarle a trepar, teniendo en cuenta sus limitadas extremidades— y cómo fabricar y mantener herramientas sencillas. Le había enseñado a reconocer las huellas y a seguir a los animales por la Maraña, incluso entre los árboles, y habían pasado mucho tiempo, sobre todo por la noche, identificando las llamadas de los animales y su significado.

Ella no dominaba ninguna de las habilidades que él le había enseñado. Ketahn no esperaba que lo hiciera; él había tardado años en perfeccionar algunos de sus métodos y siempre tenía la sensación de que le quedaba mucho por aprender. En la Maraña, cualquiera que no aprendiese constantemente nuevas enseñanzas probablemente encontraría la muerte.

Pero ella había demostrado algo más: determinación. La había observado una y otra vez cuando fracasaba en una tarea; su rostro se contraía y murmuraba sus incomprensibles palabras humanas con frustración. La había visto arrojar piedras y palos, tirarse del pelo y, unas cuantas veces, había visto cómo se le acumulaba agua en los ojos, lo que llamaba lágrimas. A veces su frustración era divertida, e incluso Ivy lo admitía después. Otras veces... le producía un dolor en el pecho a Ketahn. Estaba abrumada, luchando por adaptarse a lo que ella había llamado un nuevo mundo, y a veces parecía que pendía de un hilo deshilachado.

Sin embargo, cada vez que eso había ocurrido, se había tomado unos instantes para calmar la respiración, levantar la barbilla, apretar los puños y decir que iba a resolverlo. Encender el fuego ella sola le había llevado toda una mañana. Tenía las manos enrojecidas e irritadas, sus pequeñas garras sin filo estaban estropeadas y sucias, y al final tenía la cara manchada de suciedad, pero su sonrisa después de conseguirlo había sido tan brillante y encantadora que Ketahn la había tenido grabada en la mente una y otra vez desde entonces.

Ivy no era una vrix. No tenía el tamaño, la fuerza ni la imponente presencia que poseían algunas hembras de los vrix. No tenía unas patas largas y poderosas, un elegante cráneo ni unas mandíbulas hábiles tan capaces de acariciar como de destrozar. No era una guerrera. No era una protectora. Como mucho, era una tejedora torpe, y ni siquiera podía producir su propia seda. Dudaba de que supiera trabajar el oro o dar forma a la piedra, dudaba de que supiera esculpir la arcilla en vasijas y recipientes, dudaba de que supiera hacer nada relacionado con un gran número de oficios que eran vitales para la supervivencia de los vrix.

Para todo lo que su especie consideraba importante, Ivy era... inútil. Habría tenido dificultades para aportar lo que le correspondía en Takarahl. Sabía que, con el tiempo, llegaría a ser competente en muchas de esas tareas, pero ni siquiera eso cambiaría el simple hecho de que no era vrix, era de *otra* raza.

Y, de algún modo, eso la hacía irresistiblemente seductora para él.

Su cabello dorado no se parecía al de ningún vrix que él hubiera visto, tan suave y lleno de delicadas ondas. La peinaba con los dedos tantas veces como ella se lo permitía, y eso parecía tranquilizarlos a ambos. Sus ojos, que le habían perturbado al principio, encerraban una nueva belleza en sus profundidades cada vez que los miraba. A simple vista eran tan azules como el cielo, pero en su interior había diferentes tonos de azul, algunos más oscuros, otros más claros. Las partes negras de sus ojos se agrandaban y contraían según la luz, y por la noche se hacían tan grandes que a veces le preocupaba que se tragaran aquel azul tan fascinante.

Su piel pálida era tan suave y tersa, tan sensible a su tacto. Y sus labios... no entendía por qué le fascinaban tanto y, sin embargo, a menudo se quedaba mirándolos.

Ivy era delgada y frágil, pero tenía una dureza que él no podía definir. Aunque no podía igualarle en fuerza física ni en velocidad, su mente era más aguda que la más afilada esquila de roca negra. Y a pesar de lo extraño y desequilibrado que parecía su cuerpo de dos brazos y dos piernas, él había visto en él indicios de gracia, sobre todo cuando se había hecho más fuerte y se había acostumbrado a la vida en la Maraña. Sus manos eran especialmente hábiles. Sus finos dedos poseían una destreza sorprendente.

Destreza que no podía ignorar mientras sus dedos le tocaban.

Gruñendo, Ketahn aceleró el paso. El lugar donde el Túnel de la Caída Lunar se ensanchaba hasta convertirse en un espacio habitable apareció finalmente a la vista.

Pensar en Ivy solo conseguiría agravar aún más su enfado, porque no estaba con ella. En el fondo de su mente, reconocía que el tiempo que habían pasado separados, incluso esta vez, era bueno. Había tenido que tener mucho cuidado cuando se tocaban para no excitarse más de la

cuenta, y esa lucha solo se había vuelto más difícil cada día. Pero no había llegado a comprender por qué.

¿Por qué se sentía tan atraído por aquella humana? ¿Por algo tan diferente a él, tan pequeño y delicado, y de aspecto tan extraño?

¿Por qué incluso ahora anhelaba oír el sonido que hacía cuando se divertía, ese sonido agudo y musical que ella llamaba *risa*?

No sabía lo que Ivy era para él, ni lo que podía llegar a ser. Ketahn no sabía lo que quería. Y esa experiencia era tan nueva para él como lo había sido Ivy la noche en que la había encontrado.

Lo único que Ketahn sabía era que ya no quería una vida sin Ivy en ella.

Capítulo Quince

—Deberías haber enviado a otro en tu lugar —dijo Urkot.

—No hace falta que repitamos todo eso —replicó Ketahn mientras dejaba su lanza y se quitaba de la espalda su bolsa cargada de pieles.

—Cada vez que vuelvas, la desafiarás a quedarse contigo.

—Y si no regreso, la desafío a que me dé caza.

Telok cruzó los brazos sobre el pecho y apoyó el hombro en la pared.

—¿Y quién de los que están a su servicio podría conseguirlo? ¿Durax? —farfulló Rekosh—. Primero tendría que averiguar cómo separarse del trasero de la reina para empezar siquiera a cazar a alguien.

—Si algo puede apartarle de su lado, es su odio hacia mí —dijo Ketahn.

—E incluso entonces, ¿qué tendrías que temer, Ketahn? —preguntó Telok—. A menos que me convenciera para que te siguiera, nunca te encontraría.

—Olería tu arrogancia a mil segmentos de distancia, Telok. Nunca me atraparías —Ketahn bajó su bolsa al suelo y se dispuso a deshacer los nudos para desprender de ella el fardo de pieles—. De cualquier manera, es desagradable, pero al menos mi regreso a Takarahl demuestra a Zurvashi que no la temo.

—Lo cual solo hace que te desee más —dijo Rekosh con otro castaño.

Su pequeña guarida estaba abarrotada con los cuatro amigos dentro; aunque aún fueran crías, apenas cabrían. Ketahn y Telok estaban a ambos lados de la entrada, Urkot estaba de pie ante la losa plana de piedra que Rekosh utilizaba como lugar de trabajo, y Rekosh estaba tumbado sobre el montón de pieles y seda que le servía de cama.

—Si alguien puede esconderse para siempre en la Maraña, ese es Telok —dijo Urkot—. Pero tú serías el siguiente con más posibilidades, Ketahn.

—Como siempre, me tranquiliza tu confianza. Pero deja que la reina, o su interés en mí, sea mi preocupación —Ketahn sacó las pieles de la bolsa y comprobó los lazos de cuero que las mantenían atadas—. Pero en cuanto al Primer Garra... ¿Por qué me encontré con él al salir de Caída Lunar?

—Porque el Garra cree que se está introduciendo carne sin pasar por sus escribas —dijo Rekosh. Tenía un largo trozo de hilo enrollado y entretejido alrededor de los dedos extendidos de la parte inferior de sus manos, la hebra tensa creaba intrincados dibujos en el aire entre aquellas manos—. Esa es la esencia de las telarañas tejidas con rumores.

Ketahn miró a Telok e inclinó la cabeza en señal de pregunta.

Telok liberó un brazo, apartó la tela que colgaba sobre la entrada y se asomó al túnel. Una

vez se hubo echado hacia atrás y dejó que la tela volviera a caer en su sitio.

—Aquí no. No obstante, el paso estaba despejado —dijo Telok.

Ketahn asintió con la cabeza, y solo después de hacerlo se dio cuenta de que aquel gesto no tenía ningún significado real para sus compañeros. Para los humanos, significaba *sí*, o *estoy de acuerdo*, o *tienes razón*, aunque a veces también parecía significar *estoy impresionado*, o *lo apruebo*.

—Durax estaba moviendo los hilos para ver qué podía atrapar.

—El Garra ha visitado con frecuencia la Caída Lunar durante los últimos ocho días —dijo Rekosh sin levantar la vista de su hilo de seda—. Sus preguntas delatan sus sospechas, pero aún no saben nada.

Urkot se rascó distraídamente la cicatriz del costado, creando una leve aspereza.

—He explorado algunos lugares para abrir entradas adicionales. Cambiar entre ellas con regularidad mantendría dividida la atención de los Garras.

—Eso nos dará más tiempo, sí, pero de todos modos no tardarán en descubrirlo —dijo Telok—. Durok y sus Garras no son cazadores especialmente hábiles, pero son más tercos de lo que parece.

—Como yo —dijo Ketahn con un chirrido.

—Y todos pensáis que soy yo el que tiene la cabeza llena de piedras —dijo Urkot.

—Pero al menos Ketahn es divertido de vez en cuando —Rekosh pasó una garra por debajo del hilo que se extendía entre dos de sus dedos para volver a introducirlo en el tejido, añadiendo un poco más de complejidad al patrón.

El humor de la guarida se marchitó como una flor moribunda.

—Los vrix que solo buscan alimentar a sus familias serán los perjudicados si fracasamos en esto —dijo Urkot. Apoyó una mano cubierta de polvo en la losa de piedra que tenía detrás y se apoyó en ella, con las patas traseras metidas en el espacio abierto bajo la losa.

Ketahn apretó la mandíbula, presionando la lengua contra el borde interno de los colmillos. No podía ignorar la difícil situación de los suyos, ni el peligro que corrían sus amigos por haber participado en esto, y tampoco podía ignorar la punzada de culpabilidad que sentía en sus entrañas por haberse mantenido alejado de toda la situación.

Esto iba más allá del descontento con el gobierno de la reina. Iba más allá de los gruñidos de los vrix hambrientos, más allá de las quejas susurradas en oscuros rincones, más allá de las miradas furiosas y temerosas lanzadas a los miembros de los Colmillos y Garras de la Reina. El aire estaba cargado de tensión, intranquilidad, y amargura, todo en aumento hacia un nivel terrible y a punto de estallar.

Y, aun así, Ketahn solo deseaba dejar Takarahl atrás y regresar a la Maraña. Con Ivy.

—Telok dice la verdad —Ketahn se pasó una mano por encima de la cabeza y se peinó con las garras—. Los Garras descubrirá esto a su debido tiempo, por muy cuidadosamente que se haga. Sobre todo si Durax está implicado.

—Su presencia en esto solo puede deberse a órdenes de la reina —dijo Rekosh. El hilo que se enroscaba y entrelazaba alrededor de sus manos se acercaba a un punto caótico, una maraña que parecía mucho mayor de lo que realmente era.

Ketahn se cogió el pelo recogido en una cinta y tiró de él, produciéndole una leve oleada de dolor en la nuca.

—Durax hará todo lo posible para demostrar su valía ante la reina. Cualquier crueldad será poca. Pronto encontrará un vrix que pueda doblegar y descubrirá todo lo que le falta.

—¿Entonces qué? —Telok tamborileó con sus garras sobre la piel de sus brazos—. ¿Nos

detenemos?

Ketahn se encontró con la mirada firme de Telok.

—No. Tú lo difundirás.

Rekosh irguió bruscamente el torso, moviendo las mandíbulas con excitación.

—Propaga la idea a todos los que estén privados de carne en los túneles. Convéncelos a todos de que pueden hacer lo mismo que nosotros. —Dando un paso adelante, Ketahn se inclinó para rozar con el dorso de un dedo la seda tendida entre las manos de Rekosh—. Teje una red tan enmarañada que los Garras no sabrán por dónde empezar a desenredarla.

Los colmillos de Urkot chasquearon entre sí.

—Y cuando decidan simplemente cortar los hilos, ¿cuántos morirán?

—Ella no puede hacer que ejecuten a todo Takarahl —dijo Rekosh—. Nuestra mayor seguridad reside en nuestro número.

—No nos hará bien subestimar su salvajismo —Urkot golpeó una pierna contra el suelo, produciendo una pequeña nube de polvo, y bajó las mandíbulas—. Pero averiguaré si hay más caminos ocultos bajo otras partes de la ciudad.

—Susurraré por la telaraña —dijo Rekosh con demasiada excitación.

—Uno de estos días te darás un festín de cotilleos, Rekosh —dijo Telok.

—Aún no me he saciado, Telok. Mi apetito nunca lo hará.

Telok carraspeó.

—Hablaré con los demás cazadores para determinar dónde podemos encontrar aliados más allá de la Caída Lunar.

Ketahn agarró uno de los robustos lazos que sujetaban las pieles y se echó el fardo al hombro.

—Y os recuerdo a los tres que tenemos ofrendas que hacer. No permitiré que Zurvashi me retenga bajo la piedra, y tampoco me retendrá vuestra cháchara.

Con un chirrido propio, Rekosh juntó las manos y las hundió para liberarlas del hilo con un movimiento suave.

—Sin nosotros, Ketahn, ¿con quién hablarías? Nuestro parloteo sustenta tu espíritu, amigo mío.

Aunque castañeo en respuesta, Ketahn volvió a sentir otra punzada de culpabilidad: tenía a alguien más con quien hablar, y ansiaba conversar con ella incluso aquí, en compañía de sus amigos más íntimos y queridos.

—Probablemente, habla con los árboles —añadió Urkot, apartándose de la losa de piedra—. Todos los cazadores lo hacen.

Telok se enderezó y agarró la tela de la entrada.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—¿Con quién más hablarías si no estuvieras rodeado de rocas todo el día?

—Quizá deberíamos haber pedido a Ketahn que nos enviara a algunas de las hembras que ha rechazado a lo largo de los años —dijo Rekosh—. Así Telok no tendría que hablar también con los árboles, y Urkot...

—Seguiría hablando con las rocas —dijo Telok.

Urkot castañeo.

—No lo niego.

—Preferiría hablar con rocas y árboles que soportar la compañía de la reina —dijo Ketahn—. Vamos, salgamos antes de que me convenza de que debemos adentrarnos en el túnel más profundo para entablar amistad con la piedra.

Los cuatro salieron de la guarida de Rekosh y caminaron juntos para unirse a la multitud que aguardaba la entrada a la Guarida de los Espíritus. El ambiente era casi el mismo que el del último Día de la Ofrenda, pero esta vez había algo más en el aire: un indicio de la inquietud y la ira que Ketahn había percibido en sus amigos. La multitud estaba menos habladora de lo normal, y el silencio que se apoderaba de ellos cada vez que estaban cerca de una Colmillo parecía tan motivado ahora por la frustración como por el miedo.

Era imposible pasar por alto a los Garras que estaban apostados con las Colmillos; muy pocos machos vrix llevaban algo de adorno, por lo que las pieles negras sobre los hombros de los Garras llamaban la atención.

Ketahn y sus amigos hablaban y bromeaban mientras avanzaban lentamente, evitando cualquier mención a la reina o al descontento en Takarahl. Era agradable hablar como si no hubiera una enorme y oscura sombra cerniéndose sobre ellos, como si sus vidas hubieran transcurrido exactamente como esperaban cuando eran crías.

Por supuesto, Zurvashi permaneció en el subconsciente de Ketahn en todo momento, persistiendo como el dolor de una vieja herida que se negaba a cicatrizar del todo. Pero esta vez tenía algo que dominaba esos pensamientos: Ivy.

Su deseo de volver con ella se intensificaba a cada momento, agotando su paciencia de forma inusual. Más de una vez estuvo tentado de entregar las pieles a uno de sus amigos y marcharse. Solo la idea de que la ira de la reina pudiera dirigirse contra Urkot, Rekosh o Telok impedía a Ketahn hacerlo.

Pronto se dio cuenta de que Urkot tenía razón: Ketahn debería haber enviado a alguien en su lugar.

No encontraron a Ahnset en el Túnel del Hilo del Corazón. Aquello decepcionó a Ketahn a pesar de su afán por marcharse lo antes posible, pero aquella decepción no fue nada comparada con su confusión cuando él y sus amigos entraron en la Guarida de los Espíritus y contemplaron el estrado central.

La reina no estaba sobre él.

Los oradores de espíritus y los escribas estaban en sus lugares habituales al borde del estrado y entre la multitud, y había unos cuantos Colmillos y Garras de pie cerca, pero la reina en persona no estaba en su posición habitual. No estaba en ninguna parte.

La confusión de Ketahn dio paso al temor. La ausencia de Zurvashi no presagiaba nada bueno para nadie; durante muchos años había considerado el Día de la Ofrenda como un día en el que sus súbditos la colmaban de regalos y alabanzas, y solo se lo habría perdido por motivos muy graves.

El viaje de vuelta al Túnel de la Caída Lunar después de que Ketahn y sus amigos hicieran sus ofrendas fue tranquilo. Estaba seguro de que todos sus pensamientos se centraban en la reina, pero ninguno se atrevía a expresarlos en voz alta. Con Durax y sus Garras merodeando por la Caída Lunar, Ketahn no pudo reprimir el temor que le corroía en las entrañas de que el complot para colar carne en el túnel ya hubiera sido descubierto.

Cuando entraron en el Túnel de la Caída Lunar y cruzaron a su parte más ancha, los músculos de Ketahn se tensaron y sus corazones se aceleraron.

Había Colmillos situados más o menos a mitad del túnel. Ocasionalmente, parejas de Colmillos patrullaban estos pasadizos periféricos, pero no se trataba de ninguna pareja, sino de seis de ellos. No era una patrulla, sino un séquito.

—Sabía que algo no iba bien —susurró Telok.

—Esto no es ninguna sorpresa —Ketahn no permitió que su paso flaqueara. Su temor y

presentimiento se transformaron en frustración, que a su vez se convertiría en rabia con solo una chispa. Takarahl era el dominio de Zurvashi, pero el Túnel de la Caída Lunar... era donde Ketahn, sus amigos y sus hermanos habían pasado su juventud. Aunque nunca se había sentido igual que hacía tantos años, y nunca se sentiría así, este lugar le había parecido intocable en muchos sentidos.

Desde allí, Ketahn y sus amigos llegarían a la guarida de Rekosh sin cruzarse con las Colmillos. Eso estaba bien. Podía recoger sus pertenencias y marcharse por una ruta más larga para evitar a las hembras. Esto no tenía por qué acabar en enfrentamiento, no tenía por qué convertirse en otro retraso que le alejara de su humana.

No había recorrido ni la mitad del camino hasta la guarida de Rekosh cuando varias Colmillos miraron hacia él. Ketahn y sus amigos se detuvieron. Una de las Colmillos se volvió para mirar a Ketahn de frente y se adentró en el centro del túnel, pero fue detenida por una orden de otra.

Incluso desde allí, sabía que la Colmillo que se había adelantado era Ahnset, igual que sabía que la Colmillo que la había detenido era la Primera Colmillo Korahla.

Ahnset se puso rígida y mantuvo la mirada fija en Ketahn durante un instante, antes de retirarse a su lugar contra la pared y adoptar la postura rígida de un Colmillo alerta. En cambio, Korahla y otra hembra se acercaron a Ketahn, con sus largas piernas recorriendo la distancia.

—Puedes adelantarlas —dijo Rekosh—. Dejaremos tus pertenencias en otro lugar para que...

—No —dijo Ketahn.

—Entonces nos quedaremos contigo —gruñó Urkot.

—Volveréis a vuestras guaridas. No necesitáis arriesgaros con esto. Tenéis un propósito mayor que cumplir. Volveremos a hablar pronto, amigos míos —Ketahn avanzó a grandes zancadas, luchando contra el impulso de volver a mirar a sus amigos. Casi podía sentir su lucha, su deseo de seguirle, pero sabían que había dicho la verdad. Tenían que saberlo.

Una calma familiar se apoderó de él, reduciendo su temor, frustración y rabia floreciente a un ruido sordo y distante en el fondo de su mente.

—Ketahn tes Ishuun'ani Ir'okari —dijo Korahla cuando ella y la otra Colmillo se acercaron a pocos segmentos de Ketahn—, nuestra reina solicita su presencia.

Ketahn se detuvo, ladeando la cabeza para encontrarse con la mirada de Korahla.

—¿Y si me niego?

—Es el mejor guerrero de todos los machos de Takarahl, Ketahn, pero no puede enfrentarse a las Colmillos de la Reina.

—Entonces, ¿no es una orden?

—Mi deber es hacer cumplir su voluntad —dijo Korahla, chasqueando las mandíbulas—. El suyo es obedecer. Si queda algún respeto entre usted y yo, que esta enemistad quede entre usted y nuestra reina.

Cerrando la boca, Ketahn soltó un fuerte suspiro por los orificios de la nariz, apretó los antebrazos en un breve gesto de disculpa y siguió adelante. Korahla y la otra Colmillo le flanqueaban, con sus pasos pesados sobre el suelo de piedra, y sus adornos metálicos repiqueteando con sus movimientos.

Aunque Ketahn y sus amigos habían luchado principalmente junto a otros machos durante la guerra, a veces se habían unido a algunas hembras cuando la batalla abierta había sido inevitable. Korahla había demostrado ser una guerrera fiable y hábil y una líder eficaz. Ketahn se alegraba de tenerla a su lado.

Pero también había demostrado ser obediente y servicial, siguiendo las órdenes de la reina

sin rechistar. Ketahn confiaba en Korahla y en su palabra, pero no en la hembra que la mandaba.

Mientras avanzaban por el túnel, Ketahn entrecerró los ojos y levantó las mandíbulas, y se le erizaron los finos pelos de las patas. Las Colmillos se habían colocado alrededor de la entrada de una guarida en particular. Una guarida con unas conocidas manchas desgastadas en la piedra alrededor de la entrada.

Miró a Ahnset, que estaba de pie al otro lado del túnel de la entrada, con la postura rígida. Aunque mantenía su postura dura, sus ojos se suavizaron cuando se encontraron con los de él.

—Adentro —dijo Korahla, pasando junto a Ketahn para apartar la seda que colgaba en la entrada. No le miró cuando pasó junto a ella para entrar en la guarida.

Algo se oprimió en el pecho de Ketahn cuando cruzó el umbral. Aquella guarida le resultaba tan familiar que casi podía sentir cada parte de ella, cada hueco tallado, cada grieta, cada relieve de la piedra, como si todo ello le tocara la piel a la vez. Pero también era extraño, tanto o más que el lugar donde había encontrado a Ivy.

Todos los enseres y adornos eran diferentes. El propio aire era diferente, con olores de vrix que no conocía.

La tela volvió a su sitio detrás de Ketahn y este se volvió para mirar más profundamente en la guarida. Su pecho se contrajo cuando sus ojos se posaron en la hembra que estaba de pie frente a la pared del fondo. Habría sido inquietante ver a cualquier hembra en el lugar que ocupaba su madre hacía tantos años, pero ver a Zurvashi allí...

Era devastador y exasperante, y eso solo reavivó el odio que sentía hacia ella desde hacía mucho tiempo.

—Tu hermana de cría dice que esta es la guarida en la que te criaste —dijo Zurvashi, volviendo sus ojos ambarinos hacia Ketahn. Los reflejos de los cristales brillantes de las paredes bailaban sobre sus adornos de oro y piedras preciosas mientras se acercaba a él—. Me recuerda a la guarida en la que nací. Es igual que las demás.

Ketahn cerró las manos en puños.

—Creía que habías nacido de las entrañas de algún monstruo infernal.

Zurvashi agitó una mano.

—Tales insultos son impropios de ti, pequeño Ketahn. Demuestran tu valor, sí, pero también tu estupidez.

—Tal vez sea un necio. Al fin y al cabo, hoy he vuelto a Takarahl.

—Durax se habría emocionado ante la oportunidad de cazarte —Zurvashi se volvió hacia un telar en la pared, donde se extendían incontables hilos de seda. Las colas de su larga túnica de seda susurraban sobre el suelo—. Diría que él es más estúpido que tú, pero ambos parecéis igualmente ansiosos por precipitaros a la muerte.

El espacio entre Ketahn y Zurvashi parecía demasiado pequeño; ella podía cruzar aquellos cinco o seis segmentos con la misma rapidez con la que él podía parpadear, y aunque él sabía que era más rápido que ella, no tenía otro lugar al que huir que a un túnel lleno de Colmillos.

—¿Por qué yo, entonces? —preguntó—. ¿Por qué un vulgar estúpido para engendrar a tu prole?

La reina rozó con el dorso de los dedos las hebras, haciéndolas vibrar y producir pequeños y suaves sonidos.

—Porque hay potencial en ti, Ketahn. Hay fuerza, valor y brillantez, aunque esto último tenga que ser sacado de ti bajo ciertas circunstancias. Si hubieras nacido hembra, bien podrías haber sido la única que hubiera demostrado ser una verdadera rival para mí —Detuvo la mano y mantuvo la mirada fija en los hilos—. Tu madre de cría era tejedora, ¿verdad?

Ketahn forzó las mandíbulas.

—Sí.

—Me habría gustado conocerla. Sé que el resto de tu prole ha muerto, junto con las dos primeras crías de tu madre, pero el legado que ha dejado... —Zurvashi volvió la cabeza para posar de nuevo su mirada en Ketahn, desplazando su cuerpo un instante después para mirarle de frente—. Entre tu hermana de cría y tú, Ishuun ha dejado la descendencia más fascinante. Dos de los más grandes guerreros de Takarahl, engendrados por una tejedora.

En ese momento le llegó el aroma de Zurvashi, excesivamente dulce y fuerte, dominando su respiración. De repente, su cuerpo se agitó.

Ketahn se quedó quieto, con los músculos agarrotados mientras luchaba contra aquella respuesta.

—Yo también iba a ser tejedor.

—Y menudo desperdicio habría sido.

Extendió una pata delantera, posando su punta junto a Ketahn, y la apartó, obligándole a alejarse de la salida. Él se volvió, poniendo la espalda hacia la esquina, y Zurvashi se volvió con él. Sus mandíbulas se crisparon. Ketahn levantó los brazos y las patas delanteras mientras el instinto se estrellaba contra su furia.

—Pequeño Ketahn —ronroneó ella—, ¿me estás desafiando?

Su olor no hizo más que aumentar, amenazando con nublar su mente, con despertar instintos aún más profundos a los que no podría resistirse.

—Hasta que uno de los dos muera —gruñó.

Los ojos de Zurvashi brillaron un instante antes de abalanzarse sobre Ketahn. Quería luchar a pesar de sus muchas desventajas, quería acabar por fin con esto, de una forma u otra, quería dejar esto atrás para siempre, si para siempre significaba el resto de su vida o la eternidad en el reino de los espíritus. Tan solo una cosa le impedía actuar, y resultaba ser la única capaz de contrarrestar el poder del olor de Zurvashi.

Ivy.

Una de las grandes manos de la reina rodeó la garganta de Ketahn y agarró tres de sus muñecas con fuerza. Lo levantó del suelo y le golpeó la espalda contra la pared, dejándole sin aliento.

—Tu resistencia ya no es necesaria —gruñó Zurvashi, acercando la cara a la suya y abriendo mucho las mandíbulas—. Eres la única pareja adecuada para mí en Takarahl. El único digno de engendrar mi prole. Tu falta de respeto y desobediencia han captado mi atención durante mucho tiempo, pero ahora ha llegado el momento de que te sometas a mi voluntad, Ketahn.

Ketahn le agarró el antebrazo con su sola mano libre, pero sabía que no podría romper su agarre.

—Mi desafío... muere conmigo.

La reina apretó con más fuerza su cuello, acercándose aún más, ocupando su campo de visión con la misma intensidad que su aroma llenaba su olfato.

—Juntos podemos crear un legado que supere al de los propios dioses —Le soltó uno de los brazos inferiores y le puso la mano sobre su abertura.

Las mandíbulas de Ketahn se abrieron de par en par y apretó firmemente los cierres contra su pelvis, negándose a ceder a la atracción que ejercía la presión en su interior.

Zurvashi se limitó a presionar con más fuerza antes de deslizar la yema de un dedo a lo largo de su abertura.

—Nuestro vástago sería el broche de oro de nuestra especie, el mayor vrix que pisara este

mundo. Y mi nombre será el primero de una nueva dinastía que abarcará mil generaciones. Eclipsaré a Takari y a sus despreciables descendientes.

Por los Ocho, el olor que desprendía era lo más parecido a un aroma de apareamiento que jamás había detectado en ella, ni en *cualquier* hembra. No podía ignorarlo más de lo que podía ignorar su enérgico tacto o su aplastante agarre, o cómo el placer indeseado que le provocaba amenazaba con abrirle la abertura.

Pero él deseaba a Ivy. Su olor era el más dulce de todos, y solo su tacto despertaba en él una verdadera excitación. La fragancia de Ivy era un delicado reclamo que lo atraía hacia sí mientras se hundía lentamente en su interior, mientras acariciaba sus sentidos y despertaba en él un verdadero deseo. La de Zurvashi era un martillo de piedra que lo aporreaba hasta someterlo, infligiéndole daño hasta que no podía hacer otra cosa que ceder.

Y no había perdonado a Zurvashi por todo lo que había hecho. No podía.

Respirando entrecortadamente, Ketahn castañeó. Era todo lo que podía hacer para mantener su frágil autocontrol, para evitar que las reacciones de su cuerpo fueran lo bastante fuertes como para que ella se diera cuenta. Castañeó en la cara de la reina, y sus ojos se ensombrecieron.

Con un rugido, Zurvashi apartó a Ketahn y lo derribó. Sus piernas se arrastraron por el suelo durante un instante antes de que aterrizara sobre el hombro izquierdo, diera una voltereta y se estrellara contra la pared del fondo. El dolor le recorrió el torso y le palpitó en los brazos y el cuello.

—Se acabaron los juegos, Ketahn. Se acerca la estación de las inundaciones, y con ella el Alto Reclamo —Atravesó la cámara y levantó una pata, clavándole su grueso extremo en el pecho y aprisionándolo contra la pared. Sus garras se clavaron en su piel—. Volverás a Takarahl y cumplirás con tu deber. Demostrarás a los vrix de esta ciudad que me deseas, y superarás a cualquier otro aspirante que me pretenda. Me traerás los mejores regalos, tejerás la mejor telaraña, bailarás la mejor danza.

La reina se apoyó con más fuerza en Ketahn, sacándole el aire del pecho. Apretó con las cuatro manos la pierna de ella, pero era demasiado pesada para moverse. Él ensanchó las mandíbulas mientras la miraba fijamente a los ojos ardientes, con el cuerpo lleno de ira reprimida, desafiante y erizado.

—Obedecerás a tu reina, pequeño Ketahn, o pagarás un precio muy alto.

—Yo... no... temo... a... la... muerte —espetó.

—A la tuya no —replicó ella.

Aquellas palabras flotaban en el aire, más pesadas que la propia reina, más sólidas e imponentes que toda la piedra de Takarahl. Ahnset, Rekosh, Urkot, Telok... ella sabía de todos, conocía sus conexiones con ellos.

Pero había un hilo del que ni la reina ni ningún otro vrix eran conscientes. Había un hilo que ella no podía cortar a sabiendas, pero sus exigencias lo cortarían igualmente.

Ivy. Ella era quien más le necesitaba, y no sobreviviría en este mundo sin él. Él no podía abandonarla. Nunca lo haría.

Pero tampoco podía arriesgar las vidas de sus amigos y de su hermana de cría.

Zurvashi se apartó de un empujón, aplastando brevemente a Ketahn aún más contra la pared. Se volvió y caminó hacia la entrada.

—Es hora de que dejes a un lado tus estúpidas ideas, Ketahn, y te conviertas en lo que estás destinado a ser.

Apartó la tela que colgaba y salió de la guarida.

La cabeza de Ketahn cayó hacia atrás, contra la fría pared de piedra, mientras aspiraba otra

bocanada de aire. El aire seguía cargado del poderoso aroma de Zurvashi, pero ya no podía concentrarse en él. El dolor le recorría el cuerpo, y lo más probable era que esos dolores lo atormentaran hasta bien entrada la noche.

Ella tenía razón: era un estúpido. Lo había sido durante mucho tiempo. Zurvashi no era un problema que pudiera ignorar. No podía jugar a ese juego en el que dividía su vida entre la Maraña y Takarahl, no podía fingir que todo iba bien en cuanto emergía de bajo la piedra.

Aunque aún no había recuperado totalmente el aliento, abrió las patas, apoyó las manos en la pared y se incorporó con dificultad. Zurvashi le estaba obligando a elegir, como siempre había sabido que haría.

Trastabilló en sus primeros pasos hacia la entrada, se agarró al marco de piedra y se detuvo antes de atravesarlo. Se oían voces en el túnel, acompañadas del sonido de fuertes pisadas golpeando la piedra y del tintineo del metal.

Ketahn tenía que volver a la Maraña. Tenía que volver con Ivy. Sabía que ninguna de las dos cosas le proporcionaría ningún consuelo, pero aquí no podría pensar...

Y cuanto más tiempo permaneciera en este lugar con una lanza de púas en la mano, más peligrosos se volverían sus pensamientos.

Capítulo Dieciséis

Ketahn llevaba fuera, bueno... a saber cuánto tiempo. En realidad, Ivy no podía llevar la cuenta del tiempo como en la Tierra, aunque eso ya no importaba. Simplemente, existían el día y la noche. Debido al denso follaje de la jungla y a la orientación de la abertura del nido, era difícil distinguir la posición del sol la mayor parte del tiempo. Y no tenía ni idea de cuánto duraban los días y las noches en este planeta, aunque le parecían un poco más largos que los de la Tierra. Lo único que sabía era que su cuerpo parecía haberse adaptado bastante bien a aquel ciclo día-noche alienígena.

Suspiró, bajó la cesta de hierba a medio terminar en la que había estado trabajando y miró a través de la entrada del nido.

«¿Dónde está?»

La luz del sol atravesaba el follaje con rayos dorados, haciendo brillar las coloridas hojas. La vegetación susurraba con la suave brisa, las bestias hacían sus sonidos, los insectos zumbaban y los pájaros cantaban dulces canciones. Si no fuera por aquella fauna extraña, Ivy podría haberse imaginado fácilmente en algún lugar de la selva amazónica.

Se recogió el pelo y se lo apartó del cuello, gimiendo cuando la brisa que entraba por la abertura le acarició la piel humedecida por el sudor. Con tanta humedad, parecía el Amazonas. Sus mejillas se inflaron al exhalar lentamente por la boca.

—Desde luego no soy una princesa guerrera del Amazonas.

Llevaba seis años sola antes de presentarse a la Iniciativa Mundo-Hogar. Durante ese tiempo, había soportado frío, hambre, desesperación, soledad y miedo. Su entrenamiento antes de embarcar en el *Somnium* había sido muy duro, aprendiendo cosas de las que nunca había oído hablar, sometándose a incesantes evaluaciones físicas y mentales, y esforzándose por ser lo bastante buena en un grupo de decenas de miles de aspirantes.

Sin embargo, nada de lo que había afrontado en su vida había sido tan difícil o duro como su estancia en esta jungla alienígena. Había que cazar, recolectar y fabricar todo, y todo ello requería unas habilidades que jamás habría soñado necesitar. El adiestramiento básico en supervivencia que había recibido apenas la había preparado para ello, sobre todo teniendo en cuenta que las herramientas hechas por el hombre que le habían enseñado a utilizar ya no estaban a su disposición.

Pero su estancia en la jungla había sido infinitamente mejor que en cualquier otro momento de su vida, porque Ketahn estaba con ella. Había estado allí para enseñarle, guiarla, advertirla y animarla. Estuvo allí en todo momento.

Ivy se echó el pelo por encima de un hombro y volvió a trabajar en su cesta, decidida a

terminarla antes de que volviera Ketahn, para mostrarle sus progresos.

Aquel deseo desencadenó una fuerte y dolorosa punzada en su corazón. Aunque los recuerdos eran borrosos, recordaba algunas ocasiones, cuando era muy pequeña —con siete años como mucho—, en las que había esperado, rebosante de emoción, para enseñar a sus padres algún proyecto de manualidades que había hecho en la escuela. Deseaba desesperadamente que se sintieran orgullosos de ella, que la elogiaran. Que le dijeran que lo estaba haciendo bien.

Habían asentido y dicho cosas como “*buen trabajo*”, pero incluso a esa edad ella había notado su desinterés. Se había dado cuenta de que en realidad no habían mirado. Que no habían visto su arte... no la habían visto a *ella*. Así que, tras unos pocos intentos, decidió dejar de compartir esas cosas con ellos. Eso le parecía mejor que sus halagos vacíos y sin sentido.

Incluso cuando había vivido con ellos sin problemas, los padres de Ivy siempre habían sido un poco... distantes. Habían sido cariñosos a su manera, supuso, pero nunca se habían mostrado afectuosos ni habían creado ningún tipo de vínculo entre padres e hija. Habían puesto toda su energía en su primer hijo, Evan. Cuando Ivy nació, él ya tenía catorce años y se había marchado de casa mucho antes de que ella tuviera edad suficiente para conocerlo; había hecho su propia vida antes de que ella terminara la escuela primaria.

Para entonces, sus padres ya estaban preparados para centrarse en sí mismos. Ivy no había sido planeada, fue un bebé accidental, y sus padres no esperaban criar a otro hijo. Habían dedicado más tiempo a su trabajo, a sus círculos sociales, a las reuniones de la iglesia y a sus aficiones que a ella, pero a pesar de ello Ivy había sido feliz durante mucho tiempo. Se había dedicado a la escuela y había sido una alumna excelente, y había encontrado un sinfín de formas de entretenerse durante aquellas largas horas que pasaba sola.

Ivy nunca había guardado rencor a sus padres por su distanciamiento, pero había sido especialmente duro en la adolescencia, cuando se había enfrentado a tantos cambios. Nunca había hablado con su madre de temas delicados, ni había pedido consejo a su padre. Sus padres le habían proporcionado comida, ropa y techo, y ella había tenido que averiguar todo lo demás.

Por eso, cuando Ivy asistió a una de las fiestas nocturnas organizadas por sus compañeros de clase y conoció a Tanner, se sintió atraída por sus atenciones. Tras una sola noche, Ivy había sabido que él era la persona con la que quería pasar su vida. Era unos años mayor que ella, pero ¿qué importaba eso? ¿Qué eran cinco años de diferencia cuando ella iba a cumplir dieciocho en un año?

Tanner había sido tan guapo, con su pelo castaño ondulado, su sonrisa pícaro y sus ojos muy, muy oscuros. Había tratado a Ivy como si fuera la chica más importante del universo. La había hecho reír, la había llevado a comer, le había regalado flores bonitas y la había tocado de maneras que la hacían sentir tan, tan bien; de una forma tan íntima que los padres de Ivy le habían dicho que no estaba bien. Ella se había entusiasmado con todo aquello y estaba deseando corresponderle. Tanner se había convertido en su mundo.

Después de estar con Tanner un par de meses y pensar que estaba enamorada, se lo había contado a sus padres. Se pusieron furiosos y le prohibieron salir con él. Aquella había sido la primera vez que Ivy les había levantado la voz enfadada. Se había negado a escuchar, a vivir sin Tanner. No podía ni quería esperar hasta los dieciocho años; era demasiado tiempo para estar sin verle.

Así que se había escapado, había dejado los estudios y se había ido a vivir con él. Era todo lo que necesitaba. Él iba a cuidar de ella.

Tanner había insistido en esperar a que cumpliera dieciocho años para tener relaciones sexuales. Por supuesto, habían hecho otras cosas mientras esperaban, pero él siempre había sido

muy cuidadoso con ella, siempre se había contenido. En su ingenuidad, había creído que era porque él era dulce y cariñoso.

Qué ingenua y estúpida había sido.

La verdad era que él necesitaba que ella fuera mayor de edad para protegerse antes de conseguir lo que realmente quería.

Su primera sorpresa de cumpleaños, el día que cumplió dieciocho años, había sido un papel que debía firmar. Le había dicho que era para añadir su nombre al contrato de alquiler del piso, ya que era mayor de edad, y ella había firmado como una estúpida sin leer ni una palabra; había sido difícil concentrarse en el documento y su palabrería jurídica mientras él le besaba el cuello y le frotaba los hombros.

Su segunda sorpresa había sido mucho más excitante. Tanner lo había preparado todo y había sido de lo más romántico, con luces tenues y brillantes, pétalos de rosa esparcidos por el suelo y en la cama y bombones. Quería que la noche de su decimoctavo cumpleaños fuera algo que nunca olvidara, la noche en que por fin harían el amor.

Simplemente, no le había informado de que todo había sido una treta.

Que había cámaras en todos los rincones, grabando desde todos los ángulos cómo Tanner le hacía a Ivy realizar actos sexuales, cómo él se los hacía a ella y, por último, cómo la despojaba de su virginidad.

En aquel momento Tanner cambió. Había sido duro, y le había dolido. Había ignorado sus gritos de dolor, incluso se había reído mientras utilizaba su cuerpo. Ivy sabía que la primera vez sería incómoda, pero pensó que Tanner sería más suave, que se detendría o iría más despacio. No lo había hecho. Era como si hubiera *querido* que llorara.

No se detuvo hasta que acabó todo, después de correrse dentro de ella y sobre ella. No hubo palabras bonitas, ni disculpas, ni besos. No se había sentido complacida ni amada. Se había sentido... utilizada. Sucia.

Después de que Tanner se separara de ella, su comportamiento se había convertido en el de un completo extraño. Mientras yacía allí con las lágrimas corriéndole por las mejillas, él le había dicho que lo suyo se había acabado y que quería que se fuera. Confundida, dolida, y *destrozada*, se incorporó, se llevó las sábanas al pecho y preguntó si su nombre figuraba en el contrato de alquiler. Él se rio en su cara y le informó de que en realidad había firmado una renuncia por la que aceptaba renunciar a emprender acciones legales.

Aún más confundida, recogió sus cosas —casi exclusivamente ropa— y salió del apartamento sintiéndose totalmente aturdida. Acababa de llegar al final de las escaleras cuando recibió el primer mensaje de texto de una amiga íntima.

«Vaya. No me puedo creer que hayas hecho eso».

«¿Hacer qué?» Le contestó Ivy.

Ivy había descubierto exactamente qué después de que su amiga le enviara el enlace “*Una polla dura hace llorar a una adolescente virgen*”. Tanner había retransmitido en directo lo que habían hecho juntos, y todo el mundo podía verlo. Una y otra vez.

Poco después se enteró de que varios antiguos compañeros de clase que ella creía que eran amigos habían descubierto la transmisión en directo y habían ayudado a difundirla. Al día siguiente, parecía que toda la ciudad conocía la noticia.

Humillada, dolida y sola, Ivy había vuelto con sus padres. Pero ellos ya lo sabían, y el escaso afecto que le habían mostrado durante su infancia hacía tiempo que se había esfumado.

La hierba se dobló entre los dedos apretados de Ivy. Parpadeó y se apresuró a soltarla.

—Vaya forma de rebuscar en el baúl de los recuerdos, Ivy —murmuró, alisando algunos de

los tallos doblados.

Independientemente de lo dolorosos que fueran aquellos recuerdos, los pensamientos que había tenido previamente eran ciertos. Ketahn no tenía ninguna obligación de cuidarla, mantenerla o enseñarle. Podría haberla abandonado en cualquier momento. Joder, incluso podría habérsela comido la primera noche que la encontró. Sabía que no siempre era fácil para él, sobre todo con la barrera del idioma entre ellos, pero había permanecido a su lado. La había animado cuando sentía que se rendía, la había consolado cuando tenía miedo, la había cuidado cuando había sentido que estaba a punto de morir.

Aquella extraña criatura arácnida, aquel macho totalmente inhumano, se preocupaba de verdad por ella. Más de lo que ningún humano lo había hecho jamás.

Ivy suspiró y levantó la cesta a la altura de los ojos. Frunció el ceño. La cesta estaba torcida, con un lado más alto que el otro, el tejido estaba tan suelto en algunos puntos que podría haber metido el dedo meñique por los huecos, y desde luego *no* era redonda.

—Ni una princesa guerrera del Amazonas ni una tejedora de cestas.

Suspiró, bajó la cesta a su regazo y se secó el sudor de la frente.

Y ahora tenía que mear. Se movió sobre las pieles para aliviar la presión de la vejiga.

Ivy volvió la cara hacia la entrada. Ketahn había dicho que esperaba estar de vuelta al anochecer, pero que volvería antes si podía. Eso podía ser dentro de cinco minutos, de treinta minutos o de horas.

Como en las otras ocasiones en que la había dejado a solas, le había asegurado que estaba a salvo. Nada podría entrar excepto él. Hasta ahora había sido cierto, pero eso no significaba que el tiempo que pasaba sin él fuera fácil. Siempre se encontraba inquieta, ansiosa y aburrida, y los reclamos de las bestias que a menudo resonaban en la jungla seguían inquietándola, a pesar de que sabía qué criaturas hacían la mayoría de ellos.

Pero también pasaba ese tiempo sola preocupándose por Ketahn.

Pasaba ese tiempo... echándole de menos.

Por loco que pareciera, disfrutaba de la compañía de Ketahn. Ivy nunca se olvidaba de su extrañeza, pero seguía siendo una persona. Era inteligente, astuto, amable e incluso tenía sentido del humor.

Sonrió al recordar todas las veces que se había reído de sus contratiempos. Bueno, en realidad no se reía, no como lo haría un humano. Hacía una especie de chirrido, pero profundo y vibrante. Era... agradable. Había intentado imitar su risa varias veces, pero el resultado había sido rígido, antinatural y claramente desternillante. E incluso cuando se reía, ella nunca detectaba malicia en él: se limitaba a darle consejos sobre cómo evitar el fracaso en su siguiente intento y a elogiarla por el esfuerzo que había hecho.

—¿Dónde está? —preguntó de nuevo sin querer hablar en voz alta—. Venga, Ivy. Volverá cuando tenga que volver.

«¿Y si no vuelve?»

Ivy se apresuró a alejar ese pensamiento a los rincones más lejanos de su mente. Ketahn volverá.

Había poco con lo que entretenerse. Después de terminar su cesta, ordenó el nido, echó un vistazo a las bolsas y cestas cosidas a las paredes y mordisqueó unas crestas doradas, unas setas con forma de panal que en la lengua de Ketahn se llamaban *huthaal'rok*. Se planteó empezar otra cesta, pero una mirada a su malformado intento anterior disipó esa idea. La mayor parte del tiempo, se sentaba junto a la entrada y contemplaba el mundo exterior.

Trató de ignorar las molestias que sentía en la vejiga.

Estaba a punto de sacar el culo del nido para hacer sus necesidades. De todas formas, ¿quién iba a verla? Bufó ante la imagen mental de aquel pensamiento. No era precisamente agradable, eso estaba claro. Y podía imaginarse su vergüenza si Ketahn decidía volver en ese momento.

Ivy se apoyó en la pared y respiró hondo. Sin nada más que hacer, sintió que el sueño tiraba de ella. Luchó contra él, aunque solo fuera para distraerse. Justo cuando estaba perdiendo esa lucha y sus párpados empezaban a oscilar, el suave balanceo del nido se convirtió en un rebote que la sacudió.

Se puso en pie, alerta al instante, y se retiró de la abertura. Tuvo ganas de coger la lanza que había junto a la pared, pero ya había aprendido la lección, únicamente tenía que confiar en Ketahn. Solo él podía entrar.

El suave roce de sus manos y piernas contra el exterior del nido ya le resultaba familiar, y contribuía en gran medida a tranquilizarla, pero sin duda estaba haciendo temblar el nido más de lo habitual.

Apareció en la entrada, tapando la luz del sol. En el momento en que su silueta se dibujó allí, su forma adquirió un aire amenazador y se convirtió en un monstruo sombrío salido de una pesadilla, pero esa pesadilla ya no albergaba horrores para ella.

Ketahn se metió en el nido con un suspiro y se quitó la mochila de la espalda, arrojándola a un lado con una despreocupación poco habitual en él.

Ivy frunció el ceño mientras miraba de la bolsa a Ketahn, que refunfuñó algo que no pudo entender y dejó caer la lanza junto a la bolsa.

—¿Ketahn?

Él gruñó, girando hacia ella con las mandíbulas abiertas y los ojos brillando con maldad. Sus patas delanteras se levantaron del suelo y extendió los brazos a los lados, con las garras desplegadas.

A Ivy se le heló la sangre y retrocedió bruscamente, chocando contra la pared al desviar la mirada. El corazón le dio un vuelco y se le erizaron todos los pelos del cuerpo. Ketahn nunca había actuado así con ella.

Algo brilló en sus ojos violetas. Juntó las mandíbulas, con un suave chasquido de colmillos, y luego las dejó caer a los lados de la cara. Inmediatamente después, todo el cuerpo de Ketahn se relajó, y toda aquella amenaza se desvaneció en un segundo.

Atravesó el nido para colocarse ante ella, le cogió las muñecas y le apretó las palmas contra el pecho mientras le alisaba el pelo con las manos. Sus ocho ojos se cerraron. Ketahn inclinó la cabeza y un rumor tranquilizador vibró en su pecho.

Ivy frunció el ceño. Sus corazones golpearon contra las palmas de sus manos. Ella curvó ligeramente los dedos y frotó la piel que cubría su pecho. Él se estremeció y siguió acariciándole el pelo, sin soltar las muñecas. La tensión que llevaba encima se relajó poco a poco. Era como si tocarla... le calmara.

Separó los dedos mientras su propio miedo se desvanecía.

—Ketahn, ¿pasa algo?

—Todo —dijo él—. Todo menos esto.

Aquellas palabras la llenaron de ternura. Se acercó un poco más y echó la cabeza hacia atrás para mirarle a la cara.

—¿Quieres hablar de ello?

Él se puso rígido y la agarró con más fuerza.

Ivy se mordió el labio inferior. Ahora que se le había pasado el sobresalto inicial, sabía que no le haría daño. Siguió acariciándole el pecho.

—No tienes por qué, pero a veces hablar de las cosas que te molestan puede hacerte sentir mejor.

Ketahn abrió los ojos y le llevó una mano a la mejilla, enganchando el pulgar bajo la mandíbula para inclinarle más la cara hacia la suya.

—Me haces sentir mejor, Ivy. Y no te molestaré con mi *utodok*.

—¿Adónde vas cuando me dejas aquí?

—A cazar. Y a *Takarahl*, a proporcionarles comida.

—¿*Takarahl*? ¿Ese... es tu hogar? ¿Hay otros como tú allí?

—Es donde vive mi pueblo. Hay muchos *vrix* allí, y muchos más por la jungla —Le acarició la parte inferior de la mandíbula con la yema del pulgar.

—Pero *este* es mi hogar, Ivy.

Ivy respiró entrecortadamente y sintió un escalofrío.

—¿Qué... qué puedo hacer para ayudarte?

Ketahn se inclinó, apoyó su dura frente en la de ella e inspiró profundamente. Otro estruendo retumbó en su pecho.

—Sé tú.

Capítulo Diecisiete

Ivy cerró los ojos y canturreó mientras echaba la cabeza hacia atrás y se restregaba los dedos por el pelo mojado. Aunque el *nath'jagol*, que literalmente significaba “hoja limpia” en la lengua de Ketahn, no hacía espuma como el champú o el jabón, al contacto con el agua producía un sonido y una sensación efervescentes, parecidos a los de una bomba de baño. Disfrutó de su fuerte fragancia, que era como una mezcla de gardenia y limón.

El agua fluía suavemente alrededor de su cintura, y el sol brillaba cálido sobre su piel. Aquel día, como muchos otros en la jungla, era caluroso y húmedo, pero el arroyo era refrescante. Disfrutaba de él cada vez que Ketahn la traía aquí para beber, bañarse y descansar.

Dejando aparte los restos de la hoja limpia, Ivy inspiró hondo y se sumergió en el agua. Se enjuagó el pelo antes de volver a la superficie. Se pasó las manos por la cara y se echó el pelo hacia atrás, y abrió los ojos.

Su ropa, que estaba bastante gastada, ya estaba limpia y tendida para que se secara sobre una roca grande y plana que sobresalía en el arroyo. Le había costado un par de semanas, pero había superado la timidez que le producía su desnudez ante Ketahn. Era tan extraña para él como él lo era para ella, y los estándares culturales de belleza con los que ambos se habían criado no podían aplicarse el uno al otro. Aunque la miraba mucho cuando estaba desnuda, a menudo con bastante intensidad, nunca le había dado la sensación de que la estuviera juzgando.

Pero siempre había algo en su mirada violeta, algo profundo, algo ardiente, algo... hambriento. Y siempre que lo veía, su cuerpo reaccionaba intuitivamente.

El hecho de que no llevara ropa había contribuido a aliviar su timidez. No estaba dispuesta a pasearse desnuda por la jungla, pero en momentos así... estaba bien. Por supuesto, con lo rápido que se le estropeaba la ropa, no tardaría en tener que correr por ahí con el culo al aire. Un par de semanas más y su camiseta y sus pantalones cortos serían poco más que harapos tan decolorados que nadie podría adivinar que una vez fueron de un blanco impoluto.

Tal vez podría convencer a Ketahn de que la dejara cortar algunas de sus telas de repuesto para confeccionar un vestido improvisado o algo así.

Junto a su ropa había un pequeño ramillete de hojas limpias de las que arrancó otra hoja. Cuando Ketahn le había dado la planta por primera vez, sus hojas largas, gruesas y puntiagudas le habían recordado al aloe vera, pero estas eran más esponjosas y voluminosas.

Rompió la gruesa hoja por el centro, la abrió por los lados y la puso sobre su brazo. Inmediatamente empezó a burbujear. La utilizó para lavarse la parte superior del cuerpo.

Ivy giró la cabeza y miró a Ketahn por encima del hombro. Estaba sentado sobre una gran roca, en todo caso la versión vrix de estar sentado, con las patas dobladas hacia dentro y la parte

inferior plana sobre la piedra, mientras se frotaba algún tipo de aceite en la piel con tres de sus cuatro manos. En la cuarta mano sostenía el frasco de arcilla que contenía el aceite. Su ánimo había mejorado desde que había regresado de Takarahl hacía dos días.

Su mirada siguió las manos de él mientras se deslizaban sobre su pecho y abdomen, y solo apartó el rostro cuando aquellas manos se acercaron a su abertura.

Sus mejillas se sonrojaron y algo en su interior se calentó. La curiosidad de Ivy no había disminuido desde la primera vez que sintió algo tras aquella abertura. En realidad, su curiosidad había aumentado, sobre todo cuando Ketahn la estrechaba contra él por las noches. No había ocurrido nada entre ellos desde aquella noche tormentosa de hacía semanas, y él había sido extremadamente cuidadoso con ella desde entonces. Pero eso no impedía que su cuerpo anhelara ser tocado.

Ivy cerró los ojos con fuerza.

Su tacto, había anhelado *su* tacto. El tacto de una criatura arácnida.

Si sus padres lo hubieran sabido, sin duda habrían intentado ahogarla en agua bendita.

Ni siquiera sabía cómo procesar su deseo. Su contacto debería haber estado mal a muchos niveles, debería haber sido perverso, debería haberle dado asco, pero...

Se sentía bien.

Abrió los ojos y se frotó con firmeza el resto del cuerpo. El tacto de Ketahn no debería haberle parecido bien. Cada parte lógica y razonable de su mente gritaba *mal, mal, mal*, pero eso no podía silenciar aquel susurro.

No podía silenciar la verdad.

Ivy se sumergió en el agua y se enjuagó la piel, girándose para volver a mirar a Ketahn. Incluso después de haber pasado más de un mes con él, seguía descifrando su lenguaje corporal, intentando comprender la forma en que se expresaban los de su especie, pero sabía que algo le preocupaba desde hacía un par de días. Lo había visto en su postura, en la forma en que sus mandíbulas se movían y descendían.

Ivy suspiró y caminó hacia la orilla.

Ketahn se llevó la mano a la espalda para untarse aceite. Cuando sus manos se dirigieron hacia el centro de la espalda, al parecer llegó al límite de su flexibilidad. Se tensó un momento, con la mandíbula apretada, las mandíbulas juntas y los músculos abultados bajo la piel.

Dejó escapar un suave siseo mientras movía los brazos hacia delante y se colocaba la mano derecha sobre el hombro izquierdo, girando la articulación y frotándose la piel como si le doliera.

Con el ceño fruncido, Ivy salió del agua y subió a la roca cálida y seca de la orilla. Cogió el gran paño de seda que la esperaba. Se secó a toda prisa y se envolvió el cuerpo con la tela, metiendo la esquina entre los pechos.

—¿Estás bien?

Ketahn giró la cabeza y la miró. Aunque su falta de iris y pupilas le impedía saber exactamente hacia dónde miraba, sintió que sus ojos la recorrían, vio que en ellos se reavivaba esa intensidad. Pero ahora había algo más en su mirada. Algo... vulnerable.

—No puedo moverme como antes —dijo, señalando hacia su espalda con una de sus manos inferiores.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella acercándose a él.

Él dobló el brazo hacia atrás, buscando en vano el punto que no había tocado.

—No puedo llegar hasta ahí.

Ivy se subió a la roca junto a Ketahn y se colocó detrás de él. Entre sus cuatro hombros había al menos un palmo de piel que no había sido tocada por el aceite.

Ketahn la miró por encima del hombro.

Ella le tendió la mano.

—Podría ponértelo por ti.

Sus ojos se posaron en la mano de ella y sus mandíbulas se crisparon. Giró el torso para pasarle el recipiente. Ella lo cogió, se lo llevó a la nariz y lo olió. El aceite olía a tierra y a madera, con un matiz picante de caoba. Se untó el dedo en él y lo frotó entre el dedo y el pulgar. No era grasiento, sino suave y satinado.

Cuando volvió a prestar atención a Ketahn, este la observaba, esperando.

—¿Te has hecho daño en el hombro? —le preguntó.

Él se tensó, las piernas se le acercaron al cuerpo y ella pudo ver cómo se le erizaban los finos pelos, cada uno como un fantasmal hilo de plata a la luz del sol.

Ivy frunció el ceño.

—¿Forma parte de las cosas de las que no quieres hablar?

Ketahn resopló y apartó la cabeza de ella, relajando el cuerpo. Guardó silencio durante un rato antes de hablar por fin.

—Me hirió otro vrix. Nuestra *jikarai*.

—¿*Jikarai*? —Ivy se acercó más. Por la forma en que estaba sentado y la posición de sus patas, tendría que apoyarse en él para alcanzar el punto de su espalda, aunque seguiría siendo con cierta dificultad. A menos que...

Apoyando una mano en una de las rodillas de Ketahn, Ivy pasó la pierna por encima de sus patas traseras y se subió a él.

Ketahn se puso rígido, con las piernas ligeramente desplegadas.

—¿Qué estás haciendo, Ivy?

Se agarró con una mano a su espalda cuando su movimiento la lanzó hacia delante. Nunca había montado a caballo, pero se imaginaba que era una experiencia similar. Se le curvó la comisura de los labios. Estaba montando a pelo a un aracnotauro.

Ivy se movió, echando un poco el culo hacia atrás. La parte posterior de sus muslos raspó sobre su gruesa piel. El agua goteaba de su pelo mojado y corría por su espalda hasta ser absorbida por la toalla de seda que la envolvía.

—Es para que pueda alcanzarte mejor. ¿Te... parece bien?

Hundió la barbilla en un gesto brusco de asentimiento y se acomodó.

—Puedes confiar en mí, Ketahn —dijo Ivy.

—Lo sé, Ivy —Volvió a girar el hombro herido antes de cruzar los brazos sobre el pecho, tensando la piel de la espalda.

Sus ojos se posaron en su espalda. La gran marca que tenía era de color púrpura sólido, perfilada por una franja blanca, y su dibujo se hinchaba y encogía en suaves curvas a medida que bajaba por la espalda y cruzaba las extremidades inferiores. Tenía cicatrices, igual que en el pecho, los brazos y las patas, aunque eran menos numerosas. Algunas parecían haber sido infligidas por garras, otras por cuchillas, pero todas eran viejas y algo borrosas.

—¿Qué es una *Jikarai*? —preguntó ella, echándose un poco de aceite en la palma de la mano.

—*Jikarai* es... quien dirige. La que dirige Takarahl. Una mujer fuerte que lo controla todo.

—¡Ah! Como una reina —Ivy le puso la mano entre los hombros y empezó a masajearle la piel con el aceite—. ¿Solo gobierna la reina?

—Sí. Ha matado a todos los que han intentado ocupar su lugar.

Ivy frunció el ceño mientras subía la mano.

—¿Intentaste... ocupar su lugar?

Ketahn se encorvó hacia atrás, apretando más firmemente la espalda contra la mano de ella.

—No. Ningún macho ha dirigido nunca a los vrix, y yo no quiero su lugar. Pero ella... me quiere a mí.

Su mano se detuvo.

—¿Te quiere?

—Me quiere como su *luveen*. Para que pueda ser madre de un *okari*. Para tener huevos.

Ivy aún no había aprendido esas dos palabras, pero podía deducir el significado de una de ellas. *Luveen*... Era compañero o pareja. La reina de los vrix quería que Ketahn fuera su pareja.

Se mordió el labio inferior mientras continuaba masajeándole la espalda con el aceite, sin poder evitar el repentino ataque de celos que la asaltó. No tenía derecho a sentir celos. Ivy era humana y Ketahn... Ketahn era diferente. Era un vrix, al igual que su reina.

—Le dije que no —continuó Ketahn—, como he hecho muchas veces durante años. Ella... no estaba conforme.

Ivy se echó hacia atrás y bajó la mano, enarcando las cejas.

—¿No quieres a la reina?

—Ha provocado muchas muertes —dijo mientras miraba a Ivy por encima del hombro con cuatro de sus ojos—. He perdido mucho por su culpa. Takarahl ha perdido mucho. Pero tiene una gran fuerza y no teme utilizarla.

—Así que te ha hecho daño —dijo Ivy en voz baja.

—Es una herida pequeña —Una de sus patas le rozó la pantorrilla—. Sigo siendo un macho fuerte.

Sus pelos eran finos y suaves, y su tacto le provocó un estremecimiento que le subió por la pierna hasta su núcleo, haciendo que se contrajera. Tratando de ignorar la sensación, se echó más aceite en la palma de la mano y metió el frasco entre los muslos. Esta vez le llevó las dos manos a la espalda, presionando con los dedos y las palmas de las manos la piel para masajear los músculos y frotar el aceite a medida que subía.

—¿Por eso te quiere a ti? ¿Eres... el más fuerte? —preguntó.

Ketahn emitió un sonido entre gemido y gruñido. La tensión que le quedaba se disipó bajo el contacto de Ivy.

—Sí.

Eso fue todo, sin titubeos, sin dudas y, de algún modo, sin ninguna arrogancia. Solo una simple afirmación.

—Entiendo —dijo Ivy, inclinando la cabeza. Sus manos llegaron al punto entre la parte superior de los hombros de él—. ¿Hay... alguna otra hembra que quieras como compañera?

Él emitió otro de aquellos sonidos de satisfacción, que retumbaban en ella a través de cada lugar donde sus cuerpos se tocaban.

—No hay ningún vrix que anhele tomar como mi *nyleea*.

Enganchando los tobillos a las piernas de él, apretó las suyas y se arrastró más cerca de su torso. La acción hizo que su sexo desnudo se deslizara sobre la piel de él. Se le cortó la respiración.

—Oh —dijo un poco entrecortada. Ivy acercó las manos al hombro herido y masajeó la articulación y los músculos que la rodeaban—. ¿Y *nyleea* significa también pareja?

—Sí —ronroneó él—. *Luveen* es masculino, *nyleea* es femenino.

—*Nyleea* suena bonito.

Ketahn estaba callado y casi quieto, pero su quietud solo hacía que Ivy fuera más consciente

de cada uno de sus pequeños movimientos. La contracción de sus mandíbulas, los débiles temblores que de vez en cuando recorrían sus brazos, los ligeros movimientos de sus piernas, que hacían que aquellos diminutos pelos rozaran su piel. Y no podía ignorar su calor, que parecía intensificarse a cada momento, como si su contacto alimentara el fuego de su interior.

Ivy se inclinó hacia delante, apretando el pecho contra la espalda de él mientras lo miraba de perfil.

—¿Qué tal te encuentras ahora del hombro?

—Mucho más bien.

—Mucho mejor —corrigió ella con una risita—. Por poco.

Él gruñó y su cuerpo vibró contra el de ella.

—Tu lenguaje es difícil porque sí.

Ella cogió el tarro y se lo tendió.

—Ya lo sé. Puede ser algo confuso. Pero lo has entendido muy bien.

Ketahn aceptó el frasco y le colocó la tapa, que ató con un cordel de seda.

—Y tú también hablas bien mi idioma, para ser alguien que no puede emitir estos sonidos.

—¿Cómo *zirkita*? —dijo ella, intentando forzar ese zumbido más agudo que salía de su garganta para la palabra suciedad, sin conseguirlo.

El castañeteó.

—*Zirkeeta*. ¿Es eso lo que quieres decir?

—Pues a mí me suena bastante parecido. *Zirkita*.

Ketahn volvió a castañear y repitió la palabra, poniendo el énfasis en aquel zumbido de la segunda sílaba.

—Tú estás diciendo algo muy distinto, y las dos cosas no son compatibles.

Ivy resopló.

—Y dices que mi idioma es difícil. Y deja de reírte de mí —Le agarró la punta del pelo y le dio un suave tirón.

—Commo tú dices, mme río contigo.

—¡Ja! Ves, sigues teniendo problemas con la “m”, así que no me echas en cara la pronunciación.

Sonrió. Bajó las piernas de Ketahn y se bajó de él con cuidado, cogiendo la mano que le ofrecía cuando él se la tendió. Una vez de pie, hizo ademán de retirar la mano, pero él la retuvo un poco más, como si dudara en soltarla. Su mirada se encontró con la de él.

Había pasión en sus ojos. Profundos, intensos y poderosos, expresaban una pasión que superaba los límites de la apariencia, el idioma y la cultura, una conexión que la gente soñaba con encontrar en cualquier parte del mundo.

Finalmente, la soltó, e Ivy se llevó la mano al pecho, asegurándose de que su toalla improvisada estuviera bien sujeta antes de sentarse en la roca junto a él con las piernas cruzadas.

—Entonces, ¿qué quiere decir *zirkita*? —preguntó ella.

Sus ojos se entrecerraron y aquella pasión fue sustituida por el humor. Sus mortíferas mandíbulas se alzaron hacia los lados en una sonrisa.

—Es esa cosa... de un macho —dijo señalando su pelvis—. La lanza.

Ivy bajó la mirada hacia su abertura y se quedó mirando. La lanza. Su... lanza. Sus ojos se abrieron de par en par y volvieron a mirar los de él.

—Dios mío, ¿todo este tiempo he estado diciendo polla? —Hizo un círculo con el índice y el pulgar e introdujo el otro índice a través de él—. ¿Tu... tu polla?

Ketahn volvió a castañear, esta vez con un sonido aún más grave.

—No mía. Solo *polla*. *Zirkita*.

Su piel se sonrojó y le dio una ligera palmada en una pata.

—Gilipollas. No me extraña que te rieras de mí cada vez que lo decía. Podrías habérmelo dicho.

—Te dije muchas veces cómo decirlo bien, Ivy. Y sabía lo que querías decir —Extendió una mano, enganchó un mechón de su pelo húmedo con la garra y se lo colocó detrás de la oreja. Su suave tacto perduró mientras rozaba con la yema de un dedo la superficie de su oreja—. No hay nada mal.

Ivy le sonrió.

—Solo mi orgullo.

—No conozco esa palabra. ¿Te he hecho daño? Él se giró hacia ella, recorriendo su cuerpo con la mirada, como si buscara una herida.

Ella se rio cuando él levantó uno de sus brazos y luego el otro, mirándolos por encima.

—No ese tipo de heridas.

Ketahnladeó la cabeza y entrecerró los ojos.

—¿Entonces qué?

—Es... como... como lo bien que te sientes contigo mismo y con las cosas que has hecho. Y puede doler cuando algo te hace cuestionar ese sentimiento. Como... si estoy orgulloso de las cestas que tejí y luego me enseñas una de las tuyas y lo mucho mejor que es, eso hiere un poco mi orgullo.

Se le cayeron las mandíbulas y bajó los brazos de ella, aunque sin soltarlos.

—No pretendo herir tu orgullo, Ivy.

Ivy giró los brazos y los retiró lo suficiente para cogerle las manos.

—No pasa nada. A veces tener el orgullo herido es bueno. Me ayuda a aprender a ser mejor. Y a veces puede hacerse en broma —sonrió ampliamente—, como reírse de mí cuando digo *zirkita* en vez de *zirkita*.

—Has vuelto a decir *polla* las dos veces. Quizá a partir de ahora no hablaremos más de guarradas.

Su risa se unió a la de ella.

Su humor se relajó e Ivy retiró las manos con una suave sonrisa, aunque Ketahn parecía reacio a soltarlas. Mientras se pasaba los dedos por el pelo, que se estaba secando, y contemplaba el arroyo con el sol brillando sobre ella, se sintió... feliz. ¿Era extraño estar abandonada en un mundo alienígena con una criatura arácnida como única compañía y sentirse más contenta que nunca? Tenía techo, comida y un amigo; nunca había tenido las tres cosas a la vez en los últimos siete años. Sus risas eran genuinas y agradables.

Sin embargo, no podía evitar preguntarse por los demás colonos. Se había hecho amiga de varias de las personas con las que se había estado entrenando gracias a pasar veinticuatro horas al día juntas asistiendo a clases, exámenes, seminarios de seguridad y entrenamiento físico. Con el tiempo, aquellos conocidos podrían haberse convertido en verdaderas amistades, pero el riguroso horario había dificultado que se conocieran de verdad.

Aquellas personas estaban ahí fuera, en alguna parte, junto con otros cinco mil colonos.

¿Seguían a bordo del *Somnium*? ¿Seguían vivos?

¿Iba a venir alguien a buscarlos?

«Puede que solo quede yo».

—¿Ketahn?

—¿Sí?

Ivy giró la cara hacia él para descubrir que ya la estaba mirando.
—¿Dónde me encontraste?

Capítulo Dieciocho

Las mandíbulas de Ketahn se sacudieron. Abrió la boca como si fuera a hablar, luego la cerró y volvió el rostro hacia otro lado.

—¿Ketahn? —Ivy se inclinó hacia él, tratando de mirarle a la cara, deseando que volviera a mirarla—. ¿Dónde me encontraste?

Soltó un suspiro pesado y se encorvó hacia delante, apoyando las manos en las articulaciones de las piernas.

—En un lugar oscuro. Un lugar donde habitan muchos *althai* y donde los *vrix* se niegan a ir. Arrugó la frente.

—*Althai*?

—Sí. Son... —Levantó una mano y la agitó vagamente en el aire—. No se les ve a menudo, pero a veces se les oye. No se pueden tocar, pero sí sentir. ¿Me entiendes, Ivy?

—¿Estás hablando de... fantasmas? ¿De espíritus? ¿De cosas que están muertas?

—Algunos están muertos. O son lo que queda de los muertos. Como un... ¿Cómo se dice? ¿Un recuerdo? Como un recuerdo que está atascado en el mundo real. Pero otros... son... —Resopló y sacudió la cabeza—. No sé cómo decirlo. Son como los árboles, o la tierra, o el cielo, pero... el corazón de esas cosas.

—¿Y me encontraste en ese lugar?

—Sí. Dormías allí, encerrada en un *gorahl*.

—¿Qué es eso?

—Un *gorahl* es en lo que se envuelven algunos animales pequeños para transformarse. Pero el tuyo no era lo mismo. No es la palabra adecuada —Juntó las dos manos, ahuecando una sobre otra, y levantó la de arriba como si fuera una tapa. Al hacerlo, emitió un siseo prolongado—. Se abrió y saliste.

Ivy lanzó un grito ahogado.

—¿Una criocámara? ¿Me encontraste en una criocámara?

—¿Así lo llamas tú?

—Es una máquina, una cápsula que nos puso en estasis, un sueño profundo que nos mantuvo con vida mientras viajábamos por el espacio.

Las mandíbulas de Ketahn volvieron a sacudirse y ladeó la cabeza.

—Dices palabras que no entiendo, Ivy.

Señaló al cielo.

—El espacio, más allá del cielo, en las estrellas. Yo vengo de allí.

Él inclinó la cabeza hacia atrás y miró hacia arriba.

—Ni siquiera las criaturas con alas pueden llegar tan alto como para alcanzar las estrellas, Ivy.

—Estábamos en una nave voladora. Una... de metal grande... —Sacudió la cabeza—. No sé cómo explicártelo para que lo entiendas. La cápsula en la que me encontraste, ¿dónde estaba?

Ketahn volvió a centrar su atención en ella.

—En el fondo del agujero oscuro, en un lugar con muchas cámaras.

¿Muchas cámaras? Su corazón se aceleró.

—¿Había otros como yo? ¿Otros humanos?

Sus mandíbulas se hundieron.

—Sí, pero la mayoría eran solo huesos.

La *mayoría*. Ivy se aferró a aquella palabra mientras la invadía la tristeza. Tantas vidas...

Se puso de rodillas y se acercó a él, ignorando la piedra que se clavaba en su piel.

—La mayoría, pero no todos. Aún hay otros, ¿no? Los humanos que están durmiendo...

—No lo sé, Ivy. No puedo estar seguro.

—¿Puedes llevarme allí?

Sus facciones se ensombrecieron, las mandíbulas se alzaron y los ojos adquirieron un brillo peligroso.

—No.

Ivy arrugó la frente y frunció el ceño.

—¿No? ¿Por qué no?

—No es seguro ir allí, Ivy, y los espíritus son el menor de los peligros.

—¡Pero si ya fuiste allí antes, cuando me encontraste!

—Me caí —dijo, estirando un brazo por encima de su cabeza y luego bajando la mano rápidamente—. Los xiskals que cayeron conmigo murieron todos, y yo viví solo porque los Ocho me protegieron. No volveré a llevarte a ese lugar de muerte.

Le puso la mano en el antebrazo.

—Ketahn, podría haber otros supervivientes. No podemos dejarlos allí.

—No, Ivy —gruñó él, chasqueando las mandíbulas. Los músculos de su antebrazo se flexionaron bajo la mano de ella—. Aleja a los demás de tu mente. Nunca volveremos a ese lugar.

—¿Hablas en serio? —Le retiró la mano y se puso en pie—. No puedo quitármelos de la cabeza. ¿Esperas que simplemente... olvide que mi gente podría estar allí abajo? ¿Qué aún podría haber otros como yo aún vivos?

Ketahn también se levantó, con un movimiento suave que desplegó sus largas patas y le hizo sobresalir por encima de ella.

—Estás viva. Con eso basta. No podemos ayudar a nadie más.

Ivy le fulminó con la mirada.

—¿Por qué? ¿Solo porque tú lo dices?

—¡Porque solo me importas tú! —dijo inclinándose hacia ella, con los finos pelos de su piel erizados—. No permitiré que pases hambre porque yo deba alimentar a otros.

—¡Entonces yo cazaré para ellos!

Resopló.

—No podrías ni pisar el suelo si no fuera por mí.

Ella le miró boquiabierta.

—¿Me... me estás insultando?

—Estoy diciendo la verdad. No podrías sobrevivir ni un día sola aquí fuera. ¿De qué les

servirías a los demás?

Ivy le empujó con un dedo, clavándosele en el duro pecho.

—¡Eres un... un... un *mierda*! —dijo. Se giró y se alejó de él, hacia los árboles.

—¿Dices que soy una caca? —gruñó él desde detrás de ella.

—¡Sí! ¡Caca apestosa y asquerosa!

Ketahn gruñó, acercándose un poco más.

—¿Adónde vas?

Ella se volvió con las manos en las caderas y lo miró con odio.

—Voy a mear, y estoy enfadada contigo, así que me tomo un momento para alejarme de ti, hombre araña.

—Ni araña, ni hombre. Soy *vrix* —Se detuvo a unos metros de ella, con las manos cerradas en puños y los músculos tensos—. Y siempre tienes que ir a mear.

—¡Pues *discúlpame* por ser humana y tener funciones corporales naturales! —Ivy levantó las manos—. ¡Quizá algo me coma y entonces ya no tendrás que preocuparte por mí!

—No dejaré que nada te coma, humana —gruñó él, acercándose para volver a situarse junto a ella—. No hables de esas cosas. Estaré aquí para enfadarte durante mucho tiempo.

—¡Genial! —Ella se acercó más a él, echando la cabeza más hacia atrás—. ¡Más te vale!

Ketahn carraspeó suavemente, la amenaza que había exhibido un momento antes desapareció al ofrecerle su versión de una sonrisa.

—Estamos unidos por un fuerte hilo, Ivy.

Ivy gruñó y se restregó las manos por la cara.

—No puedo ni contigo. Haces que no quiera enfadarme, pero sí que quiero enfadarme, y debería enfadarme, así que estoy enfadada.

Ladeó la cabeza.

—Eres una mujer que me confunde.

—Y tú eres un macho testarudo.

—No conozco esta palabra.

—Sí, bueno... imagínatelo, hombre araña —Ivy se dio la vuelta y se adentró entre los arbustos.

—Quédate cerca —refunfuñó Ketahn.

—¡Ya lo sé! —contestó, barriendo con la mirada a su alrededor mientras se abría paso entre los grandes arbustos frondosos—. No soy estúpida —murmuró.

En realidad, tampoco tenía ganas de mear, pero pensó que era la única forma de conseguir que Ketahn le concediera un respiro. Solo necesitaba un momento de soledad. Un momento para pensar, para reflexionar sobre por qué Ketahn se negaba a llevarla a lo que ella solo podía suponer que era el lugar del accidente, dado que había mencionado que había sido en el fondo de un agujero oscuro. ¿Qué otra cosa podía ser? Y si ella había sobrevivido, seguramente tenía que haber otros aún vivos en estasis. Ketahn dijo que era peligroso, y ella no lo dudaba, pero juró que había algo más tras su negativa.

Después de todo, había conseguido salir con ella a cuestas. Eso significaba que podría volver allí abajo si de verdad lo quisiera.

Un destello amarillo en el rabillo del ojo llamó la atención de Ivy. Giró la cabeza. Había varias crestas doradas que crecían en unos troncos con mucha sombra a solo diez metros de distancia; eso era adentrarse más en la jungla, sí, pero aún estaba lo bastante cerca como para llamar a Ketahn en caso necesario.

Bueno, si iba a estar aquí haciendo pucheros, al menos podría ser útil y reunir algo de comida

mientras lo hacía. Se acercó a las setas, caminando por las zonas más grandes de suelo blando y musgoso. El musgo le refrescaba los pies descalzos. Cuando llegó a los árboles, agarró las crestas doradas por la base, lo más cerca posible del tronco, y las arrancó de una en una.

Mientras Ivy recogía las crestas doradas en el pliegue de su antebrazo, sus pensamientos volvieron a Ketahn, como hacían a menudo. Comprendía su reticencia a rescatar a otros humanos. Sería un trabajo más duro para él alimentar a no se sabe cuántas bocas más, sobre todo cuando ya llevaba comida a su pueblo con regularidad. Y él tenía razón: ella no era lo bastante hábil para serle útil, todavía no. Quizá no hasta dentro de mucho, mucho tiempo.

Aun así, estaba *mal* dejar a los demás allí. Aunque no hubiera casi ninguna posibilidad de que hubiera otros supervivientes, ¿no deberían seguir buscando por si acaso? ¿No deberían averiguar algo, *lo que fuera*? Si Ivy estaba dispuesta a aprender y trabajar, estaba segura de que los demás supervivientes harían lo mismo. Además, a bordo del *Somnium* había colonos especializados en supervivencia, agricultura, medicina y todo tipo de campos útiles, y había montones de provisiones almacenadas por toda la nave. No tenía por qué recaer todo sobre Ketahn. Y ella sería capaz de traducir.

Se lo haría entender, por mucho que costase. Le haría ver que volver era lo correcto.

Arrancó la última cresta dorada del tronco, limpiando los trozos de corteza y suciedad que se adherían a su parte inferior.

Sintió calor en la espalda, se le erizó el vello de la nuca y el corazón le dio un vuelco. Se congeló antes de añadir la última cresta dorada al montón que llevaba en el brazo.

Había algo detrás de ella. Lo sabía instintivamente, con una certeza que le calaba hasta los huesos, y sabía que no era algo amistoso. Un terror helado inundó sus venas y le hizo un nudo en el estómago.

«Solo es... Ketahn. Me sigue demasiado de cerca para asegurarse de que estoy bien».

Ivy supo que eso no era cierto mucho antes de inspirar profunda y entrecortadamente y forzar el movimiento de sus piernas, girando a un paso lento para enfrentarse al horror desconocido.

La criatura que tenía ante ella no era un vrix, no era nada que hubiera visto hasta entonces. Era tan grande como un tigre, se erguía sobre cuatro patas y sus músculos delgados y poderosos eran evidentes bajo sus escamas marrones y verdes. Su cabeza, que le recordaba a la de un velociraptor, estaba sostenida por un grueso cuello. Sus garras negras eran más largas que sus dedos, y sus cuatro fríos ojos de color ámbar estaban fijos en ella. A lo largo de la espina dorsal, desde el cráneo, se extendía una franja de color amarillo y verde brillante, con la piel curtida entre los finos pinchos óseos.

A pesar de su tamaño, se había acercado a menos de cinco metros de ella sin hacer ningún ruido, y la tensión de sus músculos y la concentración de su mirada sugerían que estaba preparado para atacar cuando ella percibió su presencia.

«Dios mío. Va a saltar».

La bestia permaneció en silencio, aparte del sonido de sus enormes garras clavándose en el suelo justo antes de saltar. Ivy no podía decir lo mismo de sí misma.

Gritó. Gritó de terror y saltó, cayó a un lado, con el corazón a mil por hora. Las crestas doradas se le cayeron de los brazos. Giró la cabeza al caer al suelo, amortiguada por el musgo y las hojas muertas del suelo de la jungla, justo a tiempo para ver a la enorme criatura pasar sobre ella. El tiempo parecía transcurrir tan lentamente que juró que podría haber contado cada escama del vientre de la bestia en aquella fracción de segundo.

La bestia se retorció en el aire como un gato, balanceando las patas traseras mientras su cuerpo veloz se estrellaba contra la maleza, rompiendo ramas y haciendo crujir violentamente las

hojas. Cuando se estrelló contra el árbol, sus garras engancharon la corteza y la desgarraron.

Ivy aspiró de nuevo y se puso en pie para huir.

—¡Keta-Ah!

La silenció un dolor lacerante en la pantorrilla, tan caliente y punzante que le dejó la mente en blanco. Al perder el equilibrio, se tambaleó hacia delante y cayó sobre manos y rodillas con tanta fuerza que le chocaron los dientes.

Miró por encima del hombro. La bestia arañaba el suelo como un toro que se prepara para embestir. Su boca se abrió de par en par para mostrar docenas de dientes puntiagudos y una lengua azulada y afilada, que goteaba lo que ella esperaba que fuera saliva y no algún tipo de veneno.

Y en el extremo de su campo de visión, vio que de los cortes de la parte posterior de la pantorrilla brotaba una sangre roja y brillante, que contrastaba con la palidez de su piel. El ardor de las heridas se renovaba con cada latido de su corazón.

«¡Ay, Dios! ¡Solo hice ese comentario sobre ser devorada porque estaba enfadada! Se supone que no debería ocurrir».

La maleza frente a Ivy se volvió loca. Antes de que pudiera siquiera girar la cabeza en esa dirección, una forma grande y oscura irrumpió de entre el espeso follaje, lanzándose directamente sobre su cabeza. La atención de la bestia se centró en el recién llegado un instante antes de que ambos chocaran.

Mientras las criaturas caían entre la vegetación en una cacofonía de ramas y hojas destrozadas, Ivy vislumbró unas patas largas y delgadas y unas marcas blancas y moradas en la piel de la nueva criatura.

«Ketahn».

Él y la bestia se separaron, pero no hubo tregua en su lucha.

Ivy se levantó de nuevo, apoyando un brazo en un árbol cercano para estabilizarse mientras sus temblorosas piernas amenazaban con ceder. Respiraba agitadamente y el corazón le retumbaba en el pecho mientras contemplaba la lucha que se desarrollaba en el suelo de la jungla.

La bestia se agitaba y gruñía, apretando las mandíbulas y clavando las garras y la cola en Ketahn, que se movía a una velocidad vertiginosa. Pero él era igual de rápido. Entre la vegetación que chocaba y la velocidad de vértigo, Ivy apenas podía seguir lo que ocurría. Lo único que podía decir con seguridad era que Ketahn parecía estar intentando someter a la bestia, acercándose demasiado a ella como para tranquilizarla.

Algo delgado y plateado brilló en un eje de luz solar cuando Ketahn se abalanzó sobre la bestia, que dobló el cuello para morderle. Aquellos afilados dientes se cerraron a solo unos centímetros de la garganta de Ketahn. Ketahn siseó, con un sonido tan profundo y potente que Ivy lo sintió en los huesos, y levantó una mano. Sus garras se hundieron en la parte inferior de la mandíbula de la criatura.

La bestia emitió un gruñido de dolor y reanudó sus golpes, pero las otras manos de Ketahn se movieron, demasiado rápido para que Ivy pudiera captarlo, enrollando un hilo de seda alrededor del hocico de la criatura. La bestia se apartó de él, soltando las garras de Ketahn y derramando sangre oscura por la parte inferior de la mandíbula. Ahora tenía la boca cerrada por un grueso haz de seda.

La bestia sacudió la cabeza de un lado a otro. Ketahn sujetó el hilo de seda y utilizó su peso para tirar de la cabeza de la bestia hacia abajo. Estaba sobre ella justo en el momento en que su barbilla golpeaba el suelo, y usaba las extremidades para desviar y contener el movimiento de la

bestia. Ivy solo se dio cuenta entonces de que había sangre en la piel de Ketahn, y no sabía si le pertenecía a él o a la bestia.

Gruñendo y resoplando, la criatura se agitó. El cuerpo de Ketahn se sacudía como un jinete que intenta aferrarse a un caballo encabritado. Parecía que ni siquiera su fuerza podía igualar la desesperación de la bestia por liberarse.

Las uñas de Ivy arañaron la corteza cuando sus rodillas se doblaron. Se deslizó hasta el suelo, cayendo de espaldas. ¿Por qué se limitaba a mirar? ¿Por qué no le ayudaba?

«¿Qué hago?»

Ketahn rugió. No tenía una palabra mejor para describirlo, aunque aquel sonido escalonado no se parecía a ningún rugido que hubiera oído jamás, salvo en su ferocidad y dominación. Sus manos trabajaban furiosamente, enrollando aquel hilo de seda terriblemente fuerte alrededor de las patas de la bestia y tensándolo. La tensión obligó a la criatura a echar la cabeza hacia atrás, dejando al descubierto su cuello.

La cabeza de Ketahn se lanzó hacia abajo. Sus mandíbulas se cerraron sobre la garganta de la bestia. La bestia gruñó y resopló, pataleando y agitándose con más fuerza.

Ketahn echó la cabeza hacia atrás.

El sonido húmedo de la carne desgarrada fue muy breve en comparación con todos los demás sonidos de la jungla en aquel momento, pero se le quedaría grabado a Ivy durante mucho, mucho tiempo. Las mandíbulas de Ketahn se soltaron, salpicando sangre por los aires. Un trozo grande y destrozado de la garganta de la bestia se aferraba entre ellas. Ketahn apartó la cabeza y soltó el trozo, arrojándolo a la vegetación cercana.

Con una última sacudida, la bestia se paró.

Ivy se quedó mirando a Ketahn. A pesar del calor y la humedad de la jungla, tenía frío y temblaba. Levantó los brazos y se los puso alrededor del pecho. Solo entonces se dio cuenta de que su toalla se había caído y yacía en el suelo bajo ella, manchada de sangre.

Ketahn soltó a la bestia, dejando caer su cuerpo inerte. Un murmullo preocupado sonó en su pecho. Se situó frente a Ivy en unas cuantas zancadas rápidas, estirando las patas delanteras a ambos lados de ella para hundirse hacia abajo.

La rodeó con los cuatro brazos, aferrándola a su duro pecho mientras se levantaba. Incluso sus cierres, que normalmente estaban apretados contra su pelvis, la buscaban, rozándole ligeramente la piel como si cada parte de él buscara la confirmación de que estaba aquí, de que estaba viva. Su respiración era áspera y pesada cuando enterró la cara en su pelo.

—Ivy —roncó.

Ivy le rodeó el cuello con los brazos y se aferró a él mientras su calor la envolvía y alejaba el frío.

—Estoy bien. Estoy bien.

Su abrazo se estrechó y el palpar de sus corazones no se calmó. Se concentró en su ritmo rápido y constante, encontrando consuelo en aquello que antes le parecía tan extraño. Entre eso y su calor, casi podía olvidar lo que acababa de ocurrir, casi podía ignorar aquel ardor palpitante en la pierna.

Ketahn levantó la cabeza y deslizó una mano hacia arriba para alisarla sobre su pelo alborotado. Volvió a rugir su nombre e inhaló profundamente. Su mano se detuvo bruscamente y su cuerpo se puso rígido.

—Ese olor... —dijo mientras movía las patas delanteras. Las cruzó bajo ella y la sentó sobre las piernas.

Ivy se estremeció. Aquel movimiento, su propio peso sobre la espalda, bastó para que se

diera cuenta de los dolores agudos que le invadían el cuerpo. Por supuesto, ninguno de esos dolores era comparable al que sentía en la pantorrilla.

Con un silbido grave e indignado, Ketahn soltó su abrazo y sujetó a Ivy con un par de manos en los hombros mientras recorría su cuerpo con la mirada. Ni siquiera le importaba que estuviera desnuda; solo quería que volviera a rodearla con sus brazos.

—No —susurró Ketahn, bajando de nuevo el cuerpo para sujetarle con cuidado el tobillo izquierdo.

Ivy miró hacia abajo y vio que tenía sangre y suciedad por toda la pierna y el pie. Ketahn le levantó la pierna con cuidado y se inclinó para inspeccionar sus heridas.

—No estás bien —dijo, con voz áspera—. Esto no está bien.

Antes de que Ivy pudiera responder, la estrechó entre sus brazos, esta vez contra su pecho. Tenía dos brazos bajo su espalda, uno enroscado en el culo y los muslos para apoyarla, y una mano alrededor del tobillo, manteniendo elevada la pierna herida para que nada tocara los cortes aún sangrantes. Su paso largo y suave no la sacudió lo más mínimo mientras la llevaba de vuelta al arroyo.

La sentó suavemente sobre un trozo de musgo blando que crecía encima de una roca al borde del agua. Cuando retrocedió, sus ojos entrecerrados se encontraron con los de ella.

—No volverás a ir sola. Únicamente mearás conmigo.

—¿Qué?

—Ivy se queda con Ketahn —dijo, siseando como solía hacer.

«*Está cabreado*».

—Ketahn, no pienso mear contigo mirando —dijo Ivy, poniendo las manos sobre el regazo.

—Entonces no mearás —gruñó él.

—Estás siendo completamente irracional.

—No sé qué significa eso —se inclinó sobre Ivy, apoyando los brazos a ambos lados de ella y colocando la cara a un palmo de la suya, con las mandíbulas abiertas—, ¡pero mejor eso a que estés muerta!

—¡Es la primera vez que me pasa! De todas formas, ni siquiera estaba meando. Solo... solo intentaba hacer algo útil. Lo siento. Debería haber prestado más atención.

—Entonces te vigilaré. Me quedaré contigo —Ketahn inclinó la frente contra la de ella, bajando la voz—. No quiero que te hagas daño. No es útil. No es bueno.

Ivy frunció el ceño. Su voz era áspera, casi dolorosa, y llegó directamente a su corazón, atravesándolo con una punzada de dolor y llenándolo de afecto. No importaba lo diferentes que fueran, de algo estaba segura: a Ketahn le importaba.

Las lágrimas le escocían los ojos. Los cerró, alargó la mano para estrecharle la mandíbula y se la acarició con el pulgar.

—Lo sé. Lo siento. Odio ser una carga para ti. Ser tan débil.

—No —dijo él con firmeza. Se apartó de ella y le cogió la cara entre las palmas de las manos. Sus numerosos ojos violetas se encontraron con los de ella—. No eres débil. No eres una carga. Es mi orgullo... Dije palabras que no eran ciertas.

—Pero no es cierto. Todo esto... no se me da bien, Ketahn, y habría muerto hace mucho tiempo yo sola. Habría muerto hoy si no hubieras estado allí para salvarme.

Algo se agitó en su pecho, el sonido se deslizó en su voz cuando habló.

—Cuando era pequeño, mi madre me dijo muchas veces que debía aprender a... *rasyth* antes de poder tejer.

Esa palabra, *syth*, era como llamaba a los hilos de seda que hacía, y *sythi* era como llamaba a

la telaraña que sostenía su nido. Pero no estaba segura de lo que significaba esta primera palabra.

Al parecer, su desconcierto era evidente en su rostro, porque dijo:

—*Rasyth* es hacer una telaraña. Estirar los hilos y unirlos. Es sencillo, pero... no es fácil hacerlo bien. No es fácil hacerla fuerte. Y no es fácil hacerla... hermosa.

—¿Quieres decir como las cestas que hago?

Él carraspeó suavemente.

—No son buenas, pero cada vez son mejores. Irás *mejorando*.

Los labios de Ivy se curvaron en una pequeña sonrisa.

Su mirada se suavizó y le acarició el pelo con las garras, pero se detuvo cuando su mirada se desvió hacia sus manos. Soltó otro trino descontento. Apartó las manos y se apartó de ella. Ivy solo se dio cuenta entonces de la sangre oscura que le brillaba en las manos, las mandíbulas, la cara y el pecho, y supo que, sin duda, parte de esa sangre también estaba ahora en ella. Pero su única preocupación era él.

Ketahn se dio la vuelta y se adentró en el arroyo, sumergiéndose hasta los hombros. Se inclinó hacia delante, salpicándose agua en la cara y restregándose las mandíbulas y la piel.

No quedaba rastro de sangre en él cuando volvió a mirar a Ivy, solo agua corriendo por su piel esculpida en forma de riachuelos. Lo miró por encima, buscando señales de heridas, pero no encontró ninguna.

¿De verdad había luchado contra esa cosa, ese velocitigre, sin sufrir ni un solo rasguño?

Se acercó a la orilla del arroyo, cogió la bolsa del lugar donde la había dejado antes y volvió junto a Ivy. Subió a la roca, dejó la bolsa junto a ella, la abrió y sacó de su interior un trozo de tela de seda. Lo sumergió en el agua y lo enjuagó bien antes de volver a sujetar el tobillo de Ivy. Siguiendo sus suaves indicaciones, ella cambió de posición para apoyar el peso en la cadera, girando la pierna de modo que la pantorrilla herida quedara hacia fuera.

Las grandes manos de Ketahn trabajaron con rapidez y decisión, utilizando el tejido para limpiar la suciedad y la sangre de alrededor de los cortes. El escozor y la sensación de quemazón volvieron a multiplicarse por diez, lo bastante como para que Ivy sisease e intentase por reflejo zafarse de su agarre. Él la sujetó con firmeza, sin dejarla escapar.

De las heridas brotó sangre carmesí, que se mezcló con el agua y goteó por su piel.

—No son profundas —dijo, apartando el paño. Giró la mano y le pasó ligeramente el dorso del dedo por la espinilla, provocándole un estremecimiento que superó brevemente el ardor de la herida—. Qué piel tan suave.

Mientras hablaba, sus patas traseras se movieron, doblándose bruscamente hacia las espinillas situadas al final de sus miembros posteriores. Cuando adelantó una de esas patas, en su punta había un manojo suelto de hilo de seda pegajoso, que pasó a una de sus manos.

—Yo no era un guerrero ni un cazador —dijo mientras enrollaba la telaraña formando un pequeño fajo esponjoso—. Yo era tejedor, al igual que mi madre. Ella me enseñó durante muchos años. No era bueno cuando empecé. Pero era muy bueno cuando lo dejé.

—¿Tejedor?

Ivy había supuesto que tejer telarañas era instintivo para él, como lo era para las arañas en la Tierra. Pero las telas que tenía a mano parecían estar tejidas con seda, así que era evidente que ser un tejedor *vrix* iba más allá de la simple fabricación de telarañas.

¿Por eso su tacto era tan delicado y suave?

—¿Por qué paraste? —preguntó ella.

—La reina entró en batalla con Kaldarak. Con otros *vrix*.

Con cuidado, separó el manojo en varios trozos, colocó el primero sobre el corte superior de

la pierna y lo presionó contra la herida abierta.

Ivy se estremeció de dolor. Le puso una mano en el muslo, presionando lo justo para mantenerle la pierna quieta. Solo entonces se dio cuenta de lo que estaba haciendo con la malla.

—¡Espera! ¿Estás... estás poniendo telarañas *dentro* de mí?

—Atará los cortes. El dolor desaparecerá muy rápido —Ketahn ladeó la cabeza y sus mandíbulas se movieron inseguras—. ¿Los humanos dejan... que las heridas sangren hasta que dejan de hacerlo?

—No, claro que no. Tratamos las heridas y utilizamos medicinas. Nosotros solo...—Apretó los labios y bajó la mirada hacia la membrana de la pierna. Parecía que ya estaba amortiguando el escozor. Aun así, la sola idea de que le metieran telarañas en la carne hacía que Ivy se estremeciera—. En la Tierra tenemos unas criaturas que se llaman arañas. Se parecen a ti, pero sin... bueno, sin las partes más humanas, y son mucho, *mucho* más pequeñas, y también fabrican seda y telarañas. La mayoría de las veces, los humanos... les tienen miedo.

—¿Por qué les teméis?

—¿Por qué... dan miedo?

Después de pasar tiempo con Ketahn, después de conocerle, aquella respuesta sonaba ridícula.

Ketahn la miró pensativo.

—¿Te doy miedo, Ivy?

Ella negó con la cabeza.

—No. Al principio sí, pero ya no.

Levantó la mano en la que sostenía la seda enrollada.

—¿Confías en mí?

—Sí.

El murmullo de su pecho no era del todo un ronroneo, pero había algo en él que parecía... satisfecho. Le dio un suave apretón en el muslo y pasó al siguiente corte, repitiendo el proceso con la seda.

Aunque esta vez se lo esperaba, el dolor fue igual de intenso. Arrugó la nariz y siseó entre dientes. Se echó hacia atrás, apoyó las manos detrás de sí y curvó los dedos, rascando con las uñas sobre la piedra musgosa. No se perdió cómo la mirada de Ketahn recorría su cuerpo desnudo.

—¿Qué pasó? —preguntó, observando el trabajo de sus manos—. ¿Después de que la reina iniciara la lucha?

—Me enviaron a combatir. A cazar. Y yo era como tú, Ivy. No sabía. Crecí y tuve que recibir lecciones para cazar, para vivir en la jungla, para luchar. Todos los días estuve a punto de morir —Ketahn pasó al siguiente corte para repetir el proceso—. Pero yo quería vivir. Así que aprendí. Por culpa del peligro, aprendí con rapidez. Y pronto se me dio bien. Más que bien. Llevas solo un ciclo lunar en la jungla, Ivy. Estás aprendiendo rápido, porque debes hacerlo. A mí me llevó más tiempo ser bueno —Sus ojos se encontraron con los de ella—. A ti también te llevará un poco más.

Con el ceño fruncido y los labios apretados, Ivy lo miró fijamente a los ojos. Sabía lo que estaba haciendo, sabía lo que estaba diciendo, y las lágrimas que brotaron de sus ojos no tenían nada que ver con el dolor que le invadía la pierna. Asintió con la cabeza.

Una vez le hubo curado los cortes, acercó la bolsa y rebuscó en ella hasta encontrar otro trozo de tela, seco y limpio. Lo rasgó en varias tiras largas y las utilizó para vendar las heridas, atando los extremos a la altura de la espinilla.

Ivy bajó la pierna con cuidado de que la pantorrilla recién vendada no tocara el suelo.

—Gracias.

Ketahn recogió el paño húmedo de la roca, lo enjuagó en el arroyo y se volvió hacia Ivy, aproximándose a ella. Ella permaneció en silencio mientras él le acercaba el paño frío a la cara y le limpiaba la suciedad, el sudor y la sangre de la piel. Sus movimientos eran suaves y atentos, recorriendo cada rasgo de su rostro con algo parecido a la devoción.

Cuando el paño le llegó a la barbilla, levantó las dos manos inferiores para cepillarle el pelo hacia atrás, pasándoselo por detrás de las orejas. Con una de ellas le acarició la nuca. La guio para que levantara la barbilla y apartara la cabeza mientras le pasaba el paño por el cuello hasta el hueco de la garganta.

Ivy cerró los ojos. A pesar del dolor persistente, las caricias de Ketahn eran tranquilizadoras. Nunca nadie la había tocado así, nunca nadie la había cuidado así; nunca nadie se había ocupado de ella sin pedir nada a cambio. Aquel era un lujo que nunca había conocido, ni siquiera en un mundo lleno de lujos como la Tierra.

Ketahn volvió a subir el paño y luego se acercó a ella para limpiarle la nuca. Lo retiró de ella brevemente, y oyó un pequeño chapoteo y algo de movimiento en el agua. Después, el paño estaba en el lado izquierdo del cuello, bajando hasta el hombro. Una de sus manos le rodeó la muñeca izquierda y le levantó el brazo para que el paño continuara hasta los dedos.

Le limpió el otro brazo del mismo modo, aunque sus movimientos parecían un poco más lentos, casi más exploratorios.

El paño se retiró y volvió a escuchar salpicar el agua. Cuando volvió, lo hizo a la altura de la clavícula. Ketahn lo pasó lentamente por su pecho, dejando que las gotas de agua se deslizaran sobre su piel, y luego por uno de sus pechos, rozándole el pezón. La sensación le produjo una corriente eléctrica que se agolpó en su interior.

A Ivy se le cortó la respiración y retrocedió, abriendo los ojos de golpe. Sus pezones se endurecieron, deseando más.

Ketahn retiró la tela. Su mirada se centró en los pechos de ella, lo que solo sirvió para reforzar el estremecimiento de necesidad entre sus muslos.

—¿Te he hecho daño?

Un calor diferente la invadió, haciendo que su piel se calentara y sus mejillas se ruborizaran. Cohibida, se cubrió los pechos con un brazo y apartó la mirada.

—No. No me has hecho daño, Ketahn.

Él le pasó un dedo por debajo de la barbilla y le volvió la cara. Sus ojos se cruzaron; la intensidad de los de él echó más leña al fuego que ella llevaba dentro.

—Di la verdad, Ivy —dijo Ketahn—. Te alejas de mi contacto como si te doliera.

Ivy le rodeó la muñeca con los dedos y apartó la mano.

—No me duele. Es... Es... —se interrumpió con un gemido y se cubrió la cara con la palma de la mano.

—¿Ivy?

—Me hace sentir bien —dijo ella, y las palabras le salieron apresuradas—. Se siente *demasiado* bien.

Ketahn le agarró la muñeca y tiró suavemente de su mano hacia abajo. Tenía la cabeza inclinada mientras la miraba, y sus mandíbulas se movían débilmente.

—Ayúdame a entender.

—Oh, Dios... —Su piel se calentó aún más—. ¿Los vrix hembra tienen pechos?

—¿Es esa la palabra para nombrarlos?

«Parece que ha llegado la hora de la segunda lección de anatomía humana».

Ivy bajó ligeramente el brazo y giró la palma de la mano hacia arriba, por debajo de los pechos.

—Sí. Estos son los pechos. Y estos son pezones.

—Los vrix no tienen eso. ¿Por qué a veces se endurecen?

—Cambian cuando tenemos frío o cuando estamos... excitadas.

Inclinó la cabeza para estudiar sus pechos más de cerca, lo suficiente para que ella sintiera su cálido aliento en la piel.

—¿Qué significa esa palabra?

Ivy tuvo que hacer todo lo posible para quedarse quieta, para no inclinarse hacia delante, apretarle el pecho contra la cara y ver qué hacía. Simplemente con su aliento provocador sintió un calor delicioso en su interior.

—No sé cómo decirlo —dijo en voz baja—. Excitación, deseo, placer, lujuria son palabras que no conoces. Es cuando... cuando te sientes *realmente* bien. Sería como... Dios, no puedo creerme que vaya a decir esto. Sería lo que sientes cuando alguien toca tu... *zirkita*. Tu polla.

Ketahn retrocedió, con las mandíbulas palpitando como si intentaran abrirse y cerrarse al mismo tiempo. Sus ojos se hundieron en los pechos de ella, se encontraron con su mirada y luego bajaron hacia su abertura antes de posarse de nuevo en sus pechos.

—¿Son para eso? ¿Para sentirte bien y prepararte para el apareamiento?

«No puedo creer que esté teniendo esta conversación con él.

Al menos me distrae del dolor de la pierna».

—Bueno, sí y no. Las hembras humanas hacemos comida en nuestros pechos cuando tenemos hijos. ¿Crías? Pero también se pueden tocar para dar placer a las hembras. Para prepararnos para el sexo. Para el apareamiento. Nuestra piel es muy... sensible, pero más aún en nuestros pechos y en nuestros —señaló entre sus piernas— nuestros coños.

Los cierres a los lados de su abertura se agitaron, tirando hacia delante, hacia ella, aunque seguían retrayéndose contra su pelvis, donde había un bulto muy marcado. Él apartó la mirada. Había una luz en sus ojos que hablaba de pensamientos profundos y pesados. Ivy deseaba saber qué pasaba por su mente, pero algo le decía que él no sería capaz de expresarlo de un modo que ella entendiera, si es que decidía expresarlo.

Cuando finalmente volvió la cara hacia ella, parecía a punto de hablar, pero su atención se desvió bruscamente hacia el cielo y sus mandíbulas se hundieron. Cayeron aún más cuando volvió a mirar su pierna vendada.

—Nos hemos quedado demasiado tiempo. Cuanto más tiempo, tu piel se volverá roja y te dolerá más —dijo Ketahn, e Ivy supo que se refería a la quemadura de sol que había sufrido hacía un par de semanas.

Acercó la bolsa con una mano mientras escurría la tela con otras dos, la dobló rápidamente y la dejó caer dentro. Tras atar la bolsa para cerrarla, se la echó a la espalda y cogió a Ivy, levantándola de la roca con sumo cuidado y acunándola entre sus brazos. Cuando los pechos de ella se apretaron contra su pecho, bajó la vista y se quedó mirándolos. Eran suaves contra duros, claros contra oscuros. Era... erótico.

—Te llevaré a la guarida —dijo con firmeza mientras se acercaba a la roca donde ella había tendido la ropa, la cogió con las garras de una pata y se la pasó—. Luego debo volver a por el unac. No permitiré que se desperdicie la carne.

Ivy sujetó la ropa con un brazo y apoyó la palma de la mano en el pecho de él.

—Lo siento. Siento haberte gritado y haberte llamado hombre araña.

Sus ojos se entrecerraron y sus mandíbulas se alzaron.

—Lo sé.

Ivy sonrió satisfecha y sacudió la cabeza.

«*Capullo arrogante*».

Capítulo Diecinueve

El sol de la mañana entraba en la madriguera a través de la abertura y proyectaba una mancha brillante sobre el suelo, donde Ivy estaba sentada, mirando al exterior mientras comía lentamente unas semillas dulces. Corría una suave brisa que refrescaba el aire, pero tenía un toque frío que anunciaba una inminente tormenta.

Ketahn inspiró profundamente aquel aire. Siempre había apreciado el tenue aroma que precedía a la lluvia; añadía una nueva capa a la ya compleja mezcla de olores de la jungla, haciéndolos parecer aún más vivos y vibrantes. Pero esos, como era de esperar, no eran los olores en los que se centraba. Aquella brisa arrastraba la fragancia de Ivy directamente hacia él, y no pudo evitar absorberla con avidez.

Tiró con fuerza del hilo de seda, envolviéndolo una vez más alrededor del eje de la lanza antes de atarlo. Después de cortar el hilo sobrante, agarró con una mano la parte plana de la punta de la lanza y con la otra el mango, justo debajo. La punta permaneció en su sitio cuando le dio un tirón.

Con cuidado, Ketahn apartó el arma, que era casi medio segmento más corta que las lanzas a las que estaba acostumbrado. Ivy había seleccionado la madera del eje, le había dado forma y la había endurecido ella misma. Había encontrado el fragmento de roca negra para la cabeza y le había dado forma con sus propias manos. Pronto le haría envolver parte del mango con seda para crear el agarre que ella prefiriera. Y, cada vez que la utilizara para matar por primera vez, añadiría un pequeño trofeo a la lanza —una pluma, una escama, un colmillo o un hueso diminuto — para aumentar su fuerza.

Pero él había insistido en colocar y asegurar la punta de la lanza. Pronto le enseñaría cómo hacerlo, la haría practicar hasta que lo perfeccionara, pero su primera arma tenía que ser duradera. Tenía que ser fiable. Ketahn tenía que saber que no fallaría a la primera estocada.

Una vez terminado su trabajo, centró toda su atención en Ivy. Su pelo brillaba como hebras de oro pálido a la luz del sol, rodeando su cabeza con un resplandor de otro mundo. Observó cómo se movían los músculos bajo su piel mientras ella sacaba otra semilla de la fruta, se la llevaba a la boca y la deslizaba entre sus labios carnosos y rosados.

Al igual que estaba unido a su hermana de cría y a sus amigos, Ketahn estaba unido a Ivy. La conexión que compartían era más profunda que los túneles de Takarahl, más poderosa que una tormenta furiosa y más misteriosa que los espíritus que habitan en los lugares más oscuros de la jungla. Era amistad, sí... pero no se parecía a ninguna amistad que hubiera tenido antes.

Disfrutaba del tiempo que pasaba con ella. Disfrutaba manteniéndola. Y disfrutaba aprendiendo sobre ella, aunque gran parte de su vida antes de despertar de lo que ella llamaba

una *criocámara* había implicado cosas que él no entendía. La vida que había compartido con Ivy hasta entonces había sido satisfactoria, enriquecedora y... feliz.

Y no podía negar que gran parte de lo que hacía por ella era lo que cualquier macho vrix haría por su compañera.

Al pensar en ello, sus ojos se desviaron, recorriendo el cuerpo de ella. En los siete días transcurridos desde que ella había sido atacada por el unac cerca del arroyo, él había pensado a menudo en aquel día. Ivy le había preguntado varias veces más por la *nave*, le había pedido que la llevara hasta ella, había intentado explicárselo una y otra vez, pero él la había rechazado todas las veces. La única diferencia era que ambos habían mantenido la calma durante aquellos intercambios, aunque él se daba cuenta de que ella estaba lejos de rendirse.

Pero sus recuerdos siempre se centraban en las secuelas de aquel ataque, no en la causa de la discusión que lo había precedido. Pensó en cuando la había limpiado y atendido, pensó en lo que ella le había dicho, en la forma en que había reaccionado. De algún modo, había evitado volver a tocarle los pechos, aunque se había dado cuenta más que nunca cuando sus pezones se endurecieron y se clavaron en la tela raída de la camiseta. Ya le habían intrigado antes, pero después de oír que le producían placer al tocarlos...

Lo único que deseaba era pasar las manos sobre ellos, acariciar aquellos pezones con los dedos y ver cómo se tensaban. Quería explorar todo su cuerpo con las yemas de los dedos y descubrir todos los puntos que le daban placer, todos los puntos que provocaban una reacción en ella. Quería saber qué tacto le abriría su abertura y produciría la embriagadora fragancia de su lujuria.

Pero Ivy no era una vrix. No podía ser su compañera.

Había pensado en eso durante mucho tiempo, pero era un hilo que se deshilachaba: cada día que pasaba era más fino, más débil, y el hecho de que Ivy fuera humana importaba un poco menos. Las diferencias entre ellos parecían un obstáculo cada vez menor. Él había visto su abertura, que ella llamaba *coño*, la había visto abierta, la había visto brillar con su rocío. Encajarían juntos. Estaba seguro.

Cada día que pasaba, su certeza de que ella no podía ser su compañera se debilitaba.

Con un resoplido, Ketahn se levantó de su lugar contra la pared y cruzó la guarida hacia Ivy.

Ella le miró y sonrió.

—¿Todo listo?

—Sí —dijo él mientras se acomodaba a su lado—. Tendrás que trabajar más en él, pero solo un poco.

Ivy sacó unas cuantas semillas de la cáscara y se las tendió.

—Gracias.

Cogió las semillas con la palma de la mano y se las metió todas en la boca a la vez. La explosión de jugo sobre su lengua fue aún más dulce sabiendo que ella había recogido la fruta y la había compartido con él. Una vez hubo tragado, extendió la lengua para lamer un poco del jugo que le había caído por la comisura de los labios y le señaló la pierna.

—Es hora de volver a curarte los cortes.

Ella giró el cuerpo hacia él y extendió la pierna vendada hacia la mano de él.

Ketahn desató las tiras de seda y las retiró. Estaban limpias, como lo habían estado durante los últimos días, una buena señal, ya que no se le habían reabierto las heridas. Apartó las tiras, le levantó la pierna con cuidado y se inclinó para inspeccionar los cortes.

Ivy movió los dedos de los pies y, cuando le miró a la cara, le sonrió.

—Aún siento los dedos de los pies.

Él le gruñó con fingida irritación y sacudió la cabeza.

—No tiene gracia, Ivy.

Después de ocuparse del unac aquel día, apenas acababan de comerse el último trozo de carne de esa mañana, Ivy le había hablado de las enfermedades humanas. De lo que ella llamaba infecciones. Le había hablado de las heridas que hacen que la gente se pudra por dentro, de que incluso un pequeño corte es suficiente para matar a un humano en las circunstancias apropiadas.

Lo mismo ocurría con los vrix, pero los humanos parecían mucho más pequeños y frágiles. Mucho más propensos a morir.

Había hablado de humanos que perdían la sensibilidad en las extremidades a causa de esas heridas, algo que Ketahn no quería ni pensar que pudiera ocurrirle a Ivy. Y hacía solo dos días le había dicho que no podía mover ni el pie ni los dedos. Alarmado, había empezado a rebuscar entre sus pertenencias, buscando desesperadamente algo, cualquier cosa que pudiera ayudarla... hasta que había oído su risa. Al principio no había entendido su humor, ya que no estaba implícito en su tono, y su enfado al descubrir que lo había dicho en broma le había dado motivos para reírse con ganas.

Se había tranquilizado un poco cuando ella le había explicado que le habían dado una especie de medicina que hacía que su cuerpo fuera mucho más capaz de resistir la enfermedad. Había afirmado que probablemente habría muerto tras comer la raíz de colmillo dulce de no ser por esa medicina. Ketahn había agradecido aquella información, aunque una parte de él insistía en que algo así no era posible en el reino de los vivos.

Ivy soltó una risita.

—Venga ya. Sabes que es divertido. Seguro que quieres reírte.

—Tengo tu pierna en mi poder —le deslizó la yema de un dedo por la planta del pie— y sé cómo hacerte reír contra tu voluntad.

Ella chilló y estuvo a punto de arrancarle el pie de su agarre en su intento de escapar de él.

—¡Ketahn, no!

Su piel era tan sensible y ella respondía tan fácilmente a sus caricias que a él le costó mucho ceder, sobre todo porque su deseo de tocarla en otra parte se intensificó. No podría resistirse eternamente; su autocontrol acabaría derrumbándose y no podría hacer otra cosa que someterse a sus deseos, ceder al frenesí del apareamiento.

De momento, resistiría. Era lo único que podía hacer.

Retiró el dedo de su pie y volvió a fijarse en sus cortes. Parecían curarse bien. La decoloración que Ivy había llamado hematoma casi había desaparecido, y la carne alrededor de las heridas ya no parecía hinchada ni irritada. Todos los cortes tenían una costra que, según Ivy, protegía la carne que se estaba curando.

Aunque sabía que no debía tentarse a sí mismo, rozó delicadamente con un pulgar la piel pálida e intacta que había a un lado de los cortes, maravillándose de su suavidad, su tersura, y su calor impregnado de sol.

—¿Cómo te sientes?

Ivy dejó la cáscara de semilla dulce en el suelo.

—Está un poco sensible y aún la noto tirante cuando la muevo, pero no me duele.

Ketahn asintió, mirando el pulgar de su garra contra su piel. Lo detuvo, dándole un suave apretón en el costado de la pierna.

—No es necesario vendarla mientras estemos aquí.

—De acuerdo, Doctor Ketahn.

Ketahn carraspeó. Desde que ella le había explicado lo que era un médico, le había parecido

divertido pensar en sí mismo como tal, aunque esa diversión se desvanecería si se detuviera a considerar cuanto más daño que curación había hecho en su vida. Se obligó a retroceder y elevar su mirada hacia la de ella, intentando ignorar el tentador cuerpo que recorría en su viaje.

—¿Qué planeas que hagamos hoy? —preguntó Ivy, reclinándose sobre los codos e inclinando la cabeza—. ¿O vamos a pasar un día de pereza en el nido?

—No es pereza si estamos descansando —dijo Ketahn.

Ivy levantó el otro pie y le pinchó en el pecho con el dedo gordo.

—Me gusta cómo piensas.

Él cogió el pie con una mano y le sonrió. Agarrándola por las dos piernas, podía arrastrarla más fácilmente, podía estrecharla contra él y abrazarla como había hecho durante las noches, podía seguir explorando su cuerpo o podía deslizar las manos por aquellas piernas, abrirlas más y arrancar la tela que cubría su pelvis para contemplar los pétalos de su abertura.

Sus manos se tensaron, ansiosas por satisfacer aquellos deseos, pero el agudo sonido de la madera al crujir procedente de algún lugar del exterior le hizo callar.

Ivy se sobresaltó, con los ojos muy abiertos.

—Eso ha sonado cerca —susurró.

Ketahn asintió. Despacio y en silencio, se acercó para agarrar la tela que solía colgar de la abertura de la guarida y la colocó en su sitio. Seguía confiando en que nada más pudiera entrar en la guarida, pero era mejor evitar que se notara por completo.

—¿Ketahn? —llamó alguien desde abajo con una voz que le resultaba familiar: la voz de Ahnset. Le resultaba extraño oírlo entre los árboles en lugar de resonar en las paredes de piedra, pero, sobre todo, era alarmante.

Confiaba en Ahnset más que en nadie, y por eso era la única otra vrix que conocía la ubicación de su guarida, pero no estaba dispuesto a confiar a Ivy ni siquiera en su hermana de cría. Ahnset era fiable, honesta y cariñosa, pero también estaba obligada a servir a la voluntad de la reina... y Ketahn tenía pocas dudas sobre cuál sería la voluntad de la reina respecto a su humana.

—¿Ketahn? —repitió Ahnset—. Si estás ahí, sal. Antes derribaría tu guarida que subir hasta allí.

Ketahn soltó las piernas de Ivy y, sin dejar de moverse con cuidado, se inclinó hacia ella para estrecharle la mejilla con la mano.

—Debo irme. Quédate quieta, en silencio y oculta. Estás a salvo —dijo en voz baja.

Ivy apoyó la palma de la mano en el pecho de él mientras buscaba sus ojos. Asintió con la cabeza.

Él movió la mano, alisándole el pelo y peinándole con las garras las hebras doradas. ¿Cómo podía ser tan reacio a dejarla? Ahí fuera solo estaba Ahnset, y la guarida estaba a la vista.

Pero conocía al menos parte de la causa de su indecisión. Ahnset solo había venido aquí unas pocas veces en los últimos siete años, y cada vez se había debido a alguna circunstancia extrema. No tenía tiempo ni gozaba de libertad para visitarla por el placer de la compañía de Ketahn.

—He visto moverse la tela, Ketahn —llamó Ahnset—. Voy a *subir*.

A pesar de la presencia de Ahnset, Ketahn castañeó. Su mano permaneció sobre Ivy un latido más antes de levantarse y guiarla lejos de la abertura. Ella se arrastró hacia atrás, poniéndose de rodillas una vez que estuvo a salvo.

Aunque una pizca de inquietud arrugaba su ceño, parecía firme, tranquila. Su confianza le animó; ella estaría bien. Los dos estarían bien.

Ketahn apartó la tela y asomó la cabeza. Ahnset estaba de pie sobre una gruesa rama veinte

segmentos más abajo, mirando al nido con sus adornos dorados brillando en los rayos de luz solar.

—Tus amenazas no me asustan, hermana de cría —dijo—. Ambos sabemos que no puedes subir.

Ella chasqueó las mandíbulas.

—Pero sí dije que derribaría tu guarida. Intentar trepar hasta ella sería una forma más simple de hacerlo.

—Pocas veces me quejé cuando rompías mi tejido cuando éramos crías —Ketahn salió del nido, arrastrando una de sus patas traseras hasta acariciar la rodilla de Ivy—, pero no permitiré que destruyas mi hogar.

El dulce y exótico aroma de Ivy se aferró a los finos pelos de su pierna, un emocionante recordatorio de lo que tenía que proteger. Afortunadamente, la sorpresa de la llegada de Ahnset había bastado para alejarlo de los deseos que habían estado a punto de consumirlo hacía solo unos instantes.

Ahnset carraspeó.

—Siempre tendrás un hogar en Takarahl.

Ketahn siseó despectivamente mientras cruzaba la red, recorriéndola con la mayor rapidez y suavidad posibles. Tras descolgarse por un árbol y recorrer un par de ramas que se entrecruzaban, estaba frente a Ahnset, y cualquier comentario molesto que hubiera podido hacer sobre vivir en la ciudad había muerto mucho antes de que pudiera darle voz.

Ahnset se acercó y ambos inclinaron sus frentes. Ketahn enganchó sus patas delanteras alrededor de las de ella y respiró lentamente. Su aroma familiar era relajante, pero él solo quería más de la fragancia de Ivy.

—¿Pensabas evitarme? —preguntó Ahnset.

Solo ahora que tenía las mandíbulas tan cerca, se dio cuenta de que la banda dorada que rodeaba la derecha era nueva.

—Nunca, hermana de cría.

Se apartó de él y se irguió para mirarle con esa severa postura de Colmillo de la Reina.

Ketahn solamente pudo castañear de nuevo.

—¿Estamos aquí como Colmillo y un cazador común, o como hermanos de cría?

—El deber dicta que debe ser lo primero —dijo. Sus hombros se relajaron y sus mandíbulas cayeron—. Sin embargo, he venido solo como tu hermana de cría. Me temo que no lo crearás muy pronto, pero es cierto.

A Ketahn se le retorcieron las entrañas y luchó contra el impulso de volver a mirar hacia su guarida. El único deber al que estaba obligado en aquel momento era su deber para con Ivy: mantenerla, enseñarle, y protegerla. Ocultarla. Ella era para él y para nadie más, y se negaba a correr el más mínimo riesgo de revelarla.

Así que ladeó la cabeza, entrecerró los ojos e ignoró la sensación de calor y picor que le recorría la espalda y le suplicaba que se diera la vuelta.

—Si dices que es verdad, lo creo. ¿Qué terrible asunto te ha traído aquí, Ahnset?

Sus ojos se suavizaron y soltó un silbido cansado. Se agachó hasta quedar de nuevo a la altura de sus ojos.

—Mi preocupación por mi hermano de cría, a quien no le gustará lo que voy a decirle.

—Se trata de ella.

Cuando aquellas palabras salieron de su boca, Ketahn se sintió de repente frío y hueco, un cambio radical respecto a cómo se había sentido unos latidos antes.

Ahnset raspó la corteza con la punta de la pata delantera.

—Sí.

Ketahn cerró las manos en puños, las apretó con fuerza y las relajó. Repitió aquellos movimientos varias veces antes de volver a hablar.

—Entonces no hace falta que digas nada más. Podemos ser simplemente hermanos de cría y actuar como si no existiera nada más que nosotros dos y la Maraña.

No es que Ketahn fuese capaz de conseguirlo, no podía olvidar a Ivy. Solo de pensarlo se ponía enfermo.

Ahnset carraspeó suavemente, casi con tristeza, y chocó su pata delantera contra la de él.

—Hay veces que desearía que eso fuera cierto, Ketahn. Pero sabemos que no puede serlo, y la Maraña no puede ocultarnos de nuestros deberes.

Inspiró profundamente, más consciente de la ausencia del aroma de Ivy que de los olores que había en el aire, Ketahn hundió la barbilla e indicó a Ahnset que hablara.

Sus mandíbulas se crisparon y sus finos pelos se erizaron durante el espacio de un latido.

—No es ningún secreto que la reina te quiere como su pareja. Ya se ha corrido la voz por todo Takarahl. Sé que hace tiempo que la rechazas, pero...

La respiración de Ketahn se entrecortó en sus pulmones, creando una inmensa presión en su pecho. Podría haber esperado esto de casi cualquier otra persona, y no habría tenido sentido para él, pero de Ahnset...

Ella se encontró con su mirada y la sostuvo.

—Deberías aceptarla como compañera.

Apoyó el peso en las patas delanteras para mantenerlas en el suelo, pues no estaba dispuesto a expresar tanta rabia y agresividad a su hermana de cría, a pesar del caos que reinaba en su interior.

—Me conoces desde que salimos del cascarón, Ahnset —dijo, con voz mesurada, pero tensa—, y aunque nuestros caminos se separaron hace tiempo, aún me conoces. Entonces, ¿por qué? ¿Por qué has venido hasta aquí para decirme eso?

—Porque no deseo verte sufrir —dijo, inclinándose más cerca, aplastando sus patas delanteras contra los costados de las de él—. Tu resistencia en esto, Ketahn, es...

—¿Tonta? —gruñó él.

—A su manera, sí —dijo ella con suavidad—. Sin embargo, no eres ningún tonto, hermano de cría. ¿A qué macho no le gustaría tener la oportunidad de aparearse con nuestra reina?

—Cualquier macho menos Durax —espetó Ketahn, apartándose de Ahnset—. Algunos de los machos que ha llevado a su guarida llevan las cicatrices de sus atenciones hasta el día de hoy.

—Ninguno de ellos eres tú —dijo dando un pisotón en la rama, produciendo un golpe sordo y enviando un temblor a través de la madera—. No hay vrix en Takarahl que hagan tan buena pareja como tú y nuestra reina. Vuestras crías no tendrían rival, y vuestro legado perduraría para siempre.

—¿Eso debería preocuparme, Ahnset? ¿Cuándo he mostrado interés en ser padre de una prole? ¿Y de qué me sirve un legado?

—Sería por el honor de nuestra madre y de nuestro padre —respondió Ahnset en voz baja.

—Por los Ocho, Ahnset —dijo Ketahn, con voz grave—, ambos hemos hecho mucho para honrar a nuestra madre y a nuestro padre. Mi apareamiento con Zurvashi no lo hará.

—¿Cómo que no lo hará? —Ella se enderezó, elevándose a su altura completa—. Zurvashi es la reina. No hay mayor honor para un macho que convertirse en su pareja y ser el padre de sus crías. Y además de reina, es fuerte, astuta y audaz. Una guerrera sin rival. Ha convertido a

Takarah! en una potencia temida en la Maraña. Pocas reinas desde la propia reina Takari han logrado tanto.

Ketahn se apartó de ella, con todos los músculos tensos y el fuego corriendo por sus venas. El picor que sentía bajo la piel persistía, invitándole a mirar hacia arriba, instándole a mirar hacia Ivy, a ir hacia ella. Porque solo con ella había podido olvidar. Solo con ella había podido fingir que todo lo demás había desaparecido, o al menos estaba tan lejos que no importaba.

—Conozco tus conflictos con ella —continuó Ahnset—. He perdido tanto como tú, hermano de cría. Siento el dolor de esas pérdidas tan intensamente como tú.

—Y, sin embargo, sigues sirviéndola.

—Miro hacia el futuro, Ketahn, no hacia el pasado. No podemos desenredar los hilos que el Tejedor ya ha tejido, pero sí podemos influir en lo que está por venir. Podemos asegurarnos de que lo que está por venir sea mejor que lo que ha sido.

—¿Crees que mi apareamiento con Zurvashi mejoraría las cosas?

—Aceptarla... sería por el bien de nuestra ciudad. Por tu propio bien.

Un sonido ahogado y amargo brotó de él. La miró por encima del hombro.

—¿Por mi propio bien?

—Sí. No necesitarías permanecer aquí fuera, y yo no tendría que preocuparme por ti tan a menudo.

Lentamente, se volvió de nuevo hacia ella.

—Sabes que estoy aquí por elección propia, Ahnset.

Ella bajó la barbilla y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Una elección que hiciste por culpa.

—¿Culpa? —Ketahn se adelantó, enderezando las patas delanteras para ponerse a la altura de los ojos de su hermana de cría—. La culpa no me alejó de Takarah!, Ahnset, aunque aún la cargo por cada uno de los vrix asesinados bajo mi mando. *Ella* me echó. Todas las muertes fueron por su culpa.

—Los cráneo-espinas se habrían vuelto más agresivos si ella no hubiera actuado.

—Todos los vrix asesinados en esa guerra murieron por las raíces, Ahnset.

—Raíces medicinales. Para curar.

Ketahn abrió mucho las mandíbulas y siseó.

—¡Para hacer tinte para su maldita tela sangrienta! Para servir a su vanidad. Nuestros amigos, nuestra madre y padre, nuestros hermanos y hermanas. Si no aquí, en la Maraña, en los túneles, cavando más y más profundo sin tiempo para construir soportes porque necesitaba más roca negra para sus guerreros y más oro y gemas para asegurarse de brillar más. O en sus fábricas de seda, porque sus maestros teñidores intentaron perfeccionar su adorado tono y envenenaron a dos docenas de tejedores en el proceso.

Ahnset se mantuvo firme, aunque en sus ojos había surgido un destello de tristeza.

—Zurvashi también luchó. Sangró. Todos tuvimos que sacrificarnos, Ketahn.

—No porque fuera necesario, sino porque ella lo exigió. Porque satisfacía su codicia y su deseo de poder. Su gobierno solo ha traído sufrimiento.

—¿De verdad crees que todo es tan terrible?

Las mandíbulas de Ketahn se hundieron y bajó lentamente a su posición inicial.

—Sí. Siempre has visto las cosas como deberían ser, Ahnset, y no como son.

—No estoy tan ciega como crees. Lo veo. Sé que no es amable; sé que no es desinteresada. Pero Takarah! está seguro gracias a su fuerza.

—Ella provocó esa guerra, Ahnset, y todo fue en vano. El sufrimiento de ahora... es todo en

vano.

Ahnset puso una mano en el hombro de Ketahn.

—Si eso es cierto, hermano de cría, constituye una razón más para aceptar. Como compañero de la reina, podrías cambiar las cosas para todos. No puedes hacer eso siendo un cazador escondido en la jungla.

Aquellas palabras escocían, pero no se permitió mostrarlo. Aunque se pudiera convencer a Zurvashi, Ketahn sabía que el coste de hacerlo sería inmenso, y era probable que convirtiera una sugerencia bienintencionada en algo que solo la beneficiara a ella.

—No puedo cambiar la vida de nadie más que la mía propia. Por eso estoy aquí.

—Te quiere a ti, Ketahn, como no ha querido a nadie más en todos los años en que la he servido.

Ketahn agarró la muñeca de Ahnset y le quitó la mano del hombro.

—Pero yo no la quiero, Ahnset.

Siempre lo supo, incluso antes de que Zurvashi volviera los ojos hacia él. Sí, la reina era fuerte, audaz y segura de sí misma. Era inteligente, llamativa y hermosa. Incluso tenía sentido del humor. Pero esas cualidades siempre se habían visto eclipsadas por otras dos, su insaciable ambición y su crueldad.

Zurvashi no se parecía en nada a Ivy. Ivy era suave, y tierna tanto en su cuerpo como en su comportamiento. Sus ojos eran de un azul más brillante que el cielo en los días más despejados, su pelo era fino como la seda y lustroso como el oro puro. Su risa era alegre y musical, una delicia para los oídos, y su sonrisa eclipsaba al sol.

Pero las diferencias iban mucho más allá de lo físico. El humor de Ivy no tenía nada de la malicia a la que era propensa Zurvashi. Sus bromas eran inocentes y recordaban a Ketahn la forma en que él y sus amigos bromeaban entre sí. Aunque Ivy no era ajena a la ira, nunca la canalizaba hacia la crueldad y el rencor, y tenía la humildad de disculparse cuando sabía que se había equivocado.

¿Cómo podía no admirar la fuerza que había en el fondo de Ivy, su determinación y su fuerza de voluntad? Para Ketahn, Ivy era mucho más impresionante por su perseverancia porque carecía de tamaño y fuerza.

Y él la deseaba. Independientemente de sus diferencias, quería a Ivy. Quería a su pequeña humana.

Tuvo la extraña y repentina sensación de que había ido por la vida enredado en unas telarañas pegajosas que le habían cegado e impedido moverse, y que le acababan de cortar esas telarañas.

Ahnset lo miraba con preocupación en los ojos y movía las mandíbulas de forma errática.

—Estabas en la Caída Lunar cuando me llamó a la guarida de incubación de nuestra madre —dijo—. Estabas justo fuera, Ahnset. Seguro que sabes lo que pasó.

Ella desvió la mirada, con la postura rígida.

—Siempre se ha sabido que tiene mal humor. ¿No lo tenemos todos? Y con el Alto Reclamo tan cerca y una ciudad que gobernar...

—Conoces mis razones, Ahnset. Siempre las has sabido —dijo deslizando la mano hacia la parte inferior de la muñeca de ella y la movió hacia abajo, de modo que sus palmas se tocaron—. Mi respuesta no cambiará.

Pero sus deseos habían cambiado, totalmente ajenos a su voluntad, y no podía ignorarlos.

Su único interés —todo su interés— era Ivy.

Ivy no se había dado cuenta de la lentitud con la que Ketahn le había hablado en su idioma hasta

ahora, mientras permanecía sentada escuchándoles a él y al recién llegado. Pero su dominio del idioma vrix había crecido exponencialmente con el paso de las semanas y, aunque nunca sería capaz de hablarlo bien, entendía gran parte de él.

Este otro vrix, al que Ketahn llamaba Ahnset, intentaba convencerle de que se aparease con la reina.

Acomodándose el pelo humedecido por el sudor de la sien detrás de las orejas, Ivy se puso a cuatro patas y se arrastró lentamente hasta la entrada. Una vez allí, pellizcó una esquina de la tela y la apartó, lo suficiente para asomarse.

Primero vio a Ketahn. Estaba de espaldas a él y mostraba las familiares marcas violetas y blancas a lo largo de la espalda y los miembros posteriores. Y delante de él... Los ojos de Ivy se abrieron de par en par. Ketahn le había parecido grande y monstruoso la primera vez que lo vio, pero el otro vrix era enorme. Parecía un niño comparado con Ahnset. Ivy calculó que Ketahn medía unos dos metros y medio en su posición normal de pie, lo que significaba que Ahnset debía medir al menos tres metros y era mucho más grande.

El cuerpo del recién llegado estaba decorado con cuentas, seda teñida y joyas doradas: pulseras, anillos, brazaletes, broches para el pelo e incluso una pieza para el cuello que parecían bandas de oro apiladas unidas a un grueso soporte de cuero, como una gargantilla sacada de la época medieval. Además, en su cintura llevaba un cinturón ancho del que colgaba una franja de tela que le cubría la pelvis, aunque verlo no habría ayudado necesariamente a Ivy a determinar si la criatura era macho o hembra. A Ketahn no es que le... colgara.

Pero había algunas otras diferencias entre Ketahn y Ahnset, aparte del tamaño, que saltaban inmediatamente a la vista. El vrix más grande solo tenía cuatro patas, aunque eran gruesas y poderosas, y no se veían marcas en ninguna parte de su piel negra.

Ivy no sabía nada de la cultura de los vrix ni de su hogar, Takarahl, pero este vrix parecía importante y también significaba algo para Ketahn.

Ahnset tenía la mano sobre la de Ketahn; con un movimiento de sus dedos podría haberle engullido toda la mano.

—Sabes lo que te espera, Ketahn —dijo Ahnset. Su voz era más ronca, pero tenía un matiz de suavidad, como si de algún modo estuviera en un registro más agudo, aunque Ivy juraba que era ligeramente más grave que la voz de Ketahn. Por extraño que fuera, aquella cualidad parecía... femenina.

¿Este vrix era una mujer?

—Estaré bien, Ahnset —respondió Ketahn.

Ahnset cerró su mano en torno a la de Ketahn.

—No quiero que su ira se vuelva contra ti. No quiero verla hacerte daño, ni ser *kreshan* a hacerte daño yo misma.

—Encontraré la manera de hacerlo, *okari'kija*.

—No tiene por qué ser así. Puedes protegerte si te *sultirin* a ella.

—Nunca me *sultirin* —dijo Ketahn con firmeza.

—No puedo protegerte de la reina, *okari'ojan* —Ahnset bajó la mano y se inclinó, apoyando su cabeza contra la de Ketahn—. No quiero elegir. No me obligues.

—No pretendo que lo hagas —Ketahn rozó con su pata delantera la de Ahnset.

Ivy frunció el ceño y sus dedos apretaron la tela que colgaba. Un calor amargo le subió desde el vientre, oprimiéndole el pecho y la garganta. Las interacciones entre los dos vrix rebosaban familiaridad e intimidad.

Pero, ¿por qué querría una hembra que estaba sexualmente involucrada con Ketahn que este

se aparease con otra? ¿Quizá eran amantes obligados a mantener su relación en secreto ante la reina?

«No hay ningún vrix que anhele tomar como mi nyleea».

Ivy alejó los celos. Ketahn le había dicho que no tenía pareja.

Pero, ¿y si la tuviera?

¿Qué... qué le incumbía a ella? ¿Qué le importaba?

En el fondo, sabía que sí importaba.

—Yo... debo volver a Takarahl —dijo Ahnset, enderezándose y apartándose de Ketahn. Apretó los antebrazos e inclinó la cabeza—. Siento no haber venido por motivos agradables.

—Sea cual sea el motivo, *okari'kija*, siempre me alegro de verte —Ketahn ofreció una reverencia a Ahnset, haciendo un gesto con los brazos que Ivy no pudo ver debido a su posición—. Que los Ocho te vean volver sana y salva.

Ahnset se volvió y empezó a alejarse de él, pero se detuvo tras dar una sola zancada.

—Piénsalo, Ketahn. Si no es por ti, que sea por los que se preocupan por ti.

Cuando Ketahn se levantó de su reverencia, giró la cabeza como si mirara por encima del hombro. Ivy solo vislumbró sus ojos violetas antes de que volviera a mirar hacia delante. No dijo nada más, y Ahnset continuó su camino, sus fuertes pisadas hacían temblar la gran rama.

En cuanto se perdió de vista, Ketahn giró sobre sí mismo y miró directamente al nido.

Ivy dio un grito ahogado y retrocedió, soltando la tela. Y se encogió.

«Quédate quieta, en silencio y oculta».

Una de tres no estaba mal... ¿No?

—Menudo lío me espera —murmuró.

No pasó mucho tiempo antes de que el nido se moviera con ese particular rebote que significaba que Ketahn estaba trepando por la telaraña. Ivy retrocedió para alejarse de la abertura, se sentó con las piernas cruzadas y colocó las manos sobre el regazo, resistiendo el impulso de retorcer la tela de la camiseta.

Las garras rasparon el exterior del nido, acercándose cada vez más, hasta que finalmente la mano de Ketahn se deslizó por la abertura para apartar la tela. La miró con los ojos entrecerrados y la sostuvo mientras entraba en el nido.

Ivy sonrió ampliamente, dirigiéndole una mirada tan inocente como pudo.

—¿Qué tal tu... visita?

Ladeó la cabeza y dejó que la tela volviera a su sitio, oscureciendo el nido lo suficiente para que sus marcas y sus ojos brillaran tenuemente.

—Ella no te ha visto, pero tú no has obedecido.

No creía que fuera un buen momento para explicarle el dicho de que *la curiosidad mató al gato*; estaba segura de que Ketahn no se lo tomaría muy bien. Pero sus palabras confirmaron su sospecha de que el Ahnset era hembra.

—Estaba en silencio —dijo.

Sus ojos permanecieron entrecerrados y sus mandíbulas se movieron ligeramente hacia arriba, *casi* como una sonrisa.

—Pero no estabas quieta, y no estabas oculta.

—Ah. ¿Tenía que hacer las tres cosas? —Ivy chasqueó los dedos—. Bueno, supongo que lo recordaré para la próxima vez.

Ketahn carraspeó y bajó al suelo delante de ella, deslizando una pata hacia delante para rozarle la espinilla.

—Es bueno que pueda haber una próxima vez. Si te hubiera visto... —dijo, sacudiendo la

cabeza.

¿Significaba eso que los demás vrix no serían tan amables como él?

Vale, quizá debería haber escuchado. Si Ketahn estaba preocupado, Ivy también debía estarlo, y debía tomar las precauciones necesarias.

Suspiró.

—Lo siento. Tenía curiosidad —Pasó los dedos sobre la pata que tocaba su espinilla. Aunque estaban cubiertas de la misma piel que el resto de su cuerpo, las patas de Ketahn eran más duras, casi como astas cubiertas de terciopelo, y estaban recubiertas de pelos suaves y finos—. ¿Quién era?

—Ahnset —dijo mientras su mirada se dirigió a la mano de ella—. Ella es mi *okari'kija*.

—No conozco esa palabra.

Apoyó los antebrazos inferiores en las articulaciones de las patas y levantó las manos superiores, pasándolas por encima de la cabecera para peinarle con las garras el pelo largo y suelto.

—Tenemos la misma madre y el mismo padre, y nuestros huevos fueron puestos y eclosionaron al mismo tiempo. Somos el tercer y último *okari* de nuestra madre, su último grupo de huevos.

—¡Oh! ¿Ahnset es tu hermana? ¿*Kija* es hermana?

Ketahn asintió.

—Tal y como dices.

—Pero es tan... *grande*.

—Es una hembra.

Ivy frunció el ceño.

—Entonces, ¿todas vuestras hembras son grandes?

—Sí. Ahnset es una de las más grandes, pero todas están a la par.

—¿Y la reina?

Sus mandíbulas se crisparon y un gruñido débil y frustrado sonó en su pecho—. Ella es la más grande de todas.

Ivy deslizó la mano a lo largo de su pierna, sintiendo el suave vello bajo la palma mientras se acercaba a él.

—¿Por qué te empuja Ahnset a aparearte con la reina?

De nuevo, su atención se desvió hacia la mano de ella.

—Porque no quiere que la reina me haga daño si digo que no.

Frunciendo el ceño, Ivy se colocó justo delante de Ketahn, se apoyó en la curva de su antebrazo y le miró.

—¿Te ha hecho más daño aparte de la última vez?

Ketahn la rodeó con aquel brazo, alisándole el pelo con la mano superior.

—No tienes por qué preocuparte, Ivy. Encontraré la solución.

Ivy bajó la mirada, apoyó las manos en el antebrazo con el que él la había envuelto y le acarició la piel. Unas débiles cicatrices marcaban su piel incluso allí. Sabía que su vida había estado llena de conflictos y luchas, sabía que había cazado y trabajado duro cada día, pero no se había dado cuenta de que estaba aquí para escapar de todo lo que había pasado, ni de que había perdido tanto... y a tantos.

—¿Has sido feliz alguna vez, Ketahn? —le preguntó.

La mano en su pelo se detuvo y él la abrazó con más fuerza.

—Sí —murmuró mientras sus garras volvían a peinarla—. He conocido muchos días felices.

Pero estos últimos ocho días han sido los mejores.

Ivy sonrió y apoyó la cabeza en su pecho.

—Los días que he pasado contigo también son los más felices para mí.

Capítulo Veinte

El estómago de Ivy se revolvió cuando Ketahn se inclinó hacia atrás y subió más alto. Aunque su agarre a él ya podía considerarse un agarre mortal, de algún modo lo apretó aún más, presionándose contra su espalda dura y musculosa. La cuerda de seda atada a sus cinturas los mantendría unidos. Confiaba en ella porque Ketahn confiaba en ella. Pero eso no podía detener sus actos reflejos, sobre todo mientras tenía los ojos vendados y sentía que el mundo giraba y se inclinaba en ángulos salvajes cada pocos segundos.

Si esto duraba mucho más, le dolerían tanto los brazos y las piernas de estar aferrada a él que no podría moverse por la mañana.

No es que su posición actual —sentada sobre las extremidades posteriores de Ketahn como si fuera su poderoso aracno-corcel— fuera mala. Su cuerpo estaba duro por todas partes, pero era cálido, y su piel tenía una flexibilidad que ella apreciaba cada día un poco más. Apoyar la cara contra su espalda y escuchar los latidos de sus corazones era siempre tranquilizador. Podía permitirse prescindir de todas las veces que él empezaba a subir y ella se sentía como en una montaña rusa que se dirigía a una cima imposiblemente empinada.

Su desorientación se habría mitigado quitándose la venda de los ojos, pero Ketahn había insistido en que se la pusiera. Le había dicho que quería enseñarle algo, pero solo quería que mirara cuando la tuviera en el lugar perfecto.

Lo único en lo que tenía que concentrarse era en el tacto de Ketahn y en los sonidos de la jungla que los rodeaba. Se oía el murmullo habitual de las hojas y los reclamos nocturnos de los animales —muchos de los cuales habían adquirido cierta belleza a medida que se hacían más familiares—, pero también había oído correr agua en algún lugar cercano durante los últimos minutos. Ese último sonido parecía aumentar de volumen a medida que Ketahn avanzaba.

—¿Falta mucho? —preguntó Ivy. No era la primera vez.

—Sí —respondió Ketahn. Tampoco era la primera vez.

Se echó a reír, pero un chillido la interrumpió cuando se dejaron caer de repente. Sintió como si el corazón se le hubiera atascado en la garganta. Ivy apretó más la cara contra su espalda y le clavó las uñas en el pecho. Ketahn aterrizó con un fuerte golpe, el impacto lo sacudió y fue directo a Ivy.

—Dios mío, ¿acabamos de caer? —preguntó ella sin aliento.

—Yo... tenía intención de hacerlo —respondió Ketahn.

—Espero de verdad que ese titubeo se deba a que tenías que pensar en la palabra adecuada.

Él respondió con un gruñido de consideración y le acarició suavemente una de las manos antes de seguir avanzando.

Ivy frunció el ceño.

—Eso no me tranquiliza.

Ketahn castañeó.

—No dejaré que te pase nada, Ivy.

Aunque ella sintió que ascendían un poco más, afortunadamente no volvió a inclinarse hacia atrás. Al poco rato, el sonido del agua corriendo se había convertido en un rugido sordo, y en el aire solo se percibía una pizca de niebla fresca.

Ketahn se detuvo y le cubrió las manos con las suyas, acariciándole la piel con uno de los pulgares. Su otro par de manos se posaron sobre las piernas de ella, y él acarició sus palmas de arriba abajo.

—Ya hemos llegado. Pero no mires hasta que yo lo diga.

Su tacto hizo que se le pusiera la piel de gallina y despertó una oleada de calor en su vientre.

—¿Puedo bajar? —preguntó.

Él le soltó las manos y aflojó la cuerda de seda. Al retirarla, la cuerda se aflojó, recorriéndole el muslo y aumentando las sensaciones creadas por su tacto. Ella relajó las piernas y las dejó caer lentamente hasta que colgaron rectas a ambos lados de él. Ketahn bajó lo suficiente para que sus pies descalzos tocaran el suelo. La tierra bajo sus pies era suave, esponjosa y fría. Soltando el agarre mortal que tenía sobre su pecho, se echó hacia atrás sobre sus extremidades inferiores y balanceó una de sus piernas sobre él, girando para deslizarse sobre él y caer al suelo.

Ketahn la agarró del brazo mientras lo hacía, asegurándose de que no perdía el equilibrio. Una vez de pie, le puso otra mano en la cadera y ajustó ligeramente la dirección en la que miraba.

—¿Estás lista? —preguntó en voz baja.

Ivy se estremeció de emoción.

—Sí.

Le acarició la piel con delicadeza mientras le recogía el pelo y se lo pasaba por encima del hombro. Sus hábiles dedos se levantaron para desatarle la venda. Pero no dejó caer la venda, sino que la cogió por los dos extremos y, despacio, *muuuy* despacio, se la quitó. Ivy abrió los ojos. Se le cortó la respiración y se le desorbitaron los ojos.

Lo primero que llamó su atención fue la cascada que había delante. Tenía al menos treinta metros de altura, y el agua brillaba azul y plateada a la luz de la luna mientras caía por varios niveles hasta un amplio estanque en su base. La niebla que se elevaba brillaba como si estuviera llena de polvo de diamantes. A ambos lados del estanque había piedras y una vegetación frondosa.

Por encima, se veía una gran franja de cielo, salpicado de más estrellas de las que jamás había visto y pintado con los púrpuras y azules de las nebulosas lejanas. Dos lunas brillaban una cerca de la otra en medio de aquellas estrellas. La más grande era de un blanco casi puro, solo marcada por toques grises y azules. La otra, mucho más pequeña, brillaba con un tenue color rosa.

La jungla que rodeaba el claro estaba resplandeciente no solo por la luz de la luna, sino por la bioluminiscencia de innumerables plantas: hojas de azules, morados y verdes iridiscentes, y setas y flores que añadían más destellos de colores brillantes. Todo ello, junto con la luz del cielo nocturno, se reflejaba en la ondulante superficie del estanque, que estaba a unos doce metros por debajo de la posición en que se encontraba Ivy.

Un movimiento llamó su atención. Giró la cabeza y vio varios insectos revoloteando cerca. Sus grandes y brillantes alas se parecían a las de las polillas. Las pequeñas criaturas danzaban y

revoloteaban por el aire, juntándose de vez en cuando y girando antes de separarse de nuevo. Cuando Ivy miró a su alrededor, se dio cuenta de que aquellos bichos —y otras criaturas similares— estaban por todas partes, como si se deleitaran con la luz de la luna.

—Ketahn, esto es precioso —dijo Ivy.

—Lo es.

Levantó la vista hacia Ketahn y lo encontró mirándola fijamente, con sus marcas brillando con más intensidad que nunca.

—He tardado mucho en darme cuenta —le pasó un dedo por la mandíbula, deteniéndolo en la barbilla— pero es muy bonito.

Los labios de Ivy se entreabrieron y su corazón se aceleró en respuesta a sus palabras y a aquel contacto emocionante, áspero pero suave. ¿Le estaba diciendo que *ella* era hermosa?

Se acercó más a él y le tocó la mandíbula. Él volvió la cara hacia ella y cerró los ojos. Aunque su rostro no era muy expresivo, ella habría jurado que parecía... contento. Cuando ella deslizó la palma de la mano por el lateral de su cabecera, él abrió aquellos ocho ojos violetas y brillantes y levantó las mandíbulas.

Nunca podría decir que Ketahn era guapo, no según los criterios humanos, pero era llamativo y hermoso por sí solo. Sí, era extraño para ella; eso no podía negarlo, no podía ignorarlo, y no dejaría de ser cierto por muy cómoda que se sintiera a su alrededor. Siempre la haría pensar en una araña. Pero eso no era malo, no la asustaba ni la molestaba. Ya no.

Porque él era Ketahn. Sus ojos eran tan profundos, tan hipnotizadores, tan capaces de transmitir ferocidad e intensidad como compasión y comprensión. Sus manos, con sus largos dedos llenos de garras, podían fácilmente provocar la muerte, pero también podían aliviar el dolor, trabajar los hilos más finos y despertar el placer con cada una de sus caricias. Su pecho era duro e inflexible, más parecido a una armadura que a la carne, pero cuando la rodeaba con sus brazos, era el lugar más cálido y seguro en el que podía estar.

Ivy sonrió y echó la mano hacia atrás hasta que pudo deslizar los dedos por los mechones sueltos y sedosos de su coleta, tirando de ellos hacia delante por encima de su hombro.

—Gracias por traerme aquí.

—Tú me has enseñado, Ivy, que no todos los momentos en la Maraña deben ser una lucha —Ketahn volvió la cabeza hacia la cascada y bajó las mandíbulas—. Cuando terminó la guerra de la reina, a veces venía aquí y pensaba. Era el único lugar que me traía paz... donde el sonido del agua podía acallar a los espíritus del pasado.

Frunció el ceño, estudiándolo en silencio. En cierto modo... Ivy y Ketahn se parecían. Ambos estaban solos, ambos eran forasteros, ambos estaban separados de los lugares que una vez habían llamado hogar. Podía sentir su dolor y su soledad. Ya había perdido mucho, e Ivy se preguntó si ahora también sentiría que perdía a su hermana.

Ivy miró hacia la cascada, pero pronto su mirada se elevó hacia el cielo, donde unas estrellas hermosas y desconocidas brillaban contra las brillantes nebulosas. Por supuesto que comprendía cómo se sentía Ketahn. ¿No había dejado atrás su planeta natal para superar el pasado, para olvidar lo que había perdido?

—Ni siquiera sé en qué dirección mirar si quisiera mirar hacia la Tierra —dijo suavemente—. No sé lo lejos que está, cuánto tiempo ha pasado desde que me fui... —Miró a Ketahn y apoyó las palmas de las manos en su pecho, llamando su atención—. Pero sé que no estoy sola. Y tú tampoco, Ketahn.

Él le cubrió las manos con dos de las suyas y se inclinó, tocándole suavemente la frente con la cabeza.

—Lo sé, Ivy. Gracias.

Tras permanecer así un rato, Ketahn se enderezó y se sentó, dejando caer una mano sobre la cadera de ella para que se sentara con él. Ella se acomodó con naturalidad entre sus patas delanteras, apoyándose en su cuerpo con aquellos cierres rozándole los costados y las caderas.

Con la cabeza apoyada en su pecho, inclinó la cara hacia el cielo.

—Las estrellas son tan diferentes aquí a como son en la Tierra.

Ketahn rodeó a Ivy con la parte inferior de sus brazos, envolviéndola en su calor.

—No puedo pensar en cómo sería otro mundo. O que haya algo más allá de la Maraña. ¿Cómo era tu Tierra, Ivy?

—Algunos lugares son así. Por supuesto, no *exactamente* así, pero sí parecidos. También hay océanos, donde hay agua hasta donde alcanza la vista, y desiertos, que son calurosos, secos y arenosos. También hay montañas, rocas gigantes que suben hasta el cielo, algunas cubiertas de nieve —Le miró con una sonrisa burlona—. Seguro que no sabes lo que es la nieve.

Él negó con la cabeza.

—Cuéntamelo.

—Cae del cielo como la lluvia, pero es más ligera, más suave. Son pequeños copos blancos que cubren el suelo.

—¿Es como... la ceniza de un incendio?

—¡Sí! Excepto que es fría. Muy, muy fría. Y cuando se derrite, se convierte en agua.

Ketahn levantó la vista, ladeando la cabeza.

—Entonces... ¿En tu mundo llueve ceniza que se convierte en agua?

Ella se rio.

—Solo en invierno, cuando las plantas mueren o duermen hasta la primavera, que es cuando todo se despierta y vuelve a crecer. No en todos los sitios hace frío, pero en mi ciudad sí —Se acurrucó más contra él, enrosándole los dedos en los antebrazos—. Nací en Wichita, Kansas, donde todo era muy llano. No teníamos árboles gigantes, cascadas ni montañas. Pero teníamos edificios. Piensa en ellos como en tu nido o... o una cueva, pero hechos con madera, piedra y metal, algunos incluso más altos que cualquiera de estos árboles.

Ivy ni siquiera iba a hablar de coches, ordenadores, hologramas y otras innumerables piezas de tecnología que los humanos utilizaban a diario. Explicar esas cosas sería demasiado difícil, y no era como si Ketahn fuera a ver alguna vez nada de eso. En realidad, nada de eso importaba ya.

—Takarahl tiene forma de piedra bajo el suelo —dijo Ketahn—, y se dice que los vrix de otros lugares han hecho *usilika* de piedra que se alzan en la jungla, pero ninguna tan grande como la que tú dices. Debéis de haber vivido entre muchos humanos para tener guaridas tan grandes.

—No, en realidad no. La mayoría de esos lugares se usaban para trabajar o se dividían en apartamentos. Guaridas... más pequeñas. Yo no vivía en ellas.

—Háblame de tu guarida terrestre, Ivy. Tu madre y tu padre, tus hermanos y hermanas de cría. ¿Cuántas crías incubó tu madre?

Ivy se rio.

—Los humanos no ponen huevos, Ketahn. Y normalmente es solo una cría cada vez, pero a veces pueden ser dos o tres, o incluso más, pero eso es poco habitual —Le cogió una mano y se la puso sobre el vientre—. Llevamos aquí a nuestros bebés durante nueve meses, mientras crecen dentro de nosotras.

Su mano se flexionó y un rumor pensativo sonó en su pecho, palpitando en Ivy.

—Hay criaturas en la jungla que hacen lo mismo.

—En cuanto a mi familia... —Ella frunció el ceño y volvió a sentir aquella familiar opresión en el pecho—. Ya no tengo. Tenía un hermano catorce años mayor que yo, así que nunca llegué a conocerlo, y mi madre y mi padre... No me planearon ni me quisieron. Creo que simplemente se sintieron obligados a cuidarme y, cuando miro atrás, no sé si alguna vez me quisieron de verdad. Y cuando acabé enfadándoles y decepcionándoles de mayor, lo vieron como una forma de librarse de mí por fin. Ya no era su responsabilidad.

Ketahn guardó silencio durante un rato, el suficiente como para que ella se preguntara si había utilizado demasiadas palabras que él no entendía. Cuando por fin habló, su pregunta la pilló completamente desprevenida.

—¿Has buscado un compañero?

Ivy apretó con fuerza el brazo de Ketahn.

—Hubo un hombre que me pretendió.

Él se puso rígido a su alrededor, y su mano se aferró posesivamente a su estómago. Incluso sus cierres se enroscaron alrededor de su cintura por detrás.

—¿Le aceptaste?

—Sí. Él... él fue la razón por la que enfadé a mis padres. Dijo que me quería y yo le creí. Siempre parecía decir lo correcto. Siempre decía las palabras adecuadas. Pensé que me quería tanto como yo había pensado que le quería a él. Pero únicamente me usó y me tiró.

Ketahn gruñó.

—Las palabras correctas no importan si un macho no hace las cosas correctas. No era digno de ti —Cogió su barbilla con la mano e inclinó su rostro hacia el suyo— Eres digna de mucho más de lo que un macho como él podría ofrecerte, Ivy.

Ella sonrió y la opresión que sentía en el pecho se desvaneció.

—No, no era digno. Tardé mucho tiempo en darme cuenta. Que yo merecía algo mejor —Ivy miró hacia la cascada. Una vez más, una sensación de paz se apoderó de ella y dejó que su cabeza se inclinara hacia Ketahn, disfrutando de la sensación de sus garras acariciándole el pelo.

—Cuando era joven —continuó—, siempre soñé con encontrar a un hombre que me amara por completo, que me conquistara y me sacara de la vida solitaria que había conocido. Un hombre con el que algún día me casaría. Me pondría el vestido de novia blanco más bonito y celebraríamos la ceremonia más hermosa en primavera, rodeados de un millón de flores. Pero eso nunca ocurrió. Después de aquel tipo, me esforcé durante varios años, y entonces me uní a la Iniciativa Mundo-Hogar para poder empezar de nuevo. Quería participar en esta nueva gran aventura, ir a un nuevo mundo donde pudiera empezar una nueva vida, un mundo donde mi pasado no importase.

Ivy bajó la mirada, se agarró el dobladillo de su desgastada y descolorida camiseta y se echó a reír.

—Bueno, ya no puedo decir que vista de blanco, pero sin duda estoy en un mundo nuevo y extraño donde mi pasado no importa.

—¿Qué es *casarse*, Ivy? —preguntó Ketahn.

Ivy levantó la vista y lo encontró mirándola fijamente.

—Para los humanos, es cuando dos personas que se aman establecen un vínculo mediante el intercambio de votos y anillos. Se convierten en compañeros.

—¿Y un *vestido de novia*?

—Un vestido de novia es... Es... Toma, deja que te lo enseñe —Le quitó suavemente los brazos de encima y se separó de sus cierres para poder ponerse de pie. Se dirigió a un arbusto cercano con grandes hojas, cada una de las cuales era al menos tan larga como su brazo. Rompió

varias por el tallo y las enrolló en la cintura de sus pantalones cortos hasta formar una falda rudimentaria, y luego cogió una hoja más antes de volver junto a Ketahn—. Un vestido es como mi camiseta, pero en vez de terminar aquí —tocó el dobladillo de la camiseta con el lateral de la mano y lo dejó caer hasta las rodillas—, son más largos. Y un *vestido de novia* está hecho de un material más fino... ¡Cómo la seda! Y tendría la tela transparente como la que llevaba tu hermana. Pero los vestidos de novia son blancos. Y a veces vienen con un largo velo —Se colocó la hoja sobrante sobre la cabeza y le sonrió—. ¿Te gusta?

Ketahn se levantó lentamente, desplegando sus largas patas y alzando su poderoso cuerpo con una gracia fascinante. Recortó la distancia que los separaba en un par de largas zancadas. Ivy no se resistió cuando le arrancó la hoja de la cabeza, girándola en su mano para examinarla.

—Me gustaría verte vestida de seda —Dejó caer la hoja y le cogió la parte inferior de la mandíbula, inclinando la cara hacia él mientras le cogía las caderas entre las dos manos—. Te vestiré con *mi* seda.

El calor inundó a Ivy y algo se agitó en su vientre. Ketahn no era atractivo para los estándares humanos, pero eso no impidió que su cuerpo reaccionara ante él. Se alzaba sobre ella, como una fuerza dominante, cargando el aire de cruda lujuria y envolviéndola en su presencia, posesiva y reverente a partes iguales.

En aquel momento, Ivy supo que se pondría cualquier cosa que él le pidiera, aunque eso significara no ponerse nada, solo para volver a sentir su calor.

Capítulo Veintiuno

Encorvado sobre la mesa de trabajo, Ketahn volvió a pasar con cuidado la fina aguja de hueso por la tela. Desde que lo obligaron a combatir durante la guerra de Zurvashi, no había tejido ni cosido nada tan intrincado como esto. Aquel tejido era sin duda el mejor de su vida. Pero era la forma, la costura, lo que determinaría su éxito final.

Sujetó la costura con la punta de una garra y ató el hilo, asegurándose de que quedaba lo más firme posible.

Con delicadeza, arrancó la tela, suspendiéndola de sus esquinas. La seda era de un blanco puro, pero tenía un brillo particular que le daba la ilusión de ser transparente. Los pliegues y el corte de la tela no se parecían a nada que hubiera visto llevar a los vrix, y eso era aún mejor, porque Ivy no se parecía a ningún vrix.

No estaba pensada para llevarla sobre la cabeza o los hombros, ni para colgarla de un cinturón. Era un *vestido*, y era únicamente para Ivy.

Rozó con el pulgar los sencillos dibujos con los que había adornado la tela; imitaban la red que sostenía su guarida.

Ivy no era una vrix, pero ¿por qué no iba a ir vestida de seda? ¿Por qué su piel no iba a ser acariciada por la tela más fina que pudieran tejer las manos vrix? Era una criatura ligera y delicada. Mejor la seda de Ketahn que la ropa hecha jirones que llevaba desde que él la había sacado del foso.

Deslizó las manos inferiores bajo la parte inferior de lo que ella había llamado *falda*, deslizándolas lentamente hacia arriba hasta llegar a la cintura del vestido, donde la tela se ceñía más. Curvando los dedos, juntó las puntas de las garras, formando un óvalo rugoso con las manos. Esperaba que fuera la talla adecuada; había tomado todas las medidas recordando las partes del cuerpo de Ivy comparadas con las suyas.

Estaría preciosa con este vestido, sobre todo con su larga melena dorada suelta alrededor de los hombros. Esperaba que se ajustara bien al contorno de sus caderas, que no le oprimiera demasiado los pechos, que le resultara cómodo.

Su entusiasmo por hacerle este regalo había superado incluso su aversión por Takarahl. Hacía años que Ketahn no estaba tan inspirado, al menos, pero lo más seguro era que nunca lo hubiera estado tanto en toda su vida.

Y esta tela era perfecta para Ivy. A pesar de parecer fina y delicada, era resistente y duradera. Al igual que su pequeña humana, era mucho más fuerte de lo que parecía.

Utilizando las cuatro manos, intentó rellenar el vestido como si ella lo llevara puesto, pero sabía que eso nunca se acercaría a la realidad. Si salía pronto, podría llegar a la guarida un poco

después del anochecer, y podría ver a Ivy con este vestido bajo la luz de las lunas. Aunque, para ser sincero consigo mismo, incluso esa era una espera demasiado larga.

Ketahn dejó el vestido sobre la losa de trabajo y se puso de nuevo manos a la obra con aguja e hilo para completar la última tira del patrón de telaraña, trabajando con cuidado y precisión a pesar de su impaciencia... A pesar del torrente de pensamientos y emociones que habían amenazado con inundar su mente desde que había partido hacia Takarahl en mitad de la noche.

Sus pensamientos en los días posteriores a su viaje a la cascada habían sido... intensos. Aunque no había entendido todo lo que Ivy le había dicho, había extraído de sus palabras un significado más que suficiente para sentir que él y ella estaban conectados de un modo que nunca habría imaginado. Por los Ocho, entendía su deseo de cambio, de escapar del pasado. Entendía su anhelo de algo nuevo.

¿Era una tontería creer que él e Ivy eran, el uno para el otro, ese algo nuevo que ambos anhelaban?

Un pensamiento había aflorado a la superficie de su mente repetidamente estos últimos días: nunca había deseado una compañera. *Deseado*.

Eso ya no era así, y no tenía nada que ver con Zurvashi.

¿Qué diferencia había entre los humanos y los vrix? Ivy era suya. Sería su compañera, su *nyleea*.

No pretendía darle otra opción que no fuera la aceptación. Si aún no se había dado cuenta, Ketahn demostraría a Ivy que él era el único macho digno de ella en este mundo o en cualquier otro.

Algo más había ocurrido durante aquellos días, algo que no había sido capaz de explicar, algo que solo había intensificado su deseo por Ivy. Su olor se había hecho más fuerte, más intenso, más dulce. Aunque era similar a la fragancia de su excitación, era diferente... y, a su manera, había sido más enloquecedor, penetrando directamente hasta sus instintos más profundos y desafiando constantemente su ya frágil autocontrol.

Aquello estaba superando rápidamente el mero deseo de aparearse y se estaba convirtiendo en una *necesidad*.

Hoy había salido de la guarida por dos motivos: entregar carne y hacerle un vestido. Pero no podía negar que escapar del olor cada vez más potente de Ivy era una bendición. Aunque incluso ahora ansiaba llenarse los pulmones con ella, el tiempo que había pasado fuera le había permitido recuperar un poco la lucidez. Eso era bueno. No quería asustarla cayendo en un frenesí, pero tampoco quería hacerle daño. Por pequeña y frágil que fuera, no parecía probable que saliera ilesa del apareamiento, aunque él no estuviera en un estado de frenesí.

Otro día más en su guarida, sin dejar de respirarla, habría destrozado su determinación.

Ketahn dio la última puntada, la ató y cortó el hilo. Recogió la aguja y pasó las manos sobre el vestido, alisando la tela. Era imposible no ver la piel pálida y suave de Ivy en su mente mientras lo hacía, imposible no imaginar aquella seda deslizándose sobre las curvas de sus pechos, asentándose sobre sus caderas, rozándolas...

Un sonido en el túnel exterior de la guarida captó su atención, lo bastante diferente del eco de las conversaciones y del ruido de los artesanos trabajando: un susurro de movimiento, de unas patas que se deslizaban sobre la piedra. Miró por encima del hombro hacia la entrada de la guarida.

La seda que colgaba en la entrada se hizo a un lado. Ketahn dobló rápidamente el vestido para ocultar su forma mientras Rekosh se deslizaba en la guarida, la tela volviendo a caer en su sitio tras él.

Rekosh ladeó la cabeza, con las mandíbulas cerrándose lentamente.

—Me deben de haber picado, o estoy ante un espíritu. El auténtico Ketahn se habría marchado hace mucho.

Ketahn carraspeó y se volvió hacia Rekosh, apoyando las manos en la losa de trabajo y protegiendo el vestido con el cuerpo.

—Quizá lo hizo, y yo no soy más que un reflejo de tu soledad, Rekosh.

—¿Soledad? —Rekosh resopló y se dirigió hacia su pila de pieles y seda, levantándose la faja cargada de herramientas mientras avanzaba—. Hablo con más vrix en un día de los que se pueden contar.

—Soy consciente. Y seguro que comparten muchos susurros. Pero no es lo mismo, ¿verdad?

—Así que tú eres el verdadero Ketahn —dijo Rekosh con un castañeteo—, solo él busca atravesar tan profundamente con cada estocada.

—Tú muerdes, yo pincho. ¿No ha sido siempre así?

Rekosh sacó su cuchillo de roca negra de la bolsa antes de colocar la faja sobre un estante de piedra tallada. Se acercó con una mano a un cesto cercano, levantó la tapa y extrajo de su interior un trozo de fruta flor de luna.

—¿Alguna vez te he tratado con algo que no sea el mayor respeto y admiración, amigo mío?

Las mandíbulas de Ketahn se movieron hacia arriba, pero las detuvo antes de que pudieran elevarse más de un dedo; había estado a punto de sonreír. Las sonrisas eran solo para Ivy. Los demás vrix no lo entenderían.

—Sí. Casi siempre que hemos hablado.

—Me conoces casi tan bien como tu hermana de cría —Rekosh abrió la gruesa piel de la fruta con el cuchillo.

—Ahnset sí que te conoce bien. Por eso te evita, Rekosh.

—No lo niego —Cortando una porción de la fruta, Rekosh se la llevó a la boca, la atrapó entre los dientes y arrancó la suave carne de la corteza—. Quizá debería abrazar mi soledad, como has hecho tú, e irme a vivir a algún lodazal de la Maraña.

—Ten cuidado, Rekosh. Puede que la idea de una vida así te resulte demasiado atractiva como para resistirte, si te lo planteas durante mucho tiempo.

Rekosh cortó otra pieza de fruta y se la metió en la boca, mirando a Ketahn mientras lo hacía. Cruzó los brazos sobre el abdomen y apoyó un hombro en la pared.

—¿Qué es lo que te ha hecho regresar hoy de tu exilio, Ketahn?

Los dedos de Ketahn se curvaron y sus garras rasparon la piedra. Si no se lo había dicho a Ahnset cuando estaba a veinte segmentos de Ivy, tampoco se lo iba a decir ahora a Rekosh, pero... no le gustaba ocultar información a sus amigos y a su hermana de cría. Parecía mancillar la confianza que habían construido entre ellos a lo largo de sus vidas.

—Simplemente, sentí el impulso de tejer.

—Ah, lo entiendo —Rekosh se llevó a la boca la fruta flor de luna que le quedaba y la apretó, obligando a la fruta a separarse de la corteza y caer en su garganta. Una vez hecho esto, alargó su lengua roja, lamió el jugo que le quedaba en la boca y tiró la cáscara vacía a una papelera que había cerca de la entrada—. Eso sería bastante comprensible si hablara con cualquier otra persona.

Ketahn entrecerró los ojos, conteniendo una oleada de tensión.

—¿Qué quieres decir, Rekosh?

—Hace años que no tocas un telar, Ketahn, y hace casi el mismo tiempo que no entras en Takarahl por tu propia voluntad —Rekosh cogió un trozo de seda del estante y lo utilizó para

secarse la mano y limpiar la hoja de su cuchillo—. Entonces, ¿por qué iba a creer que esta mañana te presentaste en mi guarida antes del ocaso y pediste usar mis herramientas solo porque sentiste un repentino deseo de tejer?

Levantando un brazo, Ketahn se pasó las garras por el pelo hasta que se encontraron con la cinta que mantenía los mechones recogidos. Deseaba que fueran los dedos de Ivy los que lo hicieran. Anhelaba poder decirlo en voz alta.

—Hay más, sí, pero debes confiar en que no puedo compartirlo contigo.

Las mandíbulas de Rekosh se crisparon y su postura se endureció.

—Sabes que todo lo que ocurre entre nosotros, entre todos, se queda así, Ketahn. Ni una sola vez he compartido tus secretos con nadie.

Ketahn dio un paso adelante y estiró una pata delantera, tocándola con la de Rekosh.

—Lo sé, Rekosh. Te confío mi vida, amigo mío, pero este asunto...

—¿Pretendes doblegarte a su voluntad? —preguntó Rekosh en voz baja—. ¿Para... ganártela, como ella ha exigido?

Aunque Ketahn sabía exactamente a quién se refería Rekosh, y entendía exactamente lo que Rekosh le pedía, el mero hecho de pensarlo era tan exasperante y alarmante que no podía forzar una sola palabra a salir de su garganta como respuesta. Especialmente estando tan cerca de... de algo más con Ivy, la idea de aparearse con Zurvashi hacía que las entrañas de Ketahn se tensaran, se anudaran y se volvieran tan pesadas, que su pecho ardiera de furia, y que deseara clavar sus garras en algo y destruirlo.

—Todos sabemos que este Alto Reclamo será diferente —continuó Rekosh, hablando con un cuidado poco habitual—. Todo esto se está gestando para algo, Ketahn, algo... inmenso. Y no puedes...

Rekosh cerró la boca al oír pasos pesados y el tintineo del metal en el túnel exterior, y su mirada se dirigió hacia la entrada.

Los ojos de Ketahn se movieron en la misma dirección, y su tensión se multiplicó por ocho. Incluso sin ver, sabía lo que significaban aquellos pasos. Y con cada uno de ellos, las palabras no dichas de Rekosh resonaban en la mente de Ketahn.

«Y no puedes esconderte de ello».

Esos pasos se dirigieron directamente al lado opuesto de la entrada; por el sonido, eran al menos cuatro hembras, si no más.

La tela que colgaba se apartó de un tirón, y una enorme figura llenó la entrada, con sus joyas de oro brillando bajo la luz proyectada por el cristal de Rekosh.

La Primera Colmillo Korahla se agachó lo suficiente para asomarse por la abertura.

—Tejedor, váyase. Cazador, quédese.

Ketahn se encontró brevemente con la mirada de Rekosh. Nunca había visto a su amigo tan tenso, tan preocupado. Nunca había visto una luz tan incierta brillar en los ojos de Rekosh.

—Jamás se me ocurriría desobedecer —dijo Rekosh, dirigiéndose a la entrada—. No soy tan insensato como para creer que esta guarida es mía.

—A usted es a quien le gusta hablar, ¿verdad? —refunfuñó Korahla—. Resista el impulso de hacerlo hasta que este asunto haya concluido.

La Primera Colmillo se hizo a un lado para permitir el paso de Rekosh, que miró a Ketahn por encima del hombro antes de cruzar al túnel y perderse de vista.

Ketahn retrocedió de nuevo hasta la losa de trabajo, que era lo suficientemente alta como para que sus patas traseras se deslizaran por debajo, cogió el vestido y se lo puso a la espalda. La llegada de la reina fue lo suficientemente pesada como para que pudiera sentir sus débiles

vibraciones en la piedra bajo sus piernas antes incluso de que apareciera en la entrada. Zurvashi hizo que aquella abertura pareciera del tamaño de una cría.

Se inclinó hacia delante y torció el torso, sus adornos dorados tintinearón y repiquetearon mientras se introducía por la abertura demasiado pequeña con una gracia brutal que era más fruto de la fuerza que de la agilidad.

Una vez atravesada, su cuerpo se apoderó de la guarida, pareciendo llenar cada pedacito de espacio, expulsando todo el aire. Su olor se clavó en Ketahn mientras sus ojos se posaban en él; era más fuerte que nunca, y vertía en su sangre un fuego que nada tenía que ver con su ira o su odio.

—Mis Garras siempre me transmiten una información precisa —dijo, girando la cabeza de un lado a otro para echar un vistazo a la pequeña guarida—, pero no les creí cuando me dijeron que te habías quedado en Takarahl después de traernos la carne.

El puño de Ketahn se enroscó alrededor del vestido, pero se contuvo antes de que pudiera intensificar más su agarre. No lo iba a dañar, por muy abrumadoras que llegaran a ser sus emociones, por muy abrumador que llegara a ser el aroma de la reina.

Zurvashi extendió un brazo y apoyó la palma de la mano contra la pared, al lado de la cabeza de Ketahn. Ni siquiera tuvo espacio suficiente para enderezar el brazo por completo.

—Pareces tenso, pequeño Ketahn. ¿Creías que no lo iba a saber? No puedes hacer nada en Takarahl de lo que no se me informe. Esta ciudad es mía. *Tú* eres mío.

Inclinó la cabeza hacia atrás para mirarla fijamente, manteniendo los hombros erguidos y el vestido bien sujeto.

—Si algo he aprendido durante mi estancia en la Maraña, Zurvashi, es que nada es seguro.

—¿De verdad crees eso, Ketahn, aunque sepas cómo soy? —Ella se inclinó más cerca, aprisionándolo con su otro brazo en la pared a su otro lado—. Soy la reina. Tendré lo que deseo. Eso está asegurado.

Su cercanía obligó a Ketahn a retroceder. Sus patas traseras rozaron la parte inferior de la losa de trabajo, su espalda chocó contra el duro borde de la losa y se vio obligado a doblar sus patas traseras en ángulos cerrados para encajarlas en el limitado espacio.

—Eso has dicho más veces de las que me atrevo a contar. Lo suficientemente alto como para que todos los vrix de la Maraña lo hayan oído ya.

—Entonces préstame atención, mi pequeño cazador —Se inclinó aún más, lo bastante cerca como para que su boca estuviera a menos de un palmo de la mejilla de Ketahn y una de sus mandíbulas rozara su cuello—. El Alto Reclamo será en cuatro días. Sabes lo que espero y no tendré paciencia si no cumples mis deseos.

No podía oler nada más que su aroma; se había convertido en el aire mismo que le rodeaba, y o bien le sofocaba o le sumía en un frenesí allí mismo. Su tacto hacía que su piel le picara con un calor desagradable, y su aliento era áspero contra su piel.

El brazo de Ketahn temblaba mientras apretaba el vestido con más fuerza. Era para Ivy, y era Ivy a quien quería. Ivy era a quien estaría unido. Se concentró en la tela, en su textura, en su suavidad, en su conexión con Ivy... en su conexión con Ivy. Y, lentamente, la influencia del aroma de Zurvashi se desvaneció. No era la fragancia que él anhelaba. No era la fragancia que ansiaba.

No era la fragancia que quebrantaba su determinación.

La reina agarró el brazo de Ketahn que llevaba a la espalda y tiró de él hacia delante. Sus corazones se aceleraron con una nueva llamarada de calor, y necesitó toda su fuerza de voluntad para evitar levantar los brazos y las piernas en señal de desafío.

Ella se inclinó hacia atrás mientras le obligaba a levantar el brazo, moviendo el vestido doblado hacia el escaso espacio que había entre ellos.

—Será mejor que esto forme parte de tus esfuerzos hacia ese fin, Ketahn —Con una de sus manos libres, agarró el vestido y tiró de él, rasgando la tela.

Aquel sonido llenó la guarida con una firmeza aplastante, más impresionante y penetrante que el estruendo de un trueno cayendo directamente sobre sus cabezas.

Todo en Ketahn se paralizó. El odio y la rabia rugieron en el núcleo de su espíritu, inundando sus músculos de pura furia, salvaje y sedienta de sangre. En su mente, se lanzó hacia delante para atacar a la reina.

Pero en realidad, se limitó a mirarla fijamente, sin hacer ningún esfuerzo por disimular sus emociones, y haciendo todo lo posible por evitar sucumbir a ellas.

Zurvashi carraspeó; el sonido era amargo, arrogante y rencoroso a la vez.

—Hará falta mucho más que un trozo de seda para cumplir con tu deber, Ketahn. Te sugiero que te pongas manos a la obra. No te escondas más en la jungla. No pretendas más que tienes elección —Levantó una de sus manos inferiores, presionó con la yema de un dedo la parte inferior de su mandíbula y le obligó a echar la cabeza más hacia atrás—. Te veré pronto, precioso.

Le apartó el dedo, rozándole la barbilla con la garra y produciéndole una llamarada de dolor que fue inmediatamente ahogada por su furia. Soltando el vestido desgarrado, se apartó de la pared, se giró y se dirigió hacia el túnel, casi rasgando la tela que había sobre la entrada en el proceso.

Ketahn observó cómo se ondulaban sus vestiduras de seda, cómo se tensaban y estiraban sus músculos y cómo relucían sus ornamentos dorados. La observaba y ansiaba coger su lanza y clavársela en la espalda. Mientras pudiera darle en uno de sus corazones, era poco probable que sobreviviera... y entonces su muerte habría merecido la pena.

Pero desechó esa idea cuando su mirada se posó en el vestido. Lo levantó cuando la tela que cubría la entrada volvió a su sitio y los pesados pasos de Zurvashi y sus guardias comenzaron a alejarse por el túnel, mirando fijamente la seda desgarrada, y el dibujo destrozado.

Toda esta ira, todo este odio, todo este dolor, ¿y qué podía hacer con ello? ¿De qué le servía?

Con las mandíbulas crispadas por la agitación, Ketahn se apartó de la entrada y depositó el vestido sobre la losa de trabajo, extendiéndolo para evaluar los daños. Pasó los dedos delicadamente por el desgarrón. Podía arreglarse; más importante aún, podía arreglarse sin dejar mucho rastro del daño.

La tela de la entrada crujió y unas patas rasparon el suelo.

—¿Estás bien, Ketahn? —preguntó Rekosh.

—Sí —respondió Ketahn distraídamente mientras cogía un hilo nuevo.

—No pareces tú mismo...

Algo cálido cosquilleó la barbilla de Ketahn. Una de sus manos se levantó de golpe, atrapando la gota de sangre que caía del pequeño corte que la reina le había infligido justo antes de que pudiera caer sobre la impoluta seda del vestido. Ketahn se quedó mirando la sangre en su palma.

¿Cuánto más le arrancaría Zurvashi antes de que todo esto acabase?

—Ni una maldita gota más —gruñó.

—¿Qué has dicho? —preguntó Rekosh, acercándose más.

Una vez más, Zurvashi estaba alejando a Ketahn de su Ivy durante mucho más tiempo del que había esperado, pero no volvería a su hembra con las manos vacías. No permitiría que la

reina le negara nada a su futura compañera, ni este vestido ni, desde luego, el propio Ketahn.

Ketahn cerró los dedos sobre la herida y presionó el dorso de la mano contra su barbilla para contener el flujo de sangre.

—Necesito usar tus herramientas un rato más, amigo mío.

Capítulo Veintidós

Frotándose las manos a lo largo de los brazos, Ivy contempló la noche iluminada por las lunas. Sabía que debería estar durmiendo. Cualquiera otra noche, ya habría estado dormida, acurrucada a salvo, segura y caliente en los brazos de Ketahn. Pero ya había anochecido y él aún no había regresado de Takarahl.

La preocupación la carcomía. ¿Y si le había ocurrido algo? La reina ya le había hecho daño antes; ¿qué le impediría volver a hacerlo?

«*Ketahn volverá a casa*».

A casa.

¿Este nido que compartía con Ketahn era su hogar? A pesar de las condiciones en las que vivía, a pesar de tener que luchar y trabajar por todo para sobrevivir, el tiempo que Ivy había pasado con Ketahn había sido el más feliz de su vida.

Ivy rozó con los dedos las ramas tejidas que rodeaban la entrada.

—Casa.

La palabra parecía real. Se sentía bien.

Pero en realidad no era el nido, sino Ketahn. Fue él quien hizo de este acogedor nido un hogar, fue él quien la hizo sentir segura, quien la hizo sentir... cuidada.

Sacudió la cabeza y se rio para sus adentros.

—Soy más feliz en un nido de arañas que rodeada de comodidades modernas. Estoy loca.

Al levantarse, Ivy se estremeció ante un repentino calambre en la pelvis. Había tenido unos cuantos desde que se despertó esta mañana. Al principio, se había preguntado si por fin le empezaría a venir la regla, lo que sería un verdadero fastidio, ya que no tenía a mano ninguna de esas *comodidades modernas*. Aunque había tenido suerte de que no le hubiera ocurrido hasta ahora, sabía que solo era cuestión de tiempo. Pero Ivy se preguntaba ahora si simplemente estaba ovulando. Sus pechos estaban sensibles, como solían estarlo durante esa época, y no había habido ningún manchado que indicara que su ciclo menstrual había comenzado.

El sueño criogénico tenía muchos efectos secundarios, la mayoría de corta duración. Su desorientación y debilidad tras despertar habían sido de los más frecuentes y efímeros, pero los médicos habían dicho a los colonos que sus cuerpos tardarían un tiempo en reajustarse. Entre la estasis, las drogas que les habían inyectado antes de sumergirse y el hecho de estar en un planeta nuevo, se suponía que nadie se sentiría como él mismo de inmediato. Las hormonas de todos estarían apagadas durante un tiempo. Para las mujeres, eso significaba posibles retrasos en los ciclos menstruales, quizá de hasta seis meses.

Se dirigió a la parte trasera del nido, donde guardaban la comida y el agua, cogió un odre y

un paño de seda de repuesto. Una vez abierto el odre, humedeció el paño, se lo apretó contra la mejilla y cerró los ojos. Agradeció el frescor sobre su piel acalorada.

El aire de la noche era, como de costumbre, bochornoso. Al menos durante el día, tenía el arroyo en el que bañarse para aliviarse. Noches como esta la hacían desear una tormenta a pesar de sus temores, solo por el descenso de la temperatura. Hacía un frío sorprendente durante esas tormentas nocturnas, pero no tenía que preocuparse de que el frío la afectara, al menos no con Ketahn abrazándola.

Sin otra cosa que hacer que esperar, Ivy se quitó la camiseta y los pantalones cortos y se pasó el paño fresco y húmedo por el cuerpo. Era maravilloso secarse el sudor y sentirse limpia. Mientras pasaba el paño por sus piernas suaves, no pudo evitar sonreír para sus adentros. Estaba increíblemente agradecida por la depilación corporal que se les había proporcionado a todos los colonos durante el entrenamiento. Nunca más tendría que preocuparse por afeitarse las axilas, las piernas o asearse entre ellas. Lo único que le quedaba era una pequeña mata de pelo por encima de su sexo.

Tras beber un trago del odre de agua, lo cerró y lo devolvió a su sitio. Poco dispuesta a volver a ponerse sus raídas prendas humedecidas por el sudor, Ivy las apartó con el pie. Mañana las lavaría. Recogió el gran paño de seda que utilizaba como manta y se lo envolvió alrededor del cuerpo. Acababa de terminar de remeterla cuando el nido se sacudió. Ivy se sobresaltó, una sacudida de miedo la recorrió antes de ser arrastrada por un torrente de euforia.

Ketahn había vuelto.

Sus garras raspaban el exterior del nido, acercándose cada vez más a la entrada, hasta que finalmente su cuerpo bloqueó la noche y se introdujo por la abertura. Sus marcas se iluminaron al instante en el resplandor azul del cristal descubierto, y sus ojos brillaron como amatistas.

—Empezaba a preocuparme que no volvieras esta noche —dijo Ivy.

—No pretendía ausentarme tanto tiempo —dijo mientras se sacudía la bolsa, desplazándola hacia delante para coger algo de su interior—. Estaba...

Calló y levantó la cabeza, inspirando profundamente por las aberturas de la nariz. Un largo y bajo retumbar sonó en su pecho. La mirada de Ketahn se posó en Ivy, y todo su cuerpo se puso rígido, con el brazo inmóvil en la bolsa.

Ivy dio un paso hacia él, frunciendo el ceño.

—¿Estás bien?

Volvió a inhalar y cerró los ojos con fuerza.

—Ese olor... —Una de sus patas delanteras se movió hacia delante, rozándole el tobillo antes de deslizarse lentamente hacia arriba y engancharse bajo de la tela. Los finos pelos de su pierna le acariciaron la pantorrilla, el lateral de la rodilla y la parte exterior del muslo, provocándole un estremecimiento.

Su sexo se contrajo e Ivy apretó los muslos como si eso pudiera mitigar el repentino dolor que invadía su interior. Se agarró a la tela para evitar que se soltara mientras miraba su pierna, parcialmente oculta bajo ella.

—¿Qué olor? —preguntó, alejándose un paso y olfateando el aire. Todo lo que podía detectar era la exuberante flora de la jungla, tierra y ese aroma especiado, a madera y caoba que había llegado a reconocer como el de Ketahn—. Yo no huelo nada.

Ketahn resopló y sacudió bruscamente la cabeza, retirando la pierna. Los cierres contra su pelvis se crisparon mientras volvía a prestar atención a su bolsa. Sacó de su interior un trozo de seda blanca doblada.

—Esto es para ti, Ivy.

—¿Para mí? —Ella acortó la distancia que los separaba y aceptó la seda. La desplegó. Inclinando la cabeza, lo agarró y jadeó.

Ivy se volvió hacia el cristal resplandeciente y levantó el vestido. El material, aunque no era transparente, era lo bastante delicado y fino como para dejar pasar algo de luz, lo que acentuaba los dibujos en forma de telaraña cosidos en la tela. Acarició con el pulgar el suave material. Era sin mangas, con los tirantes bajando hasta cruzarse en el centro, donde cubrirían sus pechos, y la falda parecía que iba a colgar hasta la mitad del muslo.

—¿Tú has hecho esto? ¿Para mí? —preguntó Ivy, aunque la respuesta era obvia. ¿Qué vrix se pondría algo claramente hecho para un cuerpo humano?

Las patas delanteras de Ketahn se extendieron, bajando a ambos lados de ella, y se acercó a ella.

—Sí, Ivy. Solo para ti.

Las lágrimas le escocían en los ojos, pero se negó a llorar, aunque fueran lágrimas de felicidad.

—Es precioso —Ella le miró por encima del hombro—. Gracias.

Él le recogió el pelo con una mano, apartándoselo para dejarle el cuello al descubierto, y se inclinó más hacia ella para inspirar profundamente otra vez.

Ivy soltó una risita.

—¿Crees que apesto?

—No —retumbó él, encontrándose con su mirada.

—Menos mal. Por un momento me tenías preocupada —Su sonrisa se ensanchó y volvió la cara hacia el vestido de nuevo, alejándose un paso de él—. Voy a probármelo.

Desatando la tela, la dejó caer hasta amontonarse a sus pies antes de agacharse para meterse en el vestido. Subió el sedoso material por encima de sus piernas y caderas y deslizó los brazos por los tirantes, ajustando la prenda sobre sus pechos. Le quedaba perfecto. Como si hubiera sido hecho para ella. Ivy sonrió: estaba hecho para ella. La seda era fría al tacto, pero se calentaba rápidamente contra su piel, y el delicado dobladillo le hacía cosquillas en los muslos.

—Me encanta, Ketahn —dijo, pasando las manos por la falda.

Le sintió moverse de nuevo detrás de ella justo antes de que sus manos se posaran sobre sus hombros. Sus palmas ásperas eran cálidas, su tacto suave y tranquilizador, exactamente lo que ella necesitaba después de un largo día sola en este lugar.

Lentamente, él deslizó sus manos por los brazos de ella.

—Me alegro, Ivy.

Bajó la cabeza hasta situarla junto a la de ella y volvió la cara hacia su pelo. Cuando inhaló, un sonido retumbó en su pecho: en parte ronroneo, en parte gruñido, en parte chirrido.

Ivy arqueó una ceja.

—¿Ketahn?

Colocó el otro par de manos en las caderas de ella, y estas también bajaron, rozando la tela de la falda. No se detuvieron en el dobladillo; sus dedos bajaron hasta la piel desnuda de sus muslos. Y permanecieron sobre su piel mientras él volvía a subirlos, levantando el vestido con ellos. El corazón de Ivy se aceleró cuando él subió la falda, rozándole la piel con las palmas de las manos.

Sus manos volvieron a subir por los brazos, pero no regresaron a los hombros, sino al pecho, cubriendo cada uno de sus pechos y apretándolos. Sus pezones se endurecieron contra las palmas de sus manos.

Ella suspiró, separó los labios y cerró los ojos. Sus manos estaban calientes contra sus

pechos, calentando rápidamente la seda que había entre ellas, y su sangre se calentó con la misma rapidez, acumulando fuego en su interior. Cubrió las manos de él con las suyas y las apretó con más fuerza contra sus pechos, deleitándose con la sensación de la seda acariciándole los pezones. A Ivy se le escapó un suave gemido cuando su cabeza se apoyó en el hombro de él. Hacía tanto tiempo que no la tocaban, tanto tiempo...

Pero nunca la habían tocado así, ni un ser como Ketahn, ni siquiera en su imaginación más salvaje. Las caricias de Ketahn estaban impregnadas de cuidado, anhelo, desesperación... de afecto.

Sus manos inferiores le colocaron la falda por encima de las caderas, dejándola al aire libre, que ahora se sentía fresco en comparación con su tacto acalorado. Las manos que tenía sobre los pechos la amasaron con más fuerza, y sus dedos atraparon sus pezones perlados y los pellizcaron. Ella jadeó. El placer la recorrió, clavándose en su clítoris, haciéndolo palpitar de deseo.

Ivy apretó con fuerza las manos de él.

—Ketahn...

Se acercó aún más a ella, hasta apoyarle el pecho en la espalda. Algo grueso, duro y resbaladizo le presionó el culo y le acarició los muslos.

Ivy se arqueó instintivamente contra él, necesitando más; inclinó las caderas y gimió cuando se deslizó entre sus muslos y a lo largo de sus resbaladizos pliegues.

Ketahn gruñó. El sonido palpitó en su interior y la recorrió hasta la médula, su emoción aumentada por el estrechamiento de su agarre y el pinchazo de sus garras en sus caderas y pechos. Sus cierres se deslizaron alrededor de su cintura, rodeándola por completo, y se inclinaron para rozar la mata de pelo de su pelvis. La punta de una de ellas rozó su clítoris. La deliciosa sensación que provocó fue casi tan fuerte que le hizo doblar las rodillas.

Ivy se quedó sin aliento y abrió los ojos de golpe. Solo entonces se dio cuenta de lo que estaban haciendo. De lo que *ella* estaba haciendo. Todo le parecía tan... tan *agradable*, y no quería que se detuviera, no quería que aquellas sensaciones terminaran. Pero esto... Dios, ¿no estaba mal?

¿Lo estaba?

Le quitó las manos de los pechos y se echó hacia delante, zafándose de su agarre. Con el pecho agitado, la piel enrojecida, el sexo palpitante de excitación y su esencia goteando por el interior de los muslos, Ivy se volvió hacia Ketahn.

—Ketahn, ¿qué estás...? —Sus ojos se abrieron de par en par.

Su polla brillaba bajo el resplandor azul del cristal.

Sobresalía de su abertura, larga y gruesa, con dos protuberancias a ambos lados de la base. El eje se ensanchaba a medida que se curvaba hacia la punta afilada, donde había una abertura de cinco centímetros. Su piel era del mismo color púrpura que sus marcas.

No tenía nada de humano y, sin embargo, excitaba a Ivy.

Su núcleo palpitó. Soltó un suspiro tembloroso y se frotó los muslos, que estaban cubiertos de su resbaladizo semen.

Eso era lo que había sentido contra su culo. Eso... eso era lo que su cuerpo ansiaba.

Lo que Ivy deseaba.

Capítulo Veintitrés

Aunque todo lo que Ketahn deseaba en aquel momento era estar dentro de Ivy, saciar esa hambre que lo consumía, permaneció en su sitio y recorrió su cuerpo con la mirada. El vestido de seda acunaba sus pechos y abrazaba su cintura, siguiendo la curva de sus caderas. La parte inferior le llegaba hasta la mitad de los muslos, dejando la mayor parte de la pálida carne de sus piernas al descubierto para que él la apreciara. A la luz opaca del cristal, la tela era de un azul plateado que hacía que sus ojos parecieran aún más brillantes.

Verla vestida con algo que él había creado, algo que él le había regalado, hizo que a Ketahn se le hinchara el pecho. Era su seda, su artesanía, su regalo, y lo llevaba su hembra. No era una vrix, pero era hermosa.

Ketahn se llenó los pulmones de Ivy; su olor dominaba el aire, aquella dulzura irresistible unida a la fragancia embriagadora y exigente de su excitación, creando algo más fuerte y seductor de lo que jamás hubiera creído posible.

Su miembro palpitaba, atravesado por un profundo dolor que se extendía hacia las puntas de las piernas y los dedos. En toda su vida nunca había necesitado nada tan desesperadamente como la necesitaba a ella ahora.

Y esta vez no se resistiría. Se había cansado de luchar. Los Ocho habían conducido a Ketahn hasta Ivy y ya era hora de reclamarla.

Acortó la distancia que los separaba. Los ojos de ella brillaron con incertidumbre y anhelo. Con las manos de arriba, agarró los tirantes del vestido por los hombros; con las de abajo, agarró la parte inferior del vestido. El dorso de sus dedos se deslizó por su piel cálida y suave mientras levantaba el vestido. Ivy se estremeció y levantó los brazos, sin oponer resistencia mientras él le quitaba la ropa. El pelo le cayó sobre los hombros desnudos al desprenderse de la tela.

La incertidumbre de su mirada aumentó y cruzó los brazos sobre sus pechos, mordiéndose el labio inferior con los dientes. No se había escondido así de su mirada desde sus primeros días juntos.

Ketahn no lo permitiría. No permitiría que se escondiera de él.

Se movió sin pensárselo, cogiéndole las muñecas con las dos manos y separándolas de su pecho. Al levantar los brazos de ella por encima de la cabeza, sus hileras ya estaban en funcionamiento y le sujetó las muñecas con una sola mano, y le pasó la gruesa hebra de seda por la mano superior.

Ivy jadeó y levantó la cabeza, tirando de sus brazos.

—Ketahn, ¿qué estás haciendo?

—Eres mía, Ivy —gruñó él, enrollando la seda alrededor de sus muñecas y brazos,

uniéndolos con una serie de intrincados nudos de manera instintiva. La piel de Ivy se calentó increíblemente bajo su tacto mientras él ataba el hilo al techo del nido, dejándole solo la holgura suficiente para que se mantuviera de pie. Le soltó las muñecas.

Ella gruñó y tiró de los brazos, intentando alejarse de él. Él la arrastró con facilidad hacia él.

Ketahn enrolló la hebra de seda más abajo, utilizándola para mantenerla cerca. La enrolló y la cruzó alrededor de su torso y entre sus pechos, añadiendo más nudos para que pasara por debajo de aquellos voluminosos y carnosos montículos. Sus manos se movían cada vez más deprisa mientras le rodeaba la cintura, las caderas, los muslos y los tobillos, dominándola sin esfuerzo cuando intentaba darle patadas o apartar las piernas.

—¡Ketahn!

La agarró por la mandíbula y bajó el rostro hacia el de ella.

—Te he conquistado, Ivy, y ahora te reclamo.

Hablar requería más esfuerzo que nunca, más concentración y fuerza de voluntad de lo que él había creído posible. Entre su tacto, su calor, su belleza y su olor —¡por los Ocho, ese olor!—, Ketahn apenas podía ordenar sus pensamientos. Su cuerpo había ignorado a su mente. La desesperación de sus movimientos se debía ahora tanto al instinto como al deseo, y el instinto lo exigía: el Reclamo. Debía dominar a una hembra, sujetarla, suspenderla. Conquistarla. Y entonces podría hacerla suya.

En algún lugar de lo más profundo de su mente, sabía lo que era esto. Estaba sucumbiendo al frenesí.

Ya no había manera de detenerlo... no hasta que se hubiera apareado con ella. No hasta que ella hubiera recibido su semilla.

La hizo girar para que le diera la espalda y pasó la hebra de seda por los bucles que había hecho alrededor de su cuerpo, creando rápidamente una red de anclajes interconectados. Su miembro palpitaba, con una presión tan inmensa que estaba seguro de que estallaría antes de volver a tocarla, y los latidos de su corazón eran como un trueno interminable.

Volviéndola de nuevo hacia él, levantó la parte superior de los brazos, se irguió y ató la cuerda al techo en una docena de puntos, levantando a Ivy del suelo.

Ivy chilló, retorciéndose dentro de sus ataduras, sacudiéndose y balanceándose.

—¡Por favor, Ketahn! Suéltame. No sé qué es esto, pero suéltame.

El miedo en su voz era el mismo que Ketahn había oído cuando ella le había mirado por primera vez, y traspasó su frenesí impulsado por la lujuria. Tenía las mejillas sonrosadas, el cabello dorado despeinado y los pezones duros y tensos. Las ataduras que le había hecho le mantenían el torso erguido, con los pechos levantados hacia él, los muslos separados y las piernas dobladas hacia atrás. Su peso se distribuía uniformemente entre los distintos nudos que rodeaban su cuerpo, asegurándose de que la seda no se clavara dolorosamente en su piel.

Ketahn recorrió a Ivy con la mirada. Estaba desnuda y expuesta ante él.

Y tenía miedo.

Recurriendo a la poca fuerza de voluntad que le quedaba, se acercó a ella y le puso una mano en el pelo, acunándole la nuca. Ella lo miró con ojos redondos.

—Eres mía, Ivy —dijo con voz áspera y ronca—. Mi *nyleea*. No te haré daño.

Su ceño se frunció mientras lo miraba a los ojos. Poco a poco, parte de su miedo se desvaneció y una luz de confianza reforzó su mirada.

—Sé que no lo harás. Es solo que... no sé qué es esto.

—Esto es el Reclamo.

Con suavidad, le pasó el pelo por detrás de los hombros, le puso una mano en el pecho y la

bajó. Le rozó la piel con las garras, y su deseo se intensificaba cada vez que ella temblaba, cada vez que su piel se estremecía, cada vez que surgían diminutas protuberancias en su carne. Cuando llegó a sus pechos, acarició un pezón entre el dedo y el pulgar.

Las pestañas de Ivy se agitaron y se arqueó ante sus caricias.

—Ketahn...

Su pecho vibró en señal de agradecimiento, pero no se detuvo allí; el olor de ella era demasiado intenso para ignorarlo, atrayéndolo hacia su fuente, hacia el centro de su calor, de su deseo. Ketahn se agachó, continuando el recorrido descendente de su mano sobre el vientre de ella. Se fijó en el corto triángulo de vello que apuntaba hacia su abertura.

Subiendo las manos hacia su culo, Ketahn apretó su carne flexible e inclinó su abertura hacia él. Su embriagadora fragancia le impactó de nuevo y la aspiró con avidez, fijando la mirada en los pétalos rosados abiertos de su sexo. Brillaban de néctar, y en el interior de sus muslos se percibía aún más.

Su aroma le atrajo, exigiéndole que la probara. Abrió la boca, extendió la lengua y la arrastró por su abertura.

Ivy jadeó y su cuerpo se estremeció.

—Oh, Dios...

Sabía más dulce que cualquier fruta. No sabía a *nada* que se le pareciera, sabía como si realmente fuera de otro mundo, como si su esencia fuera tan pura y potente que nunca hubiera estado destinada a alguien como Ketahn. Su hambre se desató, declarándose en un gruñido feroz que la hizo estremecerse de nuevo. El pulso de su miembro era ahora tan fuerte, tan rápido, que le parecía imposible contener su semilla, imposible evitar entregarse al torrente de placer que Ivy le había concedido a través de este único sabor.

Le lamió los muslos, rozando su piel con los colmillos de las mandíbulas, lamiendo todo su néctar, no dispuesto a desperdiciar nada. Luego volvió a su abertura. Apretó la lengua entre sus pliegues y la movió hacia arriba, probando cada parte de aquella carne resbaladiza y rosada, buscando cada gota de su dulce esencia.

Cuando su lengua pasó sobre el pequeño punto en el vértice de su abertura, Ivy volvió a jadear y se agitó, con los muslos temblorosos a ambos lados de su cabeza.

—Ketahn, por favor...

Ketahn había tocado aquel capullo la primera vez que inspeccionó su abertura, hacía ya toda una vida. Su reacción había sido similar, salvo por una cosa: esta vez no dijo que *no*.

Bajó las mandíbulas, presionándolas contra la parte inferior de sus muslos, y le devoró la abertura con la lengua. Acarició aquel nódulo, hurgó entre sus pétalos, presionó la punta de la lengua dentro de ella y gruñó ante el calor apretado de su interior.

Durante todo ese tiempo, Ivy rogó, suplicó y gimió, haciendo fuerza contra la red, pero no le dijo que se detuviera. Solo quería más. Él nunca había visto a una hembra tan receptiva. Nunca había oído sonidos tan hermosos y musicales como los que emitía su Ivy mientras la complacía.

Agarrándola por el culo, volvió a acercar la lengua a aquel nódulo y lo rodeó, lo rozó, lo lamió con atención mientras la miraba a la cara. Arrugó el ceño, entreabrió los labios y su pecho se agitó con su respiración jadeante hasta que, de repente, su cuerpo se tensó. Echó la cabeza hacia atrás y gritó, sacudiendo las caderas contra la lengua de él mientras un nuevo néctar manaba de su canal.

Ketahn la levantó y situándola sobre su cara, bebió su esencia mientras seguía adorando aquel nódulo con la lengua. Estaba ansioso por saber más de ella, ansioso por observarla, ansioso por conocer cada una de sus respuestas a sus atenciones. Sus gritos aumentaron.

Se retorció en su agarre, luchando contra las ataduras, pero se arqueaba hacia él, buscando su lengua.

—¡Ketahn! Oh, Dios, por favor, por favor, no puedo... ¡Ah!

Su cuerpo volvió a endurecerse mientras liberaba otro torrente de néctar.

Era más de lo que podía soportar. Su sangre ardía más que el propio fuego, su piel estaba tensa y hormigueaba, y su miembro se tensaba hacia ella con tal desesperación que le dolía. Aunque Ivy era la que estaba sujeta, Ketahn era el que estaba atado, atado por su abrumadora e incontrolable necesidad de aquella hembra.

Ketahn se levantó, manteniendo las manos inferiores sobre el trasero de ella. Con las manos superiores la rodeó, la parte baja de la espalda con una de ellas, y le acunó la nuca con la otra, enredando los dedos en su pelo. Sus cierres se extendieron por sí solos, rodeando sus caderas. La punta de su miembro presionó su entrada.

Con la respiración entrecortada, Ivy abrió los ojos y se encontró con su mirada. El azul de sus ojos estaba casi cubierto por el color negro.

Ketahn acercó su rostro al de ella.

—Eres mía, Ivy.

La agarró por el culo y tiró con fuerza de ella hacia sí mientras la empujaba hacia delante, forzando su entrada para que recibiera su miembro. No encontró la resistencia que esperaba. La penetración en una vrix hembra era una lucha, un combate, una batalla de fuerza y voluntad contra unos músculos decididos a mantenerlo todo fuera.

Pero con Ivy, se había deslizado dentro, ayudado por su resbaladizo néctar. Como si su cuerpo le diera la bienvenida.

Ivy lanzó un grito de dolor. Sus ojos se encendieron y su cuerpo se tensó, pero no lo expulsó. Su canal se aferró a él, caliente y húmedo.

Ketahn se estremeció contra una oleada de presión y placer que amenazaba con destrozar su mente. Echó la cabeza hacia atrás y arqueó la columna, hundiéndose más en ella y arrancando un gruñido desgarrado de su garganta. El calor sedoso de ella se aferró a su miembro con una fuerza sorprendente, pero no le obligó a salir, solo pareció atraerle aún más.

Nada en toda su vida le había hecho sentir tan bien. Nada había sido ni por asomo tan placentero. Y quería, y *necesitaba*, más. Más de esto, más de ella.

—Mi *nyleea* —rugió. El calor en su interior aumentó hasta un grado insoportable, quemándole las venas. Sus sentidos se nublaron, dominados por su olor, por el éxtasis, por Ivy.

Los dedos de Ketahn se tensaron. Ya no podía contenerse.

Dejó que el frenesí se apoderara de él.

El corazón de Ivy latía con fuerza y su pulso resonaba entre sus piernas, donde la polla de Ketahn la tensaba. El dolor inicial de su penetración se había desvanecido, y ahora únicamente sentía una increíble plenitud... plenitud y calor. El sudor le corría por la columna, el cuello y entre los pechos. Su piel bullía de sensaciones, y cada vez que sus pezones rozaban el pecho duro de Ketahn, otro rayo de placer la recorría en espiral, haciéndole palpar su clítoris.

Ketahn retrocedió, retiró la polla y la estiró de nuevo a medida que se ensanchaba, solo para volver a penetrarla. El ángulo de sus embestidas golpeó perfectamente su clítoris y su punto G. Ivy gimió. Lo hizo una y otra vez, cada vez más rápido y más fuerte que la anterior, agudizando su placer, haciendo que se apretara en su interior.

Era demasiado. Nunca se había sentido tan llena, nunca había sentido el éxtasis con tanta intensidad, y estaba segura de que se desharía en cuerpo y alma. Pero no había escapatoria;

Ketahn era ahora su mundo. Su aroma picante le llenaba la nariz, su calor le bañaba la piel, su tacto la envolvía y su seda la mantenía atada e impotente para sentirlo *todo*.

Sentía el roce de su piel contra la suya, sus cierres anclando sus caderas, sus manos agarrándole el culo y sus garras pinchándole la carne, todo ello sumado al torbellino de sensaciones que se arremolinaba en su interior. Sobre todo, sintió cómo su polla entraba y salía de ella. Era dolor y placer, un tormento que dispersaba sus pensamientos en un millón de fragmentos y un éxtasis que los fusionaba de nuevo como algo nuevo y poderoso.

Ivy se desmoronó, arrastrada por un infierno abrasador que la consumía, sus llamas lamiendo cada nervio, avivando su placer, elevándolo más y más. Gritó y su cuerpo se tensó cuando una oleada tras otra de fuego la atravesó. Su sexo se contrajo, apretándose en torno a la polla de Ketahn y estremeciéndose mientras un calor líquido la inundaba.

Ketahn siseó y aceleró el ritmo. Sus cierres aferraron sus caderas, clavándose en su piel. Su piel golpeó su carne, y el fluido de Ivy corrió por sus muslos. Las patas delanteras de él se elevaron, pasando por encima de ella a ambos lados y pegándose a la pared, lo que le permitió a él hacer más presión y profundizar aún más sus embestidas.

Sorprendentemente, no tardó en llegar otro orgasmo. Los músculos de Ivy se tensaron contra sus ataduras y apretó los dientes mientras la sacudían poderosos temblores.

—Ketahn —gimió una y otra vez.

Su polla se hinchó, estirándola aún más, y su cuerpo, ya de por sí duro, se tensó. Ketahn rugió su nombre y la penetró con fuerza, sujetándola con sus cierres. Su eje palpitó, expandiéndose aún más, y su semilla caliente estalló dentro de ella, acompañada de una sensación intensa y palpitante en la cabeza de la polla. Algo se movía insistentemente contra el cuello del útero, acariciando sus paredes internas.

Aquel movimiento creció rápidamente en velocidad y urgencia a medida que las pulsaciones de su eje se intensificaban, convirtiéndose en una vibración. La mirada de Ivy se encontró con la de Ketahn mientras sus jadeos se intensificaban.

Él tocó su frente con la de ella, se estremeció y gruñó. Otro chorro de semilla la inundó.

A Ivy se le erizó la piel y las sensaciones en su interior fueron en aumento hasta que Ivy no pudo resistir más. Se dejó llevar.

Un blanco intenso llenó su visión, cegándola. Cerró los ojos con fuerza mientras era arrojada a otro universo en el que solo existían Ketahn y aquel placer intenso e imposible. Su grito resonó en la jungla, crudo de pasión, de éxtasis, de placer tan puro que se había convertido en cenizas y había renacido.

El blanco que dominaba su mente se desvaneció lentamente hacia el negro, y volvió a ser consciente tanto de su propio cuerpo como del de Ketahn. Sus brazos y cierres la rodeaban con seguridad, sosteniéndola con aquella suave fuerza que parecía resultarle tan natural. Su abrazo era lo único que impedía que se alejara flotando. Sin Ketahn, se habría ido en espiral hacia las estrellas, a la deriva por el vasto vacío del espacio en un estado de felicidad estupefacta.

El latido de sus corazones era reconfortante, un ritmo tranquilizador que la arrullaba...

Cuando la oscuridad tras sus párpados se solidificó, envolviéndola como una manta cálida y suave.

—Ahora eres mía, mi *nyleea*. Mi compañera —murmuró Ketahn. Le pasó una mano por encima del pelo—. Mi hilo del corazón.

Capítulo Veinticuatro

Ivy se despertó con el canto de los pájaros. Abrió los ojos. Aunque la tela que cubría la entrada del nido estaba cerrada, la brisa la agitaba lo suficiente como para dejar entrar rayos de luz dorada a lo largo de sus márgenes.

Inhalando profundamente, rodó sobre su espalda con un suspiro y se estiró, únicamente para congelarse cuando casi todos los músculos de su cuerpo protestaron por el movimiento. Además, le palpitaba su sexo y sentía una sensación de pesadez en su interior.

El corazón de Ivy se aceleró. Los recuerdos la bombardearon en un instante, recordándole con vívidos detalles todo lo que había ocurrido entre ella y Ketahn.

«Tuve sexo con un hombre araña».

Se incorporó de golpe y la manta cayó sobre su regazo mientras miraba el nido, pero Ketahn no estaba a la vista. Ivy no estaba segura de cómo sentirse al respecto. Le habría gustado que estuviera aquí, para consolarla y calmar su ansiedad, pero también estaba agradecida de que se hubiera ido para poder procesar el hecho de que... de que había tenido sexo con Ketahn.

—Acabo de acostarme con una araña alienígena —exhaló.

Justo cuando esas palabras salieron de sus labios, se dio cuenta de que estaba sentada sobre algo increíblemente suave, incluso más suave que las exuberantes pieles que Ketahn tenía en el suelo. Miró hacia abajo y se encontró sobre lo que solo podía describir como un nido de seda. Incontables hilos finos y esponjosos se entretejían para formar un conjunto caótico, pero intrincado, dando como resultado algo que recordaba a una enorme bola de algodón, y era aún más suave de lo que parecía.

¿De dónde había salido? ¿Lo había hecho Ketahn mientras dormía? Estaba colocado en su lugar habitual para dormir, apilado sobre las pieles y los paños de seda sobrantes de Ketahn para formar un colchón. Pasó los dedos sobre los hilos, maravillada de que no se engancharan ni se separaran demasiado.

Ivy se detuvo cuando sus ojos se posaron en su muñeca.

Extendió las manos temblorosas delante de ella. Tenía las muñecas enrojecidas por las ataduras que había creado Ketahn y, al examinar el resto de su cuerpo, observó otros lugares en los que los hilos de seda habían dejado marcas, pero la mayoría se habían desvanecido. Tenía algunos moratones y pequeños arañazos en las caderas y los muslos, sin duda dejados por sus manos, garras y cierres, pero nada grave. Parecía que acababa de sobrevivir a una sesión de sexo duro y salvaje.

Al moverse, algo se filtró desde su sexo.

Manteniendo una respiración calmada y uniforme, Ivy deslizó una mano entre sus muslos y

se tocó delicadamente el sexo, palpando su delicada piel. Había algo allí, algo espeso y húmedo que también cubría el interior de sus muslos.

La semilla de Ketahn.

Era la última prueba que hacía realidad aquellos recuerdos.

Oh, Dios, se había acostado con una araña alienígena y... y... le había gustado.

No, le había *encantado*.

Ivy apretó las piernas contra el pecho y enterró la cara en las rodillas. Esperó el asco, el odio a sí misma, el arrepentimiento, esperó cualquier sensación de que lo que había hecho estaba mal, muy mal...

Pero no apareció nada.

Cada roce, cada caricia, cada golpe de su polla dentro de ella había estado bien. A su cuerpo no le había importado que fuera una criatura inhumana, no le había importado que tuviera cuatro brazos, seis piernas y ocho ojos; simplemente había ansiado sentir su piel contra la suya, sus manos por todo su cuerpo, su polla enterrada profundamente en ella.

Lo había *deseado*.

Ivy se pasó una mano temblorosa por el pelo. ¿Qué significaba aquello? ¿En qué la había convertido?

Apartando esos pensamientos, se puso de pie. Por el interior de sus muslos goteaba más semilla de Ketahn. Cerró los ojos, respiró hondo y soltó el aire lentamente. Sentía que las piernas le iban a fallar en cualquier momento. No sabía si estaba en estado de shock o si era el resultado de que... su cuerpo había recibido amor de verdad.

Abrió los ojos y extendió una mano para apoyarse en la pared y dirigirse a la parte trasera del nido. Cogió un odre y, con el mismo paño de la noche anterior, se lavó y se frotó entre las piernas.

Mientras regresaba al lecho de seda mullida, los ojos de Ivy se posaron en el vestido que Ketahn le había confeccionado. Estaba bien doblado y tendido junto a la ropa de cama. Lo cogió y se desplegó con un leve roce. Nunca habría imaginado que alguien como Ketahn —tan grande, tan peligroso, como un predador en su mejor momento— pudiera crear algo tan delicado, intrincado y fino. Los hilos brillaban bajo la errática luz matinal que se colaba por la tela de la entrada.

Ivy acababa de ponerse el vestido cuando el nido rebotó y se balanceó, indicando el regreso de Ketahn.

La luz del sol que iluminaba su piel hizo que algunas de sus cicatrices resaltaran con crudeza; eran como un mapa de su pasado, de sus batallas y luchas, y de repente sintió el deseo de tocar cada una de ellas, de saber más de cada una de ellas.

Cuando él la miró, levantó las mandíbulas en su versión de una sonrisa, e Ivy no pudo evitar devolverle la sonrisa. Se descolgó la bolsa de los hombros al tiempo que echaba la mano hacia atrás para apartar la tela que colgaba, permitiendo que toda la luz inundara el nido. Los movimientos hicieron que su pelo, recogido en un haz de colores negro, blanco y violeta, cayera sobre su hombro.

—Hola —Ivy giró ligeramente los pies hacia dentro, sintiéndose más tímida y torpe que nunca.

Sujetando su bolsa por las correas, Ketahn se acercó a ella. Colocó la bolsa en el suelo delante de ella.

—Hola, Ivy.

Se quedó paralizada cuando él extendió un brazo y le cogió la nuca. Se inclinó, apoyó la

frente contra la suya y cerró los ojos, soltando un trino de satisfacción. Una de sus patas delanteras se enganchó alrededor de su pantorrilla, con su piel cálida y los pelos suaves. Un momento después, levantó la cabeza y acercó la cara a su pelo, donde el cuello se unía con el hombro, y respiró hondo. Sonó un ruido grave.

Ivy apoyó las manos en el pecho de él; sus corazones latían bajo sus palmas. Aunque siempre había sido amable con ella, Ketahn nunca había sido tan cariñoso. Era... agradable.

Algo húmedo recorrió el lateral de su cuello, subiendo hasta acariciarla justo debajo de la oreja. Ivy se quedó sin aliento. Sus dedos se curvaron contra el pecho de él y sus pezones se endurecieron, convirtiéndose en pequeños puntos dolorosos.

El simple recuerdo de su hábil lengua entre sus piernas habría bastado para excitarla, pero sentirla hizo que su núcleo se apretara y su clítoris palpitara.

—Tu piel es dulce, mi hilo del corazón —dijo—, pero tu aroma lo es más.

Ella se rio entre dientes, pero los nervios hacían que su risa fuera un poco temblorosa.

—¿Seguro que no vas a comerme?

Él castañeo y se apartó de ella, aunque a regañadientes, para inclinarse sobre su bolsa y abrirla. Sacó de su interior dos puñados de fruta fresca.

—Tendremos que conformarnos con esto. Ketahn no comer Ivy —Sus ojos brillaban juguetones, pero no podían ocultar su luz hambrienta cuando los pasaba sobre ella—. Pero volveré a beber de ti, mi *nyleea*.

A Ivy se le cortó la respiración. Su sangre se calentó y el calor se acumuló en su vientre. Apretó los muslos.

—Ketahn...

—Primero, tienes que comer —Cogió una fruta flor de luna de la comida que llevaba entre las manos y utilizó la garra del pulgar para cortar su corteza, de cuyo interior brotó un ligero chorro de jugo.

Su mirada se posó en las manos de él mientras separaba hábilmente la corteza de la fruta y cortaba un trozo. La forma en que empleaba aquellos dedos y garras era tan cuidadosa, tan precisa, que deseó volver a sentir su tacto en su cuerpo. Por *todo* su cuerpo.

«No. No, eso solamente fue cosa de una vez. No... no volveremos a hacerlo. Yo soy humana, y él es... es un vrix. Un alienígena.

No es natural.

¿Verdad?»

—Ketahn, ¿qué... ha pasado? —preguntó Ivy.

Ketahn ladeó la cabeza, con las mandíbulas moviéndose inseguras.

—¿Qué quieres decir, Ivy?

—Añoche, cuando me ataste y nosotros... cuando nosotros...

—Nos apareamos.

Con las mejillas encendidas, miró hacia abajo.

—Eso lo sé. Pero... ¿Qué *pasó*? ¿Por qué de repente... hiciste eso?

—Porque eres mía —Le acercó el trozo de fruta a la boca—. Ahora come.

Ivy miró la fruta y parpadeó. ¿*Qué*? Frunciendo el ceño, apartó suavemente la mano de él.

—¿Qué quieres decir con que soy tuya?

—Te he conquistado y reclamado. Eres mi compañera —Volvió a acercarle la fruta a la boca, esta vez con más insistencia—. Ahora come, Ivy. No permitiré que mi hilo del corazón pase hambre.

—No tengo hambre —dijo ella, retrocediendo unos pasos. Era mentira, estaba hambrienta,

pero ahora intentaba comprender sus palabras. ¿Las había dicho bien? ¿Las había entendido? ¿Realmente quería decir...?

—Así que dices que anoche me conquistaste para aparearte. Porque querías sexo, ¿verdad? ¿Es eso?

—Porque eres mi compañera —dijo con firmeza, bajando la mano—. Al igual que te até a ti, ahora estamos atados. Nuestros hilos están entrelazados —Cruzó dos de los dedos de su mano libre—. Son uno. Somos uno.

—Pero tú... ¡No puedes decidir eso así como así!

Sus mandíbulas bajaron. Dejó toda la fruta en el suelo y se levantó rápidamente, acercándose a ella de una sola zancada. Antes de que pudiera reaccionar, la rodeó con los brazos y la atrajo hacia sí. Sus cierres rodearon su cintura y la encerraron ahí.

Ivy apoyó las palmas de las manos en su pecho y lo miró con los ojos muy abiertos.

—Los Ocho han querido que te encuentre —gruñó—. Y desde el momento en que te vi, te toqué, te olí, supe que eras mía. Nadie ha ido a ese lugar oscuro excepto yo. Nadie podría haberte encontrado excepto yo. Porque siempre estuviste destinada a ser mía, Ivy. Toda mi búsqueda ha sido por ti, aunque yo no lo sabía. Y toda tu espera fue por mí.

—Pero tú eres un vrix, y yo...

—Eres mi hembra. Mi compañera, mi *nyleea*, mi hilo del corazón —Le agarró la barbilla con una mano, le levantó la cara y la obligó a sostenerle la mirada. Sus ojos brillaban más que el sol, y todo aquel calor, todo aquel deseo, se dirigía exclusivamente a Ivy—. Y si tengo que conquistarte una y otra vez para que lo entiendas, lo haré.

Ivy soltó un suspiro entrecortado. El deseo que había invadido su interior resurgió, extendiendo calor por toda ella. El roce de sus cierres en las caderas y el culo a través del vestido envió una corriente eléctrica sobre su piel. Le rozó el pecho con las uñas.

—Ketahn...

—Huelo tu deseo, Ivy —Ketahn soltó su barbilla y aflojó los cierres, abriendo un pequeño espacio entre sus cuerpos, lo suficiente para que él deslizara la mano entre ellos. Uno de sus dedos largos y ásperos se deslizó por su sexo, presionando entre sus pliegues para recoger su fluido—. Tú haces este néctar para mí.

Frunció el ceño y gimió mientras la recorría un suspiro de placer. Se apretó contra su dedo, necesitando más, incapaz de negar la verdad de sus deseos.

—Sí —exhaló.

Ketahn gruñó. Su dedo se enroscó, ejerciendo una presión tortuosa y arrebatadora sobre su clítoris, desatando un calor imposible en su interior y robándole el aliento por la excitación. Antes de que pudiera volver a jadear su nombre, él se movió tan deprisa que ella apenas percibió lo que ocurría.

La levantó del suelo, le abrió las piernas y condujo sus muslos alrededor de sus costados. Por un instante, sus manos parecieron estar en todas partes, pero ella las notó sobre todo en las caderas, mientras él la golpeaba contra su polla dura y resbaladiza.

Ivy gritó, rastrillando las uñas sobre su pecho y arqueando la espalda. Le echó los brazos al cuello, necesitaba algo a lo que agarrarse. Era demasiado. Él era demasiado. La estrechaba, obligándola a tomar todo de él, y eso la hizo temblar.

Se encontró con su mirada y levantó las caderas. Sus cierres y sus manos tiraron de ella hacia abajo. El ardor inicial de su penetración fue superado por una descarga de puro éxtasis. Le hincó las garras en el culo y le sujetó el pelo con una mano, apartándole la cabeza y volviendo a pasarle la lengua por el cuello.

Ketahn la penetró con fuerza y rapidez, con movimientos feroces, posesivos, e implacables. El placer que la golpeaba con cada embestida de su polla era igual de salvaje. Luchó por seguir su ritmo, pero era demasiado; sus muslos temblorosos no podrían sostenerla durante mucho tiempo, y lo único que podía hacer era aferrarse a él como si estuviera a la deriva en un océano de éxtasis y él fuera su salvavidas.

—Eres mía, hembra —rugió. Sus colmillos rozaron la tierna carne de su cuello, agudizando el placer que la atravesaba por dentro.

Cerró los ojos y se hundió contra él, arañándole la espalda.

Las patas delanteras de Ketahn salieron disparadas, golpeando las paredes del nido en algún lugar detrás de ella. Se echó hacia atrás hasta que ella estuvo a punto de tumbarse sobre él; la alteración de la gravedad aumentaba la fuerza cada vez que la golpeaba con su polla.

Le tiró de la cabeza hacia atrás.

—Mírame.

Abrió los párpados e Ivy se encontró mirándole a los ojos, que brillaban como fuego púrpura sobre su piel negra.

—Te he reclamado —Acompañó cada palabra con una fuerte embestida, cada vez más profunda, que desencadenaba en ella una pequeña explosión de placer—. Me perteneces, mi hilo del corazón. Solo a mí.

A Ivy le costaba cada vez más mantener los ojos abiertos, y concentrarse en sus palabras. Deslizó las manos por su espalda, arrastrando los dedos sobre sus cicatrices y a lo largo de su grueso cuello hasta que, finalmente, los enredó en su sedoso cabello.

—Dilo, Ivy —gruñó, y el pinchazo de sus garras en el cuero cabelludo la obligó a abrir los ojos de par en par—. Dime que eres mía.

—¡Sí! —gritó ella mientras se expandía aquella bola ardiente de calor en su interior—. ¡Sí, soy tuya! ¡Oh Dios, Ketahn! ¡Soy tuya!

—¡Demuéstrame! —De algún modo, él la penetró aún más rápido, aún más fuerte, acompasando el ritmo frenético de su corazón—. Déjame ver cómo te he conquistado.

Ivy estalló. El éxtasis brotó de sus entrañas, consumiéndola en un calor delicioso y enloquecedor, envolviéndola de pies a cabeza. Gimiendo, se aferró a él mientras su cuerpo vibraba de éxtasis y un fuego líquido se desbordaba de su interior, ardiendo cada vez más con cada uno de sus empujones.

Sintió cómo el eje de Ketahn se hinchaba justo antes de que soltara un rugido bestial que sacudió a Ivy y a todo el nido que la rodeaba. Su semilla estalló con un calor equivalente al de ella, cuya fuerza se complementó con las extrañas sensaciones de algo que se desplegaba en su punta y la vibración de su polla.

Antes de que ella hubiera empezado a descender del primero, él la hizo estallar hasta un segundo clímax.

Ivy se tiró del pelo y se frotó el cuero cabelludo mientras la luz brillaba tras sus párpados. Sintió un hormigueo en la piel debido a las poderosas sensaciones que la invadían. Apretó su sexo contra la pelvis de él y le rodeó con las piernas, tratando de llevarlo más adentro, de encerrarlo.

Sus manos le apretaron el culo, ayudando a Ivy a conseguir su objetivo al apretarla firmemente contra él. Ketahn le enterró la cara en el cuello. Su aliento era caliente y fuerte contra su piel, pero fue su lengua la que captó su atención y la estremeció cuando lamió el sudor de su carne.

—Mi hilo del corazón —retumbó, intensificándose brevemente el movimiento de la punta de

su polla. Gruñó, se estremeció y otro chorro de semilla la llenó—. Tan dulce.

Se abrazaron mientras descendían gradualmente de aquel inmenso clímax, compartiendo el pulso del otro, el calor del otro, y la euforia persistente que los había invadido. Durante un rato, a Ivy le resultó difícil determinar dónde acababa su cuerpo y empezaba el de Ketahn... y eso le encantó. Nunca se había sentido más unida a nadie. Nunca había soñado que fuera posible sentirse tan cerca de alguien. Tan... conectada.

Las lágrimas brillaron en sus ojos, nublándole la vista mientras contemplaba la luz de la mañana que se colaba por la entrada del nido. ¿Cómo era posible sentirse más deseada, más *amada*, por un alienígena, que por aquellos que deberían haberla amado más?

Jadeando suavemente, aflojó el agarre de su pelo y lo peinó con los dedos. Tenía el cuerpo bañado en sudor, y tanto su pelo como su vestido de seda estaban húmedos. Estaba sonrojada por todos lados. Pero nunca se había sentido tan bien como en aquel momento, con las manos de Ketahn acariciándole la espalda, los muslos y el culo mientras su gruesa polla latía en su interior.

Un estruendo resonó dentro de ella.

—¿Ahora lo entiendes, Ivy? Estaba decidido desde antes de conocernos. Estabas destinada a ser mía.

Ketahn levantó la cabeza, le cogió la barbilla con los dedos y le acercó la cara, obligándola a mirar sus ojos violetas. Ardían de posesividad y pasión, pero se suavizaron al mirarla. Separó las mandíbulas e inclinó la cabeza hacia delante para presionar la frente contra la de ella.

—Mi *nyleea*.

Ivy cerró los ojos y las lágrimas se derramaron sobre sus mejillas.

—Mi *luveen*.

Capítulo Veinticinco

La cascada era igual de impresionante durante el día, sobre todo desde la orilla del estanque. La niebla en el aire hacía que el lugar pareciese una tierra misteriosa llena de espíritus ocultos —lo que quizá fuese cierto, por lo que Ketahn sabía— y el arcoíris que brillaba a la luz de la mañana era como el puente que conectaba este reino espiritual con el mundo real. Las hojas y las flores resplandecían, sus colores contrastaban aún más con la luz del sol. En aquel momento, más que nunca, la Maraña se sentía viva.

Reposó sus manos, bajando la red que estaba arreglando.

Las veces que había estado aquí solo, cuando se había puesto a pensar, a veces se había preguntado por la cascada, por su tamaño, su poder, su... constancia. Los vrix habían hecho cosas impresionantes en Takarahl, pero esta cascada era mucho más. Si los Ocho caminaban realmente bajo las formas de los vrix, ¿cuán inmensos eran para haber creado esta cascada? ¿Para haber creado esta jungla?

Giró la cabeza para mirar a Ivy, que estaba sentada en la roca junto a él, tejiendo flores de cresta solar en una delicada cadena.

¿Cómo de enormes y poderosos eran los Ocho para haber arrancado a la gente de Ivy de las estrellas?

Algo se derrumbó en su interior y desvió la mirada para mirar más allá de ella, en dirección al foso. Ella le había pedido tantas veces que la llevara allí, y él siempre se lo había negado. Con el paso de los días, ella se lo había pedido cada vez menos, y cada vez, su esperanza se había apagado un poco más... y sus reacciones ante su negativa, aunque menos apasionadas, le habían preocupado cada vez más.

¿Realmente habían llevado los Ocho a Ivy a la Maraña? ¿Le habían quitado todo solo para que ella pudiera ser de Ketahn? ¿O simplemente le habían guiado hasta ella, hasta una hembra que necesitaba un macho fuerte que la protegiera, la mantuviera y la complaciera?

Ella era suya; no tenía ninguna duda de ello y nunca la tendría. Y aunque el *cómo* no importaba, no podía dejar de preguntarse por las fuerzas que los habían unido. No pudo evitar preguntarse si había hecho bien en negarse a llevarla a ver el lugar donde la había encontrado.

Bajó la mirada hacia la red que tenía sobre las patas delanteras y se encontró de repente sin ganas de continuar con su tarea.

Ketahn había elegido vivir fuera de Takarahl, romper muchos de sus lazos con los vrix, y, aun así, podía ir a verlos siempre que lo deseaba. Ivy no había hecho esa elección. No había pedido que la separaran de los demás humanos. No había pedido venir a la Maraña, ni que la trajeran a esta vida. Así debía ser, estaba destinada a estar con él, pero ¿cómo podía permanecer

indiferente cuando su compañera estaba preocupada por eso?

Volvió a centrar su atención en ella, observando cómo trabajaban sus hábiles y diminutos dedos. Había recorrido un largo camino desde que la encontró por primera vez. Había aprendido mucho. Ivy ya no era la misma, y Ketahn tampoco. Se habían cambiado mutuamente, y él creía que esos cambios eran buenos.

No le había mentado, el foso era peligroso. Con la época de inundaciones acercándose, sería aún más peligroso que el día en que la había encontrado. Pero si tardaban más, podrían pasar varios ciclos lunares antes de que pudieran volver a entrar en esa... *nave*, y eso solo si las lluvias de esta estación no eran demasiado abundantes y dejaban la nave completamente inundada e imposible de entrar.

Ketahn la miró a la cara. Tenía esa expresión de concentración que él tanto admiraba, con las cejas fruncidas y un pequeño pliegue entre ellas, unos ojos azules que relucían concentrados y el labio inferior entre los dientes blancos y planos.

No temía a los espíritus del foso. No temía el peligro de la escalada, ni a las bestias que merodeaban por la jungla de alrededor. No temía la extraña construcción de la nave ni la muerte que la impregnaba.

Su verdadero temor en todo momento, su verdadera razón para negarse a su petición, era perderla.

¿Y si algo salía mal y no conseguía protegerla? ¿Y si los espíritus la querían de vuelta?

¿Y si veía a los machos humanos y decidía que los quería a ellos?

Pero ahora era diferente. Ahora eran compañeros, estaban unidos, estaban atrapados el uno por el otro.

Habían pasado los cinco días transcurridos desde que él la había reclamado apareándose en todos los rincones de la guarida y en varios lugares de la jungla, llevando su placer a nuevas cotas una y otra vez. Ella era suya y lo había aceptado. No le abandonaría por un humano.

Ketahn apretó la mandíbula y cerró los puños. No lo permitiría y no dudaría en desafiar a cualquiera, vrix o humano, macho o hembra, que intentase arrebatarla.

¿Qué le impedía llevarla a la nave?

Sin duda era peligroso, pero cada día en la Maraña era un riesgo. Y, aunque no podía subir sola, Ivy estaba mucho más capacitada que hacía ocho días. No sería una carga. Nunca lo había sido.

¿Qué era esto comparado con lo que ya había hecho? ¿En comparación con lo que ya había arriesgado, a lo que estaba dispuesto a renunciar para mantenerla a salvo?

Ayer había sido el Alto Reclamo. Se le esperaba en Takarahl, conocía las posibles consecuencias de su ausencia y, aun así, había pasado el día con Ivy. Ketahn había hecho su elección. Era su compañera, y la había tomado varias veces sin pensar siquiera en Zurvashi.

Si por fin había llegado el momento de dejar atrás a Takarahl para siempre, así lo había decidido. No creía que la reina fuera a perjudicar realmente a sus amigos y a su hermana de cría; ahora que había dejado clara su elección, Zurvashi asumiría que significaban demasiado poco para él como para dejarse persuadir. E incluso sería una mala imagen que la reina se volviera contra una de sus Colmillos más respetada y hábil sin motivo aparente.

En cualquier caso, existía otras maneras de comunicarse con sus amigos y su hermana, y todos sabían que parte de la ira de la reina podría dirigirse contra ellos. También sabían cómo cuidar de sí mismos y cómo encontrarle si era necesario. Podían abandonar Takarahl si fuera necesario.

Pero Ivy no tenía otro lugar adonde ir. Y Ketahn no tenía otro lugar más que con ella.

Ivy lo miró y levantó la cabeza, con los labios curvados en una sonrisa.

—¿Me estás mirando?

Él levantó las mandíbulas.

—Siempre, mi hilo del corazón.

—¿Y en qué piensas, hombre araña?

Ketahn gruñó y chasqueó los colmillos de sus mandíbulas.

—Las formas en que podría castigarte por llamarme así, humana.

—¿Vas a atarme de nuevo?

—Sí.

Ella sonrió más y sacó los pies del agua. Se giró para mirarle, doblando las piernas hacia atrás. La seda de su vestido se tensó alrededor de sus pechos.

—¿Y si no lo considero un castigo?

—Es mejor que no digas eso —murmuró él, deslizando la red fuera de sus patas y dejándola a un lado—, así podremos disfrutar los dos.

Ivy se echó a reír. El sonido fue una delicia para sus oídos. Se puso en pie, se quitó el musgo, las hojas y los pétalos que se adherían a su falda y se acercó a él, con la cadena tejida en la mano.

—No me has dicho en qué pensabas —dijo, poniéndose frente a él.

—Solo en ti, mi *nyleea*.

Sus ojos se suavizaron al mirarle. No le pasó desapercibido el rosa que teñía la piel pálida de sus mejillas. Ivy se acercó y se colocó justo delante de él, entre sus patas delanteras. Sonriendo, levantó los brazos y le colocó el aro de flores sobre la cabeza. Al retroceder, soltó una risita.

—No creo que te haga menos fiero —dijo ella.

Ketahn la rodeó con una pata delantera. El aro de enredaderas, hojas y flores resultaba cálido contra su piel, y ese calor fluía hacia su pecho, extendiéndose desde allí hacia el exterior.

—Debo ser fiero para protegerte —Le cogió las manos con las suyas inferiores, acariciándole los nudillos con los pulgares—. Guardaré este regalo mucho tiempo después de que las flores se hayan marchitado. Gracias.

Su rostro mostró un gesto de sorpresa, pero enseguida dejó paso a una expresión más pensativa y curiosa. Inclino la cabeza y desvió los ojos hacia su boca. Volvió a morderse el labio inferior y se movió sobre sus pies.

—¿En qué estás pensando, Ivy? —preguntó él.

Ella volvió a mirarle.

—Quiero probar una cosa contigo.

Ahora fue Ketahn quien inclinó la cabeza, recorriendo con los ojos el cuerpo de ella y volviendo a subir hasta su rostro. Su miembro se agitó tras su abertura y sus cierres se estremecieron. Solo con sus palabras ya se sentía excitado, pero junto con el brillo curioso de sus ojos, no podría resistirse.

—¿Qué quieres que pruebe, mi *nyleea*?

—Quiero *besarte*.

Sus mandíbulas se crisparon.

—No conozco esa palabra. ¿Qué significa?

—Creo... que sería mejor enseñártelo —Ivy le soltó las manos y se las llevó a la cara, sujetándole la mandíbula antes de acercarle los labios a la boca.

Ketahn retrocedió, inseguro de lo que estaba haciendo. Tocar las cabezas ya era un gesto familiar e íntimo, pero esto lo parecía aún más. Su cuello, suave, elegante y delicado, estaba así al alcance de sus mandíbulas.

—¿Qué es eso? —preguntó

Ivy se echó hacia atrás, bajando las manos hacia el centro y entrelazando los dedos, pero Ketahn impidió que escapara apoyando la pierna detrás de ella.

—Un beso —dijo insegura—. ¿No te ha gustado?

Le cogió la mejilla con la palma de la mano y le acarició suavemente el labio inferior con la yema del pulgar.

—Yo... no me lo esperaba. Para los vrix, cuando nos tocamos la cabeza, es un signo de gran confianza. La confianza más profunda —juntó las mandíbulas, tocando sus puntas—, debido al riesgo. Este *beso*... es más que eso.

—Sí, puede serlo. Para los humanos, hay distintos tipos de besos. A veces besamos la mejilla de otra persona para saludarla o mostrarle afecto o cariño. Pero hay otros besos que se comparten entre... amantes. Es... es como aparearse con nuestras bocas.

Un silbido largo y grave retumbó en el pecho de Ketahn y sus ojos se detuvieron en los labios rosados de ella. No sabía que hubiera más formas de aparearse, pero ahora sentía curiosidad por descubrirlas, por explorarlas con ella.

Llevó las manos inferiores a su trasero y las superiores a sus caderas, y la levantó. A Ivy se le cortó la respiración y le puso las manos sobre los hombros, como si quisiera estabilizarse. Él deslizó las patas delanteras por debajo de ella y las dobló para que sus segmentos superiores sobresalieran rectos antes de sentarla sobre él, con los muslos a ambos lados.

—Enséñamelo otra vez, mi hilo del corazón —le dijo.

Ella sonrió y le pasó las pantorrillas por los lados.

—De acuerdo.

Se inclinó más hacia él y le rozó el cuello con las manos, cerrando los ojos mientras volvía a apretar aquellos labios suaves y cálidos contra su boca. Pero sus labios no se quedaron quietos. Los rozaba ligeramente de un lado a otro, rozándole la piel, provocándole con pequeñas caricias y susurros. Un estremecimiento recorrió a Ketahn y sus corazones se aceleraron. Entre las sensaciones que ella le provocaba y el aroma que le envolvía, no pudo resistir su excitación. Su miembro palpitó y empezó a salir de su abertura mientras sus cierres rodeaban el centro de Ivy.

Ella ejerció más presión y separó los labios, dándole un prolongado beso primero en una comisura de la boca y luego en la otra. Cuando recorrió su boca con aquellos labios en una lenta y tierna caricia, dejaron a su paso un fuego que solo intensificó su deseo.

Los dedos de Ketahn se flexionaron, ansiosos por acercarla, por abrirla los muslos y hundirse en sus profundidades húmedas y calientes y perderse dentro de ella. Cuando la lengua de ella rozó el pliegue de su boca, se le cortó la respiración y perdió la batalla.

—Ivy —gruñó, estremeciéndose cuando su miembro se liberó.

La levantó, y ella inmediatamente le rodeó la cintura con las piernas, abriéndose a él. De un fuerte empujón, enterró el miembro en su calor resbaladizo y acogedor, tirando de ella hasta que no pudo soportarlo más. Ivy jadeó contra su boca, le rodeó el cuello con los brazos y apoyó los pies en sus patas traseras.

Apretándole el culo con las manos inferiores, la empujó sobre su cuerpo, persiguiendo las intensas oleadas de placer que desataba su hambriento interior.

—Ketahn —susurró ella, rozándole de nuevo la boca con los labios—. Bésame.

Ketahn pasó la boca por los labios de ella, rozándolos suavemente, creando un suave roce de piel contra piel. Cuando la lengua de Ivy volvió a rozar el borde de su boca, él se abrió a ella y extendió la suya, rozándola con la de ella. Sus lenguas entablaron una intrincada danza: giraron, se enroscaron, se acariciaron, explorando la boca del otro con una intimidad que él nunca habría

imaginado.

Justo como lo deseaba, y tal como lo anhelaba, se perdió dentro de su compañera.

Sintió que el hilo del corazón que los unía se estrechaba cada vez más en su interior, sintió que su vínculo se profundizaba a cada momento que pasaba, y supo sin duda que nunca se rompería: que declararía la guerra a los Ocho si eso significaba conservar a Ivy.

Capítulo Veintiséis

—Así que, de nuevo... ¿Adónde vamos? —preguntó Ivy.

—Como ya te he dicho, pronto lo sabrás, mi *nyleea* —Ketahn la miró por encima del hombro y sus ojos violetas brillaron bajo la escasa luz solar que lograba atravesar el follaje de la jungla.

Ella se levantó de sus patas traseras el tiempo suficiente para darle un beso en la dura mejilla, sin dejar de sonreír. La primera vez que cabalgó así sobre él, se sintió un poco tonta. Sus sentimientos habían cambiado drásticamente desde ese momento.

Los ojos de Ketahn se entrecerraron de esa forma tan particular que significaba que estaba sonriendo, antes de volver a mirar hacia delante.

Ivy se sentó, haciendo que la bolsa de Ketahn, que en esos momentos llevaba colgada sobre los hombros, rebotara en su espalda. Le rodeó el pecho con los brazos y giró la cabeza para apoyar la mejilla en su ancha y acorazada espalda, donde tenía las marcas blancas y moradas más grandes. Sus corazones latían a un ritmo constante; ella podía sentirlos más claramente a través de su espalda, pero su sexo aún estaba lo bastante sensible como para sentir ecos de ellos también en sus patas traseras.

No había tardado mucho en darse cuenta de que no se dirigían hacia el nido después de salir de la cascada. Ivy no había interrogado a Ketahn en ese momento. Su cuerpo estaba lánguido después de hacer el amor y se había contentado con disfrutar del paseo y de su continua cercanía a él. Sí, estaba un poco dolorida, pero era el mejor de los dolores.

Y los suaves movimientos de sus enormes patas traseras debajo de ella la tranquilizaban y excitaban a partes iguales.

Por supuesto, lo único que deseaba era volver al nido, acurrucarse contra él y saborear todas las buenas sensaciones que la inundaban. Satisfacción, felicidad, euforia y, sobre todo, la sensación de sentirse bien y completamente amada.

«*Amada*».

¿Era eso lo que estaba pasando?

No podía negar que Ketahn y ella habían desarrollado una relación profunda y significativa. Se había convertido en su mejor amigo, mejor que cualquier amigo humano que hubiera tenido. Él los consideraba compañeros, y ella lo había aceptado, pero eso solo había alterado su relación en algunos aspectos.

Estaba el sexo, por supuesto, y Dios, era alucinante. También se había vuelto más posesivo desde que la había reclamado, y más cariñoso. Pero nada de eso significaba necesariamente *amor*. ¿Podría estar floreciendo ahora entre ellos? ¿O ya lo había hecho? ¿Los *vrix* creían en el amor?

Ni siquiera sabía exactamente qué significaba ser compañeros para Ketahn y su gente. ¿Era un estado temporal o para toda la vida? ¿Era solamente sexo y reproducción o significaba algo más?

Y, sin embargo, cada vez que pensaba en terminar de algún modo el viaje hacia Xolea o en regresar a la Tierra, algo le dolía en el pecho. Ese dolor solo se había intensificado con el tiempo. Aunque nunca lo había deseado, ni tampoco lo había pedido, se dio cuenta de que no quería dejar este planeta, no quería dejarle a él. Y... no quería que él la dejara a ella.

Ivy nunca había sido tan feliz en toda su vida como en aquella jungla alienígena con su hombre araña. ¿Qué le esperaba en la Tierra aparte de recuerdos dolorosos y luchas sin sentido? ¿Y qué le esperaba en Xolea? Aunque el trabajo nunca le había molestado, siempre se había insinuado que, con el tiempo, se esperaba de ella que se casara y tuviera hijos, no porque se hubiera enamorado, sino porque era necesario para el futuro de la colonia.

Una parte de ella esperaba que las cosas hubieran progresado de forma natural, que hubiera conocido a un hombre decente y entablado una relación con él... pero las cicatrices de su pasado aún estaban demasiado abiertas como para creer eso, incluso unos años después de Tanner.

Había embarcado en el *Somnium* soñando con una nueva vida. No había duda de que la había encontrado aquí con Ketahn, y que era imposible y extraordinariamente mejor que cualquier cosa que pudiera haber imaginado.

Su compañero resultaba ser un vrix en lugar de un humano.

Las sombras que los rodeaban se hicieron más densas y Ketahn aminoró el paso; el cambio fue suficiente para sacar a Ivy de sus pensamientos. Levantó la cabeza para mirar a su alrededor. Estaban cerca del suelo de la jungla, mucho más cerca de lo que Ketahn viajaba normalmente, donde la oscuridad se concentraba y las nudosas raíces y ramas parecían más siniestras. Aquí, todos los sonidos habituales de la jungla estaban apagados, como si vinieran de muy lejos... o incluso de otro mundo.

Aun así, agradeció que esta vez no le hubiera pedido que se tapara los ojos. Mientras estuviera con él, no le importaba adónde se dirigieran. Él la protegería.

Ketahn se detuvo bruscamente, enderezando el torso y girándose ligeramente para mirar hacia atrás con la lanza en alto. Permaneció así durante un rato, con los músculos tensos, y sus ojos tan solo eran visibles por los diminutos puntos de luz que reflejaban.

—¿Qué ocurre? —susurró Ivy.

Un suave murmullo sonó en su pecho.

—He oído algo.

Con los ojos muy abiertos, miró en la misma dirección que él, pero lo único que pudo distinguir con seguridad fueron unas formas oscuras entre las sombras.

Al cabo de un rato, él se relajó y le acarició la pierna con su áspera palma, aliviando su tensión.

—No pasa nada. La jungla hace muchos sonidos —Siguió avanzando, con paso firme y sin prisas mientras sorteaba obstáculos que ella apenas podía ver—. Ya hemos llegado.

Ella se inclinó hacia un lado para mirar hacia delante. En medio de la densa y negra vegetación que tenía delante, se veían puntitos de sol, minúsculos pero brillantes en contraste con la oscuridad.

Ketahn se adelantó y separó las hojas con su lanza.

Ivy entrecerró los ojos ante la repentina luz que la golpeó. Era algo más que un rayo de luz que se abría paso entre las copas de los árboles de la jungla; era luz solar pura y sin diluir. En cuanto sus ojos empezaron a adaptarse, levantó la mirada.

Las copas de los árboles se abrieron en un gran círculo, dejando al descubierto el cielo azul y las esponjosas nubes blancas en un espacio casi tan grande como el de la cascada. Las ramas que rodeaban el claro se mecían con el viento, haciendo crujir sus hojas.

Su mirada se detuvo y su corazón se aceleró. Era imposible pasar por alto la razón de la enorme fractura entre los árboles: un enorme foso se abría ante ella, con sus empinadas paredes llenas de raíces y plantas colgantes, tramos de tierra suelta y piedras que sobresalían. Más abajo, una vegetación enmarañada había crecido sobre el foso, pero no era tan espesa como para ocultar la impenetrable oscuridad que había debajo.

Ketahn se detuvo al borde del foso, apoyando las patas delanteras en una gran roca. Sus mandíbulas se crisparon.

—Este es el lugar, Ivy.

—¿Qué lugar? —preguntó ella, mirando fijamente aquel foso oscuro, pero en su interior, Ivy ya sabía la respuesta.

—El lugar donde caí hacia mi destino —Le rodeó la rodilla con una mano y le dio un suave apretón—. Donde los Ocho me condujeron hasta ti.

Ahora entendía lo que estaba viendo: no era un foso o una grieta natural, sino un cráter de impacto.

—¿Vas a llevarme a la nave?

—Tendremos que descender —Ketahn se inclinó hacia delante, inclinando la cabeza para mirar el cráter. Soltó un resoplido—. Saca una cuerda de la bolsa para que pueda atarte a mí, aunque tendrás que sujetarte bien.

Ivy deslizó la bolsa de su espalda y sacó un trozo de cuerda hecha de seda. La excitación y la inquietud hicieron que le temblaran las manos. Después de colgar la bolsa sobre sus hombros, se enrolló la cuerda alrededor de la cintura y le tendió los extremos. Juntos enrollaron la cuerda alrededor de sus torsos varias veces, y Ketahn fue añadiendo nudos y vueltas para mantenerla segura. Cuando terminaron, la cuerda estaba ajustada, pero dejaba un poco de espacio entre ella y Ketahn.

Él le pasó su lanza. Ella se enrolló parte de la cuerda alrededor de la mano y colocó el arma sobre su regazo, metiéndola horizontalmente entre sus cuerpos.

Cuando Ketahn se apartó del cráter y retrocedió hacia el borde, el corazón de Ivy se aceleró, y se aferró con fuerza a él. No era solo la idea de descender a aquel enorme y oscuro foso lo que la tenía en tensión, sino la incertidumbre sobre lo que encontraría cuando llegaran al *Somnium*. Lo había deseado tanto, le había pedido tantas veces que la trajera aquí, pero ahora que estaba a punto de conseguir lo que quería...

¿Sería capaz de soportar lo que le esperaba? Tal vez encontrara un final a sus dudas, pero probablemente no le proporcionaría ningún consuelo. Había muchas probabilidades de que cualquier esperanza a la que se hubiera aferrado todo este tiempo quedara aniquilada allí abajo. Que eso la obligara a aceptar el peor de los escenarios como una realidad.

Que... que realmente era la única que quedaba.

Su estómago se estremeció cuando Ketahn se inclinó hacia atrás, y ella lo apretó aún más para luchar contra la insistente atracción de la gravedad. Cerrando los ojos, enterró la cara contra su espalda, intentando concentrarse en su olor, su calor, el tacto de su áspera piel. Intentó concentrarse en él y no en los millones de “y si...” que se arremolinaban en su mente con toda la ferocidad de un tornado desgarrando las Grandes Llanuras.

No dejó que la preocuparan los pequeños rasguños de la tierra y las piedras que caían. Ketahn les llevaría allí abajo sanos y salvos.

«Y sea lo que sea que encontremos... seguiré teniéndolo a él. Es suficiente. Él siempre será suficiente».

Mientras Ketahn la llevaba más abajo, se dio cuenta de un nuevo sonido, uno que solo se producía de forma irregular, pero que, sin embargo, era fácilmente identificable: el “¡blup!” de pequeños objetos que golpeaban el agua muy por debajo.

Ketahn ralentizó su descenso hasta detenerse. Ivy sabía que aún no habían llegado al fondo, pero se arriesgó a abrir los ojos y a apartar la cabeza de Ketahn.

Se encontró mirando directamente hacia arriba por la escarpada ladera del cráter, hacia el cielo azul abierto. El vértigo amenazaba con hacer que el mundo girara a su alrededor, pero apretó la mandíbula, respiró hondo y mantuvo los ojos abiertos. Aunque no se atrevía a mirar, podía sentir el precipicio a sus espaldas. Podía sentir la distancia hasta el fondo del cráter.

«Ketahn no me dejará caer».

Apenas había terminado aquel pensamiento cuando él empezó a rotar, girando su cuerpo como si fuera las manecillas de un reloj de pared antiguo. Los ojos de Ivy se abrieron de par en par y chilló, apretando los muslos alrededor de su cintura y clavándole las uñas en el pecho en su desesperada búsqueda de un agarre sólido. Cuando acabó, ambos miraban hacia abajo.

Las enredaderas que crecían por el cráter estaban justo delante de Ketahn, pero había muchos huecos por los que Ivy podía ver. La oscuridad de abajo no era completa, apenas se filtraba la luz suficiente para distinguir vagamente los escombros del fondo y darle una idea fantasmal de lo que habría allí para atraparles si caían.

Con la parte superior de los brazos, Ketahn rasgó las lianas. Aunque iba con cuidado, cada uno de sus movimientos hacía temblar su cuerpo y el de Ivy. Hojas, ramas y otros restos cayeron, entrechocando contra la pared del cráter y precipitándose al agua en algún lugar más abajo.

Una vez que hubo abierto una brecha lo bastante grande, Ketahn se enderezó y siguió bajando.

—¿Dices que te caíste aquí? —preguntó Ivy.

—Desde los árboles de arriba.

Si la escalada le había resultado agotadora, en su voz no había señales de ello.

—¿Cómo sobreviviste a la caída?

—Lancé mi lanza y golpeó contra un tronco. Fue suficiente para frenarme, pero solo por un momento, y cuando se soltó, volví a caer. La lanza se enganchó en estas lianas y me detuvo de nuevo antes de que tocara el fondo.

Cuando atravesaron la capa de vegetación, todo se oscureció. Bajo la vegetación viva había una red enmarañada de ramas secas y muertas; desde abajo, parecía el nido de algún pájaro de un tamaño imposible. Ver aquellas lianas elevarse cada vez más por encima era surrealista. La forma en que la luz del sol luchaba por penetrar en ellas casi recordaba a la luz que brilla a través de la superficie del océano.

Aquello era desconcertante, pero no era nada comparado con el hedor a putrefacción y a agua estancada, un hedor que flotaba espeso como la niebla en el aire bajo la vegetación. Ivy no podía ignorarlo ni siquiera respirando por la boca. De algún modo, a pesar de que tenía el estómago revuelto, se las arregló para no vomitar.

Llegaron al fondo sin problemas. Ketahn estiró las patas traseras hacia atrás y se apartó de la pared. Avanzó con dificultad por el agua negra que se acumulaba en el borde del cráter, levantando de nuevo aquel olor nauseabundo, y siguió una pendiente que conducía a tierra firme. No era tierra firme, pero era mejor que nada.

Un resplandor anaranjado iluminaba el cráter, bañando los escombros con una luz

espeluznante y proyectando unas enormes sombras negras.

Una forma inmensa sobresalía entre la oscuridad y el fango, aterradora y familiar.

Era el *Somnium*.

Capítulo Veintisiete

Bueno, al menos era una *parte* del *Somnium*.

La nave al completo era mucho más grande que lo que tenía delante. O... había sido mucho más grande. No se sabía si toda la nave estaba enterrada en el fondo del cráter o si solo era un trozo que se había desprendido. En cualquier caso, verla ahora, con aquel breve resplandor anaranjado, hacía que a Ivy se le retorcieran las entrañas.

Los restos estaban cubiertos de tierra, musgo y enredaderas; como todo lo que había visto en este mundo, la jungla se lo estaba tragando poco a poco. ¿Cuántos años había permanecido aquí? ¿Cuántos años llevaba *ella* aquí?

Para Ivy, el embarque en el *Somnium* solo había tenido lugar hacía un par de meses. El día anterior se había despertado en los brazos de Ketahn. Siempre había sabido que el tiempo pasaba, que habían pasado años, pero no lo había notado del todo, no le había parecido algo real.

Ahora lo sentía real. Y esa realidad era mucho más difícil de aceptar cuando la tenía delante.

La luz naranja se apagó. La imagen de la nave bailó en su visión durante un segundo más, atormentándola.

—¿Podemos entrar? —preguntó Ivy en voz baja.

Ketahn le dio otro suave apretón en la rodilla y se dirigió hacia los restos de la nave. El suelo estaba sembrado de escombros, sobre todo ramas rotas, hojas podridas y piedras de distintos tamaños, pero Ivy estaba segura de haber visto huesos esparcidos entre todo eso.

El resplandor anaranjado reapareció cuando se acercaron a la nave. Ivy miró las letras descoloridas del casco.

Somnium.

Un sueño que se había convertido en pesadilla para miles de colonos llenos de ilusión.

Ketahn se detuvo ante un gran desgarrón en el casco, con los bordes de metal dentado. Enredaderas y musgo colgaban sobre algunas partes, enredadas entre cables, alambres y tuberías colgantes.

—Dame mi lanza de púas y arrímate, Ivy —dijo justo antes de que la luz naranja volviera a desvanecerse. Del interior de la nave emanaba un resplandor rojo, solo visible mientras la otra luz estaba apagada.

Ella le pasó la lanza, se agachó y se apretó firmemente contra su espalda, acercando más las piernas a su alrededor.

Él le cubrió las piernas con la parte inferior de los brazos y se adentró en la abertura. Se movió despacio, apartando los obstáculos que se interponían en su camino, girando y retorciéndose para evitar los trozos de metal que sobresalían y la estructura de soporte interna de

la nave, y haciendo todo lo posible por protegerla de todos aquellos pequeños peligros con su propio cuerpo. Aquel acto desinteresado y bondadoso hizo que se le hinchara el corazón, y le estampó un beso en la espalda.

Ketahn soltó un suave silbido y le rozó las pantorrillas con los pulgares.

—Deberías haberme enseñado a besar antes, mi hilo del corazón. Me gusta.

Ivy soltó una risita.

—Podemos profundizar en ello más tarde.

Emergieron en una gran sala, donde Ketahn dijo que podría estar más tranquila. Aunque se resistía a soltarlo, Ivy se incorporó y miró a su alrededor. A pesar de los daños, a pesar del desorden y del agua acumulada en un lado, a pesar de la fuerte inclinación de la mitad del suelo, Ivy sabía que estaban dentro de una de las salas de estasis.

Las luces de emergencia proyectaban sobre la sala un resplandor rojo infernal y hacían que las criocámaras rotas parecieran sarcófagos oscuros y siniestros. Ninguna de aquellas cápsulas mostraba signos de estar operativa.

Ivy tragó con fuerza, respiró hondo.

—¿Puedo... bajar? —preguntó.

Ketahn desató la cuerda que los unía, e Ivy le ayudó a desenredarla. Una vez que estuvo libre, él se agachó y levantó los brazos de las piernas de ella, tendiéndole una mano por encima del hombro para ofrecerle su ayuda. Ella la cogió y pasó una pierna por encima de sus patas traseras para deslizarse.

Solo había dado un paso cuando algo le pinchó en la planta del pie. Se estremeció y se agarró a su mano mientras se apoyaba en él. Levantó el pie y se quitó la suciedad y los restos para examinarse la planta: la piel no se había rasgado, pero una piedrecita había estado a punto de hacerlo.

Caminar descalza todo este tiempo le había endurecido los pies, pero al parecer sus callosidades no eran lo bastante resistentes como para salvarla de un dolor inesperado.

Ketahn se inclinó, le agarró el tobillo y le examinó el pie con un gruñido.

—Mi compañera de piel delicada.

Echó un vistazo a la habitación y sus mandíbulas chasquearon. Cuando se enderezó de nuevo, metió la mano en la bolsa que llevaba a la espalda y rebuscó en su interior, sacando finalmente un largo trozo de tela de seda que probablemente se había quedado enrollada en el fondo.

Rápidamente, la rasgó en dos tiras y, con rapidez y cuidado, envolvió cada uno de sus pies. Era lo más parecido a unos zapatos que había llevado desde antes de embarcar en la nave.

Ketahn no le soltó el pie inmediatamente.

—Camina con cuidado, mi *nyleea*. Esto te ayudará, pero no lo protegerá del todo —dijo, acariciando con el pulgar la parte superior del pie.

Ivy movió los dedos de los pies y sonrió.

—Lo haré. Gracias.

Inclinándose de nuevo, Ketahn le rozó con la boca la punta del pie, con un beso suave y sin labios, y le bajó la pierna. El gesto hizo que se le hinchara aún más el corazón.

Se apartó de él con una mezcla de aprensión y de necesidad. No *quería* saberlo... pero tenía que hacerlo. De lo contrario, el *Somnium* y sus pasajeros la perseguirían el resto de sus días.

Ivy llegó a la criocámara más cercana y se quedó mirando por la ventana. Se le heló la sangre. El cristal estaba ennegrecido y empañado por dentro, y una fina costra de barro se había secado en el exterior, pero podía ver el interior lo suficiente como para distinguir el acolchado

destrozado y manchado de la base de la cápsula.

—Dios mío...

A pesar de los daños sufridos en la sala, la persona que había estado en esta cápsula había sobrevivido. Y lo que era peor, había estado atrapada y despierta el tiempo suficiente para intentar salir a arañazos, desesperadamente.

—Podría haber muerto mientras dormía. Podría no haberme despertado nunca. Simplemente me habría... ido —Ivy se retiró un paso de la criocámara—. O podría haber muerto así, atrapada, aterrorizada... asfixiada.

Aunque no le había oído moverse, sintió a Ketahn detrás de ella, con su presencia cálida y reconfortante. Le puso una mano en cada hombro y le alisó el pelo con otra.

—Pero no ha sido así. Estás viva y aquí conmigo, mi hilo del corazón.

Ella se volvió hacia él y le apoyó la frente y las manos en el pecho, deslizándolas hacia los hombros. Sus corazones palpitaban, y sus latidos eran tranquilizadores, reconfortantes, vivos. Sin mirar ya sabía que aquí había más muerte, más tragedias, y por muy preparada que se creyera para afrontarlas, no tardaría en desmoronarse.

No había nadie más para llorar a todas aquellas almas perdidas, e Ivy no tenía fuerzas para hacerlo sola.

—Enséñame dónde me encontraste —dijo Ivy, inclinando la cabeza hacia atrás para encontrarse con su mirada.

Ketahn asintió, sujetó suavemente un mechón suelto de su pelo con una garra y se lo colocó detrás de la oreja. Se separó de Ivy y la condujo hasta una puerta abierta. Los daños del casco se extendían hasta el pasillo contiguo y la cámara del otro lado, como si toda la nave se hubiera doblado y roto por la mitad, probablemente debido al impacto del choque.

El pasillo estaba inundado de agua, por un lado, y de aquel resplandor rojo por el otro. Cada puerta que podía ver tenía una luz roja fija sobre ella. Muertos. Todos muertos. Eso significaba, estaba segura, aunque no sabía cómo podía estarlo. Y su corazón se rompía un poco más con cada puerta que pasaban.

Ivy siguió a Ketahn por el pasillo, alejándose del agua. Los golpes sordos de la madera de la lanza contra el suelo eran el único sonido real, lento y constante. Aunque la iluminación era diferente, el aire frío olía fatal y todo aquello estaba en mal estado, ella conocía aquel pasillo. Lo había recorrido de camino a su criocámara. Pero en aquel entonces estaba inmaculado, casi reluciente. Había sido tan brillante como el futuro que todos perseguían.

Cuando vislumbró por primera vez un atisbo de verde delante de ella, pensó que era su mente jugándole una mala pasada. No parecía posible en este lugar sangriento y sombrío. Pero entonces Ketahn se detuvo ante una puerta cerrada al final del pasillo e Ivy se encontró mirando fijamente una única luz verde sobre el marco de la puerta.

—¿Aquí? —preguntó.

—Sí. La puerta ha debido de cerrarse después de que te sacara de aquí —Ketahn se hizo a un lado y señaló un botón en el marco de la puerta—. Tocando esto se abrió.

Respirando hondo, levantó los dedos hacia el botón, dudó y luego lo pulsó. Tras una suave señal sonora y un largo silbido, como el de una esclusa al despresurizarse, la puerta se abrió de golpe.

Una ráfaga de aire puro y fresco sopló sobre Ivy, sorprendiéndola por lo limpio que era, pero se quedó sin aliento por lo que vio. La diferencia entre el pasillo y la cámara que había delante era abismal. La luz de la cámara era de un blanco puro, el suelo y las paredes estaban limpios y pulidos, salvo por unas tenues huellas de barro, y las pantallas holográficas brillaban

intensamente en varios lugares.

Era casi como si aquella sala no hubiera sido afectada ni por el choque ni por el tiempo. Solo Ketahn había dejado en ella sus huellas.

Entró en la sala e inmediatamente se dirigió a la criocámara más cercana. Su corazón se aceleró cuando vio a una mujer tumbada dentro. Viva, en estasis. La mujer tenía la piel clara, rasgos delicados, pelo largo y negro, y parecía completamente en paz.

Ahmya Hayashi.

Ivy se acordaba de ella. Recordaba haber hablado con ella durante el entrenamiento, y lo tímida que podía llegar a ser Ahmya, y lo emocionada y entusiasmada que se ponía cuando hablaba de su pasión: las plantas y las flores. Ivy recordaba incluso haber visto a Ahmya justo antes de que la sumergieran en el sueño criogénico.

Alejándose de la cápsula, Ivy continuó por el centro de la sala, mirando de un lado a otro las criocámaras por las que pasaba. Había siete personas aún vivas en estasis: tres hombres y cuatro mujeres. Los demás... Parecía que no todas las criocámaras desactivadas habían fallado durante el choque, dados los variados estados de algunos de los restos, pero el resultado era el mismo. Doce muertos.

Ivy se detuvo ante la octava criocámara. La tapa estaba abierta de par en par, la cama del interior estaba incorporada, y vacía.

Vel. Ocho.

—Esta era la mía —dijo.

Ketahn se colocó a su lado.

—Sí. No sabía si estabas viva o muerta. Parecías como los demás, atrapada en un sueño mortal.

Y ella seguiría aquí durmiendo si él no hubiera caído en el foso.

¿Era real el destino? ¿Habría caído por alguna razón? ¿Para encontrarla?

Ivy levantó la mirada hacia la pantalla holográfica de la pared que había entre su cápsula y la siguiente. Era una de las varias pantallas que mostraban las constantes vitales de las personas que se encontraban en las cámaras de estasis. Siete iconos humanos verdes, doce rojos y uno gris. El gris era ella.

Giró la cabeza para mirar hacia el otro extremo de la sala, donde había una gran consola de control adosada a la pared.

«Necesito saberlo. No puedo irme de aquí sin averiguarlo».

Apretó los puños para armarse de valor y se dirigió a la consola. Las piernas de Ketahn golpearon suavemente el suelo justo detrás de ella. En cuanto tocó los controles, la amplia pantalla holográfica cobró vida.

Por el rabillo del ojo, vio que Ketahn se estremecía y gruñía. No podía imaginarse cómo era aquel lugar para él, pero... ya se ocuparían de eso más tarde. No había forma de que pudiera explicárselo todo mientras aquella masa enmarañada de emociones se agitaba en su interior.

La pantalla estaba llena de alarmas, advertencias y mensajes de error, muchos de los cuales parpadeaban débilmente, como si su urgencia hubiera pasado hacía tiempo, pero no pudieran hacer otra cosa que persistir. Delante de todos ellos había una única ventana más grande en la que se enumeraban los números de errores y alarmas, que se contaban por centenares. En la parte inferior había un icono que decía *“Informe de estado”*.

Ivy levantó una mano temblorosa y tocó el icono holográfico.

—Todos los sistemas en estado crítico —anunció el ordenador a través de unos altavoces invisibles con voz monótona—. Energía auxiliar agotada en un noventa y cuatro coma uno por

ciento. Fallo total del sistema en aproximadamente dos años, treinta y seis días y dos horas. Datos de navegación dañados. Localización actual desconocida. Señal de emergencia inoperativa. Se recomienda evacuación inmediata. Para más información, introduzca el código de autorización de la tripulación.

Ivy se quedó mirando la pantalla, incapaz de moverse, de respirar, de pensar, pues no esperaba que las palabras que acababa de oír le afectaran tanto.

«*Datos de navegación dañados. Localización actual desconocida. Señal de emergencia inoperativa*».

Eso significaba que nadie sabía dónde se había estrellado el *Somnium*. Nadie sabía dónde habían acabado sus pasajeros y tripulación. Eso significaba... eso significaba que nunca había habido ni habría nadie que viniera a buscar supervivientes. Que ni Ivy ni los demás serían rescatados de aquel planeta.

Y los que quedaban estarían muertos en dos años.

Pasó la mano por la pantalla holográfica, desechando las alertas para mostrar una pantalla de inicio de sesión genérica con el logotipo de la Iniciativa Mundo-Hogar como fondo. Era completamente normal, salvo por una cosa: la fecha que aparecía en la parte inferior.

“23 de junio de 2284”

El día del lanzamiento había sido el diez de mayo de 2116. Hacía ciento sesenta y ocho años.

Se suponía que el viaje a Xolea duraría sesenta años.

Ivy se volvió hacia Ketahn, que la observaba a unos metros de distancia. Había una clara tensión en él; su postura era rígida, sus mandíbulas estaban levantadas y nerviosas, pero ella vio sobre todo preocupación en sus ojos cuando se toparon con los de ella.

—Tenemos que despertarlos, Ketahn —dijo Ivy.

Él entrecerró los ojos.

—No, Ivy. Hemos venido solo para que lo vieras.

—¿No puedes hablar en serio! No podemos... dejarlos aquí. Morirán.

—Y morirán también en la Maraña si los despertamos.

—Yo no lo he hecho. ¿Por qué ellos tendrían menos posibilidades?

Ketahn acortó la distancia que los separaba. La fulminó con la mirada y se golpeó el pecho con un puño.

—Has sobrevivido gracias a mí, Ivy. Porque eres mía y siempre cuidaré de ti. No puedo hacer lo mismo por los demás.

Frunció el ceño y se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Al menos dales una *oportunidad*. Se lo merecen. No quedarse aquí, sin saber, sin despertar, pudriéndose en cuanto la nave se quede sin energía —Ivy cruzó los brazos sobre el pecho, abrazándose a sí misma—. Los humanos somos más fuertes de lo que crees.

—Eres más fuerte de lo que pensaba, mi *nyleea*. ¿Pero lo demás? —Apartó la mirada de ella, la pasó sobre las criocámaras y siseó—. Dormirán aquí. No sabrán cuándo han muerto. Ahí fuera, todos sufrirán. Sobrevivan o no.

Ivy negó con la cabeza, y las lágrimas se derramaron por sus mejillas.

—No. Yo... no puedo aceptarlo. No puedes esperar que lo acepte.

Se le cayeron las mandíbulas, y en su pecho sonó un rumor infeliz.

—Es la verdad, Ivy. No únicamente respecto a la Maraña, sino respecto a la vida.

—Entonces, ¿por qué me despertaste? —preguntó ella.

—No sabía que te despertarías. No sabía que fueras a hacerlo —Le cogió la cara entre las manos y le secó las lágrimas con los pulgares—. Pero lo haría una y otra vez, si tuviera que

repetir aquella noche. Solo por ti.

El labio inferior de Ivy tembló mientras lo miraba fijamente a los ojos. Levantó las manos y rodeó sus muñecas con los dedos, aferrándose a él, necesitando algo a lo que aferrarse.

—Son mi gente, Ketahn. Son todo lo que me queda. ¿Cómo puedo dejarlos aquí para que mueran?

—Mi hilo del corazón —dijo él, apoyando la frente en la de ella—, tienes un corazón compasivo, pero yo...

Ketahn se apartó de ella y giró en un instante, moviéndose tan deprisa que la dejó tambaleándose, y bien podría haberse caído si él no hubiera sujetado con una de sus patas traseras por detrás de ella. Se detuvo frente a ella, con la lanza preparada, y miró fijamente la puerta abierta, a través de la cual se filtraba el resplandor rojo del pasillo.

En el repentino silencio, Ivy solo oyó dos sonidos: el de su corazón desbocado y un ligero rasguño apenas audible en el pasillo.

No estaban solos.

Capítulo Veintiocho

Las palabras que Ketahn había querido decir se le olvidaron. Las emociones permanecían en una especie de masa retorcida, burda y enmarañada, alojada entre su pecho y su garganta, pero estaban apartadas, una incomodidad a la que no prestó atención.

Los débiles sonidos del pasillo se acercaron a la entrada y cesaron.

Ketahn debería haber confiado en sus instintos antes, cuando sospechó por primera vez que le seguían. Habría sido mucho más fácil enfrentarse a una amenaza en la Maraña. Ahora, él e Ivy estaban atrapados en una cámara con una única salida. Sin embargo, no perdió tiempo en recriminarse a sí mismo. El arrepentimiento no podía deshacer lo que había ocurrido.

Levantó la lanza de púas con la mano superior derecha, preparándola para lanzarla. Apartó la cabeza lo suficiente para ver a Ivy en el borde de su visión, sin perder de vista la puerta.

—Ponte a cubierto —le dijo en voz baja.

Su piel estaba pálida, salvo por el rosa intenso de sus mejillas. Sus grandes ojos azules brillaban por las lágrimas, que se derramaban cuando parpadeaba. Ella asintió, se limpió la cara y corrió hacia la criocámara más cercana. Él la observó hasta que apoyó las manos en el exterior de la cápsula y se agachó, antes de centrar toda su atención en la puerta.

El foso habría disuadido a la mayoría de los depredadores de la Maraña; pocas bestias se arriesgarían a una escalada tan traicionera salvo en caso de desesperación absoluta. Ketahn solo conocía un tipo de criatura que probablemente le hubiera seguido a pesar del peligro.

Un vrix.

Y, más que cualquier otra cosa en la jungla, los otros vrix suponían una grave amenaza para su compañera.

Ketahn dio un paso silencioso hacia delante.

—Muéstrate —gritó.

El silencio que siguió a su orden hizo que el ritmo rápido y constante de los latidos de sus corazones pareciera ocho veces más fuerte. El aire frío y extrañamente limpio de la nave fluía fuera de la sala, lo que significaba que no podía oler nada del pasillo, y el zumbido antinatural que impregnaba este lugar, e incluso esta cámara, mientras la puerta estaba abierta, le impedía percibir las sutiles vibraciones que pudieran indicar movimiento en el pasillo, pero Ketahn lo tenía claro.

Esos sonidos los había producido un vrix que se acercaba sigilosamente.

Esta vez no ignoraría su instinto, y no aceptaba que fuera demasiado tarde para proteger a su compañera.

—Se te ha convocado, Ketahn —dijo Durax desde el vestíbulo, con su voz resonando en las

paredes de la nave—. La reina exige tu regreso inmediatamente.

La mano de Ketahn se tensó en torno a la lanza. En ese momento supo cómo tenía que acabar aquello, aunque no permitió que sus pensamientos meditaran sobre ello. Durax era una amenaza demasiado seria.

—Muéstrate, Garra —dijo Ketahn.

Unos dedos largos y negros se doblaron en torno al marco de la puerta, asíéndolo. Inmediatamente después apareció la cabeza de Durax, al menos la mitad de ella. Cuatro de sus pálidos ojos azules se movieron mientras observaba la habitación en la que se encontraba Ketahn, abriéndose ligeramente antes de posarse en él con una mirada fulminante. Alzó la mandíbula visible y la inclinó hacia un lado.

Durax rastrilló las garras sobre la pared.

—Esperaba que el mayor cazador de Takarahl me hubiera descubierto hace tiempo. Pero es como le he dicho muchas veces a nuestra reina: no eres el poderoso macho que cree ver cuando te mira, gusano de la jungla. Los Garras de la Reina ya están dirigidos por el macho más capacitado de nuestro pueblo.

—Hablas como si tu cacería hubiese terminado.

El Primer Garra castañeo y se acercó a la puerta, dejando al descubierto únicamente los extremos de sus piernas. Llevaba una lanza de púas en una mano y una cuerda atada a ella en la otra, y la cuerda floja entre ambas caía casi hasta el suelo. La cabeza del arma estaba inclinada hacia abajo, y su hacha colgaba del cinturón.

Con al menos veinte segmentos entre los dos vrix y las sólidas paredes a ambos lados de Durax, la cosa estaba clara: el Primer Garra tenía suficiente margen para esquivar si Ketahn lanzaba su lanza.

—La caza ha *terminado* —dijo Durax—. Estás atrapado. Regresa pacíficamente a Takarahl y te infligiré el mínimo dolor. Por supuesto, no es probable que la reina sea tan misericordiosa.

—Me niego.

—Te entregaré a mi reina —gruñó Durax—. Te pondré ante ella como si no fueras más que un trozo de carne, nada más que unos despojos andrajosos y putrefactos.

Ahora fue Ketahn quien castañeo, aunque el sonido era áspero y carente de humor.

—Si Zurvashi realmente me quisiera ante ella, habría enviado a alguien capaz de apresarme.

Durax chasqueó las mandíbulas.

—Volverás a Takarahl, gusano, aunque tenga que arrastrarte a través de la Maraña para llevarte allí.

—Ninguno de los dos volverá a Takarahl, Garra.

Extendiendo el brazo, Durax apuntó a Ketahn con la punta de su lanza.

—Cuando te lleve ante ella, la reina sabrá por fin que soy el único macho digno de ella. Y cuando le arroje esa fea criatura —inclinó la lanza en dirección a Ivy— y le susurre todos tus secretos, renunciará a ti de una vez por todas.

Ketahn gruñó, abriendo las mandíbulas. La vorágine de su pecho se agitó con mayor ferocidad, haciéndose imposible de ignorar.

—No tocarás a mi compañera, cobarde sin colmillos.

Durax se echó hacia atrás como si le hubiera dado un ataque, sus ojos azules se desorbitaron y sus mandíbulas se crisparon.

—¿Tú... te has *apareado* con esa cosa blanda, pálida y patética? No me sorprende que un gusano de la jungla introduzca su miembro en cualquier cosa que tenga un agujero lo bastante grande. No eres mejor que las bestias con las que compartes la Maraña. Sin embargo... —Durax

juntó lentamente sus mandíbulas y pasó la lengua por sus colmillos—. Quizá pruebe su carne y sepa si es tan dulce y tierna como...

Algo estalló en el interior de Ketahn. La furia de diez mil tempestades estalló en su interior, destruyendo todos los pensamientos de su mente excepto uno, el único que importaba, el único que siempre lo haría: proteger a Ivy.

Un rugido atronador y rasgado salió de su pecho cuando lanzó su lanza.

Durax gruñó y se apartó para ponerse a cubierto tras el muro. Ketahn ya estaba cargando hacia delante, sujetando la cuerda para detener el vuelo de su lanza antes de que pudiera atravesar la puerta. El arma cayó al suelo cerca de la entrada. Tiró con fuerza de la cuerda hacia atrás, haciendo que la lanza saltara del suelo, y la cogió al vuelo un instante antes de lanzarse al otro lado del umbral.

—Siempre he sabido que tus corazones son los de un traidor, pero esto...

La lanza de Durax ya estaba en movimiento, avanzando a toda velocidad hacia Ketahn en una estocada con ambas manos. Pero Ketahn fue más rápido, desviando el golpe con un golpe de su propia arma.

La luz del pasillo era más roja que nunca, pero Ketahn no descansaría hasta que estuviese pintado con el rojo de la sangre de Durax.

Se volvió hacia el Primer Garra y arremetió con sus garras y su lanza en un ataque implacable.

Durax se defendió frenéticamente. Se arrancó el hacha del cinturón mientras retrocedía, con las piernas deslizándose por las paredes y el suelo, con la respiración entrecortada por los gruñidos y siseos de dolor cada vez que Ketahn asestaba un golpe.

El aroma de la sangre del vrix bailaba en el aire frío.

Ketahn apenas registraba el daño que infligía a su enemigo; solo era consciente de que la amenaza para su compañera seguía en pie.

—Te lo ha ofrecido todo —gruñó Durax, blandiendo su hacha en un rápido arco que obligó a Ketahn a bloquearla con su propia arma. La punta de la roca negra atrapó el eje de la lanza de púas y se hundió en la madera.

Con un giro de su lanza, Ketahn arrancó el hacha de las garras de Durax.

Durax pasó su lanza de púas a una sola mano.

—Por los Ocho, todo lo que siempre he querido era a ella. Que los espíritus te maldigan, la has cegado ante mí —gritó Durax, empujando salvajemente su arma.

La punta de la lanza de roca negra brilló en la luz roja mientras se dirigía directamente a la cara de Ketahn. Este se apartó, y el afilado filo le atravesó la mejilla, dejando tras de sí un rastro de fuego.

Pero Durax había ejercido demasiada fuerza con el arma, y el golpe seco no había frenado su impulso. La lanza siguió pasando junto a la cabeza de Ketahn, y el Primer Garra avanzó a trompicones hasta que su antebrazo quedó junto a la cara de Ketahn.

Ketahn apartó bruscamente la cabeza y clavó sus mandíbulas en el brazo extendido de Durax. Los grandes colmillos atravesaron la piel, destrozaron los músculos y aplastaron los huesos.

El alarido de agonía de Durax resonó en las paredes y sus vibraciones superaron el incesante zumbido de la nave. Se agarró el brazo por el codo y tiró de él hacia atrás mientras su lanza caía al suelo.

Ketahn dobló las patas delanteras hacia arriba, apoyó las puntas en el pecho de Durax y empujó con todas sus fuerzas, apartando la cabeza de su enemigo.

Ni siquiera los aullidos de Durax pudieron ocultar el sonido de la carne desgarrada y el hueso

quebrándose cuando le arrancó el brazo por la mitad. Se tambaleó hacia atrás, chorreando sangre sobre Ketahn, el suelo y la pared cercana, agarrándose el brazo destrozado.

Ketahn soltó el miembro amputado y sacudió la cabeza para desprenderlo de sus colmillos. Cayó al suelo con un golpe *sordo*.

Gruñendo y siseando como una bestia enloquecida, Durax giró torpemente y huyó por el pasillo, con las piernas golpeando y raspando las paredes y el suelo en su lucha desesperada por mantenerse erguido y seguir avanzando.

Ketahn no podía permitirlo. Por más que sangrara, por muy graves que fueran sus heridas, Durax seguía siendo una amenaza para Ivy mientras siguiera respirando.

Sin pensarlo conscientemente, Ketahn volteó la empuñadura de su lanza de púas y la lanzó.

La lanza golpeó a Durax en la parte baja de la espalda justo cuando se acercaba a la puerta que daba a la cámara por la que habían entrado en la nave. Se le doblaron las piernas y cayó al suelo, deslizándose más allá de la puerta y bajando por el suelo inclinado del lado opuesto de la brecha, deteniéndose en el borde de la parte inundada del corredor.

Ketahn avanzó tras su enemigo, enrollando la cuerda alrededor de las manos para mantenerla tensa mientras se acercaba.

Durax, boca abajo, luchaba por levantarse con los brazos temblorosos. Fue capaz de levantar la cabeza apenas un palmo por encima del agua antes de que Ketahn llegase.

—Piedad —siseó Durax—. ¡Que la Madre de Cría te conceda piedad!

Ketahn se dejó caer sobre las patas traseras de Durax y aferró la lanza de púas. Cuando tiró de ella, el Primer Garra se retorció y escupió.

—Los óctuplos ojos de los dioses te observan —espetó Durax atragantándose—. ¡Perdóname y la reina nunca lo sabrá! Tú... te quedarás con tu criatura, para hacer con ella lo que te plazca.

Doblando las patas delanteras, Ketahn las posó sobre los brazos de Durax y se inclinó hacia delante. Puso una mano a cada lado del cuello de Durax, y las otras dos sobre los hombros del Garra.

—Nunca volverás a hablar de ella —gruñó.

—¡Nunca! Por los Ocho, ¡nunca más!

Ketahn empujó la cabeza de Durax hacia abajo, sumergiéndola en el agua espesa y turbia.

El agua burbujeaba y salpicaba mientras Durax luchaba contra el agarre de Ketahn. Ketahn se limitó a apretar la mandíbula e inclinó más su peso sobre la parte superior del cuerpo de Durax. Sus músculos se tensaron por el esfuerzo mientras apretaba el cuello de su enemigo cada vez con más fuerza.

El agua fría y pestilente le salpicaba los brazos, el pecho y la cara, en contraste con las gotas cálidas de sangre que de vez en cuando salpicaban su piel desde el brazo desgarrado de Durax.

—Nadie le hará daño —rugió Ketahn—. ¡Nadie se la llevará!

Su voz retumbó por el pasillo. Sintió ceder el cuello de Durax, pero no aflojó su agarre. Todo lo que Ketahn podía percibir en aquel momento era rojo. El mundo, su cuerpo, sus pensamientos; todo rojo.

—¿Ketahn? —Aquella voz tan suave e insegura parecía tan fuera de lugar allí, en aquel momento. Le hizo señas, y atrajo su atención hacia arriba, detrás de él.

Ivy estaba de pie a varios segmentos de distancia, con la espalda apoyada en la pared del pasillo, con los ojos enormes y redondos y la lanza de púas de Durax en sus manos temblorosas. Frunció el ceño al mirarle.

Solo entonces se dio cuenta de que Durax se había quedado quieto... y llevaba un rato así.

—¿Estás herido? —preguntó Ivy, acercándose tímidamente.

Estaba a salvo. Estaba viva e ilesa. El fuego de Ketahn empezó a apagarse y se desvaneció, dejando su cuerpo temblando.

Ketahn soltó a Durax y se levantó para contemplar el cadáver sucio y ensangrentado. El pelo de Durax flotaba en la superficie del agua turbia como una masa enmarañada de telarañas, y la sangre que rezumaba de su brazo corría hacia el agua inundada, indistinguible bajo aquella luz. Ketahn no lloraría la muerte de este vrix, no se sentiría culpable por cumplir el único deber que le importaba: proteger a su compañera.

Pero cuando sus ojos se posaron en el sucio y enmarañado pelaje negro que cubría el hombro de Durax, el pelaje que lo distinguía como Garra de la Reina, un gran temor se acumuló en las entrañas de Ketahn, amenazando con arrastrarlo por completo mientras se hundía lentamente.

—¿Ketahn?

—El Primer Garra de la Reina ha muerto —murmuró—. Por los Ocho, ¿qué he hecho?

CAUTIVADO

Él la conquistó, pero fue él quien quedó cautivado.

Ketahn no quería una compañera, pero el destino le dio a Ivy Foster. Ahora, lo único que desea es disfrutar de su pequeña humana.

Sin embargo, el destino no se conforma con hacer las cosas tan sencillas.

Con una reina enfurecida buscándole, Ketahn sabe que la Maraña no es un lugar seguro para su compañera. Tienen que marcharse. Sin embargo, Ivy no abandonará a su gente y él no puede reprimir su compasión. Al despertar a los demás humanos de su sueño mortal, Ketahn tiene más bocas que alimentar y los hilos de su red corren peligro de romperse.

Para mantener a salvo a Ivy y a su gente, debe aplacar a la reina que le persigue. Debe aventurarse en los dominios de Zurvashi y enfrentarse a su ira... y a su deseo.

La fuerza de su hilo del corazón, y de su vínculo con Ivy, se pondrá a prueba.

Ketahn no permitirá que ese hilo se rompa, aunque tenga que cortar todos los demás.

ACERCA DE LOS AUTORES

Tiffany Roberts es el seudónimo de Tiffany and Robert Freund, un dúo de escritores formado por marido y mujer. Ambos han compartido siempre la pasión por la lectura y la escritura, y su sueño era combinar sus extraordinarios poderes para crear el tipo de libros que querían leer. Escriben ciencia ficción y fantasía romántica con personajes, creando un “felices para siempre” alienígena y misterioso.